



A. DUMAS
MEMORIAS
DE UN MÉDICO

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
V. CH. BOURET

77
CIC

DM



THE HISTORY

OF THE

REPUBLIC OF

THE UNITED STATES



PQ2227

M5

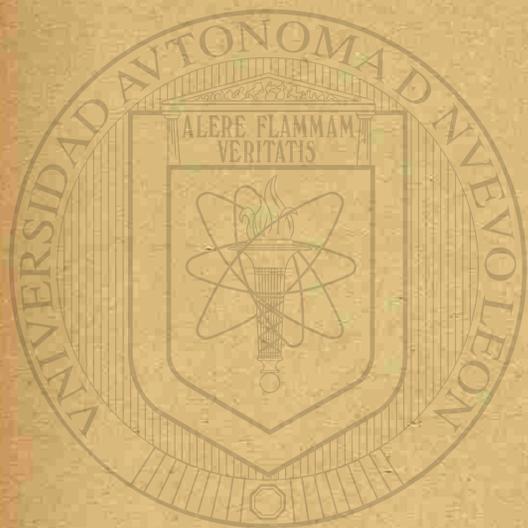
S6

v. 6

D886M



1020026320

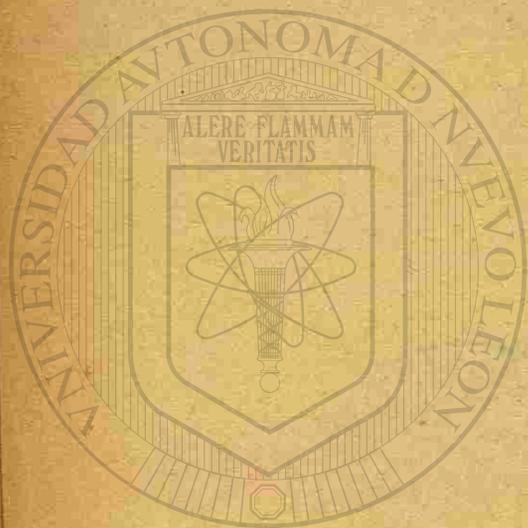


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



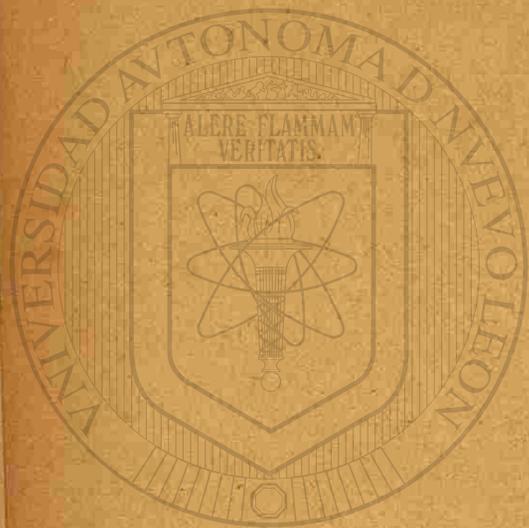
MEMORIAS
DE UN MÉDICO

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



MEMORIAS
DE UN MÉDICO

POR

ALEJANDRO DUMAS

Nueva Edición

TOMO SEXTO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

098705[®]

LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET
PARIS | MÉXICO
23, Rue Visconti, 23 | 14, Cinco de Mayo, 14

PARÍS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V^{da} DE CH. BOURET.

1906
Propiedad del Editor.

29975

813 PQ 2227
45
56
v. 6

Núm. Clas. 11
Núm. Autor DRPGm
Núm. Adg. 29975
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 229
Catalogó 279

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

En que se desciende á la tierra

El duque de Richelieu se hallaba en el dormitorio de su palacio de Versalles, tomando chocolate con vainilla en compañía de Rafté, que le estaba rindiendo sus cuentas.

El duque, muy ocupado en mirar su rostro á un espejo distante, prestaba muy poca atención á los cálculos más ó menos exactos de su secretario.

De súbito, un crujido de zapatos que se sintió en la antesala, anunció una visita, y el duque despachó con presteza el resto de su chocolate, mirando con inquietud hacia la puerta.

Había horas en que el señor de Richelieu, á la manera de las viejas coquetas, no gustaba de recibir visitas.

El ayuda de cámara anunció al señor de Taverney.

El duque iba á responder sin duda con alguna excusa que difiriese la visita de su amigo para otro día, ú otra hora cuando menos, pero se abrió la puerta,

813 PQ 2227
45
56
v. 6

Núm. Clas. 11
Núm. Autor DRPGm
Núm. Adg. 29975
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 229
Catalogó 279

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

En que se desciende á la tierra

El duque de Richelieu se hallaba en el dormitorio de su palacio de Versalles, tomando chocolate con vainilla en compañía de Rafté, que le estaba rindiendo sus cuentas.

El duque, muy ocupado en mirar su rostro á un espejo distante, prestaba muy poca atención á los cálculos más ó menos exactos de su secretario.

De súbito, un crujido de zapatos que se sintió en la antesala, anunció una visita, y el duque despachó con presteza el resto de su chocolate, mirando con inquietud hacia la puerta.

Había horas en que el señor de Richelieu, á la manera de las viejas coquetas, no gustaba de recibir visitas.

El ayuda de cámara anunció al señor de Taverney.

El duque iba á responder sin duda con alguna excusa que difiriese la visita de su amigo para otro día, ú otra hora cuando menos, pero se abrió la puerta,

el petulante viejo se precipitó en la habitación, dió al paso la punta de los dedos al mariscal, y corrió á sepultarse en una ancha poltrona, que crujió con el choque, más bien que con el peso.

Richelieu vió á su amigo pasar como uno de esos hombres fantásticos, en cuya existencia nos ha hecho creer posteriormente Hoffmann; oyó el crujido de la poltrona y un enorme suspiro, y volviéndose hacia su huésped, le dijo:

— ¿Qué hay de nuevo, barón, pues me pareces tan triste como la muerte?

— ¡Triste! exclamó Taverney; ¡triste!

— ¡Pardiez! me parece que el suspiro que acabas de exhalar no es de alegría.

El barón miró al mariscal con un aire que quería decir, que mientras estuviese presente Rafté no era posible explicar la causa de aquel suspiro.

Rafté lo comprendió sin necesidad de volverse, porque también él se miraba á veces en los espejos, como su amo; por lo mismo se retiró discretamente.

El barón le siguió con la vista, y así que se cerró la puerta tras él, exclamó:

— ¡No digas triste, duque, di inquieto, y mortalmente!

— ¡Bah!

— ¡En verdad que te viene bien el aparentar admiración! exclamó Taverney juntando las manos. Hace ya un largo mes que me andas entreteniendo con palabras vagas, como por ejemplo: «No he visto al rey; no me ha visto el rey; el rey me pone mala cara.» ¡Vive Cristo, duque, que no es así como se responde á un amigo antiguo!... ¡Debes conocer que un mes es una eternidad!.....

Richelieu se encogió de hombros.

— ¿Y qué diablos quieres que te diga, barón? replicó.

— ¿Qué?... La verdad.

— Pues ya te la he dicho, ¡voto al demonio! Siempre te estoy soplando al oído la verdad, sólo que tú no quieres creerla.

— ¿Como quieres hacerme creer que un duque, un par, un mariscal de Francia, y todo un gentilhomme de cámara no ve al rey, cuando va todas las mañanas á palacio al tiempo de levantarse aquél? Esa es una paparrucha.

— Lo he dicho y lo repito, y no porque no sea creíble deja de ser menos cierto. Yo duque y par, yo mariscal de Francia, yo gentilhomme de cámara, hace tres semanas que voy todos los días á palacio á la hora de levantarse el rey....

— ¿Y no te habla, interrumpió Taverney, ni hablas tú con él? ¡Mira que yo no me trago semejantes bolas!

— ¡Eh! barón; veo que te vas haciendo un poco impertinente, y me desmientes como si tuviéramos cuarenta años menos y nuestra antigua viveza estuviese en su punto.

— ¡Pues si es cosa de desesperarse, duque!

— ¡Ah! eso es otra cosa; desespérate, querido, desespérate todo lo que se te antoje, que también me desespero yo.

— ¿Tú?

— Y creo que hay motivo, pues ya te he dicho que desde aquel día no me ha mirado el rey; que S. M. me ha vuelto la espalda constantemente; que cada vez que he creído debía mostrarle una grata sonrisa, me ha contestado con un gesto espantoso; y en fin, que estoy cansado de ir á Versalles para que me pongan hocico. Vamos, ¿qué quieres que haga á esto?

Taverney se mordía cruchmente las uñas durante aquella réplica del mariscal.

— No lo entiendo, dijo por último.

— Ni yo, barón.

— Verdaderamente creería cualquiera que el rey se divierte con tus inquietudes, porque al fin.....

— Eso es lo que yo digo, barón, porque al fin.....

— Vamos, duque, tratemos de salir de este apuro, tratemos de apelar á alguna astucia que nos valga una explicación.

— Barón, barón, repuso Richelieu, ¡cuidado! que es peligroso provocar explicaciones por parte de los reyes.

— ¿Es ese tu modo de pensar?

— Sí. ¿Quieres oirme?

— Habla.

— Pues bien; desconfío de alguna cosa.

— ¿De qué? preguntó el barón con enojo.

— ¡Ah! veo que te enfadas.

— Me parece que tengo por qué.

— Entonces no hablemos de ello.

— Al contrario, hablemos, pero explícate.

— Tú tienes el diablo en el cuerpo con tus explicaciones; ten cuidado, porque me parece una monomanía.

— ¡Me encantas, duque! Estás viendo paralizados todos mis planes, entorpecida de un modo inexplicable la marcha de mis negocios, ¡y me aconsejas que aguarde!

— ¿Qué paralización es esa? Veamos.

— Primeramente ahí tienes.

— ¿Una carta?

— Sí, de mi hijo.

— ¡Ah! del coronel!

— ¡Fresco está el coronel!

— Bueno, ¿y qué hay?

— Hay que hace cerca de un mes que está aguardando en Reims el diploma que el rey le ha prometido, que ese diploma no llega, y que dentro de dos días marcha el regimiento.

— ¡Diablo! ¿conque marcha el regimiento?

— Si para Estrasburgo. De manera que si en estos dos días no recibe Felipe el despacho...

— Si no lo recibe ¿qué?

— Que si Felipe no lo recibe, dentro de dos días estará aquí.

— Si, ya comprendo, han olvidado á ese pobre joven; eso es muy común en las oficinas que están organizadas como las del nuevo ministerio. ¡Ah! si yo hubiese sido ministro, ya estaría despachado el diploma.

— ¡Hum! repuso Taverney.

— ¿Qué es lo que dices?

— Que no creo una palabra.

— ¿Por qué?

— Porque si hubieses sido ministro, habrías enviado á Felipe á todos los diablos.

— ¡Oh!

— Y á su padre lo mismo.

— ¡Oh! oh!

— Y á su hermana mucho más lejos aún.

— Es un placer hablar contigo, Taverney, porque tienes mucho talento; pero doblemos la hoja.

— En cuanto á mi no pido otra cosa; pero no podemos doblarla respecto de mi hijo, porque se halla en una situación violenta. Duque, es absolutamente preciso ver al rey.

— Te repito que no hago otra cosa.

— Hablarle.

— ¡ Eh ! querido mío, al rey no se le habla, si él no nos habla.

— Forzarle á ello.

— ¡ Ah ! yo no soy el Papa para forzarle.

— Entonces, dijo Taverney, voy á decidirme á hablar á mi hija ; porque, señor duque, yo no veo claro en todo esto.

Estas palabras produjeron un efecto mágico.

Richelieu había sondeado á Taverney, á quien tenía por solapado, como al señor Lafare ó al señor de Nocé, sus amigos de juventud, cuya bella reputación se había conservado intacta, y temía la alianza del padre y la hija ; en fin, temía alguna cosa desconocida que pudiese causarle desgracia.

— Y bien ; no hay que enfadarte, le dijo, volveré á hacer otra tentativa ; pero necesito un pretexto.

— Ese pretexto ya lo tienes.

— ¿ Yo ?

— Sin duda.

— ¿Cuál ?

— La promesa que el rey ha hecho.

— ¿ Á quién ?

— Á mi hijo. Y esa promesa.....

— Y esa promesa, ¿ qué ?

— Se le puede recordar.

— En efecto, es un medio indirecto. ¿ Tienes la carta ?

— Sí.

— Dámela.

Taverney sacó la carta del bolsillo de su chupa y se la alargó al duque, recomendándole el atrevimiento á la par de la circunspección.

— El fuego y el agua, dijo : vamos, está visto que desbarramos. ¡ No importa ! el vino está sacado y hay que beberlo.

Richelieu tiró del cordón de la campanilla.

— ¡ Que vengan á vestirme y que preparen el coche ! dijo al ayuda de cámara ; luego dirigiéndose á Taverney :

— ¿ Quieres asistir á mi tocador, barón ? le preguntó con tono inquieto.

Taverney comprendió que desagradaría mucho á su amigo aceptando, y por lo mismo respondió :

— No, querido amigo, me es imposible, porque tengo que hacer en la ciudad ; dame una cita para donde quieras.

— En palacio.

— Corriente, en palacio.

— Conviene que tú veas también á S. M.

— ¿ Lo crees así ? preguntó Taverney lleno de gozo.

— Lo exijo ; pues quiero que tú mismo te asegures de la exactitud de mi palabra.

— No dudo de ella ; pero en fin, puesto que tú lo quieres.

— Te es igual ¿ eh ?

— Te digo francamente que sí.

— Pues bien : estáte en la galería de los espejos á las once, mientras que yo entraré en el cuarto de S. M.

— Corriente. ¡ Adiós !

— Sin rencor, querido barón, dijo Richelieu procurando hasta el último momento no hacerse un enemigo cuya fuerza le era aun desconocida.

Taverney se volvió á su coche y se fué á dar solo y pensativo un largo paseo en el jardín, mientras que Richelieu, entregado á sus ayudas de cámara, se rejuvenecía á sus anchuras, cuya importante operación no llevó menos de dos horas al ilustre vencedor de Mahón.

Sin embargo, era aun mucho menos tiempo que el que Taverney le había otorgado en su interior, y el

barón, que estaba en acecho, vió á las once en punto pararse la carroza del mariscal al pie de la gradería exterior de palacio, donde los oficiales de servicio saludaron á Richelieu, mientras que los ujieres lo introdujeron.

Taverney sentía latirle el corazón con violencia; abandonó su paseo, y, con más lentitud que la que le permitía su ardiente espíritu, pasó á la galería de los espejos, donde un considerable número de oficiales portadores de súplicas, y de ambiciosos hidalgillos, estaban plantados sobre el resbaladizo pavimento; pedestal muy bien apropiado á aquella clase de figuras enamoradas de la Fortuna.

Taverney se confundió suspirando con la multitud, aunque no sin la precaución de colocarse en un ángulo que le facilitara el hallarse con el mariscal cuando éste saliese del cuarto de S. M.

— ¡ Oh ! murmuró entre dientes. ¡ Verme relegado con estos hidalgos de gotera y estos plumajes sucios, yo que hace un mes cenaba mano á mano con S. M. !

Y de su fruncido entrecejo se desprendía más de una sospecha infame que hubiera hecho ruborizarse á la pobre Andrea.

II

La memoria de los reyes

Según lo había prometido, Richelieu fué á colocarse esforzadamente á la vista de S. M. en el momento en que el señor de Condé le alargaba su camisa.

Al ver al mariscal, el rey hizo un movimiento tan brusco para volverse á otro lado, que faltó poco para que cayese al suelo la camisa, y el príncipe retrocedió sorprendido.

— Perdonad, primo, dijo Luis XV á fin de probar al príncipe que no era por él aquel brusco movimiento.

De ese modo, Richelieu comprendió perfectamente que la causa de aquel rápido enojo era él.

Pero como iba resuelto á provocar toda aquella cólera, si preciso era, á fin de obtener una explicación seria, hizo un cambio de frente como en Fontenoy, y fué á colocarse en un sitio por donde debía pasar el rey para entrar en su gabinete.

Cuando el monarca dejó de ver al mariscal, volvió á hablar con libertad y agrado; se vistió, proyectó una cazata en Marly, y consultó largamente sobre este proyecto con su primo, porque los señores de Condé han tenido siempre fama de excelentes cazadores.

Pero al tiempo de pasar á su gabinete, cuando ya se había retirado todo el mundo, percibió á Richelieu disponiéndose con gracioso ademán á hacerle la más

bonita reverencia que se había hecho desde Lauzun, quien, como es sabido, saludaba con tanta gracia.

Luis XV se paró casi confuso, y dijo :

— ¿ Todavía estáis aquí, señor de Richelieu

— Sí, señor : estoy á las órdenes de V. M.

— ¿ Conque no queréis dejar á Versalles ?

— Hace cuarenta años, señor, que rara vez dejo á Versalles á no ser por el servicio de V. M.

El rey se detuvo en frente del mariscal, diciendo :

— Vamos, vos pretendéis alguna cosa, ¿ no es verdad ?

— ¡ Yo, señor ! ¿ y qué había de pretender ?

— Pues entonces, ¡ voto al diablo ! ¿ por qué me perseguís, duque ? porque demasiado veo que me andáis persiguiendo.

— Sí, señor, respondió Richelieu sonriendo ; os persigo con mi amor y respeto ; ¡ gracias, señor !

— ¡ Oh ! aparentáis que no me entendéis, pero me entendéis á las mil maravillas. Y bien ; señor mariscal, sabed que yo nada tengo que deciros.

— ¿ Nada, señor ?

— Nada absolutamente.

Richelieu se armó de profunda indiferencia.

— Señor, dijo, siempre he tenido la fortuna de decirme, en mi alma y conciencia, que mi asiduidad era desinteresada, y esta circunstancia, en cuarenta años que hace sirvo á V. M., es muy importante ; así los envidiosos no podrán decir jamás que el rey me ha otorgado alguna cosa. En cuanto á este punto, afortunadamente tengo mi reputación bien sentada.

— Vamos, duque, si necesitáis alguna cosa para vos, pedidla, pero que sea pronto.

— Señor, nada absolutamente necesito, y por ahora me limito á suplicar á V. M.....

— ¿ Qué ?

— Que se digne admitir á vuestra presencia para darle gracias.....

— ¿ Á quién ?

— Señor, á un sujeto que está muy agradecido al rey.....

— Pero acabad de decir quién es.

— Un sujeto, señor, á quien V. M. ha hecho un honor insigne... ¡ Ah ! cuando uno tiene el honor de sentarse á la mesa de V. M. ; cuando ha disfrutado de esa conversacion tan delicada, de esa alegría tan encantadora que hace de V. M. el anfitrión más divino, nunca lo olvida, señor, y se acostumbra pronto á un trato tan dulce.

— Señor de Richelieu, tenéis un pico de oro.

— ¡ Oh ! señor !

— En resumen, ¿ de quién queréis hablar ?

— De mi amigo Taverney.

— ¿ De vuestro amigo ! exclamó el rey.

— Perdonad, señor.

— ¿ De Taverney ! repitió el rey con una especie de espanto que asustó mucho al duque.

— ¿ Qué queréis, señor ? es un antiguo camarada.....

Y se detuvo un instante.

— Un hombre que sirvió conmigo á las órdenes de Villars.....

Y volvió á detenerse.

— Ya sabéis, señor, que en este mundo se da el nombre de amigo á todo conocido, á todo el que no es enemigo ; es una palabra de urbanidad que á menudo no significa gran cosa.

— Pero es una palabra que compromete, duque, replicó el rey con aspereza ; una palabra que conviene emplear con mucha reserva.

— Los consejos de V. M. son preceptos de sabiduría. Conque el señor de Taverney.....

- Es un hombre inmoral.
- Pues bien, señor, á fe de caballero que ya yo lo había sospechado.
- Un hombre sin delicadeza, señor mariscal.
- En cuanto á su delicadeza, señor, no hablaré de ella delante de V. M., porque no salgo garante sino de lo que conozco.
- ¡Cómo es eso! ¡Conque no salís garante de la delicadeza de vuestro amigo, de un servidor antiguo, de un hombre que ha servido con vos á las órdenes de Villars, de un hombre, en fin, que vos habéis presentado? Sin embargo, lo conocéis.
- Ciertamente que sí, señor, pero no su delicadeza. Sully decía á vuestro abuelo Enrique IV que había visto salir su fiebre vestida con un manto verde; mas yo confieso humildemente, señor, que nunca he sabido cómo se viste la delicadeza de Taverney.
- En fin, mariscal, os digo que es un pícaro y que ha hecho un papel muy ruin.
- ¡Oh! si V. M. lo dice....
- ¡Sí, señor, lo digo yo!
- Pues bien, respondió Richelieu; con hablar así me saca V. M. de un apuro. Sí, lo confieso, el señor de Taverney no es un pimpollo de delicadeza, y harto lo había conocido; pero en fin, señor, hasta que V. M. no se dignara manifestar su opinión....
- Mi opinión es bien terminante, mariscal, le de-
testo.
- ¡Ah! una vez pronunciada la sentencia, no hay más que hablar, señor; afortunadamente para ese infeliz, continuó diciendo Richelieu, aboga en su favor una intercesión poderosa.
- ¡Qué es lo queréis decir
- Que si el padre ha tenido la desgracia de disgustar al rey....

- Y mucho.
- No digo que no, señor.
- Pues entonces; ¿qué es lo que decís?
- Digo que cierto ángel de ojos azules y pelo rubio....
- No os entiendo, duque.
- Eso se concibe muy bien, señor.
- Sin embargo, confieso que desearía entenderos.
- Un profano como yo tiembla, señor, á la idea de alzar una punta del velo que cubre tantos misterios amorosos y encantadores; pero lo repito, ¡cuántas gracias no tiene que dar Taverney á la que amansa en favor suyo la regia indignación! ¡Oh! sí, la señorita Andrea debe ser un ángel.
- ¡La señorita Andrea es un monstruo de fealdad, como su padre lo es de inmoralidad! exclamó el rey.
- ¡Bah! dijo Richelieu, cuyo asombro llegaba á su colmo; todos nos engañábamos, y aquella apariencia de hermosura....
- Nunca me habléis de esa joven, duque, porque me estremezo con solo pensar en ella.
- Richelieu juntó las manos con hipocresía, y dijo:
- ¡Oh, Dios mío, lo que son las exterioridades! Si V. M., que es el primer apreciador del reino; si V. M., que nunca se engaña, no me asegurase eso, ¿cómo había de darle crédito?... ¡Cómo! señor, ¿conque tanto ha variado?
- No sólo ha cambiado, sino que está atacada de una enfermedad espantosa... ¡ha sido una alevosía! Pero por Dios no me digáis ni una palabra más acerca de ella, sino queréis matarme.
- ¡Cielos! exclamó Richelieu, no volveré á mentarla, señor. ¡Matar á V. M.! ¡oh! ¡Qué tristeza! ¡Qué familia! ¡Qué desgraciado debe ser ese pobre mozo!

— ¿De quién habláis?

— ¡Oh! lo que es esta vez de un servidor de V. M. tan fiel y sincero como adicto. ¡Oh! ese sí que es un modelo, señor, y bien lo ha conocido así V. M. Lo que es ahora, yo respondo de que no han recaído los favores en un mal súbdito.

— ¿Pero de quién se trata, duque? Hablad, que tengo prisa.

— Hablo, respondió Richelieu con dulzura, del hijo del uno, señor, y del hermano de la otra; hablo de Felipe de Taverney, de ese guapo muchacho á quien V. M. ha dado un regimiento.

— ¡Yo! ¿yo he dado un regimiento á alguno?

— Sí, señor, un regimiento que Felipe de Taverney espera aun á estas horas, es verdad, pero que al fin ha dado V. M.

— ¿Yo?

— ¡Pardiez! ya lo creo, señor.

— ¡Estáis loco!

— ¡Bah!

— Yo no he dado nada, mariscal.

— ¿De veras?

— Pero, ¿por qué diablos os metéis en esas cosas?

— Señor.....

— ¿Tenéis algo que ver en eso?

— ¡Yo, señor! maldita la cosa.

— Entonces habéis jurado quemarme á fuego lento con ese haz de espinas.

— ¿Que queréis, señor? Ahora veo que me engaño, pero me parecía que V. M. había prometido.

— Pero, duque, eso no es de mi incumbencia; pues tengo un ministro de la Guerra! yo no doy regimientos... ¡Un regimiento!... ¡Pues no os han encajado mala bola! ¡Ah! ¿conque sois el abogado de toda esa camada?... ¡Bien os decía que haciais mal en

hablarme de esas gentes, pues ya me habéis revuelto la sangre.....

— ¡Oh! señor.

— Sí, me la habéis revuelto. ¡Mal haya el abogado!... ya no haré la digestión en todo el día.

Y diciendo esto volvió las espaldas al duque y se refugió furioso en su gabinete, dejando á Richelieu más consternado de lo que se puede decir.

— ¡Ah! por esta vez, murmuró el mariscal, ya sabemos á qué atenernos.

Y sacudiéndose con el pañuelo, porque en el calor del choque se había llenado de polvo, se dirigió hacia la galería, en cuyo ángulo le esperaba su amigo con la más viva impaciencia.

No bien avistó al mariscal, cuando el barón, semejante á la araña que se arroja sobre su presa, corrió á saber las noticias frescas, presentándose con ojo avizor, con el corazón en la boca, y los brazos en forma de guirnalda.

— ¡Y bien! ¿qué hay de nuevo? dijo.

— Hay de nuevo, caballero, respondió Richelieu irguiéndose con una boca desdeñosa y dando un ataque despreciativo á su pechera, que os suplico no me volváis á dirigir la palabra.

Taverney miró al duque con ojos atontados.

— Sí, vos habéis disgustado al rey en gran manera, continuó Richelieu, y el que disgusta al rey me ofende á mí.

Estupefacto Taverney, quedó clavado en el suelo como si sus pies hubiesen echado raíces en el mármol.

Entretanto Richelieu prosiguió su camino, y cuando llegó á la puerta de la galería de los espejos donde le aguardaba su lacayo:

— ¡Á Luciennes! gritó, y desapareció en seguida.

— Dispensadme, papá, si no me detengo, pues me está aguardando la señora Delfina.

— Te aseguro, Andrea, replicó Taverney acalorándose á medida que hablaba; yo os aseguro, señorita, que con esa sencillez vendréis á parar en ser ridiculizada aquí.

— Papá...

— El ridículo mata en todas partes, y en la corte mucho más.

— Bien, señor, ya trataré de remediarlo; pero, en este momento, la señora Delfina me agradecerá mucho el verme vestida con menos elegancia, á causa de la prisa con que acudo á su lado.

— Vete, pues, y te ruego que vuelvas en cuanto te desocupes; porque tengo que hablarte de un asunto muy serio.

— Bien está, papá, dijo Andrea, y trató de seguir su camino.

El barón la miraba con gran atención, y gritó:

— ¡Aguardad! aguardad! No podéis salir en ese estado; habéis olvidado el colorete, señorita, y tenéis una palidez repugnante.

— ¿Yo, papá? dijo Andrea parándose.

— Pero ¿en qué estáis pensando cuando os miráis al espejo? Vuestras mejillas están descoloridas como la cera, y tenéis unas orejas de un palmo. Señorita, no se sale de ese modo, so pena de causar miedo á la gente.

— Papá, ahora no tengo tiempo para componerme de otro modo.

— ¡Esto es odioso! exclamó Taverney encogiéndose de hombros. Sólo se encontrará en el mundo una mujer por el estilo, y esa mujer es hija mía. ¡Qué suerte tan atroz! ¡Andrea! Andrea!

III

Los desmayos de Andrea

Cuando Taverney volvió en sí y sondeó lo que él llamaba su desgracia, comprendió que había llegado el momento de tener una explicación seria con la causa primera de tantas alarmas.

En consecuencia, ardiendo de cólera é indignación, se dirigió hacia la morada de Andrea.

La joven estaba dando la última mano á su tocado, levantando sus torneados brazos para formar bucles detrás de la oreja con unas trenzas de pelo algo rebeldes.

Andrea oyó los pasos de su padre en la antesala, en el momento en que con su libro bajo el brazo iba á atravesar el umbral de su cuarto.

— ¡Ah! buenos días, Andrea, dijo el señor de Taverney. ¿Vas á salir?

— Sí, papá.

— ¿Sola?

— Como veis.

— ¿Conque estás sola?

— Desde la desaparición de Nicole, no he vuelto á tener doncella.

— Pero haces mal en estar sin doncella, Andrea, porque así no puedes vestirte. Una mujer vestida de ese modo no puede brillar en la corte, y ya sabes que yo te había recomendado otra cosa.

Pero Andrea estaba ya al pie de la escalera, y volvió la cara.

— Á lo menos, exclamó Taverney, di que estás enferma; hazte interesante, ¡vive Cristo! si no quieres parecer bella.

— ¡Oh! en cuanto á eso, papá, me será muy fácil; diré que estoy mala, y no mentiré, porque en este momento me siento mal en realidad.

— ¡Bien! refunfuñó el barón, ¡muy bien! no nos falta más que el que esté enferma!

Luego añadió entre dientes:

— ¡Mal hayan las mujeres gazmoñas!

Y dicho esto, entró en el cuarto de su hija, donde se ocupó minuciosamente en examinar todo lo que pudiera ayudar á sus conjeturas y á fundar una opinión.

En ese intermedio, Andrea atravesaba la explanada y costeaba los jardines, levantando de vez en cuando la cabeza para buscar en el aire aspiraciones más vigorosas, porque el perfume de las flores nuevas penetraba con demasiada violencia en su cerebro y conmovía todas sus fibras.

Atacada de ese modo, tambaleándose á los rayos del sol y buscando un apoyo en torno suyo, llegó la joven, luchando con un malestar desconocido, hasta las antecámaras de Trianon, donde madama de Noailles, de pie en el umbral del gabinete de la Delfina, dió á entender con una sola palabra á Andrea, que era ya hora y que la estaban esperando.

En efecto, el abate^{***}, lector titular de la princesa, estaba almorzando con su Alteza Real, que solía dispensar semejante favor á las personas á quienes trataba con intimidad.

El abate elogiaba los panecillos con manteca que las amas de gobierno alemanas saben amontonar con

tanta destreza al rededor de una taza de café con leche.

En lugar de leer, el abate hablaba y refería á la Delfina todas las noticias de Viena que había recogido entre los gaceteros y diplomáticos, porque en aquella época se hablaba de política en medio de la calle, y á fe mía que era una política tan buena como la que se debate en los antros más recónditos, no siendo raro que en el ministerio se supiesen noticias que los señores del Palais-Royal ó de los tresbolillos de Versalles habían adivinado, sino forjado.

El abate hablaba con especialidad de las voces que corrían acerca de un motín clandestino con motivo de la carestía de los granos, motín que, según decía, había cortado en su origen el señor de Sartines, enviando á la Bastilla á cinco de los monopolistas.

Andrea entró, y como también tenía la Delfina días de capricho y dolor de jaqueca, el abate la había interesado, fastidiándole que Andrea llegase con el libro después de aquella conversación.

En consecuencia dijo á su lectora que hiciese por no faltar otra vez á la hora señalada, añadiendo que había cosas que eran buenas por la oportunidad con que se hacían.

Abochornada Andrea con aquella reconvencción, y resentida sobre todo de la injusticia, nada contestó, á pesar de que hubiera podido decir que la había detenido su padre y había tenido que ir despacio por estar mala.

No; turbada y afligida, inclinó la cabeza, y como si fuera á morir cerró los ojos y perdió el equilibrio.

Á no ser por madama de Noailles hubiera caído al suelo.

— ¡Qué poca firmeza de ánimo tenéis, señorita! murmuró madama Etiqueta.

Andrea no contestó

— ¡Duquesa, se pone mala! exclamó la Delfina levantándose para acudir á socorrer á Andrea.

— No, no, replicó Andrea con viveza é inundados los ojos de lágrimas; estoy bien, ó por mejor decir, me siento mejor.

— Mirad, duquesa, está tan blanca como su pañuelo. Yo tengo la culpa por haberla reñido. ¡Pobre niña! vamos, sentaos.

— Señora...

— ¡Cuando yo lo mando!... Abate, dadle vuestra silla de tijera!

Andrea se sentó, y bajo la dulce influencia de aquella bondad, poco á poco se fué serenando su imaginación, y sus mejillas recobraron el color.

— Y bien, señorita, ¿podéis leer ahora? preguntó la Delfina.

— ¡Oh! sí, de seguro; ó á lo menos así lo espero.

Y Andrea abrió el libro por el sitio en que había suspendido su lectura la vispera, y con voz que trató fuese reposada para hacerla más inteligible y grata, dió principio.

Pero apenas habían recorrido sus ojos el contenido de dos ó tres páginas, empezaron á revolotear aquellos átomos negros que tenía á la vista, arremolináronse y no pudo descifrarlos.

Andrea volvió á ponerse pálida; un sudor frío se desprendió de su pecho y subió á la frente, y el negro círculo que Taverney había advertido con tanta amargura en los párpados de su hija, se ensanchó, pero de tal modo que la Delfina, á quien la vacilación de Andrea había hecho alzar la cabeza, exclamó:

— ¡Otra vez!... duquesa, ¡esta niña está mala! ¡mirad cómo pierde el conocimiento!

Y, lo que es aquella vez, la misma Delfina recurrió á un frasquito de sales que hizo respirar á su lectora.

Reanimada Addrea con esto, trató de recoger el libro, pero inútilmente, pues sus manos conservaban un temblor nervioso que nada pudo calmar durante unos cuantos minutos.

— No hay duda, duquesa, dijo la Delfina: Andrea está mala, y no quiero que se ponga peor quedándose aquí.

— En ese caso, dijo la duquesa, será preciso que la señorita se vuelva á su aposento cuanto antes.

— ¿Y por qué, señora? preguntó la Delfina.

— ¿Por qué? replicó la camarera mayor haciendo una profunda reverencia, porque así empiezan las viruelas.

— ¿Las viruelas?

— Sí; por desmayos, síncope y calofríos.

El abate se creyó esencialmente comprometido en el riesgo que señalaba madama de Noailles, porque levantó el campo, y gracias á la libertad que le daba aquella indisposición de una mujer, se escabulló de puntillas y con tanta destreza que nadie notó su desaparición.

Cuando Andrea se vió, por decirlo así, en brazos de la Delfina, le devolvió las fuerzas, ó más bien el valor, la vergüenza que le causaba el haber incomodado hasta tal punto á una princesa tan grande, y se acercó á la ventana para respirar.

— Así no se toma el aire, querida mía, dijo la Delfina; regresad á vuestra habitación, que yo haré os acompañen.

— ¡Oh! os aseguro, señora, dijo Andrea, que ya estoy repuesta, y podré irme sola, ya que V. A. tiene la bondad de permitirme que me retire.

— Sí, sí, y no tengáis cuidado, replicó la Delfina, que no os volverán á reñir, puesto que sois tan sensible.

Andrea, enternecida por esta bondad tan parecida al afecto de una hermana, besó la mano de su protectora y salió del aposento, mientras que la Delfina la seguía inquieta con la vista.

Cuando estaba al pie de la escalera, le gritó la Delfina desde la ventana :

— No entréis en seguida en vuestro cuarto, señorita ; dad antes un pequeño paseo por los jardines, que el sol os hará provecho.

— ¡ Oh ! Dios mío ! señora, ¡ cuán bondadosa sois ! murmuró Andrea.

— Además, hacedme el favor de enviarme el abate, que está allá abajo estudiando botánica en un cuadro de tulipanes de Holanda.

Andrea, para ir donde estaba el abate, tuvo que dar un rodeo y atravesar el jardín.

Caminaba con la cabeza baja, pues la tenía aun pesada á causa de los extraños desvanecimientos que la molestaban desde la mañana ; y no le llamaban la menor atención los pájaros que se perseguían espantados sobre los setos y los floridos ojaranzos, ni las abejas que zumbaban sobre el tomillo y las lilas.

Ni siquiera notó que á veinte pasos de ella estaban hablando dos hombres, uno de los cuales la seguía con ojos turbados é inquietos.

Aquellos dos hombres eran Gilberto y el señor de Jussieu.

El primero, apoyado en su azada, escuchaba al sabio profesor que le estaba explicando el modo de regar las plantas delicadas, de manera que pasase el agua por la tierra sin hacer remanso en ella.

Gilberto parecía escuchar con avidez la demostración, y el señor de Jussieu hallaba natural semejante ardor por la ciencia, porque su demostración era de esas que excitan aplausos en los bancos de los estu-

diantes en un curso público ; y para un pobre aprendiz de jardinero era una fortuna inapreciable la lección de un maestro tan afamado dada en presencia de la misma naturaleza.

— Estás viendo aquí, hijo mío, le decía el señor de Jussieu, cuatro clases de tierra, y si quisiera, aun descubriría otras diez mezcladas con estas cuatro principales ; pero la distinción sería algo sutil para un aprendiz de jardinero. Siempre resulta que el florista debe probar la tierra, como el jardinero las frutas. Me entiendes bien, ¿ no es verdad, Gilberto ?

— Sí, señor, respondió Gilberto con los ojos fijos y la boca entreabierta, porque había visto á Andrea, y colocado del modo que estaba, podía seguir mirándola sin dejar al profesor sospechar que su demostración no era religiosamente escuchada y comprendida.

— Para probar la tierra, prosiguió el señor de Jussieu, creyendo por la expresión de la cara de Gilberto que éste prestaba grande atención, mete un puñado de ella en una coladera, echa encima suavemente algunas gotas de agua, y prueba esa agua cuando salga filtrada por la tierra. Los sabores salinos, acres, insípidos ó perfumados de ciertas esencias naturales, se apropiarán admirablemente á los jugos de las plantas que quieras hacer que crezcan en ese terreno, porque, como dice tu antiguo amo el señor Rousseau, en la naturaleza todo es analogía, asimilación, tendencia á la homogeneidad.

— ¡ Oh ! Dios mío ! exclamó Gilberto extendiendo los brazos hacia delante.

— ¿ Qué es eso ?

— ¡ Que se desmaya, señor ! se desmaya !

— ¿ Quién se desmaya ? ¿ Estás loco ?

— ¡ Ella ! ¡ ella !

— ¿ Ella ?

— Sí, una dama, se apresuró á decir Gilberto.

Y su espanto y palidez le hubieran vendido, tanto como la palabra *ella*, si el señor de Jussieu no hubiese apartado de él la vista para seguir la dirección de su mano.

Siguiendo aquella dirección el señor de Jussieu, vió efectivamente á Andrea que había ido arrastrando hasta unos ojaranzos, y que al llegar allí había caído sobre un banco, permaneciendo inmóvil y expuesta á perder el último aliento que le quedaba.

Aquella era la hora en que el rey acostumbraba ir á visitar á la Delfina, y así desembocaba por el verjel, pasando del gran Trianón al pequeño.

S. M. desembocó de pronto.

Llevaba en la mano un albérechigo de color de escarlata, lo cual era un milagro de precocidad, y se preguntaba á sí mismo, como verdadero rey egoísta, si no sería mucho mejor, para dicha de la Francia, saborearse el aquel albérechigo que no la Delfina.

La solicitud con que el señor de Jussieu corrió hacia Andrea, á quien apenas distinguía el rey, mereció á su cortedad de vista, y á quien no conoció absolutamente, así como los gritos sofocados de Gilberto, gritos que indicaban un profundo terror, hicieron que S. M. acelerase el paso.

— ¿Qué hay? ¿qué hay? preguntó Luis XV acercándose á los ojaranzos, de los cuales le separaba solamente la anchura de una calle de árboles.

— ¡El rey! exclamó el señor de Jussieu sosteniendo en sus brazos á la joven.

— ¡El rey! murmuró Andrea desmayándose del todo.

— ¿Quién es? preguntó Luis XV: ¡ah! es una mujer; pero ¿qué le sucede?

— Señor, le ha dado un desmayo.

— ¡Ah! veamos, dijo Luis XV.

— Ha perdido el conocimiento, señor, añadió el señor de Jussieu señalando á la joven, quien estaba tendida tiesa é inmóvil en el banco en que acababa de colocarla.

El rey se aproximó, conoció á Andrea, y dijo estremeciéndose:

— ¿Otra vez?... ¡Oh! esto es espantoso; el que tiene semejantes enfermedades no sale de casa, porque no es decoroso morir así todos los días delante de la gente.

Y Luis XV volvió á desandar parte de su camino para dirigirse al pabellón del pequeño Trianón, echando pestes contra la pobre Andrea.

El señor de Jussieu, que ignoraba los antecedentes, se quedó estupefacto por un instante; pero se volvió en seguida, y vió á Gilberto á diez pasos en la actitud del temor y la ansiedad:

— Ven, Gilberto, gritó; tú que eres fuerte llevarás á la señorita de Taverney á su cuarto.

— ¡Yo! exclamó Gilberto estremeciéndose: ¡llevarla ni tocarla yo! No, no, pues nunca me lo perdonaría; no, jamás.

Y echó á correr desatinado y pidiendo socorro.

IV

El doctor Luis

Á algunos pasos de distancia del sitio en que se había desmayado Andrea, estaban trabajando dos mozos de jardín, que acudieron á los gritos de Gilberto, y poniéndose á las órdenes del señor de Jussieu, transportaron á Andrea á su cuarto, mientras Gilberto seguía desde lejos y con la cabeza baja aquel cuerpo inerte, y lo seguía con el abatimiento del asesino que marcha detrás de su víctima.

Cuando el señor de Jussieu llegó á la gradería exterior del departamento de la servidumbre, desembarazó á los jardineros de su carga, pues Andrea acababa de abrir los ojos.

El ruido de las voces y ese afán significativo que se nota siempre cuando ocurre alguna desgracia, atrajeron al señor de Taverney fuera del cuarto, y vió á su hija, vacilante aun, tratar de enderezarse para subir la escalera apoyándose en el señor de Jussieu.

Acudió pues, preguntando como el rey:

— ¿Qué hay? ¿qué hay?

— Nada, papá, respondió con débil voz Andrea; no es más que una ligera indisposición, un dolor de jaqueca.

— ¿Esta señorita es vuestra hija, caballero? preguntó el señor de Jussieu saludando al barón.

— Sí, señor.

— Entonces no puedo dejarla en mejores manos; pero os aconsejo que llaméis corriendo un médico.

— ¡Oh! esto no es nada, dijo Andrea.

Y Taverney repitió;

— Ciertamente, no es nada.

— Mucho me alegraré, dijo el señor de Jussieu; pero esta señorita estaba muy pálida.

Y con esto, después de haber dado el brazo á Andrea hasta lo alto de la gradería exterior, el señor de Jussieu se despidió.

El padre y la hija se quedaron solos.

Taverney, que durante la ausencia de Andrea había aprovechado bien el tiempo en hacer reflexiones, cogió de la mano á su hija, que permanecía en pie, la llevó á un sofá, hizo que se sentase, y se sentó él á su lado.

— Dispensad, papá, y tened la bondad de abrir la ventana, porque no puedo respirar.

— Es que quería hablar algo seriamente contigo, y en esta jaula que te han dado por habitación, de todas partes se oye hasta la respiración; pero no importa, yo hablaré bajito.

Y abrió la ventana.

En seguida volvió á sentarse al lado de su hija meneando la cabeza.

— Preciso es confesar, dijo, que el rey, que tanto interés nos manifestó en un principio, da muy pocas pruebas de galantería cuando consiente que vivas en este zaquizamí.

— Papá, respondió Andrea, en Trianón no hay donde albergarse, pues ya sabéis que es el gran defecto que tiene este sitio real.

— Que para otros no hubiera aposentos, dijo Taverney con una sonrisa insinuante, lo concibo; pero para ti, no lo concibo.

— Tenéis de mí una opinión demasiado buena,

papá, replicó Andrea sonriéndose; pero por desgracia no todo el mundo piensa así.

— Al contrario, cuantos te conocen opinan lo mismo que yo.

Andrea se inclinó como hubiera hecho con un extraño para darle las gracias, porque aquellos cumplidos de parte de su padre empezaban á causarle alguna inquietud.

— Supongo, continuó diciendo Taverney con tono almibarado, que el rey te conoce.

Y mientras hablaba asestó á la joven una mirada cuyo escudriñamiento era insufrible.

— ¿El rey? dijo la joven con el tono más natural del mundo; apenas me conoce, y según presumo, soy muy poca cosa para él.

El barón dió un bruceo al oír estas palabras.

— ¡Poca cosa! exclamó; de veras te digo que no te entiendo: conque poca cosa ¿eh? ¡Vaya un valor que das á tu persona!

Andrea miró á su padre con asombro.

— Si, sí, continuó el barón; lo digo y lo repito, es tanta tu modestia, que raya en olvido de tu dignidad personal.

— Señor, todo lo exageráis: es verdad que el rey se ha interesado por las desgracias de vuestra familia, y que se ha dignado hacer algo por nosotros; pero hay tantos infortunios en derredor del trono de S. M., derrama tantas larguezas su regia mano, que necesariamente debía recaer sobre nosotros el olvido después de hecho el beneficio.

Taverney miró fijamente á su hija, y no sin cierta admiración al ver su reserva é impenetrable discreción.

— Vamos, le dijo aproximándose á ella, querida Andrea, tu padre va á ser el primer pretendiente que se dirige á ti, y creo que no le desairarás.

Andrea miró entonces á su padre como pidiéndole una explicación.

— Vamos, continuó Taverney, todos te lo rogamos, aboga por nosotros, haz algo por tu familia.....

— ¿Pero á qué viene esto? ¿Qué es lo que queréis que haga? exclamó Andrea estupefacta al ver el tono con que se habían pronunciado aquellas palabras y el sentido que encerraban.

— Dime, ¿estás dispuesta á pedir algo para mí y tu hermano, sí ó no?

— Señor, respondió Andrea, haré cuanto me mandéis; pero, ¿no teméis que se nos tenga por demasiado codiciosos? Ya me ha regalado el rey un aderezo que, según vos, vale más de cien mil libras tornesas; además, S. M. ha prometido á mi hermano un regimiento, de suerte que absorbemos nosotros una parte considerable de los beneficios que dispensa la corte.

Taverney no pudo reprimir una risotada estridente y desdeñosa.

— ¿Es decir que está bien pagado?

— Ya sé, respondió Andrea, que vuestros servicios valen mucho, señor.

— ¿Y quién diablos te habla de mis servicios? exclamó Taverney perdiendo la paciencia.

— Pues entonces ¿de qué me habláis?

— ¡En verdad que es absurdo el papel de disimulada que estás haciendo conmigo!

— Pues, ¿qué tengo yo que disimular, Dios mio? preguntó Andrea.

— Mira que lo sé todo.

— ¿Y qué es lo que sabéis?

— Todo, te vuelvo á decir.

— ¿Todo?

— ¿Y qué es, señor?

Y, como por instinto, el rostro de Andrea se cubrió

de un vivo encarnado, producido por aquel ataque grosero dado á una conciencia tan púdica.

El respeto del padre hacia su hija detuvo á Taverney en la pendiente de sus interrogaciones, que tan resbaladiza se iba haciendo.

— Corriente, dijo, hazte cuanto te agrade la reservada y la misteriosa, como al parecer te haces; deja á tu padre y á tu hermano suspirar en la oscuridad del olvido; sea así, pero ten presentes mis palabras: cuando desde el principio no se adquiere imperio, se expone una á no tenerlo jamás.

Y Taverney hizo una pirueta sobre los talones.

— No os comprendo, señor, respondió Andrea.

— Está muy bien; si tú no me comprendes, me comprendo yo, dijo Taverney.

— Pero eso no basta cuando son dos los que hablan.

— Pues bien, hablaré con más claridad; emplea toda la diplomacia de que estás dotada naturalmente, y que es una virtud de la familia, en labrar la fortuna de tu familia y la tuya mientras se presenta la ocasión, y la primera vez que veas al rey, dile que tu hermano está esperando el diploma, y que tú te estás marchitando en un cuarto sin ventilación ni vistas; en una palabra, no seas tan ridícula que vayas á tener demasiado amor propio ó demasiado desinterés.

— Pero, señor.

— Dile eso al rey, y díselo esta misma noche.

— Pero ¿dónde queréis que yo vea al rey?

— Y añade que no es muy decente para S. M. el venir...

En el momento en que Taverney iba sin duda á sublevar con palabras más explícitas la tempestad que se formaba sordamente en el pecho de Andrea, y convocar una explicación que hubiese aclarado el misterio, se oyeron pasos en la escalera.

El barón calló al punto y corrió al pasamano para ver quien venía al cuarto de su hija.

Andrea vió con asombro á su padre arrimarse de espaldas á la pared.

Casi en el mismo momento entró en el pequeño aposento la Delfina acompañada de un hombre vestido de negro y apoyado en un largo bastón.

— ¡V. A.! exclamó Andrea reuniendo todas sus fuerzas para salir á recibir á la Delfina.

— Sí, enfermita, respondió la princesa, os traigo el consuelo y el médico. Venid, doctor; ¡Ah! señor de Taverney, continuó la princesa reconociendo al barón, vuestra hija está indispuesta, y no la cuidáis mucho.

— Señora, balbuceó Taverney.

— Venid, doctor, dijo la Delfina con aquella bondad encantadora que le era peculiar, venid, tomadle el pulso, examinad sus abatidos ojos, y decidme la enfermedad de mi protegida.

— ¡Oh! señora, señora, ¡cuántas bondades! murmuró la joven. ¿Cómo me atrevo á recibir á V. A. R...!

— En este chiribitil, querrás decir, querida mía. Tanto peor para mí, ya que os he dado tan mal aposento; pero ya lo remediaré. Vamos, hija mía, dad vuestra mano al doctor Luis, que es mi cirujano, y tened cuidado, porque es un filósofo que adivina y al mismo tiempo un sabio que ve.

Andrea alargó sonriendo la mano al doctor.

Este, joven aun, y cuya fisonomía inteligente revelaba todo lo que de él acababa de decir la Delfina, no había cesado, desde su entrada, de contemplar primero á la enferma, luego la localidad, y después la extraña cara del padre en que sólo estaba pintada la mortificación, y no la inquietud.

El sabio iba á ver, el filósofo quizá había adivinado ya.

El doctor Luis examinó largo rato el pulso de la joven, y preguntó á ésta ¿ qué era lo que sentía ?

— Una grande inapetencia, respondió Andrea; estremecimientos repentinos, vapores que se me suben al punto á la cabeza, espasmos, palpitaciones y desmayos.

El doctor se iba poniendo más serio á medida que hablaba Andrea.

Al fin soltó la mano de la joven y separó la vista.

— Y bien, doctor, dijo la princesa al médico, ¿ quid ? como dicen los que consultan. ¿ Corre peligro la enferma ? ¿ la desahuciáis ?

El doctor volvió á fijar la vista en Andrea, y la examinó otra vez en silencio.

— Señora, la enfermedad de esta señorita es de las más naturales.

— ¿ Y es peligrosa ?

— Ordinariamente no, respondió el doctor sonriendo

— ¡ Ah ! me alegro, dijo la princesa respirando con más libertad : no la atormentéis demasiado.

— ¡ Oh ! no la atormentaré nada absolutamente, señora.

— ¡ Cómo ! ¿ no le recetáis nada ?

— No hay nada que recetar para la enfermedad que padece la señorita.

— ¿ De veras ?

— De veras, señora.

— ¿ Nada ?

— Nada.

Y queriendo evitar una explicación más larga, el doctor se despidió de la princesa so pretexto de que tenía que visitar á otros enfermos.

— Doctor, doctor, dijo la Delfina, si lo que me decís no es solamente con el fin de tranquilizarme, entonces estoy yo mucho más enferma que la señorita

de Taverney. Así, cuando vengáis á visitarme esta noche, no dejéis de traerme los anises que me habéis prometido para hacerme dormir.

— Señora, así que vaya á casa, yo mismo los prepararé.

Y se marchó.

La Delfina se quedó al lado de su lectora.

— Tranquilizaos, querida Andrea, dijo con benévola sonrisa ; vuestra enfermedad no debe ser alarmante cuando el doctor se va sin recetaros nada.

— Tanto mejor, señora, replicó Andrea ; con eso nada interrumpirá mi servicio al lado de V. A. R., que es lo que más temía ; sin embargo, diga lo que quiera el médico, sufro mucho, señora, os lo juro.

— No debe ser muy grande ese mal cuando el médico se ríe de él. Acostaos pues, hija mía ; voy á enviaros una persona que os asista, puesto que noto que estáis sola. Señor de Taverney, tened la bondad de acompañarme.

Y diciendo esto, dió la mano á Andrea y salió después de haberla consolado, como prometió el entrar.

Los equívocos del señor de Richelieu

El duque de Richelieu, como hemos visto, se había dirigido á Luciennes con esa rápida decisión y esa inteligencia que caracterizaban al embajador de Viena y al vencedor de Mahón.

Llegó con semblante jovial y suelto, subió con la agilidad de un joven los escalones de la gradería de piedra, estiró las orejas á Zamora, como en los mejores días de su armonía, y forzó, por decirlo así, la puerta de aquel famoso retrete lorrado de raso azul, donde la pobre Lorenza había visto á la Dubarry disponiendo su viaje á la calle de San Claudio.

La condesa, recostada en su sofá, estaba dando al señor de Aiguillón sus órdenes matinales.

Ambos se volvieron al oír el ruido; y se quedaron atónitos al ver al mariscal.

— ¡ Señor duque! exclamó la condesa.

— ¡ Tío mío! exclamó el señor de Aiguillón.

— Efectivamente, señora; sí, soy yo mío.

— ¡ Cómo! ¿ sois vos?

— Yo mismo en persona.

— Más vale tarde que nunca, replicó la condesa.

— Señora, contestó el mariscal, cuando uno se va haciendo más viejo, se vuelve caprichoso.

— Que es lo mismo que decir que os habéis vuelto á apasionar de Luciennes.....

— Con un amor que solo me dejó por capricho. Eso es al pie de la letra, completáis mi pensamiento admirablemente.

— De suerte que volvéis.....

— De suerte que vuelvo; eso es, dijo Richelieu instalándose en el mejor sillón que había distinguido á la primera ojeada.

— ¡ Oh! oh! dijo la condesa; puede que haya aun alguna otra cosa que calláis; el capricho... no es gran cosa para un hombre como vos.

— Condesa, haríais mal en abrumarme; yo valgo más que mi reputación, y si valgo, es.....

— ¿ Por qué? preguntó la condesa.

— Porque tengo el mayor gusto en ello.

El señor de Aiguillón y la condesa soltaron una carcajada.

— ¡ Qué felices somos, dijo la condesa, en tener un poco de talento para comprender todo el vuestro!

— ¡ Cómo es eso!

— Sí, os juro que las personas imbéciles no comprenderían, se quedarían atontadas, y atribuirían á otra cosa el motivo de este cambio. Como soy Dubarry os digo, querido duque, que nadie os iguala en esto de entradas y salidas; Molé, el mismo Molé es un actor de palo comparado con vos.

— ¡ Conque no creéis, exclamó Richelieu, que vengo de todo corazón? Condesa, condesa, mirad lo que hacéis, porque voy á formar muy mala idea de vos. ¡ Oh! no te rías, sobrino, ó te llamo *Petrus*, y nada edificaré sobre ti.

— ¡ Ni un ministerio siquiera? preguntó la condesa. Y soltó otra carcajada con una franqueza que no trataba de disimular.

— Bueno, descargad, descargad, dijo Richelieu presentando la espalda; ¡ ay! yo no os devolveré los

golpes, porque soy demasiado viejo y ya no tengo medios de defensa. Abusad, condesa, abusad, pues es un placer que ahora no puede acarrearos ningún riesgo.

— Al contrario, tened cuidado, dijo Aiguillón: si mi tío os habla de su debilidad somos perdidos. No, señor duque, no os pegaremos, pues por muy débil que seáis ó pretendáis ser, nos devolveréis los golpes y con usura; no, la verdad es que nos alegramos de vuestra vuelta.

— Sí, dijo la loca de la condesa, y para festejar esa vuelta hacemos salva de cohetes, porque ya lo sabéis, duque....

— Yo no sé nada, señora, dijo el mariscal con tanta sencillez que parecía un niño.

— Pues bien, en los fuegos artificiales siempre hay alguna peluca chamuscada por las chispas, ó algunos sombreros agujereados por las varillas de los cohetes.

El duque se llevó la mano á la peluca y miró su sombrero.

— Eso es, eso, dijo la condesa; pero el hecho es que volvéis, y esto es lo mejor; por lo que hace á mi, estoy loca de alegría, como ha dicho el señor de Aiguillón; ¿queréis saber porqué?

— Condesa, condesa, ¿vais á decirme alguna otra picardía?

— Sí; pero sera la última.

— Pues bien, decidla.

— Estoy alegre, mariscal, porque vuestro regreso me anuncia buen tiempo.

Richelieu se inclinó.

— Sí, continuó diciendo la condesa, vos sois como esos pájaros poéticos que presiden á la calma; decidme cómo se llaman esos pájaros, señor de Aiguillón, vos que hacéis versos.

— Alciones, señora.

— Justamente. ¡ Ah! mariscal, espero que no os enfadaréis, si os comparo á un pájaro que tiene un nombre tan lindo.

— Me enfadaré tanto menos, madama, respondió Richelieu con su muequecita que anunciaba la satisfacción, y la satisfacción de Richelieu presagiaba siempre alguna travesura, me enfadaré tanto menos, cuanto que la comparación es exacta.

— Ya me lo parecía.

— Sí, traigo noticias buenas, excelentes.

— ¡ Ah! exclamó la condesa.

— ¿ Qué noticias son? preguntó de Aiguillón.

— ¡ Qué diantre! querido duque, mucha prisa tenéis, dijo la condesa: dejad al mariscal tiempo para forjarlas.

— No, el diablo me lleve si no puedo decíros las en seguida; porque están ya forjadas, y aun son de fecha antigua.

— Mariscal, si nos traéis cosas viejas....

— ¡ Pardiez! exclamó el mariscal; tomar ó dejar, condesa.

— Y bien; corriente, tomo.

— Condesa, parece que el rey ha caído en el lazo.

— ¿ En qué lazo?

— Sí, completamente.

— ¿ En qué lazo?

— En el que vos le habéis tendido.

— ¡ Yo! exclamó la condesa. ¿ Yo he tendido un lazo al rey?

— ¡ Pardiez! demasiado lo sabéis.

— No, bajo mi palabra quo no lo sé.

— ¡ Ah! condesa, no es amable el chasquearme de ese modo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

29975

— Os aseguro, mariscal, que no sé de qué habláis; así os suplico que os expliquéis.

— Sí, tío mío, explicaos, dijo de Aiguillon adivinando algún maligno designio bajo la sonrisa ambigua del mariscal; madama aguarda con impaciencia vuestra explicación.

El viejo duque se volvió hacia su sobrino, y dijo;

— ¡Pardiez! sería chasco que la condesa no os lo hubiese confesado, mi querido de Aiguillon. ¡Ah! en ese caso, la cosa sería aun más seria de lo que creía.

— ¿A mí, tío mío?

— ¿A él?

— ¡Sin duda, á tí; sin duda, á él! Vamos, condesa, sed franca; ¿le habéis confiado la mitad de vuestras pequeñas conspiraciones contra Su Majestad... á este pobre duque, que ha representado en ellas un papel tan interesante?

La Dubarry se puso encarnada; pues como era tan temprano y aun no se había puesto colorete ni lunares, era posible ponerse encarnada.

Pero ponerse encarnada era muy peligroso

— Me estáis mirando los dos con ojazos de admiración, dijo Richelieu, y por consiguiente es preciso que yo os instruya de vuestros propios negocios.

— Instruidnos, instruidnos, dijeron á un mismo tiempo el duque y la condesa.

— Pues bien, el rey, como es tan sagaz, lo ha penetrado todo, y habrá tenido miedo.

— ¿Y qué ha de haber penetrado? preguntó la condesa; en verdad, mariscal, que rabio de impaciencia.

— Como parece que estáis en buena inteligencia con mi gallardo sobrino....

Aiguillon se puso pálido y parecía querer decir á la condesa con la vista:

— Bien seguro estaba yo de que era alguna picardía.

Como las mujeres son en estos casos valientes, mucho más valientes que los hombres, la condesa aceptó desde luego el combate.

— Duque, dijo la Dubarry, temo los enigmas, cuando os ponéis á hacer el papel de la estinga, porque me parece que tarde ó temprano he de ser infaliblemente devorada. Sacadme de inquietud, y si es una chanza, permitidme que os diga es de mala ley.

— ¡De mala ley, condesa! al contrario, es excelente, exclamó Richelieu, no la mía, sino la vuestra.

— Cada vez comprendo menos, mariscal, dijo la Dubarry mordiéndose los labios con una impaciencia que su menudo pie hacia aun más visible.

— Vamos, vamos, dejémonos de amor propio, condesa, prosiguió diciendo Richelieu. Está bien; habéis temido que el rey se apasionase de la señorita de Taverny. ¡Oh! no lo neguéis, pues para mí está demostrado hasta la evidencia.

— ¡Oh! eso es muy cierto, y no tengo por qué ocultarlo.

— Y bien; habiendo temido eso, habéis querido, por vuestra parte, picar á su Majestad.

— No lo negaré. ¿Y qué más?

— Ya llegamos, condesa, ya llegamos. Pero, para picar á su Majestad, cuya epidermis es un poco correosa, era preciso algún *aguillon* muy fino... ¡Ah! ¡ah! hé ahí que se me escapó un piéaro equivoco (1). ¿Comprendéis?

Y el mariscal se echó á reír ó á fingir que reía á carcajadas, para observar mejor, en las convulsiones

(1) En español no hay equivoco; lo hay en el original francés en la palabra *aiguillon* (*aguillon*) que es el nombre del sobrino del mariscal.

de su hilaridad, la ansiosa fisonomía de sus dos víctimas.

— ¿En qué está el equivoco, tío mío? preguntó de Aiguillón, que fué el primero que se repuso y trataba de aparentar naturalidad.

— ¿No has comprendido? dijo el mariscal. ¡Ah! tanto mejor, porque era execrable. Y bien, quería decir que la condesa había querido dar celos al rey, y que para ello había escogido un señor de donoso talante, de talento, en fin, una maravilla de la naturaleza.

— ¿Quién dice eso? exclamó la condesa furiosa, como todo el que siendo poderoso no tiene razón.

— ¿Quién lo dice?... Todo el mundo, señora.

— Todo el mundo no es nadie; bien lo sabéis, duque.

— Al contrario, señora; todo el mundo es cien mil almas en Versalles solamente, seiscientas mil en París, veinticinco millones en el resto de Francia; y tened presente que no cuento la Haya, Hamburgo, Rotterdam, Londres y Berlín, donde se imprimen tantas gacetas como cuentecillos corren por París.

— ¿Y se dice en Versalles, París, el resto de Francia, la Haya, Hamburgo, Rotterdam, Londres y Berlín?...!

— Sí, señora, se dice que sois la mujer de más talento y más bonita que hay en Europa; dícese también que, gracias á esa ingeniosa estratagema de fingir que tenéis un amante....

— ¡Un amante! ¿y en qué se fundan para hacer una acusación tan estúpida?

— ¡Acusación! ¿qué es lo que decís, condesa? Admiración y nada más. Se sabe que en el fondo no hay tal cosa, pero se admira la estratagema; ¿y en qué se funda esta admiración, este entusiasmo? En vuestra conducta que revela talento, en vuestra acertada

táctica; se funda en que habéis fingido con un arte milagroso quedaros sola de noche; ya sabéis cuándo fué, la noche que yo me hallaba en vuestra casa, el rey igualmente, y también mi sobrino Aiguillón: la noche que yo salí primero, después el rey y mi sobrino Aiguillón en seguida.

— Y bien, acabad.

— Se fundan en que habéis fingido quedaros sola con Aiguillón, como si fuera vuestro amante; que le hicisteis salir sin ruido y muy de mañana de Luciennes, siempre como si se tratara de un amante; y esto de modo que dos ó tres imbéciles, dos ó tres papamoscas, como yo, por ejemplo, le viéramos para ir á pregonarlo; de suerte que el rey lo habrá sabido, habrá tenido miedo, y más que de paso habrá dejado á la chica de Taverney por no perderos.

La Dubarry y Aiguillón no sabían qué cara poner. Richelieu no los apuraba, sin embargo, ni con sus miradas, ni con sus gestos; al contrario, absorbían al parecer toda su atención su caja de tabaco y la pechera de la camisa.

— Porque al fin, siguió diciendo el mariscal sin dejar de dar papirotazos á la pechera, parece una cosa segura que el rey ha abandonado á esa chica.

— Duque, replicó la Dubarry, os declaro que no entiendo una palabra de todas vuestras aprensiones, y estoy segura de una cosa: que el rey, si le hablara de esto, no lo entendería mucho mejor que yo.

— ¿De veras? dijo el duque.

— Sí, de veras; y tanto vos como el mundo me atribuis mucha más imaginación que la que tengo, pues nunca he querido dar celos á S. M. por los medios que decís.

— ¡Condesa!

— Os lo juro.

— Condesa, la buena diplomacia, y no hay mejores diplomáticos que las mujeres, nunca confiesa que no le ha salido bien una astucia, porque, como yo he sido embajador, sé que hay un axioma en política que dice: « No decís á conocer á nadie que el medio os ha salido bien una vez, porque os puede salir bien dos veces. »

— Pero duque.....

— Todo está reducido á que el medio ha salido bien, y el rey está muy mal con todos los Taverney.

— En verdad, duque, exclamó la Dubarry, que tenéis un modo de suponer las cosas que en nadie sino en vos se conoce.

— ¡ Ah ! ¿ no queréis creer que el rey se ha indisputado con los Taverney ? preguntó el mariscal eludiendo la reyerta.

— No es eso lo que quiero decir.

Richelieu trató de coger la mano á la condesa.

— Sois un pájaro... le dijo.

— Y vos una culebra.

— ¡ Ah ! está bien, otra vez me apresuraré á traer os buenas noticias para que me premiéis de este modo.

— Tío, desengañaos, dijo con viveza Aiguillon, que habia conocido todo el alcance de la maniobra de Richelieu ; nadie os aprecia tanto como la condesa, y así me lo decía cuando vinieron á anunciar vuestra llegada.

— El hecho es, dicho el mariscal, que yo quiero mucho á mis amigos, y así he tratado de ser el primero que os trae la seguridad de que habéis triunfado, condesa. ¿ Sabéis que el barón de Taverney queria vender su hija al rey ?

— Creo que la ha vendido efectivamente, dijo la condesa.

— ¡ Oh ! ¡ qué astuto es ese hombre, señora ! Ese

si que es una culebra ; figuraos que yo me dejé embaucar por sus cuentos de amistad, de antigua confraternidad de armas. Siempre que atacan mi corazón, me atrapan ; y luego, ¿ cómo creer que ese Aristides de provincia venia expresamente á Paris para tratar de suplantar á Juan Dubarry, es decir, al hombre de más talento del mundo ? Bien ha sido preciso todo el afecto con que sirvo vuestros intereses, condesa, para recobrar un poco de sensatez y previsión ; pues os aseguro bajo palabra de honor que estaba ciego.

— ¿ Y habéis roto enteramente con él, á lo menos según decís ? preguntó la Dubarry.

— ¡ Oh ! enteramente roto, yo os respondo de ello. Le he arrojado tal zurra á ese buen perillán, que de seguro ha tomado ya su partido, y nos quedamos dueños del terreno.

— Pero ¿ y el rey ?

— ¿ El rey ?

— Sí.

— Sobre tres puntos he confesado á S. M.

— ¿ El primero ?

— El padre.

— ¿ El segundo ?

— La hija.

— ¿ Y el tercero ?

— El hijo. S. M. se ha dignado llamar al padre un... adulator ; á su hija una bachillera ; y en cuanto al hijo, S. M. no ha querido siquiera nombrarle, porque no se ha vuelto á acordar de él.

— Muy bien ; conque estamos ya desembarazados de toda la raza.

— Ya lo creo.

— ¿ Vale la pena de que los enviemos á su agujero ?

— Creo que no ; porque se hallan ya demasiado apurados.

— Y decís que ese hijo á quien el rey había prometido un regimiento.....

— ¡ Ah ! tenéis mejor memoria que el rey, condesa. Verdad es que el señor Felipe es un chico muy guapo que os asestaba muy muchas ojeadas, y aun algunas muy mortíferas. ¡ Diantre ! ya no es coronel, ni capitán, ni hermano de la favorita ; pero le queda la satisfacción de haberos merecido alguna distinción.

Y diciendo esto, trataba el viejo duque de arañar el corazón de su sobrino con las uñas de los celos.

Pero en aquel momento el señor de Aiguillón no pensaba en celos. Lo que hacía era tratar de explicarse el paso que acababa de dar el viejo mariscal y penetrar el verdadero motivo de su vuelta á Luciennes.

Al cabo de algunas reflexiones, se imaginó que sólo le había traído el viento del favor.

Hizo, pues, á la Dubarry una seña que el viejo duque vió en un gran espejo de pared, mientras se arreglaba la peluca, y al instante convidó la condesa á Richelieu á tomar el chocolate con ella.

Aiguillón se despidió haciendo mil cumplidos á su tío, cumplidos que le devolvió Richelieu.

Este último se quedó solo con la condesa junto al velador que acababa de preparar Zamora con todo lo necesario.

El mariscal miraba todo aquel manejo de la favorita murmurando en voz baja :

— Hace veinte años hubiera mirado el reloj diciendo : « Es preciso que sea ministro dentro de una hora, » y lo hubiera sido.

Luego continuó, siempre hablando consigo mismo :
— ¡ Qué cosa tan tonta es la vida ! Durante la primera parte el cuerpo sirve á la mente, y durante la segunda, la mente, que es la única que sobrevive, se convierte en lacayo del cuerpo. Esto es absurdo.

— Querido mariscal, dijo la condesa interrumpiendo el monólogo interior de su huésped ; ahora que somos buenos amigos, y sobre todo ahora que no estamos más que los dos, decidme por qué os tomasteis tanta molestia en empujar esa remilgada hacia el techo del rey.

— Eso es lo que yo me pregunto á mí mismo, y á fe mía os digo que no lo sé, respondió Richelieu llevándose á los labios la jicara de chocolate.

consuelo en el silencio y el olvido, en ese sueño de los espíritus activos; y además, la soledad de Taverney, que atestiguaba la decadencia de las cosas igualmente que la ruina de los individuos, tenía algo de filósofo que hablaba poderosamente al corazón del joven.

Pero lo que Felipe sentía más especialmente era el no poder ya contar con el apoyo de su hermana, ni con sus consejos tan acertados casi siempre, aunque dictados más bien por el orgullo que por la experiencia; porque las almas nobles tienen la circunstancia notable y eminente de remontarse naturalmente sobre el vulgo, y de libertarse á menudo, por su misma elevación, de las mortificaciones, las heridas y los lazos, lo cual no siempre logran evitar con su astucia los insectos humanos de un orden inferior por habituados que estén á bordear, emplear ardidés y meditar en el fango.

Así que Felipe sintió el fastidio, le acometió el desaliento, y sufría tanto en su aislamiento, que no quiso creer que Andrea, aquella mitad de sí mismo, pudiese ser dichosa en Versalles, cuando él, que era la mitad de Andrea, padecía tanto en Reims.

Escribió pues al barón la carta que ya conocemos, y en que le anunciaba su próximo regreso. Esta carta no admiró á nadie, y menos al barón; antes al contrario, lo que le admiraba era que Felipe hubiese tenido la paciencia de aguardar tanto, cuando él estaba en ascuas, y hacía quince días que cada vez que veía á Richelieu le suplicaba que apresurase el desenlace de la aventura.

No habiendo recibido Felipe el real despacho en el plazo que él mismo se había fijado, se despidió de sus oficiales sin dejar traslucir que notaba su desdén y sus sarcasmos, aunque disimulados por la urbanidad que en aquella época era aun una virtud francesa, y por el

VI
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
El regreso

El señor de Richelieu sabía á qué atenerse respecto de Felipe, y había podido anunciar á ciencia cierta su regreso; porque aquella misma mañana, al salir de Versalles para ir á Luciennes, lo había encontrado en la carretera, en dirección á Trianón, y había pasado bastante cerca de él para notar en su rostro todos los síntomas de la tristeza y la inquietud.

En efecto, Felipe, olvidado en Reims, después de haber pasado por todos los grados del favor, después de la indiferencia y del olvido; Felipe, disgustado de recibir primero las muestras de amistad de todos los oficiales celosos de sus ascensos, luego, hasta las atenciones de sus superiores; Felipe, á medida que el disfabor había marchitado con su soplo tan brillante fortuna, se había disgustado de ver las amistades convertidas en frialdad, las atenciones en soñones; y, en aquella alma tan delicada, el dolor había tomado todos los caracteres del pesar.

Por consiguiente Felipe echaba mucho de menos su tenencia de Estrasburgo, cuando la Delfina había entrado en Francia; echaba de menos sus buenos amigos, sus compañeros; pero lo que más particularmente echaba de menos era el interior tranquilo y puro de la casa paterna junto al hogar cuyo gran sacerdote era La Brie. Allí cualquier pena hallaba

respeto natural que inspira siempre un hombre de corazón.

En consecuencia, en la misma hora que él se había fijado para ponerse en marcha, y hasta la que se había propuesto esperar su real despacho con más temor que deseo de que llegase, montó á caballo y tomó el camino de París.

Los tres días que tuvo que emplear en su viaje le parecieron mortalmente largos, y cuanto más se aproximaba á su término, tanto más espantosas proporciones tomaba en su imaginación el silencio de su padre, y sobre todo el de su hermana, que tanto le había prometido escribirle á lo menos dos veces por semana.

Felipe llegó á Versalles á eso de medio día, como ya hemos dicho, cuando el señor de Richelieu salía de él; pues el joven había caminado parte de la noche, habiendo dormido solamente unas cuantas horas en Melán; por lo demás, iba tan distraído que no vió al señor de Richelieu en su carruaje, ni aun siquiera conoció su librea.

Dirigióse en derechura hacia la verja del parque en que se había despedido de Andrea el día de su marcha, cuando la joven, sin tener motivo para afligirse, puso que la prosperidad de la familia llegaba á su colmo, sentía sin embargo agolparse á su cerebro los proféticos vapores de una tristeza incomprensible.

Así es que aquel día Felipe se vió asaltado por una credulidad supersticiosa en los pesares de Andrea; pero poco á poco la imaginación volvió á enseñorearse de sí misma, sacudió el yugo, y por una extraña casualidad Felipe era quien, sin razón, volvía á los mismos sitios presa de igual inquietud, y sin encontrar, ¡ay! consuelo probable para aquella tristeza

insufrible que parecía un presentimiento á falta de causa.

En el momento en que su caballo, lanzado á galope sobre los guijarros del empedrado, despedía un reguero de chispas, salió del seto de ojaranzos un joven á quien sin duda atrajo aquel ruido.

Era Gilberto, que tenía una podadera en la mano. El jardinero conoció á su amo antiguo.

Felipe, por su parte, también conoció á Gilberto.

Hacía un mes que éste andaba como alma en pena, sin saber dónde hacer alto.

Aquel día, como era tan hábil en la ejecución de sus pensamientos, estaba ocupado en escoger puntos de vista en las calles de árboles, desde donde pudiera divisar el pabellón ó la ventana de Andrea para estar mirando constantemente aquella casa sin que nadie notara su distracción, sus estremecimientos y suspiros.

Con la podadera en la mano, para aparentar que hacia algo, recorría los bosquecillos y acirates, cortando aquí ramos llenos de flores, so pretexto de podar, arrancando allá la corteza sana de tiernos tilos, so pretexto de quitar la resina y la goma, y siempre escuchando, siempre mirando, deseando y lamentándose.

El joven se había puesto pálido en el mes que acababa de trascurrir, y sólo aparecían en su rostro signos de juventud por el brillo extraordinario que despedían sus ojos y la blancura mate de su tez; pero su boca, crispada por el disimulo, su mirada oblicua, y la temblona movilidad de los músculos de su cara, pertenecían ya á los años más sombríos de la edad madura.

Ya hemos dicho que Gilberto había reconocido á Felipe, y que al reconocerlo hizo un movimiento para volverse á los talleres; pero Felipe dirigió el caballo hacia él gritando:

— ¡Gilberto! ¡eh! ¡Gilberto!

El primer impulso de Gilberto había sido huir, de manera que á haber trascurrido un segundo más, el vértigo del terror, y ese delirio inexplicable que los antiguos, que á todo buscaban una causa, atribuían al dios Pan, se hubieran apoderado de él y arrastrádole como un loco por las calles de los árboles, por los bosquecillos, á través de los setos de ojaranzos y aun de los estanques. Pero afortunadamente llegó á los oídos y penetró en el alma del joven montaraz la palabra llena de dulzura pronunciada por Felipe.

— ¿Conque no me reconoces, Gilberto? le gritó Felipe.

Gilberto comprendió su locura y se paró; luego volvió atrás, pero con lentitud y desconfianza.

— No, caballero, respondió temblando; no os había reconocido; os había tomado por un guarda, y como no me hallo en mi labor, temí ser reconocido aquí y que me anotasen para castigarme.

Felipe se contentó con esta explicación, echó pie á tierra, tomó las bridas de su caballo en una mano, y poniendo la otra sobre el hombro de Gilberto, que se estremeció visiblemente, le dijo:

— ¿Qué tienes, Gilberto?

— Nada, señor, respondió éste.

Felipe se sonrió con tristeza, diciendo:

— Tú no nos amas ya, Gilberto.

El joven mozo se volvió á estremecer.

— Sí, lo comprendo, continuó Felipe, mi padre te ha tratado con injusticia y dureza, ¿pero yo, Gilberto?

— ¡Oh! vos... murmuró el joven.

— Yo siempre te he querido y apoyado.

— Es verdad.

— Así, olvida el mal por el bien; también mi hermana ha sido siempre buena para tí.

— ¡Oh! no, lo que es eso no, se apresuró á decir Gilberto con una expresión que nadie hubiera podido comprender; porque encerraba una acusación contra Andrea y una excusa en favor de sí mismo; porque estallaba como el orgullo, y al mismo tiempo gemía como un remordimiento.

— Sí, sí, dijo á su vez Felipe, lo comprendo, mi hermana es un poco altanera, pero tiene un fondo excelente.

Luego, después de una pausa, porque toda esta conversación sólo se había entablado para retardar una entrevista que temía por presentimiento, dijo:

— Oye, Gilberto, ¿sabes dónde está mi buena Andrea?

Este nombre hirió dolorosamente el corazón á Gilberto, y respondió con voz ahogada:

— Según presumo debe estar en su habitación, señor... ¿Cómo queréis que yo sepa?...

— ¿Sola, como siempre? eso es muy fastidioso. ¡Pobre hermana! interrumpió Felipe.

— Lo que es en este momento debe estar sola, según todas las probabilidades, pues desde que huyó Nicole....

— ¿Cómo! ¿Nicole ha huido?

— Sí, señor, con su novio.

— ¿Con su novio?

— Al menos según presumo, dijo Gilberto, quien conoció que había andado demasiado precipitado. Así se dice entre la servidumbre.

— En verdad, Gilberto, dijo Felipe cada vez más alarmado, que no entiendo una palabra de todo eso. Hay que arrancarte las palabras. Vamos, sé un poco amable, porque tienes talento, y no te falta distinción

natural; no eches á perder estas buenas cualidades fingiendo hurañería y usando una rudeza que ni sienta bien á tu condición ni á ninguna.

— Es que yo no sé todo lo que me preguntáis, señor, y si reflexionáis veréis que no puedo saberlo. Todo el día estoy trabajando en los jardines, y no sé lo que pasa en palacio.

— Sin embargo, Gilberto, yo creía que tenías ojos.

— ¿Yo?

— Sí, y que te interesabas por los que llevan mi mismo apellido; porque al fin, por mala que fuese la hospitalidad de Taverney, lo cierto es que has disfrutado de ella.

— Por eso mismo, señor Felipe, me intereso mucho por vos, dijo Gilberto con voz estridente y ronca, porque la musedumbre de Felipe y otro sentimiento que éste no podía adivinar, habían ablandado aquel corazón feroz; sí, os quiero, y por eso os digo que la señora está muy mala.

— ¡Muy mala! ¡Mi hermana muy mala! exclamó Felipe con arrebató; ¡muy mala mi hermana, y no me lo has dicho desde luego!

Y dejando el paso mesurado para tomar el de la carrera, preguntó:

— ¿Y qué tiene, Dios mío?

— ¡Pardiez! dijo Gilberto, no se sabe.

— ¿Pero al fin?.....

— No hay más sino que hoy se ha desmayado tres veces en los jardines, y á estas horas la ha visitado el médico de la señora Delfina, y el señor barón también.

Felipe no quiso oír más; conoció que sus presentimientos se habían realizado, y en presencia del peligro real y efectivo recobró todo su valor.

Entregó el caballo á Gilberto, y corrió á todo escape hacia el edificio donde se alojaba la servidumbre.

Gilberto, habiendo quedado solo, condujo precipitadamente el caballo á las cuadras, y huyó como esos pájaros salvajes ó maléficos que jamás quieren permanecer al alcance del hombre.

el suelo sin ruido y casi sin movimiento, cual si fuera un silfo.

Quería penetrar por sí mismo, con esa solicitud particular á los que aman, la enfermedad por medio de sus síntomas; pues sabía que Andrea era tan tierna y tan buena, que así que le hubiese visto y oído, compendría su semblante y ademanes á fin de no alarmarle.

Entró, pues, empujando tan suavemente la puerta vidriera, que Andrea no lo sintió, de suerte que se halló en medio del cuarto sin que su hermana sospechara nada.

De consiguiente Felipe tuvo tiempo para mirarla, para ver su palidez, su inmovilidad y atonía; sorprendió la extraña expresión de aquellos ojos que se abismaban en el vacío, y más alarmado que lo que él mismo creía poder estarlo, se le ocurrió al punto la idea de que la moral tenía una notable parte en los padecimientos de su hermana.

Á aquel aspecto que helaba su corazón, Felipe no pudo reprimir un movimiento de espanto.

Andrea alzó los ojos, y dando un gran grito, se enderezó como una muerta que resucita, y corrió sin aliento á arrojarle al cuello de su hermano.

— ¡Tú, Felipe! ¡Tú!... exclamó, y le faltaron las fuerzas para proseguir.

Por otra parte, ¿qué otra cosa podía decir, si sólo pensaba en eso?

— Sí, sí, soy yo, respondió Felipe abrazándola y sosteniéndola, porque conocía que se doblegaba entre sus brazos; yo que estoy de vuelta y te encuentro mala. ¡Ah! pobre hermana, ¿qué tienes?

Andrea se puso á reír con una risa nerviosa que alligó á Felipe en vez de tranquilizarle como la enferma lo hubiera querido.

VII

El hermano y la hermana

Felipe halló á su hermana recostada en el pequeño sofá de que ya hemos hablado.

Al entrar en la antesala notó que Andrea, que tanto amaba las flores, las había retirado todas; porque desde su indisposición, su perfume le causaba dolores insoportables, y atribuía á esa irritación de las fibras todos los males que padecía de quince días á aquella parte.

En el momento de entrar Felipe, Andrea estaba soñando; su hermosa frente cargada de una nube se inclinaba pesadamente, y sus ojos vacilaban en su órbita dolorosa; tenía los brazos colgando, y aunque en esta postura debiera la sangre descender á sus manos, estaban éstas blancas como el alabastro.

Era tanta su inmovilidad que no parecía viva, y que para convencerse de que no estaba muerta, era preciso oirla respirar.

Felipe siguió marchando cada vez con más rapidez desde el momento en que le había anunciado Gilberto que su hermana estaba enferma, de suerte que llegó jadeando hasta el pie de la escalera; pero allí había hecho alto, había recobrado la razón, y subió los escalones con paso más sosegado, de modo que en el umbral del cuarto, no hacía más que poner el pie en

— ¿Que qué tengo, me preguntas? ¿Tengo cara de estar mala, Felipe?

— ¡Oh! sí, Andrea: estás muy pálida y tiembles.

— ¿Pero en qué lo conoces, hermano mío? Ni siquiera estoy indispueta: ¡Dios mío! ¿Quién te ha informado tan mal? ¿Quién ha cometido la necedad de alarmarte? En verdad que no sé qué es lo que quieres decir, y me siento buena á excepción de algunos vahidos que me acometen y que se me quitarán con la misma facilidad con que me han entrado.

— ¡Oh! pero estás tan pálida, Andrea.....

— ¡Tengo yo por lo regular mucho color!

— No, pero á lo menos estabas animada, mientras que hoy.....

— No es nada.

— Mira, mira, hace poco que te echaban fuego las manos, y ahora están más frías que el hielo.

— Nada tiene de particular, Felipe, porque cuando te vi entrar.....

— ¿Qué?

— Sentí una gran sensación de alegría, y la sangre se me ha agolpado al corazón; á eso está reducido todo.

— Pero si te tambaleas, y si no fuera por mí no te tendrías en pie, Andrea.

No, lo que hago es abrazarte; ¿no quieres que te abrace, Felipe?

— ¡Oh! querida Andrea!

Y estrechó á la joven contra su corazón.

En el mismo instante sintió Andrea que volvían á faltarle las fuerzas, y en vano trató de sostenerse asida al cuello de su hermano; dejó deslizarse las manos tías y casi muertas, y cayó sobre el sofá, más blanca que las cortinas de muselina en que se delineaba su linda figura.

— ¿Lo ves? lo ves como me engañabas? exclamó Felipe... ¡Ah! querida hermana, tú padeces, tú estás mala!

— ¡El frasquito, el frasquito! murmuró Andrea obligando á la expresión de su rostro á manifestar una sonrisa que la acompañaba hasta la muerte.

Y con sus apagados ojos, y su mano que apenas podía levantar, mostraba á Felipe un frasquito colocado en el ropero que había junto á la ventana.

Felipe se precipitó hacia aquel mueble, sin apartar la vista de su hermana, á quien dejaba con sentimiento.

En seguida abrió la ventana, volvió con el frasquito, y lo aplicó á la crispada nariz de la joven.

— Bien, bien, dijo respirando con ansia el aire y la vida, ya ves que resucito; vamos, ¿crees que estoy muy mala? Habla.

Pero Felipe ni siquiera pensaba en responder; lo que hacía era mirar á su hermana.

Andrea fué restableciéndose poco á poco, se enderezó en el sofá, cogió con sus sudosas manos las de Felipe que temblaban, endulzóse su mirada, la sangre volvió á colorear sus mejillas, y parecía que nunca había estado tan bonita.

— ¡Ah! Dios mío! dijo; ya ves, Felipe, que se ha pasado, y apuesto que á no ser por la sorpresa que me has causado, aunque con tan buena intención, no hubieran vuelto á presentarse los espasmos y ya estaría curada; pero llegar de ese modo á mi vista, ya lo sabes, Felipe; venir á verme así cuando te quiero tanto... ¡tú! ¡tú! que eres el móvil de mi vida, es querer matarme aun cuando estuviera buena.

— Sí, todo eso es muy gracioso y hechicero, Andrea; pero entretanto, te ruego que me digas á qué atribuyes esa indisposición.

— ¿Qué sé yo, amigo mío? Á la vuelta de la pri-

mavera, á la estación de las flores, pues bien sabes tú que sufro de los nervios; ayer ya me ha sofocado el olor de las lilas de Persia que están en el parterre; ya sabes qué embriagador aroma se desprende de esas magníficas azucenas que se balancean á las primeras brisas del año. Y bien; ayer... ¡Oh! Dios mío! mira, Felipe, no quiero pensar en ello, porque creo que me repetiría el mal.

— Si, tienes razón, puede ser que nazca de ahí, porque las flores son muy peligrosas. ¿Te acuerdas que, siendo niño, se me ocurrió la idea, allá en Taverny, de rodear mi cama de una franja de lilas cortadas en el seto, y que decíamos los dos que era hermosa como un altar? Recordarás también que á la mañana siguiente no me despertaba, que todos me creían muerto, excepto tú que de ningún modo quisiste comprender que te hubiese dejado de aquel modo sin decirte adiós; y tú, pobre Andrea, tú que á la sazón apenas tenías seis años, fuiste la única que me hiciste volver en mí á fuerza de besos y lágrimas.

— Y de aire, Felipe, porque en estos casos lo que se necesita es aire; y ese parece que siempre me falta á mí.

— ¡Ah! hermana mía, habrás olvidado eso, y habrás mandado ponerte flores en tu cuarto.

— No, Felipe, te aseguro que no; hace más de quince días que no ha entrado aquí una margarita, y ¡cosa extraña! yo que tenía tanta pasión por las flores, ahora las aborrezco; pero dejemos las flores. Conque he tenido jaqueca; la señorita de Taverny ha tenido jaqueca, querido Felipe, ¡y qué dichosa es esta señorita de Taverny!... pues con esa jaqueca, que ha producido su desmayo, ha interesado en su suerte á la corte y la ciudad.

— ¡Cómo así!

— Como lo oyes; la señora Delfina ha tenido la bondad de venir á verme. ¡Oh! Felipe, ¡qué protectora tan buena, qué amiga tan cariñosa es la señora Delfina! Me ha cuidado y mimado, me ha traído su médico de cámara, y cuando ese grave personaje, cuyos fallos son infalibles, me tomó el pulso y miró los ojos y la lengua; ¿sabes hasta dónde ha llegado mi suerte?

— No.

— Pues bien; nos salimos pura y simplemente conque yo no tenía ninguna enfermedad, y que el doctor Luis no me ha recetado una poción ó una píldora siquiera, y eso que según dicen, todos los días está cortando brazos y piernas, que es un horror. Así, ya ves, Felipe, que estoy completamente buena. Ahora dime, ¿quién te ha alarmado de ese modo?

— Ese tontuelo de Gilberto.

— ¿Gilberto? replicó Andrea con un movimiento de visible impaciencia.

— Sí, me ha dicho que estabas muy mala.

— ¿Y tú has dado crédito á ese idiota, á ese holgazán que sólo sirve para hacer mal, ó decirlo?

— ¡Andrea! ¡Andrea!

— ¿Qué hay?

— Te vuelves á poner pálida.

— No, sólo que ese Gilberto me irrita los nervios; no basta que tropiece con él en mi camino, sino que también he de oír hablar de él cuando no lo tengo delante.

— Vamos, te vuelves á desmayar.

— ¡Oh! sí, sí, Dios mío!... Pero es que también.... Y los labios de Andrea se pusieron descoloridos, quedando cortada su voz.

— ¡Vaya una cosa extraña! murmuró Felipe.

Andrea hizo un esfuerzo, y dijo:

— No, no es nada; no hagas caso de todos estos

mareos y vapores ; ya ves cómo me tengo firme en mis pies, Felipe. Mira, si me creyeses, iríamos á dar un paseito juntos, y en diez minutos estaría curada.

— Creo que te haces ilusiones acerca de tus fuerzas, Andrea.

— No, aun cuando estuviese muriendo, la vuelta de mi hermano me daría la salud. ¿Quieres que demos un paseo, Felipe ?

— Dentro de un momento, querida Andrea, respondió Felipe, deteniendo suavemente á su hermana. Todavía no me has tranquilizado completamente, deja que te repongás.

— Corriente.

Andrea se dejó caer sobre el sofá arrastrando consigo á Felipe que la tenía cogida por la mano.

— ¿Y cómo es que te veo, continuó diciendo Andrea, así de repente, sin darme antes ninguna noticia ?

— Dime tú antes, querida Andrea, ¿por qué has cesado en escribirme ?

— Sí, es verdad ; pero sólo hace algunos días.

— Desde hace unos quince días, Andrea.

Andrea bajó la cabeza.

— ¿Perezosa ! dijo Felipe con tono de dulce reconvencción.

— No, Felipe, sino que estaba mala. Mira, tienes razón, mi indisposición data del día en que dejaste de recibir noticias mías ; desde ese día empezaron á cansarme las cosas que más quería, y todo me disgustaba.

— En medio de todo, estoy muy contento por lo que dijiste hace poco.

— ¿Qué dije ?

— Que eres muy dichosa ; tanto mejor, pues si te quieren aquí y piensan en tí, no me sucede á mí lo mismo.

— ¿Á tí ?

— Sí, á mí, porque todos me han olvidado, hasta mi hermana.

— ¿Oh ! Felipe.....

— ¿ Creerás, querida Andrea, que desde que marché, á pesar de que me dijeron corría tanta prisa, no he recibido noticia alguna de ese regimiento de que iba á tomar posesión, y que el rey me había prometido por conducto del señor de Richelieu y aun de papá ?

— ¿ Oh ! no me admiro de eso, dijo Andrea.

— ¿ Cómo que no te admiras ?

— No. Si tú supieras, Felipe... el señor de Richelieu y papá están enteramente trastornados, y parecen dos cuerpos sin alma. En verdad que no entiendo el modo de vivir de esa gente. Por la mañana va papá en busca de su antiguo amigo, que es como le llama, le persigue en Versalles, hasta en la cámara del rey, y después vuelve á esperarle aquí, donde emplea el tiempo en hacerme preguntas que no entiendo. Pasa el día y no obtiene las noticias que desea ; y entonces se enfurece papá, diciendo que el duque le hace andar de acá para allá, que le vende. Y yo pregunto, ¿en qué le vende el duque ? Lo cierto es que no sé una palabra, y te confieso que tengo poco empeño en saberlo. Por lo demás, el barón vive como un alma en el purgatorio, siempre esperando una cosa que no le traen, ó alguna persona que nunca viene.

— ¿ Pero y el rey, Andrea, y el rey ?

— ¿ Cómo el rey ?

— Sí, el rey que tan dispuesto se mostraba en nuestro favor.

Andrea miró en torno suyo con timidez.

— ¿ Qué es eso ?

— Escúchame. El rey... hablemos bajo... me parece muy caprichoso, Felipe. Al principio me manifestó S. M., como ya sabes, mucho interés, lo mismo que á

ti, á papá y á toda la familia; pero de pronto se ha enfriado ese interés, sin que yo pueda adivinar porqué ni cómo. Lo cierto es que S. M. no me mira, hasta me vuelve la espalda, y que ayer, cuando me desmayé en el jardín....

— ¡ Ah! mira como Gilberto tenía razón! ¿ conque te desmayaste, Andrea?

— ¿ Qué necesidad tenía ese miserable de Gilberto de decirte eso, y quizá de decirlo á todo el mundo? ¿ Qué le importa que me desmaye ó no? Bien sé, querido Felipe, añadió Andrea riéndose, que no es político desmayarse en la residencia de un rey, pero al fin no se desmaya una por gusto, ni yo lo hice expresamente.

— ¿ Pero quién te lo critica, querida hermana?

— ¿ Quién ha de ser? El rey. Sí; S. M. desembocaba del gran Trianón por el verjel, precisamente en el momento fatal. Yo estaba hecha una tonta, una estúpida, tendida en un banco, en brazos del bondadoso señor de Jussieu, quien me socorria lo mejor que podía, cuando el rey me divisó. Ya sabes, Felipe, que el desmayo no priva enteramente del conocimiento, y que se acuerda el que lo padece de lo que ha pasado á su alrededor; pues bien, cuando el rey me vió, aunque al parecer yo no sentía nada, creí notar que frunció el entrecejo, se miró furioso y dijo entre dientes algunas palabras descorteses. En seguida se fué S. M. muy escandalizado, supongo, de que me hubiese propusado á ponerme mala en sus jardines; y ya ves, Felipe, que yo no tenía la culpa.

— ¡ Pobre hermana mía! dijo Felipe estrechando afectuosamente las manos de Andrea, demasiado conozco que no era culpa tuya; ¿ y qué más? ¿ qué más?

— Nada más, amigo mío, y el señor Gilberto hubiera hecho bien en no andar con comentarios.

— Vamos, vuelves á cebarte en ese pobre muchacho.

— ¡ Oh! sí, es muy buena alhaja, ya puedes tomar su defensa.

— Andrea, te pido por favor que no seas tan cruel con ese muchacho; porque siempre estás ajando su amor propio y dándole sofiones, como yo mismo te he visto hacerlo... ¡ Oh! Dios mío! ¿ qué es lo que tienes, Andrea?

Esta vez Andrea cayó de espaldas sobre los almohadones del sofá sin proferir una palabra, y no bastó el frasquito para hacerla volver en sí; de manera que fué preciso aguardar á que pasase el desmayo y que se restableciese la circulación de la sangre.

— Decididamente, murmuró Felipe, tú estás mala, querida hermana, y tanto que asustarias á hombres más serenos que yo lo soy, cuando se trata de tus males; dí lo que quieras, pero me parece que tu indisposición no merece que se la trate con la ligereza que tú afectas.

— Pero el médico ha dicho....

— El dicho del médico ni me convence ni me convencerá jamás, mientras no le hable yo mismo. ¿ Dónde se puede ver á ese médico?

— Viene todos los dias á Trianón.

— Pero ¿ á qué hora viene? ¿ Por la mañana?

— Por la mañana y por la tarde, cuando está de servicio.

— ¿ Y está hoy de servicio?

— Sí, amigo mío; y á las siete en punto de la tarde, porque es exacto, subirá la gradería que conduce á los aposentos de la señora Delfina.

— Bien está, dijo Felipe más tranquilo; lo esperaré en tu cuarto.

Equivocación

Felipe prolongó la conversación con mucha naturalidad, aunque no sin dejar de mirar al soslayo á su hermana, la cual trataba por su parte de dominarse bastante á fin de no volver á inquietarle con nuevos desmayos.

Felipe habló mucho de sus chascos, del olvido del rey, de la inconstancia del señor de Richelieu, y así que oyó dar las siete, salió corriendo, cuidándose muy poco de que Andrea adivinara lo que él iba á hacer.

Se fué en derecha al pabellón de la reina, y se paró á una distancia bastante larga para no ser interpelado por los que estaban de servicio, y bastante cerca para que nadie pudiera pasar sin que él le reconociese.

Aun no hacia cinco minutos que estaba allí cuando vió dirigirse hacia él la figura tiesa y casi majestuosa del médico que le habia diseñado Andrea.

El día iba declinando, y á pesar de la dificultad con que ya se podía leer, el digno doctor iba hojeando un tratado que acababa de publicarse en Colonia sobre las causas y los resultados de las parálisis del estómago. Poco á poco iba faltándole la luz, y el doctor adivinaba más bien que leía, cuando un cuerpo ambulante y opaco acabó de interceptarle la poca luz que quedaba á los ojos del sabio médico.

Entonces levantó la cabeza, y viendo un hombre delante de sí, le preguntó:

— ¿Qué se os ofrece?

— Perdonad, caballero, respondió Felipe; ¿es el doctor Luis á quien tengo el honor de hablar?

— Sí, señor, contestó el doctor cerrando su libro.

— Entonces, permitidme que os diga dos palabras.

— Caballero, dispensadme, pues mi servicio me llama al cuarto de la señora Delfina, y como ya es hora, no puedo retardarme.

— Caballero... (y Felipe hizo un ademán de precatório para oponerse al paso del médico), la persona para quien solicito vuestros cuidados, es también del servicio de la señora Delfina, y está muy mala, mientras que la Delfina no lo está.

— Primeramente, ¿de quién me habláis? preguntó el médico.

— De una persona en cuyo cuarto habéis sido introducido por la Delfina misma.

— ¡Ah! ¡ah! ¿habláis acaso de la señorita Andrea de Taverney?

— Justamente, caballero.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó el doctor levantando vivamente la cabeza para examinar al joven.

— Pues sabed que está muy mala.

— Sí, tiene espasmos, ¿no es verdad?

— Sí, señor, tiene desmayos continuos. Hoy, en el espacio de algunas horas se desmayó en mis brazos tres ó cuatro veces.

— ¿Está peor acaso?

— ¡Ay! no lo sé; pero ya comprenderéis, doctor, que cuando se ama á una persona...

— ¿Amáis á la señorita Andrea de Taverney?

— ¡Oh! la amo más que mi vida.

Felipe pronunció estas palabras con tanta exaltación

de amor fraternal, que el doctor Luis se equivocó en su significado.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ conque vos sois ?...

El médico se detuvo perplejo.

— ¿ Qué queréis decir, caballero ? preguntó Felipe.

— ¿ Que si vos sois ?...

— ¿ El qué, caballero ?

— ¡ Pardiéz ! el amante, dijo el doctor con impaciencia.

Felipe retrocedió dos pasos llevando la mano á la frente y poniéndose pálido como un muerto.

— ¡ Cuidado, caballero, dijo, que estáis insultando á mi hermana !

— ¿ Á vuestra hermana ? ¿ Es vuestra hermana la señorita de Taverney ?

— Sí, señor, y creía no haber dicho nada que pudiese dar lugar á una equivocación tan extraña de vuestra parte.

— Perdonad, caballero ; la hora en que os acercáis á mí, el aire misterioso con que me dirigís la palabra... supuse que un interés más tierno aun que el interés fraternal.

— ¡ Oh ! no habrá amante ni marido que profese á mi hermana un amor más tierno que el que yo le profeso.

— Muy bien ; en ese caso comprendo el que os haya ofendido mi suposición, y os pido mil perdones : tened á bien permitirme, caballero...

Y el doctor hizo movimiento para pasar.

— Doctor, insistió Felipe, os suplico que no me dejéis sin haberme tranquilizado acerca del estado de mi hermana.

— Pero ¿ por qué os habéis alarmado ?

— ¡ Dios mío ! por lo que he visto.

— ¿ Habréis visto síntomas que anuncian una indisposición ?...

— Grave, doctor.

— Según.

— Escuchadme, doctor ; aquí hay alguna cosa extraña, y cualquiera diría que no queréis ó no os atrevéis á responder.

— Más bien debéis suponer, caballero, que como estoy impaciente por trasladarme al lado de la Delfina, que me está esperando...

— Doctor, doctor, dijo Felipe pasándose la mano por la frente cubierta de sudor, ¿ conque me tomasteis por amante de la señorita de Taverney ?

— Sí, pero me habéis desengañado.

— ¿ Es decir, que pensáis que la señorita de Taverney tiene un amante ?

— Perdonadme, caballero, pues no estoy obligado á daros cuenta de mi modo de pensar.

— Doctor, compadeceos de mí ; doctor, habéis soltado una palabra terrible ; una palabra que ha quedado clavada en mi corazón como la hoja de un puñal que se rompe ; doctor, no tratéis ahora de reparar el golpe, porque serán inútiles vuestra delicadeza y habilidad : ¿ qué enfermedad pues es esa de que ibais á hablar á un amante y queréis ocultar á un hermano ? Os ruego que me respondáis, doctor.

— Y yo os pido, al contrario, que me dispenséis que no os conteste, caballero, pues según el modo con que me hacéis preguntas veo que estáis acalorado.

— ¡ Oh ! Dios mío ! ¿ No conocéis, caballero, que cada palabra que pronunciáis me empuja más y más hacia ese abismo que columbro no sin estremecerme ?

— ¡ Caballero !

— Doctor, exclamó Felipe con más vehemencia, ¿ es decir que tenéis que revelarme un secreto tan terrible,

que necesito para oírlo toda mi sangre fría, todo mi valor?

— Esa es una suposición vuestra, señor de Taverney, porque yo no he dicho tal cosa.

— ¡Oh! lo que hacéis es cien mil veces peor que hablarme claramente, dejáis que yo crea cualquiera cosa! ¡Oh! eso no es tener caridad, doctor! Ya veis que mi corazón está traspasado, pero devoro mi impaciencia: ya veis que ruego, que suplico; hablad pues, hablad, os juro que tendré sangre fría, que tendré valor.... Esa enfermedad, esa deshonra tal vez. ¡Oh! Dios mío! ¡Y no me interrumpís, doctor!...

— Señor de Taverney, nada he dicho, ni á la señora Delfina, ni á vuestro padre, ni á vos; conque no me pidáis más.

— Sí, sí... pero ya veis que interpreto vuestro silencio; ya veis que sigo vuestro pensamiento por el camino oscuro y fatal en que se esconde; detenidme á lo menos si es que me extravió.

— Adiós, caballero, respondió el doctor con voz altanera.

— ¡Oh! no me dejaréis así sin decirme que sí ó que no. Una palabra, una sola, y no pido más.

El doctor se detuvo.

— Caballero, dijo, hace poco, y esta fué la causa de la fatal equivocación que os ha ofendido...

— ¡Oh! no hablemos más de eso, caballero.

— Al contrario, hablemos; hace poco, algo tarde quizá, me dijisteis que la señorita de Taverney era hermana vuestra; pero antes con una exaltación que ha causado mi error, me habíais dicho que queríais á la señorita Andrea más que á vuestra vida.

— Es verdad.

— Y si el cariño que le tenéis es tan grande, supongo que os corresponderá con otro igual.

— ¡Oh! Andrea me quiere como no quiere á nadie de este mundo.

— Pues bien, entonces volveos á su lado, y preguntadle, caballero; preguntadle, penetrando en ese camino que yo me veo obligado á abandonaros; y si es que os quiere como vos la queréis á ella, responderá á vuestras preguntas. Hay multitud de cosas que se dicen á un amigo y no á un médico; y quizá entonces consienta en deciros á vos lo que no quisiera haberos dejado entrever por cuanto hay en el mundo. Adiós, caballero.

Y el doctor dió un paso hacia el pabellón.

— ¡Oh! no, no; es imposible! exclamó Felipe fuera de sí de dolor, y entrecortando cada palabra con un sollozo. No, doctor, he oído mal; vos no podéis haberme dicho eso.

El doctor se desprendió de él suavemente, luego con una dulzura llena de conmiseración, dijo:

— Haced lo que acabo de prescribiros, señor de Taverney, y creed que es lo mejor que podéis hacer.

— ¡Oh! pero, pensadlo bien; el creerlo es renunciar á la religión de toda mi vida, es acusar á un ángel, es tentar á Dios, doctor; si exigís que yo crea, á lo menos dadme pruebas.

— Adiós, caballero.

— ¡Doctor! exclamó Felipe en el colmo de la desesperación.

— Tened cuidado, porque si habláis con esa vehemencia, me vais á hacer que revele lo que me había propuesto callar á todo el mundo, y lo que hubiera querido ocultaros á vos mismo.

— Sí, sí; tenéis razón, doctor, dijo Felipe con voz tan baja que apenas se le oía; pero, en fin, la ciencia puede equivocarse, y confesaréis que vos mismo os habréis equivocado algunas veces.

— Rara vez, caballero, respondió el doctor; yo soy hombre de estudios severos, y mi boca no dice sí, sino cuando mis ojos y mi espíritu han dicho: « He visto, sé, estoy seguro. » — Ciertamente que tenéis razón en creer que á veces he podido equivocarme como toda criatura débil; pero según todas las probabilidades, no me sucede esto en el presente caso. Vamos, tened calma, y separémonos.

Pero Felipe no podía resignarse así; y poniendo la mano sobre el brazo del doctor con un aire de súplica tan profunda que lo obligó á detenerse, le dijo:

— ¡ Una última gracia, una gracia suprema, caballero! Estáis viendo en qué desorden se halla mi corazón; experimento alguna cosa parecida á la locura; para saber si debo vivir ó morir, necesito una confirmación de esa realidad que me amenaza. Vuelvo al lado de mi hermana, pero no le hablaré mientras no la hayáis examinado de nuevo; reflexionad.

— Quien debe reflexionar sois vos, caballero; porque en cuanto á mí, no tengo una palabra que añadir á lo que he dicho.

— Caballero, prometedme... ¡ Dios mío! es una gracia que el verdugo no negaría á su víctima; prometedme que volveréis á ver á mi hermana después que hayáis visitado á S. A. la señora Delfina. ¡ Doctor, en nombre del cielo prometedme eso!

— Es inútil, caballero; pero, ya que tanto empeño formáis en ello, es de mi deber acceder á vuestros deseos. Al salir del cuarto de la señora Delfina iré á ver á vuestra hermana.

— ¡ Oh! gracias, gracias! Sí, venid, y entonces confesaréis que os habéis engañado.

— Lo deseo de todo corazón, caballero; y si me he engañado lo confesaré con alegría. Adiós.

Y el doctor se vió al fin libre, marchándose en

seguida y dejando á Felipe en la explanada; á Felipe, que temblaba de calentura, que estaba inundado de un sudor tan frío como el hielo, y que en su delirio no sabía en qué sitio se hallaba, ni con quién había estado hablando, ni cuál era el secreto que acababa de sorprender.

Durante algunos minutos estuvo mirando, sin comprender, el cielo que se iba cubriendo insensiblemente de estrellas, y el pabellón que se iluminaba poco á poco.

Interrogatorio

Así que Felipe volvió en sí y logró dominar su razón, se dirigió hacia el aposento de Andrea.

Pero á medida que avanzaba hacia el pabellón, se iba desvaneciendo poco á poco la fantasma de su desgracia, y le parecía que acababa de tener un sueño, y que no era una realidad con la que habia luchado un instante. Cuanto más se alejaba del doctor, tanto más incrédulo se hacía á sus amenazas, y se decía que de seguro se había equivocado la ciencia y que la virtud no había sucumbido. ¿No le habia dado el mismo doctor una prueba de esto, prometiéndole volver á visitar á su hermana?

Sin embargo, cuando Felipe se halló en presencia de Andrea, estaba tan cambiado, tan pálido y tan abatido, que fué ella quien á su vez se inquietó por su hermano y le preguntó cómo se había podido operar en él en tan poco tiempo un cambio tan terrible.

Sólo un cosa podía haber producido en Felipe un efecto semejante.

— ¡Dios mio! ¿conque tan enferma estoy, hermano mio? preguntó Andrea.

— ¿Por qué me dices eso? replicó Felipe.

— Porque parece que la consulta del doctor te ha asustado mucho.

— No, hermana mia, dijo Felipe; el doctor no está

alarmado, y hasta me ha costado mucho trabajo el decidirle á que volviera á visitarte.

— ¡Ah! ¿conque vuelve á visitarme? dijo Andrea.

— Sí, vuelve; eso no te incomoda, ¿no es verdad, Andrea?

Y Felipe, al pronunciar estas palabras, fijó su mirada en los ojos de su hermana.

— No, respondió ésta sencillamente; lo único que deseo es que esa visita te tranquilice un poco; pero entretanto dime de qué proviene esa espantosa palidez que me tiene asustada.

— ¿Te inquieta tanto, Andrea?

— ¡Y me lo preguntas!

— ¿Conque me amas con ternura, Andrea?

— ¿Qué es lo que dices? dijo la joven.

— Te pregunto, Andrea, ¿si me amas aun como en tiempo de nuestra primera juventud?

— ¡Oh! Felipe! Felipe!

— ¿Luego soy para tí una de las personas más preciosas de este mundo?

— ¡Oh! la más preciosa, la única! exclamó Andrea.

Luego, ruborizándose y turbada, añadió:

— Perdona, Felipe, olvidaba.....

— Á nuestro padre, ¿no es eso, Andrea?

— Sí.

Felipe cogió la mano á su hermana, y mirándola con ternura:

— Andrea, dijo, no creas que nunca te reconvendré si en tu corazón se albergara un cariño que no se parezca ni al que tienes á padre ni al que me profesas á mí.....

Luego, apoyándose á su lado, continuó diciendo:

— Te encuentras en una edad, Andrea, en que el corazón de las jóvenes habla con más viveza que lo

que vosotras mismas quisierais, y ya sabes que hay un precepto divino que manda á la mujer dejar padres y familia para seguir á sus esposos.

Andrea miró á Felipe durante algún tiempo, como si le hubiera hablado en un idioma desconocido para ella.

Luego riéndose con una sencillez que nada bastaría á describir:

— ¡ Mi esposo! dijo. ¿ No has hablado de mi esposo, Felipe? ¡ Dios mío! no ha nacido todavía, á lo menos yo no le conozco!

Conmovido Felipe con aquella exclamación tan verdadera de Andrea, se acercó á ella, y estrechando su mano entre las suyas, respondió:

— Antes de tener esposo, mi buena Andrea, se tiene un novio, un amante.

Andrea miró á Felipe asombrada, permitiendo que el joven clavase sus codiciosos ojos hasta el fondo de su clara mirada de virgen, en que se reflejaba toda su alma.

— Hermana, dijo Felipe, desde niños me has tenido por tu mejor amigo, y yo te he mirado por mi parte como á mi única amiga; nunca te he dejado, ya lo sabes, para irme á jugar con mis camaradas. Juntos hemos crecido, y nada ha turbado la confianza que cada uno de nosotros depositaba ciegamente en el otro: ¿ por qué, pues, desde algún tiempo á esta parte has variado tú, Andrea, sin tener motivo para ello?

— ¡ Que yo he variado! ¡ Variar yo, Felipe! Explícate, pues si he de decirte la verdad, nada entiendo de cuanto me has manifestado desde que volviste después de hablar con el médico.

— Sí, Andrea, dijo Felipe, estrechándola contra su pecho; sí, mi dulce hermana, las pasiones de la juven-

tud han sucedido al cariño infantil, y no me has ya bastante bondadoso ó bastante discreto para franquearme tu corazón invadido por el amor.

— Hermano mío, querido amigo, dijo Andrea, cada vez más admirada, ¿ qué es lo que me estás diciendo? ¿ qué me hablas de amor á mí?

— Andrea, abordo con valor una cuestión llena de peligros para ti, y de angustias para mí mismo. Sé bien que solicitar, ó más bien exigir tu confianza en este momento, es perderme en tu corazón; pero preferiré, y créeme que me es cruel decirlo, prefiero conocer que me amas menos, á dejarte expuesta á las desgracias espantosas que te amenazan, Andrea, si te obstinas en ese silencio que deploro, y del que no te hubiera creído capaz con respecto á un hermano, á un amigo.

— Hermano mío, querido amigo, dijo Andrea, te juro que no comprendo el motivo de tus reconven- ciones.

— Andrea, ¿ quieres que yo te haga comprenderlo?

— ¡ Oh! Sí;... ciertamente que sí.

— Pero entonces, si alentado por ti, te hablo con demasiada precisión, si hago que te avergüences y se aflija tu corazón, culpate á ti sola, puesto que me has forzado con injustas desconfianzas á registrar hasta el fondo de tu alma para arrancarte tu secreto.

— Hazlo, Felipe; y te juro que no te reconven- dré por nada que hagas.

Felipe miró á su hermana, se levantó muy agitado, y recorrió el cuarto á pasos acelerados. Había una oposición tan extraña entre la tranquilidad de aquella joven y la acusación que formulaba contra ella en el fondo de su alma, que no sabía á qué atenerse.

Andrea, por su parte, contemplaba á su hermano con asombro, y se iba helando poco á poco al contacto

de aquella solemnidad, tan diferente de la dulce autoridad fraternal.

Así, antes que Felipe hubiese vuelto á hablar, Andrea se levantó á su vez y fué á cogérsele del brazo.

Entonces mirándole con inexplicable ternura, le dijo:

— Escucha, Felipe; ¡ mírame como yo te miro!

— ¡ Oh! no deseo otra cosa, respondió el joven fijando en ella sus ardientes ojos; ¡ qué quieres decirme?

— Quiero decirte, Felipe, que siempre has sido algo celoso de mi amistad; eso es muy natural, porque también yo, por mi parte, he tenido celos de tu cariño; pues bien, mírame como te he dicho.

La joven se sonrió.

— ¡ Ves un secreto en mis ojos? continuó diciendo.

— Sí, sí, veo uno, respondió Felipe; Andrea, ¡ tú amas á alguien!

— ¡ Yo! exclamó la joven con un asombro tan natural, que la más hábil cómica no hubiera podido imitar el acento de esta sola palabra.

Y se echó á reír.

— ¡ Yo amo á alguien! repitió.

— Entonces te aman á ti.

— Tanto peor, á fe mía; porque, supuesto que ese amante desconocido no se ha dado á conocer, y por consiguiente no se ha explicado nunca, es un amor sin correspondencia.

Entonces, viendo á su hermana que se reía y chancaba sobre aquella cuestión con tanta franqueza, al ver el límpido azul de sus ojos, el candor tan casto de sus ademanes, Felipe, que sentía palpitar con movimiento compasado el corazón de Andrea sobre el suyo, se dijo interiormente que un mes de ausencia no podía haber producido un cambio semejante en el carácter

de una joven irreprochable hasta entonces; que la pobre Andrea era víctima de indignas sospechas, y que la ciencia mentía; pero confesó que el doctor Luis tenía disculpa, puesto que no conocía la pureza ni los delicados instintos de Andrea, y que podía creerla igual á todas esas doncellas nobles, que, fascinadas por ejemplos indignos ó arrastradas por el calor precoz de una sangre corrompida, abdicaban la virginidad sin pesar y aun sin ambición.

Otra mirada que Felipe dirigió á Andrea, le explicó la falibilidad del doctor, y quedó tan contento con su explicación, que abrazó á su hermana á la manera de aquellos mártires que confesaban la pureza de la Virgen, confesando al mismo tiempo la creencia en la divinidad de su Hijo.

Tal era el período de fluctuaciones á que Felipe se hallaba entregado, cuando oyó en la escalera los pasos del doctor Luis, fiel á la promesa que le había hecho.

Andrea se estremeció, porque en la situación en que se encontraba todo era para ella un acontecimiento.

— ¡ Quién vendrá? preguntó.

— Probablemente será el doctor Luis, dijo Felipe.

En el mismo momento se abrió la puerta y apareció en el cuarto el médico, á quien Felipe esperaba con tanta ansiedad.

Ya hemos dicho que era uno de esos hombres graves y honrados, para quienes la ciencia es un sacerdocio, y que estudian religiosamente sus misterios.

Lo más raro era que en aquella época enteramente materialista procuraba el doctor Luis descubrir bajo las enfermedades del cuerpo las del alma, y seguía francamente este camino, cuidándose muy poco de los rumores y obstáculos, y economizando su tiempo, patrimonio de la gente laboriosa, con tal avaricia que se hacía brusco con los ociosos y charlatanes.

Por esto fué por lo que trató á Felipe con tanta aspereza en la primera entrevista que tuvo con él, pues le tomó por uno de esos cortesanos pisaverdes que van á adular al médico para que los felicite por sus proezas amorosas, y que tienen á orgullo pagar una discreción. Pero así que vió el reverso de la medalla, y en vez de un tonto más ó menos enamorado, el doctor se encontró con el rostro sombrío y amenazador del hermano; así que vió tenía que habérselas, no con una molestia, sino con una desgracia, el filósofo facultativo, el hombre de corazón se conmovió, y después que Felipe pronunció sus últimas palabras, el doctor se dijo á sí mismo:

— No sólo he podido equivocarme, sino que quisiera que así fuese.

Y he aquí por qué, aun sin los ruegos incesantes de Felipe, hubiera ido á visitar á Andrea, para ver, por medio de un examen más decisivo, las probabilidades que había vislumbrado en la primera visita.

Entró pues, y su primera ojeada, que es la toma de posesión del médico y del observador, se fijó desde la antesala en Andrea, de quien no separó la vista.

Justamente, sea por la emoción que le causó la presencia del doctor, sea por casualidad, acababa de acometer á Andrea uno de esos ataques que ya habían asustado á Felipe, y se tambaleaba, llevándose el pañuelo á la boca con aire de sufrimiento.

Ocupado Felipe en recibir al doctor, nada había visto.

— Doctor, dijo, sed bien venido, y perdonadme mis modales algo bruscos, pues cuando me acerqué á vos hace una hora estaba tan agitado como tranquilo estoy en este momento.

El doctor cesó por un instante de mirar á Andrea, y

dejó caer su observación sobre el joven, cuya sonrisa y expansión de ánimo analizó.

— ¿Habéis hablado á esta señorita, según os aconsejé? preguntó.

— Sí, doctor, sí.

— ¿Y estáis tranquilo?

— En vez de un infierno que antes tenía en mi corazón, ahora llevo en él un cielo.

El doctor cogió la mano á Andrea, y le tomó el pulso durante un largo rato.

Felipe la miraba y no parecía sino que decía:

— ¡Oh! haced lo que gustéis, doctor, pues ya no temo los comentarios del médico.

Así es que añadió con aire de triunfo:

— Y bien, ¿qué os parece, doctor?

— Caballero, respondió éste, tened la bondad de dejarme solo con vuestra hermana.

Estas palabras, pronunciadas con sencillez, echaron por tierra el orgullo del joven.

— ¡Cómo! ¿todavía? dijo.

El doctor hizo un gesto.

— Está bien, os dejo, caballero, dijo Felipe con aire sombrío.

Y dirigiéndose á su hermana, añadió:

— Andrea, sé franca y verídica con el doctor.

La joven se encogió de hombros, como si ni siquiera pudiese comprender lo que querían decirle.

Felipe prosiguió.

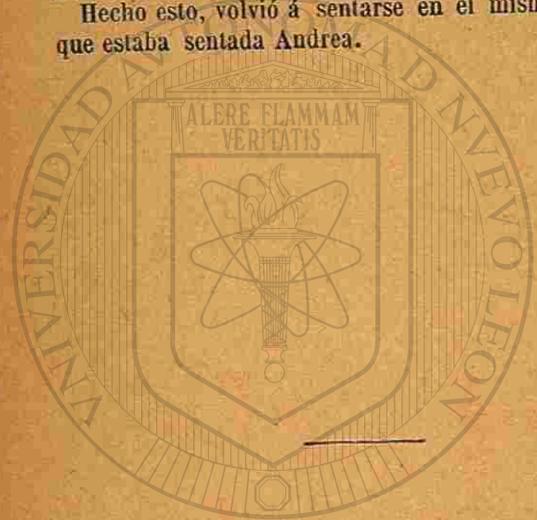
— Mientras te pregunta acerca de tu salud, voy á dar una vuelta por el jardín, y como todavía no ha llegado la hora para que he pedido me traigan mi caballo, podré verte antes de marcharme y hablar aun otro instante contigo.

Y estrechó la mano á Andrea procurando sonreirse.

Pero la joven notó en aquel apretón y aquella sonrisa cierta violencia y contracción.

El doctor acompañó gravemente á Felipe hasta la puerta de entrada, que después cerró.

Hecho esto, volvió á sentarse en el mismo sofá en que estaba sentada Andrea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

X

La consulta

Fuera reinaba el más profundo silencio : no se sentía un soplo de viento, no resonaba una voz humana ; la naturaleza toda estaba en calma.

Por otra parte, todo el servicio de Trianón estaba terminado ; los criados de las caballerizas y de las cocinas se habían retirado á sus cuartos, y la pequeña corte parecía desierta.

Andrea sentía, allá en el fondo de su alma, alguna emoción al ver la especie de importancia que Felipe y el médico daban á su enfermedad.

También le causaba un poco de admiración la segunda visita del doctor Luis, quien había declarado aquella misma mañana que la enfermedad era insignificante y los remedios inútiles ; pero, gracias á su profundo candor, ni siquiera se había empañado con el aliento de todas aquellas diversas sospechas el resplandeciente espejo del alma.

De súbito, el médico, que no había cesado de mirarla, después de haber aproximado á ella la luz de la lámpara la cogió la mano como un amigo ó un confesor, y no como un médico que toma el pulso.

Aquel ademán inesperado admiró mucho á la quisquillosa Andrea, y estuvo por un momento á punto de retirar su mano.

— Señorita, preguntó el doctor, ¿ habéis deseado

vos volver á verme, ó no he hecho más que acceder á los deseos de vuestro hermano, viniendo aquí?

— Caballero, respondió Andrea, mi hermano ha venido á decirme que ibais á volver; pues, en vista de lo que tuvisteis la bondad de decirme esta mañana acerca de lo poco grave que era mi enfermedad, no me hubiera tomado la libertad de molestaros de nuevo.

El doctor se inclinó.

— Vuestro hermano, prosiguió, parece que es algo arrebatado, muy celoso de su honor é intratable en ciertas materias; y sin duda es ese el motivo porque no habéis querido franquearos con él.

Andrea miró al doctor como había mirado á Felipe.

— ¿Vos también, caballero? dijo con suprema altanería.

— Dispensad, señorita, dejadme concluir.

Andrea hizo un gesto que indicaba paciencia ó más bien resignación.

— Es pues natural, prosiguió el doctor, que al ver el dolor, y presintiendo la cólera de ese joven, hayáis guardado vuestro secreto con obstinación; pero hallándoos á solas conmigo, señorita, conmigo que soy, creedlo bien, médico de las almas como del cuerpo; conmigo que veo y que sé, y que por lo tanto os ahorro la mitad del penoso camino de las revelaciones, tengo derecho á esperar que seáis más franca.

— Caballero, respondió Andrea, si no hubiese visto que el rostro de mi hermano se entristecía y expresaba un verdadero dolor, si no consultase vuestro exterior venerable y la opinión de gravedad que gozáis, creería que ambos estabais de acuerdo para representar una comedia á mis expensas y hacerme tomar, después de la consulta y á causa del miedo que me hubieseis inspirado, alguna medicina [muy negra y muy amarga.

El doctor frunció las cejas.

— Señorita, dijo, os ruego que os detengáis en el camino del disimulo.

— ¡ Del disimulo! exclamó Andrea

— ¡ Queréis mejor que diga de la hipocresía?

— Pero, caballero, exclamó la joven, ¡ mirad que me ofendéis!

— Decid más bien que adivino vuestro modo de pensar.

— ¡ Caballero!

Andrea se levantó; pero el médico la obligó con suavidad á volver á sentarse.

— No, continuó diciendo, no, hija mía; no os ofendo, antes os presto un servicio: ¡ y como os convenza os salvaré!... De consiguiente, ni vuestras miradas de furia, ni la falsa indignación de que os halláis animada me harán variar de resolución.

— Pero, ¡ Dios mío! ¿ Qué es lo que queréis? ¿ Qué exigís de mí?

— Confesad, ó bajo palabra de honor os digo que me haréis formar muy ruin opinión de vos.

— Caballero, os lo repito, mi hermano no está aquí para defenderme, y quizá por eso me insultáis. Os digo que no os entiendo, y os mando que os expliquéis clara, terminantemente sobre esa soñada enfermedad.

— Por última vez os lo pregunto, señorita, repuso el doctor admirado, ¿ queréis evitarme el sentimiento de tener que avergonzaros?

— No os entiendo, no os entiendo, yo no os entiendo, repitió tres veces Andrea, mirando al doctor con ojos que chispeaban de interrogación, desafío y aun amenaza.

— Pues bien, yo sí, os entiendo, señorita; dudáis de la ciencia médica, y esperáis poder ocultar vuestro estado á todo el mundo; pero, desengañaos, con una palabra voy á abatir vuestro orgullo; ¡ estáis en cinta!

Andrea lanzó un grito terrible, y cayó de espaldas sobre el sofá.

A aquel grito siguió el ruido de una puerta empujada con fuerza, y Felipe se puso de un brinco en medio de la habitación con la espada en la mano, ensangrentados los ojos y temblándole los labios.

— ¡Mentís, miserable! dijo al doctor.

Éste se volvió lentamente hacia el joven sin soltar el pulso de Andrea que palpitaba medio muerta.

— Lo dicho dicho, caballero, dijo el doctor con menosprecio, y no es vuestra espada, desnuda ó en la vaina, la que me hará mentir.

— Doctor, murmuró Felipe dejando caer la espada.

— Me habéis pedido que rectificase con una segunda visita mi primer examen, lo he hecho; y ahora la certidumbre es fundada, y nada me hará variar de opinión. Lo siento en el alma, buen joven, porque me habéis inspirado tanta simpatía, cuanta aversión me inspira esta joven con su obstinación en mentir.

Andrea permaneció inmóvil, pero Felipe hizo un movimiento.

— Caballero, soy padre de familia, prosiguió el doctor, y comprendo todo lo que podéis y debéis sufrir. Por consiguiente os ofrezco mis servicios y os prometo mi discreción. Mi palabra es sagrada, y todos saben que la estimo más que mi vida.

— ¡Oh! pero, caballero, ¡es imposible!

— No sé si es imposible, pero es cierto. Adiós, señor de Taverney.

Y el doctor se volvió con el mismo paso sosegado y lento, después de haber mirado afectuosamente al joven que se retorcia de dolor, y que en el momento de cerrarse la puerta, caía abismado de pesar en un sillón á dos pasos de Andrea.

Así que salió el médico, Felipe se levantó, fué á

cerrar la puerta del pasadizo, la del cuarto y la de las ventanas, y acercándose á Andrea, que le miraba como atontada hacer aquellos siniestros preparativos, le dijo cruzándose los brazos:

— Me habéis engañado cobarde y estúpidamente; cobardemente, porque soy vuestro hermano, porque he tenido la debilidad de amaros, de preferiros á todo, de estimaros más que á todo, y esta confianza de mi parte debía á lo menos excitar la vuestra, ya que no excitase la ternura; estúpidamente, porque hoy el infame secreto que nos deshonra está en poder de un tercero, porque á pesar de vuestro disimulo, quizás le han penetrado ya otros, porque en fin, si me hubieseis confesado desde luego la situación en que os hallabais, os hubiera preservado de la vergüenza, si no por afecto, á lo menos por egoísmo, puesto que al cabo salvando vuestro honor salvaba el mío. He ahí cómo y en qué habéis faltado principalmente. Vuestro honor, mientras estáis soltera, pertenece en común á todos aquellos cuyo nombre lleváis, ó más bien mancháis. Ahora, ya no soy vuestro hermano, puesto que me habéis negado este título; ahora soy un hombre interesado en arrancaros por todos los medios posibles todo el secreto, á fin de que de esa confesión salga para mí el medio de tomar una reparación cualquiera. Me acercó pues á vos lleno de cólera é indignación, y os digo: Puesto que habéis sido bastante cobarde para esperar en una mentira, seréis castigada como se castiga á los cobardes. Confesadme pues vuestro crimen, ó de lo contrario...

— ¡Amenazas! exclamó la orgullosa Andrea: ¡amenazas á una mujer!

Y se levantó pálida y amenazadora á su vez.

— ¡Sí, amenazas, no á una mujer sino á una criatura sin fe y sin honor!

— ¡ Amenazas ! prosiguió Andrea exasperándose poco á poco ; ¡ amenazas á mí que nada sé, que nada comprendo, que os miro á todos como unos sangrientos locos ligados para hacerme morir de pesar, si no de vergüenza !

— ¡ Y bien, sí ! exclamó Felipe ; ¡ muere pues ! ¡ muere si no confiesas ! ¡ muere en este instante ! Dios te juzga, y voy á matarte.

Y el joven recogió del suelo convulsivamente su espada ; y ligero como el relámpago, apoyó su punta contra el pecho de su hermana.

— ¡ Bien, bien ! ¡ mátame ! exclamó ésta sin asustarse del brillo del acero, sin tratar de evitar el dolor de la estocada.

Y se lanzó hacia adelante llena de dolor y demencia, con tal prontitud, que la espada le hubiera atravesado el pecho sin el súbito terror de Felipe y la vista de algunas gotas de sangre que mancharon la muselina que rodeaba el cuello de su hermana.

El joven había apurado todas sus fuerzas y cólera, retrocedió, soltó el acero, y cayendo de rodillas sollozando, entlazó con sus brazos el cuerpo de su hermana.

— ¡ Andrea ! ¡ Andrea ! exclamó. ¡ No, no ! yo soy el que morirá. Tú no me amas ya, ya no me conoces, y nada tengo ya que hacer en este mundo. ¡ Oh ! tú amas á alguno, Andrea, hasta el punto de preferir la muerte á una confesión hecha á tu hermano ! ¡ Oh ! Andrea, no eres tú quien debe morir, soy yo !

É hizo un movimiento para huir ; pero ya Andrea se había asido á su cuello con ambos brazos extraviados, y le cubría de besos y de lágrimas.

— ¡ No, no ! dijo ; tenías razón en lo que decías. ¡ Mátame, Felipe ! ya que dicen que soy culpable. Pero tú que eres tan noble, tan puro y tan bondadoso, tú á

quien nadie acusa, vive, sólo te ruego que me compadezcas en vez de acusarme.

— Pues bien, querida hermana, replicó el joven ; en nombre del cielo, en nombre de nuestra antigua amistad, vamos, no temas nada ni por ti ni por el hombre á quien amas ; cualquiera que sea, será sagrado para mí, aunque fuese mi más implacable enemigo, ó el último de los hombres. Pero yo no tengo ningún enemigo, Andrea, y tú tienes un corazón y unos sentimientos tan nobles que debes haber hecho una buena elección de amante. Pues bien, iré á buscar y dar el nombre de hermano al que tú hayas elegido... ¡ Tú no dices nada ! ¡ pero es imposible tu matrimonio con él ? ¿ Es eso lo que quieres decir ? Pues bien corriente, me resignaré, todo el dolor será para mí, y ahogaré la voz imperiosa del honor que pide sangre. Nada exijo ya de ti, ni aun que me digas cómo se llama ese hombre : te ha gustado, y esto basta para que yo le quiera ; pero saldremos de Francia y huiremos juntos. Según me han dicho, te ha dado el rey un rico aderezo ; lo venderemos pues, y enviaremos la mitad del importe á padre, y viviremos con la otra mitad en un lugar desconocido. Tú serás para mí, Andrea, cuanto hay en el mundo ; séalo yo también para ti, porque yo no amo á nadie, y ya ves que te soy adicto. Andrea, ya ves lo que hago, ya ves que puedes contar con mi amistad : vamos, ¿ me negarás aun tu confianza después de lo que acabo de decirte ? ¿ No me llamarás hermano tuyo ?

Andrea oyó en silencio cuanto acababa de decir el joven desatinado.

Solamente los latidos de su corazón indicaban que tenía vida ; solamente su mirada demostraba que no había perdido la razón.

— Felipe, dijo el joven al cabo de un gran rato de

silencio, ¿conque has pensado que ya no te quería? ¡Pobre hermano mío! ¿Conque te has figurado que amo á otro hombre, y que he olvidado las leyes del honor, yo que soy noble y comprendo todas las obligaciones que esta palabra me impone con respecto á extravíos?... Amigo mío, te lo perdono; sí, sí, en vano has creído que soy una mujer infame; en vano me has llamado indigna; sí, sí, te perdono, pero no te perdonaré si me crees tan irreligiosa y vil que vaya á jurar en falso. Felipe, por el Dios que me está oyendo, por el alma de mi madre, que según parece no me ha protegido ¡ay de mí! lo bastante; por el cariño que te tengo, en fin, juro que nunca me ha distraído mi razón un pensamiento de amor, que nunca me ha dicho ningún hombre: «te amo»; que jamás boca alguna ha besado mi mano; que estoy tan pura de pensamiento y tan virgen de deseos como el día que nací. Ahora, Felipe, mi alma pertenece á Dios, y á ti mi cuerpo.

— Está bien, dijo Felipe después de reflexionar largo tiempo, Andrea, te doy las gracias. Ahora veo con claridad hasta el fondo de tu corazón. Sí, eres pura é inocente, pobre víctima; pero hay bebidas mágicas, filtros ponzoñosos, y alguien te ha tendido un lazo infame; lo que nadie hubiera podido arrancarte sino con la vida te lo han robado estando dormida. Has caído en un lazo, Andréa; pero ahora ya estamos unidos, y de consiguiente somos fuertes. ¿Me confías el mirar por tu honra y vengarte?

— ¡Oh! sí, sí, dijo Andrea en un sombrío arrebatado; sí, porque si me vengas será de un crimen.

— Pues bien, continuó Felipe, vamos, ayúdame, sostenme.

Indaguemos, remontémonos día por día á los ya trascurridos; sigamos el hilo de los recuerdos

hasta dar con el primer nudo de esta oscura trama.

— ¡Oh! bien, bien, dijo Andrea, averigüemos.

— ¿Has notado que alguien te siguiera ó acechara?

— No.

— ¿Te ha escrito alguien?

— Nadie.

— ¿Ningún hombre te ha dicho que te ama?

— Ni uno siquiera.

— Las mujeres tienen para esto un instinto admirable: á falta de cartas, á falta de declaración, ¿has advertido alguna vez que alguien te... desease?

— Nunca he advertido nada por el estilo.

— Querida hermana, recuerda las circunstancias de tu vida, los pormenores más íntimos.

— Guíame tú.

— ¿Has dado algún paseo sola?

— Nunca, que yo me acuerde, á no ser para ir al cuarto de la señora Dellina.

— ¿Y cuando penetrabas en el jardín ó en el bosque?

— Siempre me acompañaba Nicole.

— A propósito, ¿fué Nicole la que te dejó?

— Sí.

— ¿Qué día?

— Creo que el día que tú te marchaste.

— Las costumbres de esa muchacha dan qué sospechar. ¿Te has enterado de los pormenores de su fuga? Medita bien.

— No, lo único que sé es que se marchó con un joven á quien amaba.

— ¿Cuáles fueron tus últimas relaciones con esa chica?

— ¡Oh, Dios mío! á eso de las nueve entró en mi cuarto como tenía de costumbre, me desnudó, preparó mi vaso de agua, y salió.

— ¿Observaste si echó algún licor en el agua?

— No; además, esa circunstancia no tendría valor alguno, pues recuerdo que cuando me iba á llevar el vaso á la boca sentí una sensación extraña.

— ¿Cuál fué?

— La misma que ya había sentido en Taverney.

— ¿En Taverney?

— Sí, cuando pasó por allí aquel extranjero.

— ¿Qué extranjero?

— El conde de Bálamo.

— ¿El conde de Bálamo? ¿Y como era esa sensación?

— ¡Oh! una cosa como un vértigo, como un vahido, y luego la pérdida de todas mis facultades intelectuales.

— ¿Y dices que sentiste en Taverney esa impresión?

— Sí.

— ¿En qué ocasión?

— Me hallaba sentada al piano, y me sentí desfallecer; miré delante de mí, y ví al conde en un espejo. Desde aquel momento no me acuerdo de nada de lo que me pasó, sino es que cuando me desperté me hallaba sentada á mi piano, y sin poder calcular el tiempo que había dormido.

— ¿Y dices que es la única vez que has experimentado esa singular sensación?

— Y otra, que fué el día, ó más bien la noche de los fuegos artificiales. Arrastrada por el gentío, estaba á punto de ser aplastada, aniquilada, y reunía ya todas mis fuerzas para luchar; cuando de repente mis brazos se alojaron, y una nube cubrió mis ojos; pero á través de aquella nube tuve aun tiempo de ver á ese hombre.

— ¿Al conde de Bálamo?

— Sí.

— ¿Y te dormiste?

— No puedo decir si me dormí ó me desmayé. Tú sabes cómo me sacó de allí y cómo me condujo á casa.

— Sí, sí; y esa noche de la fuga de Nicole, ¿le has vuelto á ver?

— No, pero sentí todos los síntomas que anunciaban su presencia, la misma sensación extraña, el mismo vahido nervioso, el mismo entorpecimiento y el mismo sueño.

— ¿El mismo sueño?

— Sí, un sueño lleno de vértigos cuya influencia misteriosa conocí, aunque luchaba contra él, y al que sucumbí.

— ¡Gran Dios! exclamó Felipe; ¿continúa, continúa.

— Me dormí.

— ¿En dónde?

— Sobre mi cama, estoy segura de ello, y me hallé en el suelo, sobre la alfombra, sola, dolorida y helada como una muerta que acaba de resucitar. Al despertar llamé á Nicole, pero en vano, pues había desaparecido.

— ¿Y ese sueño era el mismo de otras veces?

— Sí.

— ¿El mismo que en Taverney y que en la noche de los fuegos?

— Sí, sí.

— Las dos primeras veces, antes de sucumbir, ¿habías visto á ese José Bálamo, ó ese conde de Fénix?

— Perfectamente.

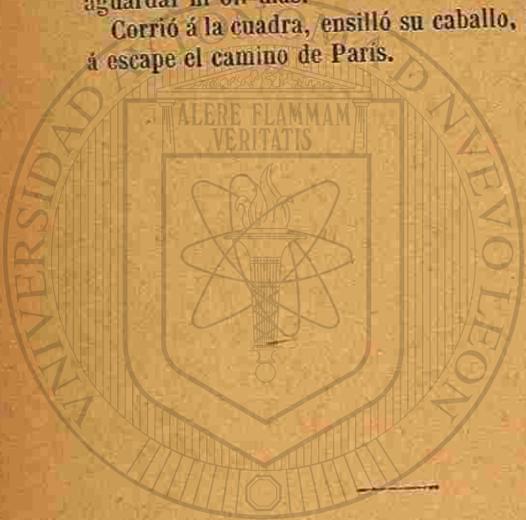
— ¿Y no lo has visto en la tercera?

— No, respondió Andrea con espanto, pues comenzaba no á comprender sino á adivinar.

— ¡Bien! exclamó Felipe. Ahora no tengas cuidado; tranquilízate, y envanécete, Andrea, pues ya sé el secreto. ¡Gracias, querida hermana, gracias! ¡Ah! nos hemos salvado!

Felipe cogió á Andrea entre sus brazos, la estrechó tiernamente contra su corazón, y arrebatado por el ardor de su resolución, salió del cuarto sin querer aguardar ni oír más.

Corrió á la cuadra, ensilló su caballo, montó y tomó á escape el camino de París.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

La conciencia de Gilberto.

Todas las escenas que acabamos de describir habían alcanzado á Gilberto de rechazo y de un modo terrible.

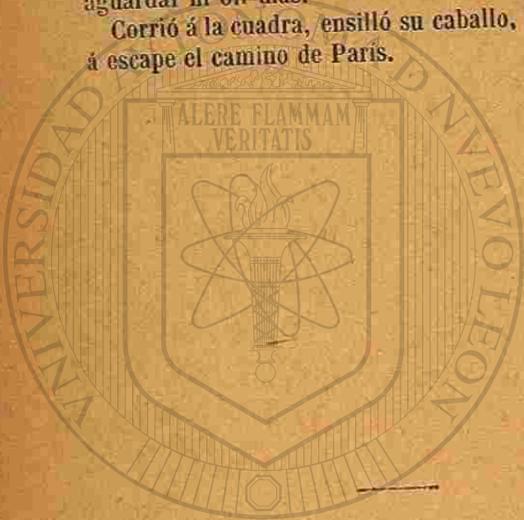
La delicadeza muy equívoca de este joven se veía sometida á una prueba demasiado dura, cuando desde el fondo del albergue que sabía escoger en un rincón cualquiera de los jardines, veía los progresos diarios de la enfermedad pintados en el rostro y modo de andar de Andrea, cuando la palidez que le alarmara la víspera, le parecía el día siguiente más grande y más acusadora, al asomarse la señorita Andrea á la ventana á los primeros rayos del sol. Entonces, cualquiera que hubiese observado la mirada de Gilberto, no hubiera desconocido en él los rasgos característicos del remordimiento, que ha llegado á ser un dibujo clásico entre los pintores de la antigüedad.

Gilberto amaba por un lado la hermosura de Andrea, y por otro la detestaba, porque aquella brillante hermosura, unida á tantas otras cualidades eminentes, formaba una nueva línea de demarcación entre él y la joven, al paso que esa misma hermosura le parecía un nuevo tesoro que conquistar. Tales eran las razones de su amor y de su odio, de su deseo ó de su desprecio.

Pero desde el día en que aquella hermosura empezó á empañarse, y en que las facciones del rostro de

Felipe cogió á Andrea entre sus brazos, la estrechó tiernamente contra su corazón, y arrebatado por el ardor de su resolución, salió del cuarto sin querer aguardar ni oír más.

Corrió á la cuadra, ensilló su caballo, montó y tomó á escape el camino de París.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI

La conciencia de Gilberto.

Todas las escenas que acabamos de describir habían alcanzado á Gilberto de rechazo y de un modo terrible.

La delicadeza muy equívoca de este joven se veía sometida á una prueba demasiado dura, cuando desde el fondo del albergue que sabia escoger en un rincón cualquiera de los jardines, veía los progresos diarios de la enfermedad pintados en el rostro y modo de andar de Andrea, cuando la palidez que le alarmara la víspera, le parecía el día siguiente más grande y más acusadora, al asomarse la señorita Andrea á la ventana á los primeros rayos del sol. Entonces, cualquiera que hubiese observado la mirada de Gilberto, no hubiera desconocido en él los rasgos característicos del remordimiento, que ha llegado á ser un dibujo clásico entre los pintores de la antigüedad.

Gilberto amaba por un lado la hermosura de Andrea, y por otro la detestaba, porque aquella brillante hermosura, unida á tantas otras cualidades eminentes, formaba una nueva línea de demarcación entre él y la joven, al paso que esa misma hermosura le parecía un nuevo tesoro que conquistar. Tales eran las razones de su amor y de su odio, de su deseo ó de su desprecio.

Pero desde el día en que aquella hermosura empezó á empañarse, y en que las facciones del rostro de

Andrea revelaban padecimiento ó vergüenza; desde el día, en fin, en que Andrea principió á correr peligro, como también lo corría él, cambió la situación completamente, y Gilberto, de un entendimiento eminentemente exacto, varió de punto de vista respecto de Andrea.

Su primer sentimiento fué una honda tristeza, pues no pudo ver sin dolor marchitarse la hermosura y decaer la salud de su amada; pero sintió un delicioso orgullo en compadecerse de aquella mujer tan altiva y desdenosa con él, y en devolverle compasión en pago de todos los oprobios con que le había abrumado.

Sin embargo, no disculparemos á Gilberto por eso, porque el orgullo no justifica á nadie, y en la manera con que se acostumbró á examinar la situación sólo tenía parte el orgullo. Cada vez que la señorita de Taverney, pálida, enferma y con la cabeza inclinada, se presentaba á los ojos de Gilberto como una fantasma, el corazón de éste latía con violencia, se le agolpaba á los párpados la sangre como se agolpan las lágrimas, y se llevaba al pecho una mano crispada, inquieta, que trataba de sofocar los gritos de su conciencia.

— ¡Yo soy quien la ha perdido! murmuraba, y después de clavar en ella una mirada furiosa, huía creyendo verla siempre y oírla gemir.

Entonces asaltaban su corazón los dolores más punzantes que pueda soportar el hombre. Su furioso amor tenía necesidad de un alivio, y hubo momentos en que hubiera sacrificado su vida al derecho de echarse á los pies de Andrea, de cogerle la mano, consolarla, hacerla volver en sí cuando se desmayaba. En estas ocasiones su impotencia era un suplicio cuyos tormentos nadie en el mundo podría describir.

Gilberto soportó por tres días este martirio.

En el primero había notado el cambio, la lenta descomposición que se operaba en Andrea, y allí en donde nadie veía aun con claridad, él, como cómplice, lo adivinaba y explicaba todo. Hizo aun más; después de haber estudiado la marcha de la enfermedad, calculó la época precisa en que debía presentarse la crisis.

El día de los vahidos fué para él de congojas, sudores y pasos de un lado á otro, indicios seguros de una conciencia lacerada. Todas sus idas y venidas, aquellas apariencias de indiferencia ó de interés, aquellos arranques de simpatía ó de sarcasmo, que Gilberto consideraba como obras maestras de disimulo y de táctica, los hubiera traducido y analizado el último curial del Chatelet ó el último llavero de San Lázaro, con tanta exactitud como la Garduña del señor de Sartines leía y traducía las cartas escritas en cifras.

Nadie ve á un hombre correr hasta perder el aliento, luego pararse de pronto, exhalar sonidos inarticulados, y en seguida caer en el más sombrío silencio; nadie le ve aplicar el oído á rumores indiferentes, ó arañar la tierra, ó cortar los árboles con una especie de rabia, sin pararse y decir:

— Ese, si no es un criminal, es un loco.

Después de la primera expansión de su remordimiento, Gilberto había pasado de la conmiseración al egoísmo; pues conocía que los continuos desmayos de Andrea no á todos parecerían una enfermedad natural, y que ya tratarían de indagar la causa.

Gilberto se acordaba entonces de las fórmulas judiciales tan bruceas como expeditivas, los interrogatorios, las pesquisas y las analogías, desconocidas para los demás, pero que hacen sigan la pista á un delinvente esos sabuesos llenos de recursos que se llaman

jueces instructores, en busca de todas las clases de robos que pueden deshonrar á un hombre.

Ahora bien, el que Gilberto había cometido le parecía moralmente considerado el más odioso y punible.

Se puso pues á temblar seriamente, pues temió produjesen una indagatoria judicial los padecimientos de Andrea.

Desde entonces, lo mismo que el delincuente de ese cuadro célebre á quien persigue el ángel del remordimiento con la pálida luz de su antorcha, Gilberto no cesó de dirigir á cuanto le rodeaba miradas de loco. Los rumores, hasta los cuchicheos, eran para él sospechosos; escuchaba las palabras que se pronunciaban en su presencia, y por insignificantes que fuesen le parecía que tenían relación con la señorita de Taverney ó con él.

Así vió al señor de Richelieu ir á la regia cámara, y al señor de Taverney á casa de su hija, y aquel día tomó para él la casa un aire de conspiración y desconfianza que no solía tener.

Mucho peor fué todavía cuando vió al médico de la Delfina dirigirse hacia el aposento de Andrea.

Gilberto era uno de esos hombres escépticos que no creen en nada, importándole muy poco el género humano y el cielo; pero reconocía en cuanto á Dios el atributo de la ciencia, y proclamaba su omnipotencia.

En ciertos momentos hubiera negado Gilberto la penetración infalible del Ser supremo; pero jamás hubiera dudado de la perspicacia del médico, de suerte que la ida del doctor Luis á casa de Andrea fué un golpe de que se resintió la moral de Gilberto.

Corrió á su cuarto, suspendiendo toda labor y sordo como una estatua á las intimaciones de sus jefes. Allí, detrás de la pobre cortina que había improvisado para

ocultar su espionaje, aguzó todas sus facultades para ver si podía sorprender una palabra, un gesto que le revelasen el resultado de la consulta.

Nada vino á ilustrarle, y sólo una vez vió el rostro de la Delfina, quien se acercó á la ventana para mirar por los cristales el patio que quizá nunca había visto hasta entonces.

También pudo distinguir al doctor Luis, que abrió aquella misma ventana, á fin de que penetrase en la habitación un poco de aire. En cuanto á oír lo que allí se decía, en cuanto á ver el juego de las fisonomías, Gilberto no pudo conseguirlo, porque una espesa cortina cayó á lo largo de la ventana, é interceptó todo el sentido de la escena.

Júzguese cual no sería la angustia del mancebo. Se juró que el médico, que tenía ojos de lince, habíase descubierto el misterio, y que la tormenta debía estallar, no inmediatamente, pues Gilberto suponía con razón que la presencia de la Delfina sería un obstáculo para ello, sino dentro de poco entre el padre y la hija después que aquellas dos personas extrañas se fuesen.

Fuera de sí de dolor é impaciencia, Gilberto golpeaba con la cabeza las paredes de su buhardilla.

Luego vió al señor de Taverney salir con la Delfina cuando ya se había marchado el médico.

— La explicación va á tener lugar, se dijo á sí mismo, entre el señor de Taverney y la Delfina.

El barón no volvió al aposento de su hija; Andrea se quedó sola y pasó el tiempo recostada en su sofá, ora leyendo, aunque los espasmos y la jaqueca la obligaban á interrumpir la lectura, ora entregada á una impasibilidad tan extraña, que Gilberto la tomó por éxtasis, cuando sorprendía algún período por entre la cortina que alzaba el viento.

Andrea, cansada de dolores y emociones, se medio durmió; y Gilberto se aprovechó de aquel respiro para ir á recoger por fuera las voces y comentarios.

Aquel tiempo fué precioso para él por las reflexiones que pudo hacer.

El peligro era tan inminente, que se trataba de luchar contra él por medio de una resolución repentina, heroica.

Este fué el primer punto de apoyo en que aquella imaginación indecisa, á fuerza de ser sutil, halló resorte y descanso.

¿Pero qué resolución convenia tomar? Un cambio en semejantes circunstancias es igual á una revelación: la fuga pues; ¡ah! sí, la fuga, con esa energía propia de los jóvenes, con ese vigor de la desesperación y el miedo, que aumentan las fuerzas del hombre y las igualan á las de todo un ejército... Ocultarse de día, andar de noche y llegar al fin.....

¿Dónde? ¿En qué sitio ocultarse donde no pudiera alcanzarle el brazo vengador de la justicia del rey?

Gilberto conocia las costumbres del campo. ¿Y qué es lo que se piensa en países casi salvajes, casi desiertos? porque en cuanto á las ciudades no habia para qué acordarse de ellas. ¿Qué se piensa en una aldea, ó lugar, del extranjero que se presenta á mendigar su pan, ó de quien sospechan que lo ha robado? Y luego Gilberto conocia perfectamente lo que en este caso podia ser capaz de disimular; sabia que una figura notable, y en que en adelante estaria marcado el indeleble sello de un secreto terrible, llamaria la atención de cualquier observador. Huir era ya peligroso, pero el ser descubierto era una afrenta.

La fuga debía acreditar que Gilberto era culpable; por consiguiente rechazó esta idea; y como si su ánimo no tuviese más fuerzas que las absolutamente

precisas para hallar una idea, el desventurado, después de la fuga, halló la muerte.

Esa era la primera vez que habia pensado en suicidarse; y la aparición de esa lúgubre fantasma que evocó, no le causó el menor miedo.

— Siempre habrá tiempo, se dijo, para pensar en la muerte cuando se hayan agotado todos los recursos. Además es una cobardía el suicidarse, como dice el señor Rousseau, y es más noble sufrir.

Cuando se le ocurrió este pensamiento, Gilberto levantó la cabeza y volvió á emprender sus vagas correrías por el jardín.

Hallábase en los primeros destellos de su seguridad, cuando de súbito llegando Felipe, como le hemos visto, trastornó todas sus ideas y lo sumergió en una nueva serie de perplejidades.

¡El hermano! ¡el hermano á quien ha llamado! ¡Luego era una cosa bien averiguada! La familia tomaba el partido del silencio; sí, pero haciendo todas las indagaciones, averiguando los más menudos detalles que, para Gilberto, equivalian á todo el inico aparato de la Conserjería, del Chatelet y la Tournelle. Entonces es cuando lo harian aparecer ante Andrea, cuando lo forzarian á arrodillarse, á confesar bajamente su crimen, y cuando le matarian como á un perro con el palo ó el cuchillo: venganza legitima cuya inmunidad contaba muchos ejemplos en una multitud de aventuras.

El rey Luis XV era muy complaciente con la nobleza en ocasiones por el estilo.

Y además, Felipe era el vengador más terrible que la señorita de Tavernay podia llamar en su ayuda; Felipe, el único de la familia que habia mostrado á Gilberto sentimientos de hombre y casi de igual, no mataria de un modo tan seguro al culpable con una

palabra, como con la espada, si esa palabra era :

« ¡ Gilberto, tú has comido de nuestro pan, y nos deshonrás ! »

Así, hemos visto á Gilberto escabulléndose desde la primera aparición de Felipe; y si volvió al llamarle, lo hizo sólo obedeciendo á su instinto para no acusarse á sí mismo, y desde aquel momento concentro todas sus fuerzas en un solo objeto, la resistencia.

Siguió á Felipe, le vió subir á la habitación de Andrea, y hablar con el doctor Luis; todo lo espío, todo lo juzgó, y comprendió la desesperación de Felipe, viendo nacer y crecer en él aquel dolor. Hasta la terrible escena que había mediado entre los dos hermanos la adivinó en el movimiento de las sombras detrás de la cortina.

— Soy perdido, pensó allá para sí; y extraviada su razón, se apoderó de un cuchillo para matar á Felipe, á quien esperaba ver presentarse en su puerta ó para darse de puñaladas en caso necesario.

Todo al contrario, Felipe se reconcilió con su hermana, y Gilberto le vió de rodillas besando las manos á Andrea. Esto le infundía nueva esperanza, esto proporcionaba una puerta por donde salvarse, puesto que si Felipe no había prorrumpido en gritos de furor, era porque Andrea ignoraba completamente el nombre del culpable; si ella, que era el único testigo, la única que podía acusarlo, no sabía nada, nadie lo sabía tampoco; y si Andrea, ¡ loca esperanza! lo sabía y no lo había dicho, era para él más que su salvación, era la felicidad, el triunfo.

Desde aquel momento se elevó Gilberto hasta el nivel de la situación, y nada le detuvo en su marcha así que de una ojeada la sondeó con claridad.

— ¿ Dónde están las huellas, dijo, si la señorita de Taverney no me acusa? Y, ¿ cuán loco soy! ¿ me acusaría del resultado ó del crimen? El crimen no ha podido penetrarlo, puesto que en estas tres semanas no me ha indicado que me detesta más que antes.

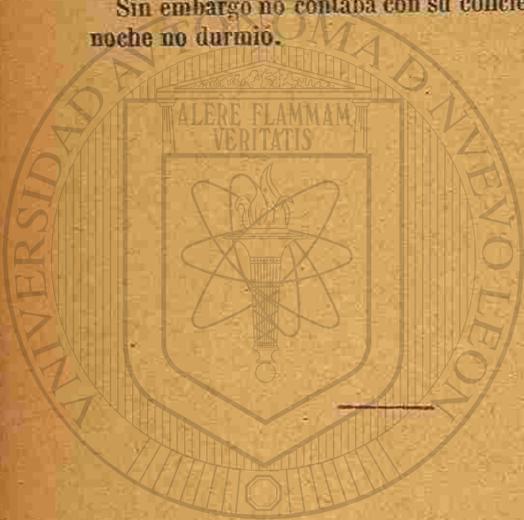
De consiguiente, si no ha conocido la causa, el efecto no habla contra mí más que contra otro cualquiera. Yo mismo he visto al rey en el cuarto de la señorita Andrea, y si preciso es, lo declararé delante de su hermano, y me creerán á pesar de todas las negativas de S. M... Sí, pero este sería un partido muy peligroso... Me callaré, porque el rey tiene sobrados medios de probar su inocencia ó de desbaratar mi testimonio. Pero, á falta del rey, cuyo nombre no puede invocarse en todo esto, so pena de prisión perpetua ó de muerte, ¿ no tengo á ese desconocido que en la misma noche hizo bajar á la señorita de Taverney al jardín?... ¿ Y cómo podría defenderse ese? ¿ cómo adivinarían quién es, ó si lo adivinaran, cómo lo hallarían? Ese no es más que un hombre ordinario, valgo tanto como él y siempre me podré defender bien contra él. Además, ni siquiera piensan en mí, pues solo Dios me ha visto... añadió con amargura. Pero ese Dios que tantas veces ha visto mis lágrimas y mis dolores sin decir nada, ¿ por qué habría de cometer la injusticia de descubrirme en esta ocasión, la primera que me ha proporcionado de ser feliz?...

Á mayor abundamiento, si existe el crimen, á él se debe imputar y no á mí, pues el señor de Voltaire prueba plenamente que ya no hay milagros. Estoy salvado, estoy tranquilo; porque nadie sabe mi secreto: el porvenir es mío.

Después que hizo estas reflexiones, ó más bien esta composición con su confianza, Gilberto encerró sus útiles de labor y fué á cenar con sus compañeros.

Mientras duró la cena estuvo alegre, decidido y aun provocativo, pues había tenido remordimientos, había tenido miedo, y esta es una debilidad que un hombre, un filósofo, debía apresurarse á borrar.

Sin embargo no contaba con su conciencia, y aquella noche no durmió.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Dos sufrimientos!

Gilberto había apreciado perfectamente la situación, cuando dijo, al hablar del desconocido á quien había sorprendido en los jardines en aquella noche tan fatal para Andrea : ¿ Cómo lo hallarán ?

En efecto, Felipe ignoraba completamente dónde vivía José Bálsamo, conde de Fénix.

Pero se acordó de aquella dama de alta condición, de aquella marquesa de Saverny, á cuya casa había sido transportada Andrea el 31 de mayo para que la socorriesen.

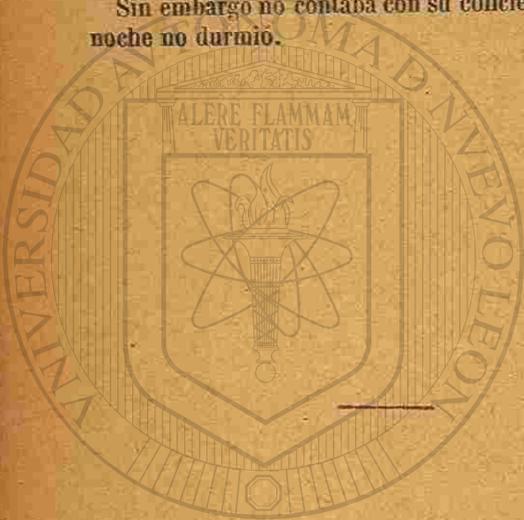
No era una hora tan avanzada que no pudiera presentarse en casa de aquella señora, que vivía en la calle de San Honorato ; así, reprimiendo toda la agitación de su alma y de sus sentidos, subió á aquella casa, y la doncella le dió al instante, sin ningún reparo, las señas de Bálsamo, calle de San Claudio, en e Marais, á donde Felipe se dirigió al punto.

Pero no tocó sin profunda emoción al aldabón de aquella casa sospechosa, donde según sus conjeturas se habían sepultado, para siempre, el reposo y el honor de la pobre Andrea. Sin embargo, apelando con resolución á su voluntad, dominó al punto su indignación y sensibilidad, para conservar intactas todas las fuerzas de que creía tener necesidad.

Llamó pues á la puerta con mano bastante segura, y

Mientras duró la cena estuvo alegre, decidido y aun provocativo, pues había tenido remordimientos, había tenido miedo, y esta es una debilidad que un hombre, un filósofo, debía apresurarse á borrar.

Sin embargo no contaba con su conciencia, y aquella noche no durmió.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

Dos sufrimientos!

Gilberto había apreciado perfectamente la situación, cuando dijo, al hablar del desconocido á quien había sorprendido en los jardines en aquella noche tan fatal para Andrea : ¿ Cómo lo hallarán ?

En efecto, Felipe ignoraba completamente dónde vivía José Bálsamo, conde de Fénix.

Pero se acordó de aquella dama de alta condición, de aquella marquesa de Saverny, á cuya casa había sido transportada Andrea el 31 de mayo para que la socorriesen.

No era una hora tan avanzada que no pudiera presentarse en casa de aquella señora, que vivía en la calle de San Honorato ; así, reprimiendo toda la agitación de su alma y de sus sentidos, subió á aquella casa, y la doncella le dió al instante, sin ningún reparo, las señas de Bálsamo, calle de San Claudio, en e Marais, á donde Felipe se dirigió al punto.

Pero no tocó sin profunda emoción al aldabón de aquella casa sospechosa, donde según sus conjeturas se habían sepultado, para siempre, el reposo y el honor de la pobre Andrea. Sin embargo, apelando con resolución á su voluntad, dominó al punto su indignación y sensibilidad, para conservar intactas todas las fuerzas de que creía tener necesidad.

Llamó pues á la puerta con mano bastante segura, y

según la costumbre de aquella casa, se abrió la referida puerta.

Felipe entró en el patio llevando el caballo de la brida.

Pero apenas había dado cuatro pasos, cuando Fritz salió del vestíbulo, y apareciendo en lo alto de la escalera, le paró con esta pregunta:

— ¿Qué queréis, caballero?

Felipe se estremeció como si tropezase en un obstáculo imprevisto, miró al alemán, y frunciendo el entrecejo como si en aquello no hubiera llenado un deber sencillo de criado, le respondió:

— Quiero hablar al amo de la casa, al conde de Fénix, añadió atando la brida de su caballo á una argolla, y dirigiéndose después á la casa, en la cual entró.

— Mi señor no está en casa, dijo Fritz, aunque dejando pasar á Felipe, con esa urbanidad propia de un criado bien enseñado.

¡ Cosa extraña ! parecía que Felipe lo había previsto todo menos esta sencilla respuesta.

Durante un momento quedó como cortado.

— ¿ Dónde podré hallarle ? preguntó.

— No sé, caballero.

— Sin embargo debéis saberlo.

— Dispensad, mi señor no me da cuenta de sus pasos.

— Sin embargo, amigo, es indispensable que hable á vuestro amo esta misma noche.

— Dudo que sea posible.

— Es indispensable, porque tengo que hablarle de un asunto de la mayor importancia.

Fritz se inclinó sin responder.

— ¿ Conque ha salido ? preguntó Felipe.

— Sí, caballero.

— Pero sin duda volverá.

— No lo creo, caballero.

— ¡ Ah ! ¿ no lo creéis ?

— No.

— Muy bien, dijo Felipe con un asomo de calentura; entretanto, id á decir á vuestro amo...

— Pero tengo el honor de deciros, replicó imperturbablemente Fritz, que mi señor no está en casa.

— Sé lo que valen las órdenes que se dan á los criados, amigo mío, dijo Felipe, y la vuestra es respetable; pero en realidad no es aplicable á mí, cuya visita no podía prever vuestro amo, y que vengo aquí por excepción.

— La orden es para todos, caballero, respondió torpemente Fritz.

— Entonces, supuesto que hay esa orden, es una prueba de que el conde de Fénix está en casa.

— Y bien... ¿ qué ? replicó á esto Fritz principiando á impacientarse por aquella obstinación.

— Que le aguardaré.

— Os repito que mi señor no está en casa; hace algún tiempo se prendió fuego á esta casa, y desde entonces ha quedado inhabitable.

— Sin embargo tú la habitas, dijo torpemente á su vez Felipe.

— La habito en clase de guardián.

Felipe se encogió de hombros, como dando á entender que no creía una palabra de cuanto le decían.

Fritz empezaba á enfadarse.

— Por lo demás, dijo, esté mi señor aquí ó no esté, y ya hallándose presente, ya en su ausencia, nadie está autorizado á entrar en su casa á la fuerza, y si no os conformáis con esta costumbre me voy á ver obligado.....

Fritz se detuvo.

— ¿ Á qué ? preguntó Felipe propasándose.

— Á poneros en la calle, respondió Fritz con tranquilidad.

— ¿ Tú ? exclamó Felipe chispeándole los ojos de rabia.

— Yo, contestó Fritz recobrando con el carácter particular á su nación todas las apariencias de sangre fría, á medida que iba aumentándose su ira.

Y dió un paso hacia el joven, quien, exasperado, fuera de sí, echó mano á la espada.

Fritz, sin conmoverse al ver el acero, sin llamar, aunque es verdad que quizá estaría solo, cogió de una panoplia una especie de estaca armada de un hierro de corta dimensión, y arrojándose sobre Felipe á guisa de palista más bien que de floretista, del primer golpe hizo saltar hecho pedazos aquel espadín.

Felipe lanzó un grito de rabia, y arrojándose á su vez hacia el trofeo procuró coger de allí un arma.

En aquel momento se abrió la puerta excusada del pasillo y apareció el conde destacándose del cuadro sombrío.

— ¿ Qué hay, Fritz ? preguntó.

— Nada, señor, contestó el criado bajando la estaca; pero colocándose como una barrera enfrente de su amo, quien, situado como se hallaba en las gradas de la escalera excusada, le llevaba la mitad del cuerpo.

— Señor conde de Fénix, dijo Felipe, ¿ es costumbre en vuestro país que los criados reciban á un caballero estaca en mano, ó es una consigna particular á vuestra noble casa ?

— Detente, Fritz, dijo Bálamo.

Fritz bajó todavía más su estaca, y á una señal que le hizo su amo la puso en un ángulo del vestíbulo.

— ¿ Quién sois, caballero ? preguntó el conde, que

no distinguía bien á Felipe á la luz del velón que alumbraba la antesala.

— Uno que quiere hablaros á toda costa.

— ¿ Qué quiere ?

— Si.

— Esa palabra disculpa á Fritz, caballero, pues yo nunca quiero hablar á nadie, y cuando estoy en mi casa á nadie reconozco con derecho á querer hablarme. Me habéis faltado pues; pero, añadió Bálamo exhalando un suspiro, os lo perdono con tal que os retiréis y no turbéis por más tiempo mi reposo.

— Ciertamente pega muy bien, exclamó Felipe, que pidáis reposo cuando me habéis quitado el mío.

— ¿ Yo os he quitado el reposo ? preguntó el conde.

— ¿ Soy Felipe de Taverney ! gritó el joven, creyendo que este nombre era la mejor respuesta que podía dar á la conciencia del conde.

— ¿ Felipe de Taverney !... Caballero, dijo el conde, he sido bien recibido en casa de vuestro padre, sed pues bien venido á la mía.

— ¡ Ah ! es una gran fortuna ! murmuró Felipe.

— Tened la bondad de seguirme, caballero.

Bálamo cerró la puerta de la escalera excusada, y marchando delante de Felipe, lo llevó al salón donde hemos visto desarrollarse algunas escenas de esta historia, y con especialidad la más reciente de las que allí habían pasado, que fué la de los cinco maestros.

El salón estaba alumbrado como si esperasen á alguien; pero era evidente que sólo lo estaba por una de las costumbres de lujo de la casa.

— ¡ Buenas noches, señor de Taverney ! dijo Bálamo con un tono dulce y apagado que obligó á Felipe á levantar la vista sobre él.

Pero al ver á Bálamo, dió un paso atrás.

En efecto, el conde no era ya más que su sombra;

sus ojos hundidos no tenían ya brillo; sus mejillas, extenuándose, habían encajonado la boca en dos arrugas, y el ángulo facial, desnudo y huesoso, daba á toda su cara la semejanza de una calavera.

Felipe se quedó asombrado, Bálamo miró su asombro, y asomó á sus pálidos labios una sonrisa de mortal tristeza.

— Caballero, dijo, os pido mil perdones por lo que os ha ocurrido con mi criado; pero en realidad, él no hacía más que cumplir con la orden que tenía, y dispensadme que os diga que habéis faltado en querer forzarle á que la infringiera.

— Caballero, dijo Felipe, hay situaciones en la vida, vos lo sabéis, situaciones extremas, y yo me hallaba en una de esas situaciones.

Bálamo nada dijo.

— Quería veros, prosiguió Felipe; quería hablaros, y para penetrar hasta vos hubiera arrojado hasta la muerte.

Bálamo seguía guardando silencio y parecía aguardar una explicación á las palabras del joven, sin tener la fuerza ni la curiosidad de pedirla.

— Al fin he logrado veros, siguió diciendo Felipe, lo he logrado, y vamos á explicarnos si tenéis á bien; pero primero tened la bondad de mandar que se retire ese hombre.

Y Felipe señalaba con el dedo á Fritz, que acababa de abrir la mampara como para pedir á su amo las últimas órdenes respecto de aquel importuno visitante.

Bálamo clavó en Felipe una mirada con el fin de penetrar sus intenciones; pero como Felipe se encontraba ya en presencia de un hombre igual á él en rango y distinción, había recobrado su calma y su fuerza, y por consiguiente fué impenetrable.

Entonces Bálamo despidió á Fritz con un simple

movimiento de cabeza, ó más bien de cejas, y se quedaron los dos enfrente uno de otro, Felipe dando la espalda á la chimenea, y Bálamo con el codo apoyado en un velador.

— Hablad pronto y con claridad, si gustáis, caballero, dijo Bálamo, porque sólo os escucho por mera condescendencia y os advierto que me cansaré muy luego.

— Hablaré como debo, caballero, y durante el tiempo que tenga por conveniente, dijo Felipe, y supuesto vuestro permiso, voy á comenzar por un interrogatorio.

Al oír esta palabra Bálamo frunció las cejas de un modo tan terrible que de sus ojos se desprendió una chispa eléctrica.

Esa palabra excitaba en él tales recuerdos, que Felipe se hubiera estremecido, si hubiese sabido la revolución que causaba en el fondo del corazón de aquel hombre.

Sin embargo, al cabo de un momento de silencio empleado en recobrar su imperio sobre sí mismo:

— Interrogad, dijo Bálamo.

— Caballero, prosiguió Felipe, jamás me habéis explicado de un modo satisfactorio cómo pasasteis el tiempo durante la famosa noche del 31 de mayo, desde el momento en que sacasteis á mi hermana de entre los moribundos y los muertos de que estaba atestada la plaza de Luis XV.

— ¿Qué queréis decir con eso? preguntó Bálamo.

— Quiero decir, señor conde, que toda vuestra conducta en aquella noche me ha sido sospechosa, y hoy más que nunca.

— ¿Sospechosa?

— Sí, y que según todas las probabilidades ha estado lejos de ser la de un hombre de honor.

— Caballero, dijo Bálamo, no os comprendo; de-

béis observar que mi cabeza está fatigada y débil, y que esta debilidad me causa naturalmente impaciencia.

— ¡Caballero!... exclamó á su vez Felipe irritado del tono altanero á la par que tranquilo de Bálamo.

— Caballero, prosiguió Bálamo con el mismo tono, desde la última vez que tuve el honor de veros, he sufrido una grande desgracia; mi casa se ha quemado en parte, y se han perdido para mí diversos objetos preciosos, preciosísimos, ¿lo entendéis? De ahí resulta que con motivo del pesar que sentí, me ha quedado un tanto debilitada la razón; por consiguiente os ruego que habléis con mucha claridad, ó de lo contrario tendré que despedirme de vos en este momento.

— ¡Oh! no, caballero, dijo Felipe, no os despediréis de mí tan fácilmente como decís; yo respetaré vuestros pesares, si vos os compadecéis de los míos; porque también á mí, caballero, me ha sucedido una desgracia muy grande, mucho mayor que la vuestra.

Bálamo se sonrió con aquella sonrisa desesperada que Felipe había visto ya vagar por sus labios.

— Yo, caballero, prosiguió Felipe, he perdido el honor de mi familia.

— Y bien, caballero, replicó Bálamo, ¿qué puedo hacer yo para remediar esa desgracia?

— ¿Qué podéis hacer? exclamó Felipe con ojos centellantes.

— Sin duda.

— Podéis devolverme lo que he perdido, caballero.

— ¡Ah! vamos, estáis loco, exclamó Bálamo.

Y alargó la mano hacia la campanilla.

Pero con un ademán tan negligente y con tan poca cólera que el brazo de Felipe lo detuvo al punto.

— ¿Yo estar loco? exclamó Felipe con voz ahogada; pero ¿no comprendéis que se trata de mi hermana, de

mi hermana á quien habéis tenido desmayada en vuestros brazos la noche del 31 de mayo; de mi hermana á quien habéis llevado á una casa, según vos honrada, y según yo infame; de mi hermana, en fin, cuyo honor pido con la espada en la mano?

Bálamo se encogió de hombros.

— ¡Dios mío! murmuró, cuántos rodeos para llegar á una cosa tan sencilla.

— ¡Miserable! exclamó Felipe.

— ¡Qué deplorable voz tenéis, caballero! dijo Bálamo con la misma impaciencia triste, me aturdis; vamos, ¿no acabáis de decirme que he insultado á vuestra hermana?

— ¡Sí, menguado!

— He ahí otro grito y otro insulto inútiles, caballero, ¿quién diablos os ha dicho que yo he insultado á vuestra hermana?

Felipe titubeó, porque el tono con que Bálamo pronunció aquellas palabras le llenó de asombro: ó era el colmo de la impudencia, ó el grito de una conciencia pura.

— ¿Quién me lo ha dicho? preguntó el joven.

— Sí.

— Mi misma hermana, caballero.

— Pues bien, caballero, vuestra hermana....

— ¿Qué vais á decir? exclamó Felipe haciendo un gesto amenazador.

— Iba á decir, caballero, que acabo de formar una idea muy triste tanto de vos como de vuestra hermana. ¿Sabéis que es una especulación muy fea la que hacen ciertas mujeres con su deshonor? Sí, vos venís aquí con la amenaza en la boca, como los hermanos barbudos de la comedia italiana, para obligarme con la espada ó á que me case con vuestra hermana, lo cual prueba que tiene mucha necesidad de marido, ó á que

os dé dinero, porque sabéis que hago oro. Pues bien, caballero, os habéis engañado sobre ambos puntos, pues no obtendréis dinero, y vuestra hermana se quedará soltera.

— ¡Entonces os arrancaré la sangre que corre por vuestras venas, si es que tenéis sangre! exclamó Felipe.

— No, ni aun siquiera lograréis eso, caballero.

— ¿Cómo?

— La sangre que tengo la guardo, y si hubiera querido verterla se me ha presentado para ello una ocasión más seria que la que vos me proporcionáis. Así, caballero, hacedme el favor de volveros tranquilamente, y si levantáis la voz, como ese ruido me lastima la cabeza, llamaré á Fritz, quien vendrá, y á una seña mía os hará dos pedazos como si fueseis una caña. Idos.

Lo que es aquella vez Bálamo cogió la campanilla; y como Felipe quisiera impedirselo, abrió un cofre de ébano que estaba sobre el velador y sacó una pistola de dos cañones que amartilló.

— Pues bien; ¡más quiero eso! exclamó Felipe; ¡matadme!

— ¿Y por qué os he de matar?

— Porque me habéis deshonrado.

El joven pronunció estas palabras con tal acento de verdad, que Bálamo lo miró con dulzura diciendo:

— ¿Será posible que obréis de buena fe?

— ¿Y lo dudáis? ¿dudáis de la palabra de un caballero?

— Bien; quiero suponer que la señorita de Taverney es la única que ha concebido una idea tan indigna, que os ha extraviado; y siendo así voy á daros una satisfacción. Os juro, bajo palabra de honor, que la conducta que observé con vuestra hermana la noche

del 31 de mayo es irreprochable; que ni los hombres de bien, ni los tribunales humanos, ni la justicia divina, podrían hallar cosa que fuese contraria al decoro más delicado: ¿me creéis?

— ¡Caballero! dijo el joven admirado.

— Ya sabéis que no temo el desafío, porque esto se conoce en los ojos, ¿no es verdad? En cuanto á mi debilidad no hay que engañarse, pues es aparente: es cierto que tengo poca sangre en el rostro, pero mis músculos nada han perdido de su fuerza. ¿Queréis que os lo pruebe? Mirad.

Y Bálamo levantó con una mano, sin hacer esfuerzo, un enorme vaso de bronce que había sobre un mueble de Boule.

— Pues bien; corriente, caballero, dijo Felipe, os creo en cuanto el 31 de mayo; pero os valéis de un subterfugio, y ponéis vuestra palabra bajo la garantía de un error de fecha. ¡Después habéis vuelto á ver á mi hermana!

Bálamo titubeó á su vez.

— Es verdad que la he vuelto á ver, dijo.

Y su frente, que se había despejado por un momento, se oscureció de un modo terrible.

— ¡Ah! ¡ya lo veis! dijo Felipe.

— ¿Y que prueba contra mí el que haya vuelto á verla?

— Prueba que la sumergisteis en ese sueño inexplicable, cuyos síntomas ha sentido ya tres veces al acercaros á ella, y que abusasteis de aquella insensibilidad para conseguir que vuestro secreto quedase impune.

— ¿Quién ha dicho eso? exclamó á su vez Bálamo

— ¡Mi hermana!

— ¿Y cómo lo sabe, puesto que estaba dormida?

— ¡Ah! ¿conque confesáis que la adormecieron?

— Hago más, caballero, confieso que yo fui quien la adormeció.

— ¿ Vos ?

— Sí.

— ¿ Y con qué objeto sino con el de deshonorarla ?

— ¿ Con qué objeto ? ¡ ay de mí ! dijo Bálamo inclinando la cabeza sobre el pecho.

— ¡ Hablad, hablad !

— Con el objeto, caballero, de hacer que revelase un secreto que para mí valía más que la vida.

— ¡ Oh ! ese es un subterfugio, astucia y nada más !

— Y esa noche fué, continuó Bálamo siguiendo su pensamiento más bien que contestando á las injurias palabras de Felipe, esa noche fué cuando vuestra hermana.....

— Ha quedado deshonrada, sí, caballero.

— ¿ Deshonrada ?

— ¡ Mi hermana está en cinta !

Bálamo lanzó un grito.

— ¡ Oh ! es verdad, es verdad ! dijo ; ya me acuerdo ; la he dejado sin despertarla.

— ¡ Confesáis, confesáis ! exclamó Felipe.

— Sí, y durante esa noche terrible... ¡ Oh ! sí, terrible para todos nosotros, caballero, algún infame se ha aprovechado de su sueño.

— ¡ Ah ! ¿ queréis mofaros de mí, caballero ?

— No, lo que quiero es convenceros.

— Difícil será.

— ¿ Dónde se halla vuestra hermana en este momento ?

— En el mismo sitio donde tan bien la habéis descubierto.

— ¿ En Trianón ?

— Sí.

— Voy con vos á Trianón, caballero

Felipe se quedó inmóvil de asombro.

— He cometido una falta, caballero, dijo Bálamo ; pero estoy puro de todo crimen ; he dejado á esa niña sumergida en el sueño magnético. Y bien, en compensación de esa falta, que es justo me perdonéis, os descubriré el nombre del culpable.

— ¡ Descubridlo, descubridlo !

— Yo no lo conozco, dijo Bálamo.

— ¿ Entonces quién lo conoce ?

— Vestra hermana.

— Pero se niega á decírmelo.

— Á vos tal vez, pero no se negará á decírmelo á mí.

— ¿ Mi hermana ?

— Si vuestra hermana acusa á alguno, ¿ la creeréis ?

— Sí, porque mi hermana es un ángel de pureza. Bálamo tocó la campanilla.

— Fritz, una carroza, dijo viendo aparecer el alemán.

Felipe se paseaba por el salón como un loco.

— ¿ El culpable ? decía, ¿ prometéis descubrirme el culpable ?

— Caballero, dijo Bálamo, vuestra espada se ha roto en la refriega, ¿ me permitís que os ofrezca otra ?

Y cogió de encima de un sillón una magnífica espada con puño de plata sobredorada que puso á Felipe en el cinturón.

— ¿ Pero y vos ? dijo el joven.

— Yo no tengo necesidad de armas, replicó Bálamo ; mi defensa está en Trianón, mi defensor seréis vos mismo, así que vuestra hermana haya hablado.

Un cuarto de hora después subían á una carroza, y Fritz los conducía por el camino de Versalles al galope de dos excelentes caballos.

El camino de Trianón

En todas aquellas correrías y explicaciones se había invertido tiempo, de suerte que eran cerca de las dos de la mañana cuando salieron de la calle de San Claudio.

Tardaron una hora y cuarto en llegar á Versalles, y diez minutos en ir á Trianón; de manera que hasta las tres y media no llegaron nuestros dos hombres á su destino.

Durante la segunda parte del camino, el alba iba derramando su rosada tinta sobre los bosques llenos de frescura y las colinas de Sevres, y como si ante sus ojos se alzara lentamente un velo, los estanques de Ville-d'Avray, y los más lejanos de Buc, se fueron iluminando como otros tantos espejos.

Luego, en fin, aparecieron á sus ojos las columnatas y los tejados de Versalles, cubiertos ya por los purpúreos rayos de un sol invisible aun.

De vez en cuando brillaba un vidrio en que se reflejaba un rayo de sol y rasgaba con su luz el color violado de la niebla matinal.

Al llegar al extremo de la calle de árboles que va desde Versalles á Trianón, Felipe mandó parar el carruaje, y dirigiéndose á su compañero que, durante el viaje, había guardado un triste silencio, le dijo:

— Caballero, temo que tengamos que aguardar aquí

algún tiempo, porque hasta las cinco no se abren las puertas de Trianón, y recelo que si quebrantamos la consigna, demos que sospechar á los vigilantes y los guardas.

Bálsamo nada respondió, pero manifestó con un movimiento de cabeza que accedía á su proposición.

— Por otra parte, caballero, prosiguió Felipe, esta tardanza me dará tiempo para manifestaros parte de algunas reflexiones que he hecho durante el viaje.

Bálsamo fijó en Felipe una mirada vaga y llena de fastidio é indiferencia.

— Como gustéis, caballero, dijo Bálsamo, hablad que ya os escucho.

— Me habéis dicho, prosiguió Felipe, que la noche de 31 de mayo dejasteis á mi hermana en casa de la marquesa de Saverny.

— Vos mismo os habéis cerciorado de ello, caballero, dijo Bálsamo; puesto que después hicisteis una visita á esa señora para darle las gracias.

— Habéis añadido también que, desde la casa de aquella señora hasta la nuestra, es decir, hasta la calle Coq-Heron, os había acompañado un criado de las caballerizas del rey, y que por consiguiente no os habéis hallado solo con mi hermana, y yo os he creído bajo vuestra palabra de honor.

— Y habéis hecho bien, caballero.

— Pero, fijando mi pensamiento en circunstancias más recientes, he tenido que decirme que hace un mes, la noche que hallasteis medios para introducir os en los jardines de Trianón, habéis debido penetrar en su cuarto.

— Jamás he entrado en el cuarto de vuestra hermana en Trianón.

— ¡Esechad, sin embargo!... Mirad que es pre-

ciso que todo se aclare antes que os presentéis á Andrea.

— Aclarad todo lo que queráis, caballero, porque no deseo otra cosa, puesto que á eso hemos venido.

— Pues bien; esa noche, tened cuidado con vuestra respuesta, porque lo que voy á deciros es positivo, como que lo sé de la boca de mi misma hermana; esa noche, digo, mi hermana se acostó temprano; ¿la sorprendisteis en la cama?

Bálsamo hizo con la cabeza una señal negativa.

— ¡Cuidado con negar! dijo Felipe.

— Yo no niego, caballero; me preguntáis y yo respondo.

— Pues bien: ¡sigo preguntándoos, seguid vos respondiendo!

Bálsamo no se enfadó, antes al contrario hizo seña á Felipe de que aguardaba sus preguntas.

— Cuando subisteis al cuarto de mi hermana, persiguió Felipe animándose cada vez más, cuando la sorprendisteis, y adormecisteis por vuestro infernal poder, Andrea estaba acostada, leyendo; sintió la invasión de ese entorpecimiento que le causa siempre vuestra presencia, y perdió el conocimiento. Decís que no hicisteis más que preguntarla, solo que, añadís, os marchasteis sin despertarla, y sin embargo, añadió Felipe cogiendo la muñeca de Bálsamo y apretándosela convulsivamente, cuando recobró el conocimiento, á la mañana siguiente, estaba, no en la cama, sino al pie del sofá, medio desnuda... Responded á esta acusación, caballero, y no tergiverséis las cosas.

Durante esta interpección, Bálsamo, como un hombre que despierta de un sueño, alejaba de sí una á una las negras ideas que oscurecían su mente.

— En verdad, caballero, dijo, que no debíais volver á tocar esta materia, y promoverme una eterna disputa.

He venido aquí por condescendencia y por el interés que me inspiráis, y me parece que se os ha olvidado. Sois joven y oficial, y estáis acostumbrado á hablar alto llevando la mano al pomo de la espada; pero todo eso os hace raciocinar muy mal en circunstancias graves. He hecho en mi casa más de lo que debía para convenceros, y conseguir que me dejaseis tranquilo; pero vos empezáis de nuevo; ¡tened cuidado! porque si me fatigáis, me adormeceré en la profundidad de mis pesares, al lado de los cuales, os juro que los vuestros no son más que pasatiempos, y cuando yo duermo de ese modo, caballero, ¡desgraciado del que me despierta! Lo único que puedo deciros es que no he entrado en el cuarto de vuestra hermana; ella fué quien, por su propio impulso, en el que confieso tenía una gran parte mi voluntad, ha venido á buscarme al jardín.

Felipe hizo un movimiento, pero Bálsamo se contuvo.

— Os he ofrecido probaroslo, siguió diciendo, y os lo probaré. ¿Queréis que sea al instante? Corriente: entremos en Triánón, lo cual es mejor que estar perdiendo el tiempo en cosas inútiles; ¿Preferís que esperemos? Esperemos, pues; pero en silencio y sin alterarse, si os place.

Dicho esto, con el aire que ya conocen nuestros lectores, Bálsamo apagó el brillo fugitivo de su mirada y volvió á sumergirse en su meditación.

Felipe lanzó un rugido sordo como una fiera cuando se dispone á morder; pero cambiando de pronto de actitud y modo de pensar:

— Es preciso, se dijo, persuadir á este hombre ó dominarlo con algún género de superioridad; mas como me faltan medios de dominar ó de persuadir, tengamos paciencia.

Pero no pudiendo tener paciencia al lado de Bál-

samo, saltó del carruaje y se puso á pasear por la verde calle de árboles en que la carroza se había parado.

Al cabo de diez minutos conoció Felipe que le era imposible esperar más tiempo.

Prefirió, pues, hacer que le abrieran la verja antes de la hora señalada á riesgo de excitar sospechas.

— Pero por otra parte, murmuraba Felipe acariiciando una idea que ya se le había ocurrido varias veces, ¿qué sospechas puede concebir el portero si le digo que la salud de mi hermana me ha alarmado hasta el punto de haber ido á París en busca de un médico y traerlo aquí al amanecer?

Adoptada esta idea, que con el deseo que tenía de ponerla en ejecución había disipado poco á poco todos sus peligros, corrió hacia la carroza.

— Sí, caballero, dijo, tenéis razón; es inútil esperar más tiempo. Venid, venid.

Peró fué preciso que renovase esta advertencia, y entonces solamente fué cuando se desprendió Bálamo de la capa en que estaba embozado, se abrochó su hopalanda oscura con botones de acero bruñido y salió de la carroza.

Felipe tomó una senda que le condujo á la verja del parque con toda la economía de tiempo que proporcionan las diagonales.

— Andemos de prisa, dijo á Bálamo.

Y su paso era tan veloz, que á Bálamo le costaba trabajo seguirle.

La verja se abrió, Felipe habló con el portero, y nuestros dos hombres pasaron.

Cuando la verja se cerró tras ellos, Felipe se paró otra vez.

— Caballero, dijo, permitidme que os diga una palabra. Ya estamos en el último término de nuestro

viaje; no sé las preguntas que vais á hacer á mi hermana, y quisiera que á lo menos le evitarais los pormenores de la horrible escena que pasó estando dormida. Puesto que ha perdido la virginidad del cuerpo, respetad la del alma.

— Caballero, respondió Bálamo, oid lo que voy á deciros: nunca he entrado en el jardín más allá de esos frondosos bosques que veis allí, frente al edificio en que mora vuestra hermana, y de consiguiente nunca he penetrado en la habitación de la señorita de Taverney, como ya he tenido la honra de deciroslo. En cuanto á la escena que teméis afecte la imaginación de vuestra hermana, sólo os hará efecto á vos y á una persona dormida, en atención á que desde ahora voy á mandar á esa señorita que caiga en el sueño magnético.

Bálamo hizo alto, se cruzó de brazos, se volvió hacia el pabellón que ocupaba Andrea, y permaneció por un momento inmóvil fruncido el entrecejo y con la expresión de una voluntad omnimoda extendida por su rostro.

— Mirad, dijo dejando caer los brazos, ya debe estar dormida la señorita Andrea.

La fisonomía de Felipe expresó duda.

— ¡ Ah ! ¿ no me creéis ? exclamó Bálamo ; pues bien, esperad. Para probaros que no tuve necesidad de entrar en su aposento, voy á mandarle, dormida y todo como se halla, que venga á buscarnos al pie de los escalones, en el mismo sitio que le hablé en nuestra última entrevista.

— Corriente, dijo, Felipe ; cuando lo vea lo creeré.

— Acerquémonos á esa calle de árboles, y esperemos detrás de los ojaranzos.

Felipe y Bálamo fueron á situarse en el paraje designado.

Bálsamo extendió la mano hacia la habitación de Andrea.

Pero apenas se colocó en esta actitud, oyóse un ligero ruido en los ojaranzos inmediatos.

— Mirad que hay un hombre, dijo Bálsamo, ¡ tengamos cuidado !

— ¿ Dónde ? preguntó Felipe buscando con la vista la persona que le señalaba el conde.

— Allí, en el bosquecillo de la izquierda, contestó éste.

— ¡ Ah ! sí, dijo Felipe, es Gilberto, un joven que sirvió en nuestra casa.

— ¿ Tenéis algo que temer de ese joven ?

— No, ó á lo menos así lo creo ; pero no importa, deteneos, caballero, pues si Gilberto está levantado, pueden estarlo otros también.

Durante este tiempo Gilberto se alejaba espantado, pues al ver juntos á Felipe y Bálsamo comprendió por instinto que estaba perdido.

— Y bien, caballero, preguntó Bálsamo, ¿ á qué os decidís ?

— Caballero, respondió Felipe, experimentando á pesar suyo el encanto magnético que aquel hombre esparcía en torno suyo ; si efectivamente es tan grande vuestro poder que atraéis á mi hermana hasta aquí, manifestad ese poder con una señal cualquiera, pero no traigáis á Andrea á un sitio descubierto como lo es éste, y donde cualquiera que venga podrá oír vuestras preguntas y respuestas.

— Ya era tiempo, dijo Bálsamo cogiendo al joven por el brazo y mostrándole en la ventana del corredor á Andrea blanca y severa, que salía de su cuarto, y, obedeciendo á la orden de Bálsamo, se disponía á bajar la escalera.

— ¡ Detenedla, detenedla ! gritó Felipe fuera de sí y estupefacto á la vez.

— Corriente, dijo Bálsamo.

El conde extendió el brazo en dirección de la señorita de Taverney, quien se paró al punto.

Luego, como la estatua que se encamina al festín del *Convidado de Piedra*, después de hacer un alto de un momento, dió la vuelta y se dirigió á su cuarto.

Felipe se precipitó tras ella y Bálsamo le siguió.

Felipe entró casi al mismo tiempo que Andrea en su cuarto, y cogiendo á la joven en sus brazos, la hizo sentarse.

Algunos instantes después que Felipe, entró Bálsamo y cerró tras sí la puerta.

Pero, á pesar de la rapidez del intervalo que medió entre la entrada de los dos, un tercer personaje había tenido tiempo para deslizarse entre ellos y penetrar en el gabinete de Nicole, donde se había ocultado, conociendo que su vida iba á depender de la conferencia que iba á tener lugar.

Aquel tercer personaje era Gilberto.

XIV

Revelación

Bálsamo cerró la puerta tras de sí, y presentándose en el umbral en el momento en que Felipe contemplaba á su hermana con un terror mezclado de curiosidad, le preguntó:

— ¿Estáis ya dispuesto, caballero?

— Sí, sí, lo estoy, respondió Felipe con voz trémula y balbuciente.

— ¿Conque podemos principiar á interrogar á vuestra hermana?

— Como gustéis, dijo Felipe tratando de desprenderse con su respiración del peso que abrumaba su pecho.

— Pero ante todo, dijo Bálsamo, mirad á vuestra hermana.

— Ya la miro, caballero.

— Creéis firmemente que está durmiendo, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Y que por consiguiente no tiene el menor conocimiento de lo que aquí está pasando?

Felipe no respondió, y solo hizo un gesto de duda.

Entonces Bálsamo se dirigió al fogón, encendió una bujía y la acercó á los ojos de Andrea, sin que la llama la hiciese bajar los párpados.

— Sí, sí, es visible que está durmiendo, dijo

Felipe; pero ¡Dios mío, qué sueño tan extraño!

— Pues bien; voy á interrogarla, prosiguió Bálsamo ó más bien, interrogadla vos mismo, caballero, puesto que habéis manifestado recelos de que yo hiciese á vuestra hermana alguna pregunta indiscreta.

— Pero ¿yo le he hablado, la he tocado en este momento, y no ha dado señales de oirme, ni de que me sentía siquiera.

— Es porque no estabais en relación con ella; voy pues á ponerlos.

Y Bálsamo cogió la mano de Felipe y la puso en la de Andrea.

Al punto se sonrió la joven y murmuró:

— ¡Ah! ¿eres tú, querido hermano?

— Ya veis, dijo Bálsamo, como ahora os reconoce.

— Sí, ¿qué cosa tan extraña!

— Preguntadle, y ella os responderá.

— Pero si no se acordaba estando despierta, ¿ha de acordarse estando dormida?

— Ese es un misterio de la ciencia.

Y exhalando un suspiro, Bálsamo fué á sentarse en un sillón que estaba en un rincón del cuarto.

Felipe permanecía inmóvil, con su mano en la de Andrea, sin saber cómo principiar sus preguntas, cuyo resultado debía ser para él la certidumbre de su deshonra y la revelación de un culpable, á quien tal vez no podría dirigirse su venganza.

En cuanto á Andrea, se hallaba en una calma próxima al éxtasis, y su fisonomía indicaba más bien quietud que ningún otro sentimiento.

Aunque estremeeciéndose, obedeció Felipe á la ojeada expresiva con que Bálsamo le decía que se preparase.

Pero á medida que pensaba en su desgracia y que su rostro se iba oscureciendo, el de Andrea se cubría de una nube, y ella fué la que dió principio diciendo:

— Sí, tienes razón, hermano, es una gran desgracia para la familia.

Andrea traducía de ese modo el pensamiento que leía en la mente de su hermano.

Felipe, que no esperaba aquel comienzo, se estremeció.

— ¿Qué desgracia? preguntó ¡sin saber demasiado lo que decía.

— ¡Ah! bien lo sabes tú, hermano mío.

— Forzadla á que hable, caballero, y hablará.

— ¿Y cómo la puedo forzar?

— Queriendo que hable.

Felipe miró á su hermana formulando una voluntad interior.

Andrea se ruborizó.

— ¡Oh! exclamó la joven; ¡qué mal haces, Felipe, en creer que Andrea te ha engañado!

— ¿Conque no amas á nadie? preguntó Felipe.

— Á nadie.

— ¿Entonces no es á un cómplice sino á un culpable al que tengo que castigar?

— No te entiendo, hermano mío.

Felipe miró á Bálamo como pidiéndole consejo

— Apuradla, dijo Bálamo.

— ¿Que la apure?

— Sí, preguntándole francamente.

— ¿Sin respetar el pudor de esta niña?

— Sí, no tengáis cuidado, que cuando despierte no se acordará de nada.

— ¿Pero podrá responder á mis preguntas?

— ¿Veis bien? preguntó Bálamo á Andrea.

Andrea se estremeció al oír el metal de aquella voz, y volvió sus ojos sin brillo hacia el sitio donde estaba Bálamo.

— No tan bien, respondió, como si fueseis vos mismo quien me preguntase; sin embargo veo.

— Pues bien, dijo Felipe, si ves, hermana mía, cuéntame todos los pormenores de lo que sucedió la noche de tu desmayo.

— ¿No principiáis, caballero, por la noche del 31 de mayo? Me parece que vuestras sospechas databan de esa fecha, y ha llegado el momento de que se aclare todo á un mismo tiempo.

— No, caballero, respondió Felipe, es inútil, pues desde hace un instante creo en vuestra palabra. El que dispone de un poder como el vuestro, no lo emplea para lograr un objeto vulgar. Hermana mía, repitió Felipe, cuéntame todo lo que pasó en la noche de tu desmayo.

— No me acuerdo, dijo Andrea.

— ¿Lo oís, señor conde?

— Es preciso que se acuerde y que hable; mandádselo pues.

— ¿Pero si estaba dormida?

— El alma velaba.

Entonces se levantó, extendió la mano hacia Andrea, y frunciendo el entrecejo, lo cual demostraba en él un aumento de voluntad y acción, dijo:

— Acordaos, yo lo quiero.

— Ya me acuerdo, dijo Andrea.

— ¡Oh! exclamó Felipe enjugándose la frente.

— ¿Qué queréis saber?

— Todo.

— ¿Desde qué momento?

— Desde el momento en que os acostasteis

— ¿Os veis á vos misma? preguntó Bálamo.

— Sí, me veo; tengo en la mano el vaso preparado por Nicole... ¡Oh! Dios mío!...

— ¿Qué? ¿qué hay?

- ¡ Oh ! qué pícara !
 — Habla, hermana mía, habla.
 — Este vaso contiene un brebaje preparado, y si bebo me pierdo.
 — ¡ Un brebaje ! exclamó Felipe. ¿ Con qué objeto ?
 — ¡ Espera, espera !
 — Primero lo del brebaje.
 — Iba á llevármelo á los labios ; pero en aquel momento.....
 — ¿ Qué ?
 — El conde me llamó.
 — ¿ Qué conde ?
 — El, dijo Andrea extendiendo la mano hacia Bál-samo.
 — ¿ Y entonces ?
 — Entonces solté el vaso y me dormí.
 — ¿ Y qué mas, qué mas ? preguntó Felipe.
 — Me levanté, y fui á reunirme con él.
 — ¿ Dónde estaba el conde ?
 — Bajo los tilos, frente á mi ventana.
 — ¿ Y el conde no ha entrado nunca en tu cuarto, hermana ?

— Nunca.

Bálsamo dirigió á Felipe una mirada que quería decir :

- ¿ Veis como no os engañaba, caballero ?
 — ¿ Y dices que fuiste á reunirme con el conde ?
 — Sí, porque cuando me llama le obedezco.
 — ¿ Y qué te quería el conde ?
 Andrea titubeó.

— ¡ Hablad, hablad ! exclamó Bálsamo, pues haré por no oiros.

Y volvió á caer en su sillón, sepultando la cabeza entre las manos, como para impedir que llegase hasta él el ruido de las palabras de Andrea.

- Dí, ¿ qué te quería el conde ? repitió Felipe.
 — Preguntarme.....

Y se paró de nuevo, de suerte que cualquiera hubiera dicho temía desgarrar el corazón del conde.

— Continúa, hermana, continúa, dijo Felipe.

— Por una persona que se había escapado de su casa, y que (Andrea bajó la voz) después ha muerto.

Por muy bajo que Andrea pronunció estas palabras, Bálsamo las oyó ó las adivinó, pues lanzó un gemido melancólico.

Felipe se detuvo, y durante un momento reinó el silencio más profundo.

— Continúad, continuad, dijo Bálsamo; vuestro hermano lo quiere saber todo, señorita, y es preciso que lo sepa. ¿ Qué hizo ese hombre después que adquirió las noticias que deseaba ?

— Se fué, dijo Andrea.

— ¿ Dejándote en el jardín ? preguntó Felipe.

— Sí.

— ¿ Y qué hiciste entonces ?

— Como se alejaba de mí, y con él huía la fuerza que me sostenía, caí al suelo.

— ¿ Desmayada ?

— No, dormida; pero con un sueño tan pesado como el plomo.

— ¿ Podrás acordarte de lo que te sucedió durante ese sueño ?

— Procuraré acordarme.

— Pues bien, dí lo que te sucedió.

— Un hombre salió de un bosquecillo, me cogió en brazos y me condujo.

— ¿ Á dónde ?

— Aquí á mi cuarto.

— ¡ Ah !... ¿ y ves á ese hombre ?

— Espera... sí, sí... ¡ Oh ! continuó Andrea ha-

ciendo un gesto de disgusto é incomodidad; ¡ Gilberto había de ser !

— ¿ Gilberto ?

— Sí.

— ¿ Y qué hizo ?

— Me colocó en este sofá.

— ¿ Y después ?

— Aguarda.

— Ved, ved, dijo Bálamo, quiero que veáis.

— Se pone á escuchar... va al otro cuarto... retrocede asustado, y entrá en el gabinete de Nicole... ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

— ¿ Qué es eso ?

— Un hombre le sigue; y yo que no puedo levantarme, ni defenderme ni gritar ¡ dormida como estoy !

— ¿ Quién ese hombre ?

— ¡ Hermano mío ! hermano !

Y el rostro de Andrea expresó el más profundo dolor.

— Decid quién es ese hombre, exclamó Bálamo, yo os lo mando.

— El rey, murmuró Andrea, el rey.

Felipe se estremeció.

— ¡ Ah ! murmuró Bálamo, lo sospechaba.

— Se acerca á mí, siguió diciendo Andrea, me habla, me coge en brazos y me abraza. ¡ Oh ! hermano ! hermano !

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de Felipe, mientras su mano apretaba el puño de la espada que le había dado Bálamo.

— ¡ Hablad, hablad, continuó el conde con tono cada vez más imperativo.

— ¡ Oh ! qué felicidad ! Se turba... se detiene... me mira... tiene miedo... huye... ¡ Andrea se salva !

Felipe aspiraba, jadeando, cada una de las palabras que salían de la boca de su hermana.

— ¡ Se salva ! Andrea se salva ! repitió maquinalmente.

— ¡ Espera, hermano, espera !

Y como si tratara de apoyarse, buscaba la joven el brazo de Felipe.

— ¿ Qué mas, qué mas ? preguntó Felipe.

— Se me había olvidado....

— ¿ Qué ?

— Allí, allí en el gabinete de Nicole, con una navaja en la mano.

— ¿ Con una navaja en la mano ?

— Lo estoy viendo, está pálido como un difunto.

— ¿ Quién ?

— Gilberta.

Felipe contenía la respiración.

— Sigue al rey, prosiguió Andrea, cierra la puerta tras sí, apaga con el pie la bujía que está ardiendo sobre la alfombra, y se adelanta hacia mí... ¡ oh !

La joven se enderezó en los brazos de su hermano, y todos los músculos de su cuerpo se pusieron tan tirantes que parecían próximos á romperse.

— ¡ Oh ! ¡ qué miserable ! dijo al fin.

Y volvió á caer sin fuerzas.

— ¡ Dios mío ! exclamó Felipe no atreviéndose á interrumpirla.

— ¡ Él es ! ¡ él es ! murmuró la joven.

Luego, enderezándose hasta llegar al oído de su hermano, con ojos centellantes y mano trémula, añadió :

— ¡ Le matarás ! ¿ no es verdad, Felipe ?

— ¡ Ah ! sí ! exclamó el joven dando un brinco.

Y tropezó con un velador que estaba detrás de él

con varias piezas de porcelana que echó por tierra, haciéndolas pedazos.

Al ruido de aquella caída se mezcló otro ruido sordo y una conmoción repentina de las tablas del tabique, luego un grito de Andrea que lo dominó todo.

— ¿Qué es eso? preguntó Bálamo. Se ha abierto la puerta.

— ¿Nos estaban escuchando? dijo Felipe desnudando la espada.

— Era él, dijo Andrea; sí, era él.

— ¿Pero quién es él?

— ¡Gilberto! siempre Gilberto! ¡Ah! ¡le matarás, Felipe? ¿no es verdad que le matarás?

— ¡Oh! sí, sí, sí! exclamó el joven.

Y se lanzó á la antesala con espada en mano, mientras que Andrea volvió á caer sobre el sofá.

Bálamo corrió tras el joven y lo sujetó por el brazo diciéndole:

— ¡Mirad, caballero, que lo que ahora es un secreto se hará público! es de día, y en los palacios reales el eco resuena mucho.

— ¡Oh! Gilberto, Gilberto! murmuraba Felipe; y estaba ahí oculto y nos escuchaba, y podía yo matarle! ¡Oh! el cielo aniquile á ese miserable!

— ¡Sí, pero silencio! que ya volveréis á encontrar á ese joven; de quien debéis ocuparos, caballero, es de vuestra hermana, pues ya veis que empieza á fatigarse de tantas emociones.

— ¡Oh! sí, comprendo lo que debe sufrir por lo que yo mismo sufro; ¡es tan espantosa y tiene tan poco remedio esta desgracia! ¡oh, caballero, caballero, me costará la vida!

— Al contrario, viviréis para vuestra hermana, porque no tiene á nadie más que á vos, y os necesita. Amadla, compadeceadla y protegedla. Y ahora, conti-

nuó después de algunos minutos de silencio, ya no tenéis necesidad de mí, ¿no es verdad?

— No, caballero; perdonadme mis sospechas, y también mis ofensas; aunque en realidad todo el daño proviene de vos.

— No trato de disculparme, caballero, pero olvidáis lo que ha dicho vuestra hermana...

— ¿Qué ha dicho? porque tengo la cabeza trastornada.

— Que si yo no hubiese llegado, hubiera bebido el brebaje preparado por Nicole, y entonces hubiera sido el rey, ¿os hubiera parecido menor la desgracia?

— No, caballero, siempre hubiera sido igual, y veo bien que estábamos condenados á esta desgracia. Tened á bien despertar á mi hermana.

— No, porque me vería y tal vez comprendería lo que acaba de pasar; más vale que la despierta del mismo modo que la he adormecido, desde lejos.

— ¡Gracias, gracias!

— Adiós, pues, caballero.

— Una palabra, conde. ¿Supongo que seréis hombre de honor?

— ¡Oh! ¿queréis decir que guarde secreto?

— Conde...

— Es una recomendación inútil, en primer lugar porque soy un caballero, y en segundo, porque decidido como estoy á no tener nada de común con los hombres, voy á olvidarlos y á no cuidarme de sus secretos. No obstante, contad conmigo si alguna vez puedo seros útil... Pero no, no; ya no soy útil para nada; nada valgo ya en el mundo. Adiós, señor de Taverney, adiós.

E inclinándose ante Felipe, Bálamo miró otra vez á Andrea, que tenía la cabeza echada hacia atrás con todos los síntomas del dolor y del cansancio.

— ¡ Oh, ciencia, murmuró, cuántas víctimas para conseguir un resultado sin valor!

Y desapareció.

Á medida que se alejaba, fué reanimándose Andrea, quien levantó su pesada cabeza como si fuera de plomo, y mirando á su hermano con ojos de asombro:

— ¡ Oh! Felipe, murmuró, ¿ qué es lo que acaba de pasar?

Felipe comprimó los sollozos que le ahogaban, y sonriéndose con heroísmo:

— Nada, hermana, dijo.

— ¿ Nada?

— Sí.

— ¡ Y sin embargo, me parece que he estado delirando, que he soñado!

— ¡ Soñado! ¿ y que has soñado, querida Andrea?

— ¡ Oh! he soñado con el doctor Luis, hermano, ¡ con el doctor Luis!

— Andrea, exclamó Felipe estrechándole la mano, eres tan pura como la luz del día; pero todo te acusa, todo te pierde, y sobre los dos ha caído un secreto terrible. Voy en busca del doctor Luis para que diga á la señora Delfina que estás atacada de ese mal inexorable que se apodera del que vive lejos de su patria, y que sólo puedes curarte residiendo en Taverney. En seguida marcharemos, ora al mismo Taverney, ora á cualquier otro sitio del mundo, y aislados allí los dos, nos querremos y nos consolaremos mutuamente.

— Sin embargo, hermano, dijo Andrea, puesto que soy tan pura como dices...

— Querida Andrea, ya te explicaré todo lo que hay; entretanto prepárate para marchar.

— Pero ¿ y papá?

— ¿ Mi padre? dijo Felipe con aire sombrío, eso es cosa mía, ya le prepararé.

— ¿ Es decir que nos acompañará?

— ¿ Quién, mi padre? ¡ oh! es imposible! absolutamente imposible! Nosotros dos solos, Andrea; ya te he dicho que nosotros dos solos.

— ¡ Oh! ¡ cómo me asustas, amigo mío! cómo me espantas, hermano mío! cuánto sufro, Felipe!

— Dios está al cabo de todo, Andrea, dijo el joven, por consiguiente, ten ánimo; yo corro en busca del doctor; en cuanto á ti, Andrea, ya sabes que estás mala por el sentimiento que te causa el haber dejado á Taverney, sentimiento que ocultabas á la señora Delfina. Vamos, vamos, sé fuerte, hermana mía, porque va en ello nuestra honra.

Y Felipe se apresuró á abrazar á su hermana, porque estaba sofocado.

En seguida recogió la espada que había dejado caer, la metió en la vaina con mano trémula, y se lanzó á la escalera.

Un cuarto de hora después llamaba á la puerta del doctor Luis, que vivía en Versalles todo el tiempo que la corte residía en Triánón.

El jardín del doctor Luis

El doctor Luis, á cuya puerta hemos dejado á Felipe, se estaba paseando en un jardinito encerrado entre cuatro paredes elevadas y que formaba parte de las dependencias de un antiguo convento de Ursulinas, transformado en un almacén de forraje para los señores dragones de la casa real.

Sin dejar de andar, el doctor Luis leía las pruebas de una nueva obra que estaba publicando, y se bajaba de vez en cuando para arrancar de la calle de árboles en que se paseaba, ó de los acirates que se extendían á derecha é izquierda, las malas hierbas cuya vista chocaba á su instinto de orden y simetría.

La casa del doctor corría á cargo de una solz criada algo huraña, como toda criada de un hombre laborioso que no quiere que le incomoden en sus trabajos.

Al ruido que hizo el aldabón de bronce bajo la mano de Felipe, acercóse á la puerta la criada, y la entreabrió.

Pero en vez de parlamentar con la criada, el joven empujó la puerta y entró. Una vez en el portal, percibió el jardín, y en el jardín al doctor.

Entonces sin hacer caso de las alocuciones y los gritos de la vigilante guardiana, corrió hacia el jardín.

Al oír pasos, el doctor alzó la cabeza, y dijo :

— ¡ Ah ! ah ! ¿ sois vos ?

— Perdonadme, doctor, el que haya forzado de este modo vuestra puerta y venga á turbar vuestra soledad, pues ha llegado el momento que habéis previsto; tengo necesidad de vuestro auxilio, y vengo á reclamároslo.

— Os lo he prometido, caballero, y os lo prometo de nuevo.

Felipe se inclinó, demasiado conmovido para entablar él la conversación.

El doctor Luis comprendió su perplejidad, é inquieto por la pálidez de Felipe y temiendo alguna catástrofe por desenlace de aquel drama, dijo :

— ¿ Cómo se halla la enferma ?

— Muy bien, á Dios gracias, doctor, y mi hermana es una joven tan digna y tan honrada, que verdaderamente no sería justo Dios si le enviase dolores y peligros.

El doctor miró á Felipe como para interrogarle, pues sus palabras le parecían una continuación de las negativas de la víspera, y dijo :

— ¿ Entonces ha sido víctima de alguna sorpresa ó de algún lazo ?

— Sí, doctor, ¡ ha sido víctima de una sorpresa inaudita, de un lazo infame !

El doctor juntó las manos y alzó los ojos al cielo, exclamando :

— ¡ Ah ! en cuanto á eso, vivimos en un tiempo horrible, y creo que es urgente nazcan á su vez los médicos de las naciones, como han nacido hace largo tiempo los de los individuos.

— Sí, dijo Felipe, sí, que vengan, pues nadie los verá venir con más alegría que yo ; pero entretanto..... Y Felipe hizo un gesto de sombría amenaza.

— ¡ Ah ! ya veo, caballero, dijo el doctor, que sois

de esos hombres que cifran la reparación del crimen en la violencia y en la muerte.

— Sí, doctor, respondió Felipe tranquilamente, soy de esos hombres.

— ¡ Un duelo ! dijo suspirando el doctor, ¡ un duelo que no devolverá la honra á vuestra hermana, caso que matéis al culpable, y que la sumirá en la desesperación si él os mata ! ¡ Ah ! caballero, os creía hombre de sana razón y de un corazón inteligente, y me parecía haberos oído expresar el deseo de que se guardase secreto sobre este asunto.

Felipe apoyó su mano en el brazo del doctor y le dijo :

— Caballero, os engañáis de un modo extraño acerca de mí ; tengo un raciocinio bastante firme, que nace de una convicción profunda y de una conciencia inmaculada ; quiero no hacerme justicia á mí mismo, sino castigar ; no quiero exponer á mi hermana al abandono y á la muerte haciendo que me maten, sino vengarla matando á un miserable.

— ¿ Y le mataréis siendo como sois caballero ? ¿ Cometeréis un asesinato ?

— Caballero, si le hubiera visto, diez minutos antes de haber cometido el crimen, penetrar como un ladrón en un aposento donde no tenía derecho para poner el pie por su misera condición, y le hubiese matado entonces, todos hubieran dicho que había hecho bien : ¿ por qué, pues, le he de perdonar ahora ? ¿ Es sagrado porque ha cometido el delito ?

— ¿ Es decir que habéis resuelto en vuestro ánimo el llevar á cabo ese proyecto fatal ?

— ¡ Estoy decidido, resuelto ! ; Algún día le encontraré ciertamente, por más que se esconda, y ese día, os lo digo, caballero, sin compasión ni remordimiento le mataré como se mata á un perro !

— Entonces, dijo el doctor Luis, cometeréis un crimen igual al que él ha cometido, ó más odioso quizá ; porque ¿ quién sabe hasta dónde una palabra imprudente, ó un gesto de coquetería que se escape á una mujer pueden excitar los deseos del hombre y sus vehementes inclinaciones ? ; Asesinar, cuando tenéis otros medios de reparación, cuando un casamiento.....

Felipe levantó la cabeza.

— ¿ Ignoráis, caballero, que los Taverney Casa-Roja descienden del tiempo de las Cruzadas, y que mi hermana es tan noble como una arhiduquesa ó una infanta ?

— Sí, os entiendo, y el culpable no lo es : será un patán, un villano, como decís vosotros los hijos de noble raza. Sí, sí, continuó, sonriéndose con amargura, sí, es verdad ; Dios ha creado hombres de cierto barro inferior para que los maten otros de un barro más delicado. ¡ Oh ! sí, tenéis razón, caballero, matad, matad !

Y el doctor volvió la espalda á Felipe, poniéndose á arrancar las malas hierbas de su jardín.

Felipe se cruzó de brazos.

— Escuchadme, doctor, dijo, no se trata aquí de un seductor á quien una coqueta anima más ó menos ; no se trata de un hombre, en fin, provocado, como decíais, sino de un miserable criado en nuestra casa, y que después de haber comido por espacio de veinte años el pan de la compasión, abusando una noche de un sueño facticio, de un desmayo, de una muerte, por decirlo así, ha manchado traidora y bajamente á la mujer más santa y pura, á quien no se atrevía á mirar á la cara á la luz del día. En un tribunal de seguro sería sentenciado á muerte ese culpable : pues bien, yo lo juzgaré, yo, con tanta imparcialidad como un tribunal, y le mataré. Venidme ahora, doctor, vos, á

quien yo creía tan generoso como grande, venidme á proponer que os compre el servicio que espero de vos, ó á imponerme una condición. ¿ Procederéis al hacerme como los que procuran obligarse y quedar satisfechos obligando á otros? Si así sucede, doctor, vos no sois ese sabio á quien he admirado, sino un hombre ordinario, y á pesar del desdén que me manifestasteis hace poco, yo soy superior á vos; yo, que sin segunda intención he revelado todo mi secreto.

— ¿ Decís, contestó el doctor pensativo, que el criminal ha huído?

— Sí, doctor; sin duda adivinó la aclaración que iba á tener lugar, oyó que se le acusaba, y al instante emprendió la fuga.

— Bien, y ahora ¿ qué es lo que deseáis, caballero? preguntó el doctor.

— Que me prestéis vuestro auxilio para sacar á mi hermana de Versalles, para sepultar en una oscuridad más espesa y más muda aun el terrible secreto que nos deshonraria si se revelase.

— No os propondré más que una sola cuestión.

Felipe se impacientó.

— Escuchadme, prosiguió el doctor con un gesto que reclamaba la calma, escuchadme. Un filósofo cristiano á quien acabáis de convertir en un confesor, está obligado á imponeros, no una condición en premio del servicio que presta, sino en virtud del derecho de conciencia. La humanidad es un deber, caballero, y no una virtud; me habláis de matar á un hombre, y yo debo impedirlo, del mismo modo que hubiera impedido por cuantos medios hubiesen estado en mi poder, hasta por la violencia, la ejecución del crimen cometido contra vuestra hermana. De consiguiente, os pido que me hagáis un juramento.

— ¡ Oh! jamás! jamás!

— Lo haréis, exclamó el doctor Luis con vehemencia; lo haréis, hombre sangriento; reconoced que la mano de Dios está en todas partes, y no falseis nunca el golpe que descarga ni su alcance. ¿ Decís que el culpable estaba en vuestras manos?

— Sí, doctor, si hubiese podido adivinar que estaba allí, con abrir una puerta, me hubiera hallado cara á cara con él.

— Pues bien, cuando huye es señal de que tiembla y empieza á padecer. ¡ Ah! ¿ os sonreís? ¿ os parece débil lo que hace Dios? ¿ os parece insuficiente el remordimiento? ¡ Esperad, esperad, pues! Permaneceréis al lado de vuestra hermana, me prometeréis que nunca perseguiréis al criminal, y si le encontráis, es decir, si Dios os lo entrega, también soy yo hombre, ¡ y ya veréis!

— ¿ Os burláis, caballero? Pues qué, ¿ no huirá de mí siempre?

— ¡ Quién sabe, Dios mío! También huye el asesino; también busca dónde esconderse; también teme el cadalso, y sin embargo, como si la vara de la justicia tuviese imán, atrae á ese delincuente, y va á doblegar el cuello bajo la mano del verdugo. Por otra parte, ¿ se trata al presente de deshacer lo que habéis empezado á realizar con tanto trabajo? Si matáis á ese hombre por la clase á que pertenecéis y á la que no podéis explicar la inocencia de vuestra hermana, ó por una satisfacción á ciertos hombres tan curiosos como holgazanes, saciáis dos veces su curiosidad, primero con la confesión del atentado, y después con el escándalo del castigo. No, no, creedme; guardad silencio y ocultad esa desgracia.

— ¡ Oh! ¿ quién sabrá cuando mate á ese miserable que ha sido por mi hermana?

— Siempre será preciso buscar una causa que justifique ese castigo.

— Pues bien, corriente, doctor; obedeceré y no perseguiré al culpable, pero Dios será justo, ¡Oh! si, Dios emplea la impunidad como un cebo y me enviará el delincuente.

— Entonces será porque Dios le haya condenado. Dadme la mano, caballero.

— Tomadla.

— ¿Qué es preciso hacer por la señorita de Taverney?

— Será necesario, querido doctor, buscar un pretexto para alejarla por algún tiempo del lado de la señora Delfina: el sentimiento de haber dejado nuestro país, los aires, el régimen debido....

— Eso es fácil.

— Sí, es cosa vuestra, y á vos os lo encargo. Entonces conduciré á mi hermana á un rincón cualquiera de Francia, á Taverney, por ejemplo, lejos de todos los ojos y de todas las sospechas.

— No, no, caballero, eso sería imposible: la pobre niña necesita que la cuiden incesantemente y que tenga á su lado personas que la consuelen; además de que le harán falta los auxilios de la ciencia. Dejad, pues, que le proporcione cerca de aquí, en un distrito que yo conozco, un albergue cien veces más escondido y seguro que lo sería el inculto país á que vos queréis llevarla.

— ¡Oh! doctor, ¿lo creéis así?

— Sí, lo creo, y con razón. La sospecha tiende siempre á alejarse de los puntos céntricos, á la manera de los círculos causados por una piedra que se tira en el agua; sin embargo, la piedra no se aleja, y cuando las ondulaciones se han borrado, nadie averigua la causa, sepultada como se halla en lo profundo del agua.

— Entonces, doctor, manos á la obra.

— Desde hoy mismo, caballero.

— Prevenid á la señora Delfina.

— Al momento.

— ¿Y con respecto á lo demás

— Dentro de veinticuatro horas recibiréis la respuesta.

— ¡Oh! gracias, gracias, doctor! sois un Dios para mí.

— Pues bien, joven, ahora que todo está arreglado entre nosotros, cumplid vuestro encargo, volved al lado de vuestra hermana, consoladla y protegíadla.

— Adiós, doctor, adiós.

Y el doctor, después de seguir á Felipe con la vista hasta que desapareció, continuó su paseo, la lectura de pruebas y la limpia del jardín.

— ¡ Oh ! le dijo, ¿ es eso lo que tú me respondes, tú que ciñes espada ?

Felipe palideció al ver aquel movimiento de rabia, pero reprimiendo al punto su propio furor, dijo :

— Andrea, no puedo decirte lo que yo mismo no sé. El destino, que nos abruma, me impone el secreto ; y este secreto, que se comprometería con un escándalo comprometiéndose al mismo tiempo el honor de nuestra familia, es impenetrable para todos, porque así lo ha querido un favor de Dios.

— ¡ Excepto para un hombre, Felipe... para un hombre que se ríe de nosotros, para un hombre que nos desafía !... ¡ Oh, Dios mío ! para un hombre que quizás se está riendo infernalmente de nosotros desde su tenebroso retiro.

Felipe apretó los puños, miró al cielo y no respondió una palabra.

— ¡ Ese hombre, exclamó Andrea cada vez más colérica é indignada, quizás me es conocido !... En fin, Felipe, permíteme que te lo represente : ya te he indicado su extraña influencia sobre mí, y aun creía haberte enviado á él.....

— Ese hombre está inocente, y tengo la prueba de ello... Así no trates de averiguar más, Andrea.....

— Felipe, remontemos juntos á mayor altura, si quieres... Subamos hasta los primeros rangos de los hombres poderosos de este reino... lleguemos hasta el rey !

Felipe estrechó en sus brazos á aquella pobre criatura sublime en su ignorancia é indignación, diciéndole :

— No te atormentes, todos los que ahora nombras despierta, los has nombrado estando dormida ; y á los mismos á quienes acusas con la ferocidad de tu virtud,

XVI

El padre y el hijo.

Cuando Felipe volvió al lado de su hermana, la halló muy agitada é inquieta.

— Amigo, le dijo, durante tu ausencia he estado pensando en todo lo que me ha sucedido de algún tiempo acá ; y he visto que es un abismo en que va á perderse lo poco que me queda de razón. Vamos, ¿ has visto al doctor Luis ?

— Llego ahora mismo de su casa, Andrea.

— Ese hombre ha fulminado contra mí una acusación terrible ; ¿ era justa ?

— No se había equivocado, hermana mía.

Andrea se puso pálida y un ataque de nervios crispó sus dedos tan blancos y afilados.

— ¡ El nombre, exclamó, el nombre del infame que me ha perdido !

— Hermana mía, debes ignorarlo eternamente.

— ¡ Oh ! Felipe, tú no me dices la verdad ; tú no hablas según tu propia conciencia... Es preciso que yo sepa ese nombre, para que, á pesar de mi debilidad y de no tener más armas que la oración, pueda con mis oraciones armar toda la cólera de Dios contra el criminal... ¡ Su nombre, Felipe !

— Hermana mía, no hablemos más de eso.

Andrea le cogió la mano y le miró cara á cara.

los has justificado cuando veas, por decirlo así, cometerse el crimen.

— ¿Luego he nombrado el culpable? dijo Andrea echando fuego por los ojos.

— No, respondió Felipe, no. No me preguntes más; imítame y sométete al destino, porque la desgracia es irreparable, y para ti se aumenta aun con la impunidad del crimen. Pero espera, espera... Dios está sobre todas las cosas, y reserva á los infelices oprimidos una triste alegría, que se llama la venganza.

— ¡La venganza!... exclamó Andrea espantada del tono terrible con que Felipe pronunció esta palabra.

— Entretanto tranquilízate y descansa, hermana mía, de todos los pesares y vergüenza que mi loca curiosidad te ha causado. ¡Si yo hubiese sabido!... ¡Oh! si yo hubiese sabido!...

Y se tapó la cara con las manos atrozmente desesperado. Luego, levantándose de súbito:

— ¿Y de qué me tengo que quejar? dijo sonriendo. Mi hermana está pura y me ama; jamás ha faltado á mi confianza y amistad. Mi hermana es joven y bondadosa como yo, viviremos juntos, y juntos llegaremos á la vejez... Los dos juntos seremos más fuertes que el mundo entero!.....

A medida que el joven hablaba de consuelo; se iba oscureciendo el semblante de Andrea, inclinaba al suelo una frente cada vez más pálida, y tomaba la actitud y la mirada fija de la melancólica desesperación que Felipe acababa de sacudir tan animosamente.

— Nunea hablas más que de nosotros dos, dijo fijando sus ojos azules y penetrantes en la fisonomía impresionable de su hermano.

— ¿De quién más quieres que hable, Andrea? replicó el joven sintiendo aquella mirada.

— Pero... tenemos un padre... ¿cómo tratará á su hija?

— Ya te he dicho ayer, respondió Felipe con frialdad, que olvidases todas las pesadumbres y temores, que disipases, como el viento disipa un vapor matinal, todo recuerdo y cariño que no recayese sobre mí... En efecto, mi querida Andrea, nadie te ama en este mundo sino yo, así como á mí nadie me ama sino tú. Pobres huérfanos abandonados, ¿por qué hemos de sufrir ningún yugo de gratitud ni de parentesco? ¿Hemos recibido los beneficios, hemos conocido la protección de un padre?... ¡Oh! añadió con amarga sonrisa, tú conoces á fondo mi pensamiento y el estado de mi corazón... Si debiésemos amar al hombre de quien hablas, te diría: ¡Amale! Pero cuando callo, Andrea, abstente de eso.

— Entonces, hermano mío... es preciso que yo crea....

— Hermana mía, en los grandes infortunios, el hombre oye involuntariamente resonar estas palabras poco comprendidas en su infancia: « ¡Teme á Dios!... » ¡Oh! sí, Dios se ha presentado á nuestra memoria de un modo bien cruel: respeta á tu padre... ¡Oh, hermana mía, la mayor prueba de respeto que puedes dar al tuyo, es el borrarlo de tu memoria!

— ¿Conque es verdad! murmuró Andrea con aire sombrío volviendo á caer en su sillón.

— Amiga mía, no perdamos el tiempo en palabras inútiles; reúne todas tus cosas, pues el doctor Luis va á ver á la señora Delfina y á participarle tu marcha. Las razones que para ello alegrará ya las sabes... que es necesario mudes de aires, porque estás muy mala. Prepárate pues, y dispón lo necesario para la marcha.

Andrea se levantó.

— ¿Empaquetó los muebles? dijo.

— ¡Oh! no, no; la ropa blanca, los trajes y las joyas.

Andrea obedeció.

Lo primero que arregló fueron los cofres de los armarios, los trajes que estaban en el guardarropa donde se escondió Gilberto, y en seguida cogió unos cofrecitos para guardarlos en el baúl principal.

— ¿Qué es eso? dijo Felipe.

— El cofrecito que contiene el aderezo que S. M. me regaló cuando fui presentada en Triánón.

Felipe se puso pálido al ver la riqueza del regalo.

— Con estas joyas, dijo Andrea, viviremos honradamente en cualquier parte; pues he oído decir que sólo las perlas valen cien mil libras.

Felipe cerró el cofrecito.

— Efectivamente, son muy preciosas, dijo.

Y volviendo á tomar el cofrecito de manos de Andra, añadió:

— Hermana, aun debe haber otras joyas.

— ¡Oh! querido amigo, no merecen compararse con éstas; sin embargo, con ellas se adornaba nuestra buena mamá hace quince años... El reloj, los brazaletes y los pendientes estaban guarnecidos de brillantes, y también tenemos el retrato. Papá quería venderlo todo, porque decía que ninguna de esas joyas era de moda.

— Sin embargo, á esto se reduce todo lo que nos queda, dijo Felipe, y es el único recurso con que podemos contar. Mira, hermana, mandaremos fundir los objetos de oro y venderemos las piedras preciosas del retrato, con lo cual reuniremos veinte mil libras, cantidad suficiente para unos desgraciados como nosotros.

— ¡Pero si estas perlas son también mías! dijo Andrea.

— Nunca las toques, Andrea, porque te quemarían.

Esas perlas son de una naturaleza extraña, hermana, y manchan la frente que tocan...

Andrea se estremeció.

— Me guardo este cofrecito, hermana, para devolverlo á quien pertenece de derecho. Ya te he dicho que esto no es nuestro, no; y no deseamos poseerlo, ¿es verdad?

— Como gustes, hermano, contestó Andrea sumamente abochornada.

— Querida hermana, vistete por última vez para ir á visitar á la señora Delfina; tranquilízate y muéstrate muy respetuosa, manifestando sentimiento por tener que alejarte de tan noble protectora.

— ¡Oh! sí, murmuró Andrea conmovida; lo siento mucho en medio de mi desgracia.

— En cuanto á mí, voy á París, hermana, y volveré esta tarde; así que llegue te llevaré conmigo. Paga, pues, todo lo que debas.

— Nada debo, nada, pues tenía á mi servicio á Nicole, y ya sabes que ha huido... ¡Ah! se me olvidaba ese chico de Gilberto.

Felipe se estremeció, y sus ojos se encendieron de rabia.

— ¿Debes algo á Gilberto? exclamó.

— Sí, dijo Andrea con naturalidad, pues me ha estado surtiendo de flores desde que empezó la primavera. Además, tenías razón cuando me dijiste que á veces he tratado con injusticia y dureza á ese muchacho que, al cabo, era atento conmigo... Lo recompensaré de otro modo.

— No busques á Gilberto, murmuró Felipe.

— ¿Por qué? debe estar en los jardines; y sino le mandaré llamar.

— ¡No, no! pues sería perder un tiempo precioso...

Cuando yo atravesase las calles de árboles me lo encontraré, le hablaré y... le pagaré.

— Siendo así, corriente.

— Sí, adiós, hasta la tarde.

Felipe besó la mano á la joven, que se arrojó en sus brazos; comprimió hasta los latidos de su corazón en aquel tierno abrazo, y sin tardanza salió para París, apeándose de la carroza á la puerta de la casa de la calle Coq-Herón.

Felipe sabía perfectamente que allí encontraría á su padre, pues desde que éste había roto de un modo tan extraño con Richelieu, no pudo soportar la vida de Versalles, y trataba, como todos los hombres dotados de una actividad superabundante, de engañar el entorpecimiento de la parte moral con la agitación que causa el mudar de sitio.

El barón, cuando Felipe llamó al postigo de la puerta cochera, se paseaba jurando como un renegado por el jardinillo del palacio y el patio contiguo á dicho jardín.

Estremeciéndose al oír la campanilla y él mismo salió á abrir.

Como no esperaba á nadie, aquella visita imprevista era para él una esperanza, pues el desventurado, desde su caída, se agarraba á cualquier cosa por no caer del todo.

Recibió, pues, á Felipe con despecho y una curiosidad impenetrable.

Pero apenas miró el rostro de su interlocutor, aquella palidez sombría, aquella contracción de líneas y la crispadura de la boca, helaron el raudal de preguntas que se disponía á abrir.

— ¡Tú aquí! fué lo único que dijo; ¿á qué casualidad se debe tu venida?

— Ya tendré la honra de explicárosla, dijo Felipe.

— ¡ Bueno ! ¿ es asunto grave ?

— Bastante grave, si, señor.

— Este muchacho tiene unos modales tan ceremoniosos que alarman... Vamos, ¿ es una desgracia ó una fortuna de lo que tienes que hablarme ?

— Una desgracia, dijo Felipe con gravedad.

El barón titubeó.

— ¿ Estamos solos ? preguntó Felipe.

— Sí.

— ¿ Queréis que entremos en casa, señor ?

— ¿ Y por qué no hemos de hablar al aire libre, bajo estos árboles ?

— Porque hay cosas que no se dicen ni á la luz de los cielos.

El barón miró á su hijo, obedeció á su gesto mudo, y aunque afectando impasibilidad y hasta sonrisa, le siguió á la sala baja cuya puerta habia abierto ya Felipe.

Cuando las puertas estuvieron cuidadosamente cerradas, Felipe aguardó un gesto de su padre para dar principio á la conversacion, y viendo al barón sentado ya cómodamente en el mejor sillón de la sala :

— Señor, dijo Felipe, vengo por mí y en nombre de mi hermana á despedirme de vos.

— ¿ Cómo es eso ? dijo el barón muy sorprendido. ¡ Tú te ausentas ! ¿ y el servicio ?

— Para mí ya no hay servicio ; ya sabéis que las promesas hechas por el rey... no se han realizado... afortunadamente.

— He ahí un afortunadamente que yo no comprendo.

— Señor.....

— Explicámelo. ¿ Cómo puedes tener por una fortuna el no ser coronel de un brillante regimiento ? Eso sería llevar muy lejos tu filosofía.

— La llevo bastante lejos para preferir el honor á la

fortuna, y nada más. Pero no entremos, si gustáis, en consideraciones de esta clase.....

— Yo digo que entremos, ¡ vive Dios!

— Os lo suplico... replicó Felipe con una firmeza que quería decir: ¡ yo no quiero!

El barón arrugó el entrecejo.

— ¿ Y tu hermana?... ¿ olvida también sus deberes? su servicio al lado de la señora Delfina.

— Esos son unos deberes que debe subordinar á otros, señor.

— ¿ Y de qué naturaleza son esos otros? si queréis decírmelo.

— Son de la más imperiosa necesidad.

El barón se levantó.

— ¡ Qué especie de gente tan tonta la que se entretiene en forjar enigmas! dijo entre dientes.

— ¿ Tan grande enigma es para vos lo que estoy diciendo?

— Indescifrable, respondió el barón con un aplomo que dejó asombrado á Felipe.

— Entonces me explicaré: mi hermana se va, porque se ve obligada á huir á fin de evitar una deshonra.

El barón soltó una carcajada.

— ¡ Por Dios Santo que tengo modelos de hijos! exclamó. El hijo abandona la esperanza del mando de un regimiento, porque teme el deshonor; y la hija abandona la plaza de dama de honor, porque tiene miedo á la deshonra. En verdad que hemos vuelto al tiempo de Bruto y de Lucrecia. Allá en mi tiempo, que sin duda no era bueno y no puede compararse con los hermosos días de la filosofía, cuando un hombre columbraba á lo lejos un motivo de deshonra, y ceñía espada, como tú, y cuando, como tú, había recibido lecciones de dos maestros y tres ayudantes de esgrima, ensartaba la deshonra en la punta de la espada.

Felipe se encogió de hombros.

— Si, conozco que lo que estoy diciendo es bastante pobre para un filántropo que no quiere ver correr la sangre. Pero en fin, los oficiales no han nacido precisamente para ser filántropos.

— Señor, conozco lo mismo que vos las necesidades que impone el honor; pero con verter sangre no se repara.....

— ¡ Frases! frases de... filósofo! exclamó el anciano enfadado hasta tal punto que estaba majestuoso. ¡ Estaba para decir también de cobarde!

— Habéis hecho bien en no decirlo, repuso Felipe pálido y estremeciéndose.

El barón sostuvo con altanería la mirada implacable y amenazadora de su hijo.

— Decía, replicó, y mi lógica no es tan mala como querrian hacerme creer, que toda deshonra en este mundo nace no de una acción sino de un dicho. ¡ Ah! eso es lo que sucede... Cometa uno un crimen delante de sordos y ciegos ó mudos, ¿ quedará deshonrado?... Me contestaréis con este verso estúpido:

No deshonra el cadalso, sino el crimen.

Esto es bueno para decirlo á chiquillos ó mujeres, pero á un hombre ¡ vive Dios! que se habla otro lenguaje... Y yo me figuraba que había formado un hombre. Ahora bien, si el ciego ve, si el sordo oye, si el mudo habla, se empuña la espada y se sacan los ojos al ciego, se rompe el tímpano del oído al sordo y se corta la lengua al mudo. ¡ He ahí cómo contesta al ataque del deshonor un caballero que lleva el nombre de Taverney Casa-Roja!.....

— Un caballero de ese nombre, señor, sabe siempre que de las cosas que debe hacer, es la primera no

cometer una acción deshonrosa, y por eso mismo no responderé á vuestros argumentos. Sólo que sucede á veces que el oprobio nace de una desgracia inevitable, y ese es el caso en que nos hallamos.

— Paso ahora á tu hermana. Si, según mi sistema, jamás debe el hombre huir de una cosa que él puede combatir y vencer, la mujer debe también aguardar á pie firme. ¿ Para qué sirve la virtud, señor filósofo, sino para rechazar los ataques del vicio ?

Y Taverner volvió á soltar la careajada.

— La señorita de Taverner ha tenido mucho miedo, ¿ no es verdad ?... ¿ Conque se siente débil ?... Entonces.....

Acercándose Felipe con viveza :

— Señor, dijo, ¿ la señorita de Taverner no ha sido débil, ha sido vencida ! ; Ha sucumbido, porque ha caído en un lazo !.....

— ¿ En un lazo ?

— Sí. Así, os suplico guardéis un poco de ese calor de que estabais animado en este momento para denigrar la conducta de los miserables que han tramado cobardemente la ruina de su honor sin mancha.

— No te entiendo.....

— Yo me entenderéis... Os digo que un menguado ha introducido á otro en el cuarto de la señorita de Taverner.

El barón se puso pálido.

— Un infame, prosiguió Felipe, ha querido que el apellido de Taverner... el mío, el vuestro, señor, recibiese una mancha indeleble... Vamos, ¿ dónde está la espada que ceñáis siendo joven para derramar un poco de sangre ? ; Me parece que la cosa vale la pena !.....

— ¿ Felipe !.....

— ¡ Ah ! nada temáis, pues ni acuso á nadie ni á nadie conozco... El delito se ha tramado en la oscu-

ridad, en la oscuridad se ha ejecutado... y quiero que también permanezcan ocultos los resultados, porque yo entiendo á mi modo la gloria de mi raza.

— ¿ Pero cómo sabes ? exclamó el barón, á quien sacó de su asombro el cebo de una ambición inflame, de una esperanza ignoble ; ¿ en qué lo conoces ?

— Señor barón, no preguntará eso ninguno de los que puedan ver á mi hermana, á vuestra hija, dentro de unos meses.

— ¿ Pero entonces, Felipe, exclamó el anciano con ojos alegres, no se ha perdido la fortuna ni la gloria de la familia ! ; ese es un triunfo para nosotros !

— Ahora... veo que efectivamente sois el hombre que me habia figurado, dijo Felipe con suprema repugnancia ; vos mismo os habéis vendido, y acabáis de manifestar falta de talento ante un juez, después de haber demostrado delante de vuestro hijo que no tenéis corazón.

— ¡ Insolente !

— ¡ Basta ! replicó Felipe, temed no se despierte, si habláis tan alto, la sombra demasiado insensible ; ay de mí ! de mi madre, que, si viviese, hubiera mirado por su hija.

El barón bajó los ojos, no pudiendo resistir la brillante claridad que despedían los de su hijo.

— Mi hija, dijo al cabo de un instante, no me dejará sin consentimiento mío.

— Mi hermana, replicó Felipe, jamás volverá á veros, padre.

— ¡ Ha dicho ella eso ?

— No sólo lo ha dicho, sino que me envía para que así os lo manifieste.

El barón se enjugó con una mano trémula sus labios blancos y húmedos.

— ¡ Corriente ! dijo.

Luego encogiéndose de hombros :

— He tenido desgracia con estos hijos, exclamó; el uno es un tonto y la otra una bruta.

Felipe no contestó.

— Bueno, bueno, prosiguió Taverney, para nada te necesito ya. Vete, si es que has acabado de... recitar la tesis.

— Aun tengo que deciros dos cosas, señor.

— Dílas pues.

— La primera es esta : el rey os ha dado un aderezo de perlas.....

— A mi no, que ha sido á tu hermana.

— Á vos, señor... Por otra parte, esto importa poco .. Mi hermana no se pone joyas que provengan de semejante origen, porque la señorita de Taverney no es una prostituta. Os ruega, pues, que entreguéis este cofrecito á quien lo ha dado, ó que, si teméis disgustar á S. M. que tanto ha hecho por nuestra familia, lo guardéis en vuestra casa.

Felipe alargó el cofre á su padre, y éste lo tomó, lo abrió, miró las perlas, y lo puso sobre un ropero.

— ¿ Y qué más ? dijo.

— En seguida, como no somos ricos, porque habéis empeñado ó gastado hasta el caudal de nuestra madre, por lo cual nunca os reconvendré, ni lo permito Dios.....

— ¡ Mejor sería ! dijo el barón rechinando los dientes.

— Pero en fin, como sólo nos queda de esa módica herencia Taverney, os suplicamos que escojáis, ó esa posesión ó la casa en que estamos. Vivid en una de estas dos casas, y nosotros nos retiraremos á la otra.

El barón arrugó la pechera de encaje con una furia que sólo se reveló por medio de la agitación de sus dedos, el sudor de la frente y el temblor de los labios;

pero ni siquiera lo notó Felipe, porque había apartado la vista.

— Prefiero Taverney, dijo el barón.

— Entonces, nosotros nos quedaremos con esta casa.

— Como gustéis.

— ¿ Y cuándo os vais ?

— Esta misma tarde... No, en seguida.

Felipe se inclinó.

— En Taverney, prosiguió el barón, parece uno rey con tres mil libras de renta; y yo seré dos veces rey.

Y alargó la mano al ropero para coger el cofrecito que se guardó en el bolsillo.

En seguida se dirigió hacia la puerta.

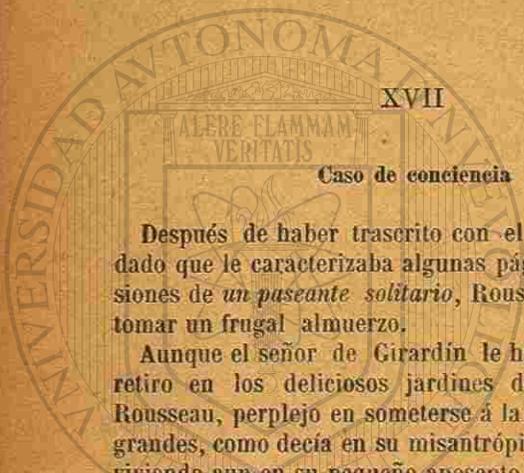
De súbito retrocedió y con una sonrisa atroz, dijo :

— Felipe, te permito que firmes con nuestro apellido el primer tratado de filosofía que publiques. En cuanto á Andrea... respecto de su primera obra... aconséjale que la bautice con el nombre de Luis ó Luisa, porque es nombre de buen agüero.....

Y salió riéndose con socarronería.

Felipe, con ojos sanguinolentos y la frente ardiendo, apretó el puño de la espada murmurando :

— ¡ Dios mío, dadme paciencia ! ¡ Concededme el que pueda olvidar !



XVII

Caso de conciencia

Después de haber trascrito con el metódico cuidado que le caracterizaba algunas páginas de sus ilusiones de *un paseante solitario*, Rousseau acababa de tomar un frugal almuerzo.

Aunque el señor de Girardin le había ofrecido un retiro en los deliciosos jardines de Ermenonville, Rousseau, perplejo en someterse á la esclavitud de los grandes, como decía en su misantrópica manía, seguía viviendo aun en su pequeño aposento de la calle Platriere, que ya conocemos.

Por su parte, Teresa había terminado sus quehaceres, y acababa de coger su cestita para ir al mercado.

Eran las nueve de la mañana.

El ama de casa fué, según su costumbre, á preguntar á Rousseau lo que quería le dispusiese para la comida.

Rousseau salió de sus cavilaciones, levantó lentamente la cabeza, y miró á Teresa como un hombre á medio despertar.

— Lo que quieras, dijo, con tal que haya cerezas y flores.

— Veremos si no andan muy caras, dijo Teresa.

— Se entiende, contestó Rousseau.

— Porque al fin, prosiguió Teresa, no sé si lo que

estás haciendo vale algo, pero me parece que ya no te pagan tus trabajos como antes.

— Te engañas, Teresa, me los pagan lo mismo, pero me fatigo y trabajo menos, y además mi librero me está dejiendo aun medio tomo.

— Ya verás como ese quiebra también.

— Debemos esperar que no, porque es un hombre honrado.

— ¡ Un hombre honrado ! un hombre honrado ! .. Con decir eso crees que no hay más que decir.

— Á lo menos he dicho mucho, replicó Rousseau sonriendo, porque no digo eso de todos.

— No es extraño, porque eres tan toseoso.

— Mira, Teresa, que nos salimos de la cuestión.

— Sí, lo que quieres es que traiga cerezas, ¡ goloso ! que compre flores, ¡ sibarita !

— ¿ Qué quieres, amiga mía ? contestó Rousseau con angelical paciencia ; padezco tanto del corazón y de la cabeza que, ya que no puedo salir, á lo menos me servirá de recreo el ver un poco de lo que Dios derrama á manos llenas sobre los campos.

En efecto, Rousseau estaba pálido y entumecido, y hojeaba con perezosa mano un libro que no leía.

Teresa meneó la cabeza.

— Bueno, bueno, dijo, salgo por una hora ; acuérdate de qué pongo la llave debajo de la estera, y que si la necesitas.....

— ¡ Oh ! no saldré, dijo Rousseau.

— Ya sé que no saldrás, porque no puedes tenerte en pie ; pero te lo digo para que tengas algún cuidado con los que puedan venir, y que abras si llaman ; si es que llaman está seguro que no soy yo.

— ¡ Gracias, buena Teresa, gracias ! Puedes irte.

El ama salió refunfuñando como acostumbraba ;

pero durante largo rato se oyeron todavía en la escalera sus tardíos y perezosos pasos.

Pero así que se cerró la puerta, Rousseau se aprovechó de su aislamiento para arrellanarse deliciosamente en su sillón, miró los pájaros que picoteaban en la ventana unas migas de pan, y respiró todo el sol que se filtraba por entre las chimeneas de las casas vecinas.

No bien se sintió libre su joven y rápido pensamiento, cuando abrió sus alas á la manera de los gorriones cuando terminan su alegre comida.

De repente rechinó sobre sus goznes la puerta de entrada y sacó al filósofo de su dulce soñolencia.

— ¡Cómo! dijo para sí. ¿Ya está de vuelta?... ¿Me habré dormido cuando solo creía estar meditando?

La puerta de su gabinete se abrió también lentamente.

Rousseau estaba de espaldas á esta puerta, y persuadido de que era Teresa quien entraba, ni siquiera se movió.

Hubo un momento de silencio, que luego fué interrumpido por una voz que dijo:

— Perdonad, señor.

El filósofo se estremeció al oír aquella voz, y se volvió con viveza.

— ¡Gilberto! exclamó.

— Sí, Gilberto; vuelvo á pedir os perdón, señor Rousseau.

Rousseau se quedó con la vista clavada en el joven. Efectivamente, era Gilberto, pero pálido y con el pelo desgreñado, ocultando mal bajo su vestido en completo desorden sus descarnados y trémulos miembros; Gilberto, en fin, cuyo aspecto hizo estremecer á Rousseau y le arrancó una exclamación de lástima que se parecía á inquietud.

Gilberto miraba de un modo fijo y luminoso como las aves de rapiña hambrientas, y una sonrisa de afectada timidez que en él se advertía, contrastaba con aquella mirada, lo mismo que la parte alta de la seria cabeza de un águila con la parte baja y burlona de un lobo ó un zorro.

— ¿Qué venís á hacer aquí? se apresuró á decir Rousseau, á quien no gustaba el desorden, y que en otro lo tenía por indicio de malos designios.

— Señor, respondió Gilberto, tengo hambre.

Rousseau se estremeció al oír el tono con que aquella voz profería la palabra más terrible que contiene el idioma de los hombres.

— ¿Y cómo habéis entrado aquí si la puerta estaba cerrada? preguntó.

— Señor, como sé que la señora Teresa suele poner la llave debajo de la estera, esperé á que saliese, pues no me quiere bien, y quizás se hubiera negado á verme ó á introducirme hasta vos. Entonces, sabiendo que estabais solo, subí, saqué llave del escondite y entré.

Rousseau se incorporó apoyándose en los brazos de su sillón.

— Oídme un momento, dijo Gilberto, nada más que un momento, pues os juro, señor Rousseau, que merezco que se me oiga.

— Veamos, respondió Rousseau, lleno de asombro al ver aquella figura que nada tenía de común con los sentimientos que expresa la fisonomía de la generalidad de los hombres.

— Debo empezar diciéndoos que me encuentro en un apuro tan grande, que no sé si robar, si matarme ó hacer una cosa peor.

Al oír estas palabras, Rousseau se levantó del todo,

colocándose detrás de su bufete como si fuera una muralla.

— ¡ Oh ! nada temáis, vos que sois mi maestro y bienhechor, dijo Gilberto con voz llena de dulzura, pues reflexionándolo, creo que no tendré necesidad de matarme, y que sin esto moriré, porque hace ocho días que me escapé de Trianón, y desde entonces he recorrido los bosques y las llanuras, sin comer otra cosa que legumbres verdes ó alguna fruta silvestre que he cogido en las selvas. No tengo, pues, fuerzas, y me estoy cayendo de fatiga é inanición. En cuanto á robar, no lo intentaré en vuestra casa, porque la quiero demasiado, señor Rousseau, y para realizar lo otro.....

— Y bien, dijo Rousseau.

— Necesitaria una resolución que vengo á buscar aquí.

— ¿ Estáis loco ? exclamó Rousseau.

— No, señor, pero soy muy desgraciado, estoy desesperado, y esta mañana me hubiera tirado al Sena, si no me hubiese ocurrido una reflexión.

— ¿ Y cuál es ?

— Que vos habéis escrito : « El suicidio es un robo hecho al género humano. »

Rousseau miró al joven como para decirle :

— ¿ Y tenéis el amor propio de creer que al escribir eso pensaba en vos ?

— ¡ Oh ! comprendo, murmuró Gilberto.

— Creo que no, dijo Rousseau.

— Queréis decir : ¿ Sería por ventura un acontecimiento la muerte de un hombre tan miserable como vos, que no sois nada, que nada poseéis y no tenéis vínculo alguno de ninguna clase ?

— No se trata de eso, dijo Rousseau abochornado de que adivinasen su pensamiento; pero creo que teníais hambre.

— Sí, ya lo he dicho.

— Pues bien; ya que sabéis dónde está la puerta, también debéis saber dónde está el pan; id á la despensa, tomad pan y marchaos.

Gilberto no se movió.

— Si lo que necesitáis no es pan, sino dinero, no os creo tan malvado que maltratéis á un anciano que fué vuestro protector, en la misma casa en que os dió asilo. De consiguiente contentaos con poco... Tomad.

Y registrándose el bolsillo, le presentó algunas monedas.

— ¡ Oh ! no se trata de dinero ni de pan, dijo Gilberto con dotor agudo; vos no habéis comprendido lo que yo queria decir cuando hablaba de matarme. Si no me mato, es porque mi vida puede quizás ser útil á alguno, y mi muerte seria un robo para alguien, señor. Vos que conocéis todas las leyes sociales, todas las obligaciones que impone la naturaleza, decidme si hay en el mundo un lazo que pueda sujetar á la vida á un hombre que quiere morir.

— Hay muchos, respondió Rousseau.

— ¿ Es uno de ellos el ser padre ? murmuró Gilberto. Miradme al responder, señor Rousseau, para que yo vea la respuesta en vuestros ojos.

— Sí, dijo Rousseau balbuceando; sí, ciertamente.

¿ A qué viene esa pregunta de tu parte ?

— Señor, vuestras palabras van á ser una sentencia para mí, dijo Gilberto; de consiguiente pesadlas bien, os lo ruego. Soy tan desgraciado que quisiera matarme; pero... pero ¡ tengo un hijo !...

Rousseau dió un salto de asombro en su sillón.

— ¡ Oh ! no os burléis de mí, señor, dijo Gilberto con humildad, pues creeríais que sólo arañabais mi corazón, y os aseguro que lo traspasaríais como con un puñal; os repito que tengo un hijo.

Rousseau le miró sin responderle.

— A no ser por esto ya habría puesto término á mi existencia, prosiguió Gilberto; y en esta alternativa, he creído que me daríais un buen consejo, y he venido á pedirlo.

— Pero ¿ por qué he de tener que daros consejos ? ¿ Acaso me los habéis pedido cuando cometisteis la falta ? preguntó Rousseau.

— Señor, esa falta...

Y Gilberto se acercó á Rousseau con una expresión extraña.

— Y bien, ¿ qué ? dijo Rousseau.

— La tienen por un delito algunas gentes, prosiguió Gilberto.

— ¿ Por un delito ! entonces esa es una razón más para que no me habléis de ello. ¿ Yo soy un hombre como vos y no un confesor ! Por otra parte, lo que me estáis diciendo no me admira, pues siempre he previsto que pararíais en mal, porque tenéis muy mala índole.

— No, señor, respondió Gilberto meneando la cabeza melancólicamente; no, señor; os equivocáis; lo que tengo es una inteligencia falsa, ó más bien falseada; he leído muchas obras que predicán la igualdad de las castas, el orgullo del alma, la nobleza de los instintos, y esas obras, señor, estaban firmadas con nombres tan ilustres, que un pobre campesino como yo ha podido muy bien extraviarse... Me he perdido.

— ¡ Ah ! ah ! veo adónde queréis venir á parar, señor Gilberto.

— ¿ Yo ?

— Sí; estáis acusando mi doctrina; pero ¿ no tenéis el libre albedrío ?

— Yo no acuso, señor; sólo digo que he leído; lo que acuso es mi credulidad; creí y he prevaricado;

pero mi extravío nace de dos causas; vos sois la primera, y por eso recorro á vos antes que á nadie; luego me dirigiré á la segunda causa, pero lo haré á su vez y cuando sea tiempo.

— En fin, veamos, ¿ qué es lo que queréis ?

— Ni beneficios, ni asilo, ni pan siquiera, aunque me hallo abandonado, desnudo y hambriento; no, lo que os pido es un apoyo moral, una sanción de vuestra doctrina; os pido que me devolváis con una palabra mis fuerzas que están despedazadas en mis brazos y piernas, no por la inanición sino por la duda que se ha apoderado de mi alma. Os conjuro, pues, señor Rousseau, á que me digáis si lo que experimento de ocho días á esta parte es el dolor causado por el hambre en los músculos de mi estómago, ó si es el martirio de los remordimientos en los órganos de mi mente. He engendrado un hijo, señor, cometiendo un crimen. Ahora bien, decidme: ¿ debo arrancarme los cabellos como un desesperado y revolcarme por el suelo gritando: Perdon ? ¿ ó debo reirme como la mujer de la Escritura, diciendo: He hecho lo que hacen los demás; si hay entre vosotros un hombre que sea mejor que yo, que me arroje la primera piedra ? En una palabra, señor Rousseau, vos, que habéis debido experimentar lo que yo experimento, responded á esta pregunta: ¿ Es natural que un padre abandone á su hijo !

Apenas había pronunciado Gilberto estas palabras, cuando Rousseau se puso aun más pálido que aquél lo estaba, y perdiendo absolutamente la serenidad:

— ¿ Con qué derecho me habláis así ? dijo tartamudeando.

— Porque hallándome en vuestra casa, señor Rousseau, en la buhardilla donde me disteis hospitalidad, he leído lo que habéis escrito sobre este particular; porque declararíais que los hijos que nacen en la mise-

ria son del Estado y éste debe cuidar de ellos; porque, en fin, siempre os habéis tenido por hombre de bien, aunque abandonasteis á los hijos que os dió Dios.

— ¡Desventurado! dijo Rousseau, ¿has leído mi libro y vienes á dirigirme semejante lenguaje?

— ¿Por qué no?

— Porque eres una mala cabeza y tienes un corazón perverso.

— ¡Señor Rousseau!

— ¡Has leído mal mis libros como lees mal también en la vida humana! sólo has visto la superficie de las hojas, lo mismo que sólo ves la del rostro! ¡Ah! crees que me haces partícipe de tu delito citándome las obras que he compuesto, y diciéndome: « Vos confesáis que habéis hecho esto, y de consiguiente también puedo yo hacerlo. » Pero lo que no sabes, desventurado; lo que no has leído en mis obras; lo que no has adivinado, es que la vida entera de aquel á quien tomabas por modelo, esa vida de miseria y sufrimientos podía cambiarse por una existencia regada, voluptuosa y llena de fausto y placer. ¿Tengo yo menos talento que Voltaire? ¿no podía escribir tanto como él? Si me aplicara menos que lo hago, ¿no podía vender mis obras tan caras como él vende las suyas, y obligar al dinero á que anduviese rodando por mi cofre, teniendo siempre á disposición de mis librerros un baúl medio lleno? ¿No sabes que el oro llama al oro? También hubiera tenido un palacio, magníficos caballos, un carruaje para pasear á una querida joven y hermosa, sin que ese lujo, puedes creerlo, hubiera agotado en mí el raudal de la poesía. Dime, ¿no tengo yo pasiones? Mira bien mis ojos, que, á sesenta años que cuento ya, despiden aun el brillo de la juventud y el deseo: tú que has leído ó copiado mis libros, ¿no te acuerdas que á pesar de que mi

vida va declinando y de que sufro males de gravedad, parece que mi corazón, siempre joven, ha heredado para sufrir mejor todas las fuerzas del resto de mi organización? Agobiado de achaques que me impiden andar, me siento con más vigor y más vida para absorber el dolor, que tuve nunca en la flor de mi edad para acoger las escasas felicidades que me ha concedido Dios.

— Sé todo eso, señor, dijo Gilberto; os he visto de cerca y os he conocido.

— Pues entonces, si me has visto de cerca, si me has conocido, ¿no tiene para ti mi vida una significación que no tiene para los demás? ¿Esta abnegación extraña, que no es propia de mi índole, no te dice que he querido expiar?

— ¿Expiar? murmuró Gilberto.

— ¿No has comprendido, siguió diciendo el filósofo, que obligado por esta miseria á tomar una determinación excesiva, no encontré en seguida otra disculpa que dar á esta misma determinación sin perseverar en el desinterés y la pobreza? ¿No has conocido que he castigado mi espíritu con la humillación? Porque mi espíritu era principalmente el culpable; mi espíritu, que había recurrido á paradojas para justificarse, mientras que, por otra parte, castigaba mi corazón perpetuando el remordimiento.

— ¡Ah! exclamó Gilberto, así es como me respondéis! Así es como vosotros los filósofos, que escribís preceptos para el género humano, os sumergís en la desesperación, condenándonos si os enfadamos! ¿Y qué me importa á mí vuestra humillación, si nadie la sabe, vuestro remordimiento, si permanece oculto? ¡Oh! desgraciado de vos! ¡Ojalá recaigan sobre vos los crímenes cometidos en vuestro nombre!

— ¿Por qué no decís que recaigan sobre mí la mal-

dición y el castigo? ¡Oh! ¡eso sería demasiado! ¿Y vos que habéis pecado lo mismo que yo, os condenáis con la misma severidad que yo?

— Con más rigor aun, dijo Gilberto, pues mi castigo será terrible; ahora que no tengo fe en nada, dejaré que me mate mi contrario, ó más bien mi enemigo; suicidio que me aconseja mi miseria y me perdona mi conciencia; desde ahora mi muerte no es un robo hecho á la humanidad, y vos habéis escrito una frase en cuya verdad no creáis.

— ¡Detente, infeliz, dijo Rousseau, detente! ¿no te has hecho bastante daño con tu imbécil credulidad, que así quieres aumentarlo con el estúpido escepticismo? ¿No me has hablado de un hijo, no me has dicho que eres ó que vas á ser padre?

— Sí, lo he dicho, repitió Gilberto.

— ¿Y sabes tú lo que es, murmuró Rousseau en voz baja, arrastrar consigo, no á la muerte, sino á la vergüenza, á unas criaturas que han nacido para respirar el aire libre y puro de la virtud con que Dios dota á todos los hombres al salir del seno de su madre? Oye cuán horrible es mi situación: cuando abandoné á mis hijos comprendí que la sociedad, á quien ofende cualquier clase de superioridad, iba á arrojarme á la cara esta injuria como una reconvencción infamante, y entonces me justifiqué con paradojas; entonces empleé diez años de mi vida en dar consejos á las madres sobre la educación de sus hijos, yo que no había sabido ser padre, y á la patria sobre el modo de formar ciudadanos fuertes y honrados, yé que había sido un hombre débil y corrompido. Después llegó un día en que, no pudiendo apoderarse de mí el verdugo que venga á la sociedad, á la patria y al huérfano, se apoderó de mi libro y lo quemó, porque ese libro deshonoraba al país, cuyo aire había apestado. Escoge, adi-

vina y juzga: ¿hice bien en obrar de aquel modo? ¿Hice mal en dar aquellos preceptos? Veo que no respondes; Dios mismo se vería apurado para ello; Dios que tiene en su mano la balanza inflexible de lo justo y lo injusto. Pues bien, yo tengo un corazón que resuelve la cuestión, y este corazón me dice, acá en el fondo de mi pecho: « ¡Infeliz de ti, padre desnaturalizado, que has abandonado á tus hijos; infeliz de ti si te encuentras con una joven prostituta que se ríe impudicamente por las noches en algún rincón de una encrucijada, pues quizá sea la hija á quien abandonaste y que el hambre conduce á la infamia! infeliz de ti si te encuentras en la calle con un ladrón á quien han preso, abochornado aun de haber cometido un hurto! pues quizá sea el hijo á quien abandonaste y que el hambre ha conducido á cometer un delito! »

Diciendo estas palabras, Rousseau, que se había levantado, volvió á caer en su sillón.

— Y sin embargo, siguió diciendo con voz que parecía una súplica, yo no he sido tan culpable como pudiera creerse, pues al ver que una madre sin entrañas, cómplice mía á medias, olvidaba á sus hijos, como hacen los animales, me dije á mí mismo: « Cuando Dios ha permitido que una madre olvide, será porque debe olvidar. » Pues bien, me equivoqué en aquel momento; y hoy, que me has oído decir lo que jamás he dicho á nadie, no tienes derecho para seguir en tu error.

— ¿Conque, preguntó el joven arrugando el entrecejo, si hubieseis tenido dinero para mantener á vuestros hijos, no los hubierais abandonado?

— Si hubiese tenido nada más que lo estrictamente necesario, no, nunca, lo juro.

Y Rousseau extendió con solemnidad la mano hacia el cielo.

— ¿Son bastantes 20,000 libras, preguntó Gilberto, para mantener á un hijo?

— Sí, dijo Rousseau.

— Bien, dijo Gilberto; gracias, señor, ahora ya sé lo que me queda que hacer.

— Y en todo caso, siendo como sois joven, con vuestro trabajo podréis mantener á vuestro hijo, dijo Rousseau. Pero ahora me acuerdo que habéis hablado de crimen: ¿os buscan, os persiguen quizá?

— Sí, señor.

— Pues bien, ocultaos aquí, hijo mío, porque la buhardilla continúa desocupada.

— Sois un hombre á quien quiero bien, maestro, y la oferta que me hacéis me colma de júbilo: efectivamente, sólo os pido un asilo, pues en cuanto á mi sustentó yo me lo ganaré, porque ya sabéis que no soy perezoso.

— Pues bien, dijo Rousseau con aire inquieto: si estamos convenidos, subid allá arriba, no os vea aquí mi señora. Como desde que os marchasteis nada encerramos en la buhardilla, la señora nunca sube á ella, y aun está allí vuestro jergón; arreglaos pues del mejor modo posible.

— Gracias, señor; de ese modo seré más feliz que lo que yo merezco.

— ¿No deseáis ninguna otra cosa? preguntó Rousseau empujando con la vista á Gilberto fuera del cuarto.

— No, señor; pero tened á bien oír dos palabras.

— Decid.

— En Luciennes me acusasteis un día de haberos hecho traición; yo no os hacía traición; lo único que hacía era seguir á mi amada.

— No hablemos más de eso: ¿era todo lo que teniais que decirme?

— Sí; y ahora, señor Rousseau, decidme, cuando

uno no sabe las señas de alguna persona en París, ¿puede proporcionárselas?

— Sin duda, si la persona es conocida.

— La que yo quiero buscar lo es mucho.

— ¿Cómo se llama?

— El conde José Bálsamo.

Rousseau se estremeció, pues tenía presente la sesión de la calle Platriere.

— ¿Para qué buscáis á ese hombre? preguntó.

— Para una cosa muy sencilla. Os había acusado, á vos que sois mi maestro, de haber sido moralmente causa de mi crimen, puesto que creía no haber hecho más que obedecer á la ley natural.

— ¿Y os he desengañado? exclamó Rousseau.

— Á lo menos me habéis ilustrado.

— Y bien; ¿qué es lo que queréis decir?

— Que mi crimen no sólo ha tenido una causa moral, sino una causa física.

— Y ese conde de Bálsamo es la causa física, ¿no es verdad?

— Sí, he copiado ejemplos, he aprovechado una ocasión, y en ello reconozco ahora que he obrado como un animal salvaje, y no como un hombre. El ejemplo sois vos; la ocasión me la proporcionó el conde de Bálsamo. ¿Sabéis dónde vive?

— Sí.

— Entonces dadme las señas.

— Calle de San Claudio en el Marais.

— Gracias; voy á verlo ahora mismo.

— ¡Tened cuidado, hijo mío! exclamó Rousseau deteniéndole; porque es un hombre muy poderoso y profundo.

— No temáis nada, señor Rousseau; estoy resuelto y vos me habéis enseñado á dominarme.

— ¡Pronto, pronto, idos arriba! exclamó Rous-

seau; pues oigo cerrar la puerta del portal, y debe ser mi señora que está de vuelta; ocultaos en la buhardilla hasta que esté aquí, y entonces saldréis.

— Tened la bondad de darme la llave.

— Está colgada en la cocina, como de costumbre.

— ¡Adiós, señor, adiós!

— Tomad pan, y ya os prepararé trabajo para esta noche.

— Gracias.

Y Gilberto se escabulló con tanta ligereza, que estaba ya en su buhardilla antes que Teresa hubiese subido el primer piso.

Provisto de las preciosas señas que le había dado Rousseau, Gilberto no tardó mucho tiempo en poner por obra su proyecto.

En efecto, apenas cerró Teresa la puerta de su cuarto, el joven, que desde su buhardilla estaba acechando todos sus movimientos, bajó la escalera con tanta rapidez como si no estuviera debilitado por un largo ayuno. Tenía la cabeza henchida de ideas de esperanza y de rencor, y detrás de todo esto coimbraba una sombra vengadora que le aguijoneaba con sus quejas y acusaciones.

Así es que llegó á la calle de San Claudio en un estado difícil de describir.

Cuando entró en el patio de aquel palacio, Bálamo salía á acompañar hasta la puerta al cardenal de Rohán, que había ido á ver á su generoso alquimista por un deber de atención.

Ahora bien, cuando el príncipe salió, parándose por última vez para dar de nuevo las gracias á Bálamo, el pobre muchache cubierto de harapos se deslizo como un perro, no atreviéndose á mirar á su alrededor por miedo de deslumbrarse.

La carroza del príncipe Luis le aguardaba en el

baluarte, y el prelado atravesó con velocidad el espacio que le separaba de su coche, el cual arrancó rápidamente así que se cerró la portezuela.

Bálamo le miró de un modo melancólico, y cuando el carruaje desapareció se volvió hacia la gradería de piedra.

Allí se hallaba una especie de mendigo en además suplicante.

Bálamo se encaminó á él, y aunque no desplegó los labios, su expresiva mirada era interrogante.

— Concededme un cuarto do hora de audiencia, señor conde, dijo el joven cubierto de harapos.

— ¿Quién sois, mi amigo? preguntó Bálamo con suprema dulzura.

— ¿No me conocéis? preguntó Gilberto.

— No, pero no importa, venid conmigo, contestó Bálamo sin cuidarse del extraño semblante de aquel joven, ni de sus vestidos, ni de su importunidad.

Y andando delante de él lo condujo á la primera sala, donde se sentó, sin mudar de tono ni de aspecto.

— ¿Me preguntabais que si os conozco? dijo.

— Efectivamente, señor conde.

— Me parece que os he visto en alguna parte.

— En Taverney, caballero, cuando llegasteis allí la víspera del día en que pasó la Delfina.

— ¿Y qué hacíais en Taverney?

— Vivía allí.

— ¿Erais criado de la familia?

— No, comensal.

— ¿Y habéis dejado á Taverney?

— Sí, señor, va á hacer tres años.

— ¿Y habéis venido?.....

— Á París, donde al principio estudié en casa del señor Rousseau, y después fui colocado en los jardines

de Trianón en clase de aprendiz de jardinero y florista por mediación del señor de Jussieu.

— Amigo, me citáis nombres excelentes; ¿y qué queréis?

— Voy á deciroslo.

Y haciendo una pausa, dirigió á Bálamo una mirada que no carecía de firmeza.

— ¿Os acordáis, siguió diciendo, de que el viernes hará seis semanas fuisteis á Trianón una noche que hizo una gran tormenta?

Bálamo estaba serio, pero se puso sombrío.

— Sí, me acuerdo, dijo; ¿me visteis por casualidad?

— Os vi.

— ¿Entonces vendréis á que os pague, porque guardéis el secreto? dijo Bálamo con tono amenazador.

— No, caballero, porque yo tengo mas interés que vos en guardar ese secreto.

— ¿Sois, pues, uno que se llama Gilberto? dijo Bálamo.

— En efecto, señor conde.

Bálamo envolvió con su profunda y devoradora mirada al joven cuyo nombre llevaba consigo una acusación tan terrible.

Y él, que tanto conocía á los hombres, se sorprendió al ver la serenidad de su rostro y la dignidad de sus palabras.

Gilberto se había colocado delante de una mesa sin apoyarse en ella, y mientras ocultaba en el pecho una de sus manos afiladas y aun blancas, á pesar de estar acostumbradas á los trabajos campestres, la otra colgaba á su lado con gracia.

— En vuestra serenidad conozco, dijo Bálamo, lo que venis á hacer aquí: sabéis que la señorita de Taverney ha lanzado contra vos una delación terrible

con el auxilio de la ciencia que la ha obligado á decir la verdad, y venis á reconvenirme por este testimonio, ¿no es verdad? ¿por esa evocación de un secreto que, á no ser por mí, hubiera permanecido sepultado en las tinieblas como en un sepulcro?

Gilberto se contentó con mover la cabeza.

— Hariais mal sin embargo, continuó Bálamo, pues suponiendo que yo hubiera querido delataros sin que me obligase á ello mi propio interés, puesto que á mí se me acusaba; suponiendo que yo os hubiera tratado como á un enemigo, y que os hubiera atacado mientras me contentaba con defenderme; aun suponiendo, digo, todo esto, no tenéis derecho para decir nada, porque verdaderamente habéis cometido una acción infame.

Gilberto se clavó las uñas en el pecho, pero nada contestó.

— El hermano os perseguirá, y la hermana os mandará matar, prosiguió Bálamo, si tenéis la imprudencia de andar paseándoos por las calles de París.

— ¡Oh! en cuanto á eso poco me importa, dijo Gilberto.

— ¿Cómo que os importa poco?

— Sí; amaba á la señorita de Taverney, la amaba como nadie la amará en el mundo; pero me despreció, á mí que la miraba con tanto respeto; á mí, que dos veces la había tenido ya en mis brazos sin atreverme siquiera á acercar mis labios á la orla de su vestido.

— Sí, y la habéis hecho pagar caro ese respeto; os habéis vengado de sus desprecios, ¿por qué medio? Por medio de una felonía.

— ¡Oh! no, no, la felonía no nace de mí, pues me han proporcionado la ocasión de cometer el crimen.

— ¿Y quién os la ha proporcionado?

— Vos.

Bálsamo se incorporó como si le hubiera picado una víbora.

— ¡ Yo ! exclamó.

— Sí, señor, vos, replicó Gilberto; caballero, vos adormecisteis á la señorita Andrea, y después os marchasteis á escape; á medida que os alejabais, le iban flaqueando las piernas, hasta que por último cayó por tierra. Entonces la cogí en mis brazos para conducirla á su aposento; sentí el contacto de su carne... ¡ un mármol se hubiera animado !... Yo, que la adoraba, cedí al amor. ¿ Soy, pues, tan criminal como dicen, caballero ? Os lo pregunto á vos que sois la causa de mi desgracia.

Bálsamo clavó en Gilberto una mirada llena de tristeza y compasión, y dijo :

— Tienes razón, joven ; yo soy la causa de tu crimen y del infortunio de esa señorita.

— Y en vez de poner remedio, vos que sois un hombre tan poderoso y que debierais ser tan bueno, habéis agravado la desgracia de la joven y suspendido la muerte sobre la cabeza del culpable.

— Verdad es, replicó Bálsamo, y hablas con acierto. Pero mira, de algún tiempo acá yo soy una criatura maldita, y todos mis designios toman al salir de mi cerebro formas amenazadoras y nocivas : esto proviene de desgracias que yo mismo he sufrido y que tú no comprendes. Sin embargo, esta no es una razón para que yo haga sufrir á los demás. Veamos. ¿ qué es lo que quieres ?

— Os pido el medio de repararlo todo, señor conde, lo mismo el delito que el mal que he hecho.

— ¿ Amas á esa joven ?

— ¡ Oh ! sí !

— Hay muchas especies de amor, ¿ de cuál es el tuyo ?

— Antes de poseerla la amaba con delirio ; hoy la amo con remordimiento, con furor. Me moriría de dolor si ella me recibiese con cólera, y de alegría si me permitiese besarle los pies.

— Es una señorita noble, pero pobre, dijo Bálsamo reflexionando.

— Sí.

— Sin embargo, su hermano es un hombre de corazón á quien creo poco encaprichado con el vano privilegio de la nobleza. ¿ Qué sucedería si la pidieses á su hermano en matrimonio ?

— Me mataría, respondió Gilberto con frialdad. Sin embargo, como más bien deseo la muerte que la temo, si me aconsejáis que dé ese paso lo daré.

Bálsamo se puso á reflexionar.

— Eres hombre de espíritu, dijo ; y hasta se diría que de corazón, á pesar de que tus acciones sean verdaderamente criminales. Pues bien ; ve en busca, no de Felipe de Taverny, sino del barón su padre, y dile, atiende bien, dile que el día que te permita casarte con su hija, llevarás una dote á la señorita Andrea.

— Yo no puedo decir eso, señor conde, porque nada tengo.

— Pues yo digo que le llevarás en dote 100,000 escudos que te daré para reparar la desgracia y el crimen, como decías hace poco.

— No me creará, porque sabe que soy pobre.

— Pues bien ; si no te cree, le enseñarás estos billetes de Banco, y viéndolos te creará.

Y diciendo estas palabras, Bálsamo abrió la gaveta de una mesa y contó treinta billetes de á diez mil libras, y los entregó á Gilberto.

— ¿ Y es dinero esto ? preguntó el joven.

— Lee.

Gilberto dirigió con ansia una mirada al lío de papeles que tenía en la mano, y conoció que era verdad lo que decía Bálamo.

En sus ojos brilló la alegría.

— ¿Será posible?... exclamó. Pero no, ¡ semejante generosidad sería demasiado subliime!

— Eres desconfiado, dijo Bálamo, tienes razón; pero acostúmbrate á saber de quién debes desconfiar. Toma esos cien mil escudos y vé á casa del señor de Taverney.

— Caballero, dijo Gilberto, mientras que semejante cantidad se me dé simplemente de palabra, no creeré en la realidad de este regalo.

Bálamo cogió una pluma y escribió:

« Doy en dote á Gilberto el día en que firmé su contrato matrimonial con la señorita Andrea de Taverney la cantidad de cien mil escudos, que le he entregado adelantados en la esperanza de una negociación venturosa.

« JOSÉ BÁLSAMO. »

— Toma este papel, véte y ne dudes.

Gilberto recibió el papel con mano trémula.

— Caballero, dijo, como llegue á deberos semejante felicidad, vos seréis el diós á quien adoraré en la tierra.

— Sólo hay un Dios á quien es preciso adorar, respondió Bálamo con voz grave, y ese Dios no soy yo, amigo mío.

— Voy á pedirós otro favor, y será el último, caballero.

— ¿Cuál es?

— Que me deis cincuenta libras.

— ¿ Me pides cincuenta libras y tienes en tu mano trescientas mil?

— Estas trescientas mil libras no serán más, dijo Gilberto, hasta que la señorita Andrea consienta en ser mi esposa.

— ¿ Y qué vas á hacer con esas cincuenta libras?

— Voy á comprar un traje decente con que poderme presentar en casa del barón.

— Toma, amigo mío, aquí las tienes, dijo Bálamo.

Y le dió las cincuenta libras que deseaba.

En seguida despidió á Gilberto con un signo de cabeza, y se dirigió á los aposentos interiores con paso lento y triste.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

XVIII

Proyectos de Gilberto

Una vez en la calle, Gilberto dejó enfriarse aquella imaginación febril que, con las últimas palabras del conde, lo había arrebatado más allá, no sólo de lo probable, sino también de lo posible.

Cuando llegó á la calle Pastourel, se sentó en un recantón, y mirando en torno de sí para asegurarse de que nadie le espía, sacó de su bolsillo los billetes de Banco arrugados á fuerza de estrecharlos en la mano.

Una idea terrible le había ocurrido y le había inundado la frente de sudor.

— Veamos si ese hombre no me ha engañado, dijo mirando los billetes; veamos si no me ha tendido un lazo, y si no me envía á una muerte segura; veamos si no hace conmigo lo que se hace con el carnero, al que se atrae al matadero presentándole un puñado de hierba florida. He oído decir que circulaba una gran cantidad de billetes falsos, con cuyo auxilio los calaveras de la corte solían engañar á las actrices de la Opera. Veamos si el conde no me ha chasqueado.

Y sacó del paquete uno de aquellos billetes de diez mil libras; entrando en seguida en casa de un mercader, preguntó, mostrando el billete, las señas de un banquero para cambiarlo, según se lo había mandado su amo, decía.

El mercader examinó el billete, dándole vueltas y revueltas, muy admirado porque la suma era crecida y su tienda muy modesta; luego indicó á Gilberto, en la calle Sainte-Avoie, el banquero que necesitaba

De consiguiente el billete era bueno.

Gilberto, fuera de sí de gozo, soltó al punto las riendas á su imaginación, ligó con más cuidado que antes el paquete de billetes en un pañuelo, y percibiendo en la calle Sainte-Avoie un prendero cuyas muestras le sedujeron, compró por veinticinco libras, esto es, por uno de los luises que Bálamo le había dado, un traje completo de paño color de castaña, cuya limpieza le encantó, un par de medias de seda negra algo deslustradas y zapatos de relucientes hebillas, completando con una camisa de lienzo bastante fina su traje, más decente que rico, con el que se admiró á sí mismo, dándose una ojeada al espejo del prendero.

Luego, dejando sus harapos á cuenta de las veinticinco libras, guardó el precioso pañuelo en el bolsillo, y pasó de la tienda del prendero á la de un peluquero, el cual en un cuarto de hora acabó de poner elegante y hasta bella aquella cabeza tan notable del protegido de Bálamo.

En fin, terminadas todas aquellas operaciones, Gilberto entró en una panadería situada cerca de la plaza de Luis XV, y compró por dos sueldos un panecillo que comió siguiendo el camino de Versailles.

En la fuente de la Conferencia se paró á beber.

En seguida prosiguió su camino, rehusando todas las proposiciones de los conductores de carruajes, quienes no comprendían que un joven vestido con tanto aseo economizase quince sueldos en detrimento del betún de sus zapatos.

¿Qué no hubieran dicho si supiesen que aquel joven

que viajaba á pie, tenía en el bolsillo trescientas mil libras?

Pero Gilberto tenía sus razones para ir á pie: la primera era la firme resolución que había tomado de no gastar ni un solo ochavo más de lo absolutamente necesario; y la segunda la necesidad de estar solo para entregarse con más comodidad á la pantomima y á los monólogos.

Solo Dios sabe los desenlaces felices que se forjó en su cabeza aquel joven, durante las dos horas y media de camino.

En estas dos horas y media de viaje, había andado más de cuatro leguas, y era tan fuerte la organización de este joven, que ni notó la distancia ni sintió ningún cansancio.

Formados todos sus planes, se fijó en el siguiente modo de hacer su petición.

Atacar al barón de Taverney con palabras pomposas, luego, obtenida la autorización del padre, dirigirse á la señorita Andrea con discursos tan elocuentes, que no sólo le perdonase, sino que concibiese respeto y afecto hacia el autor de la patética arenga que había preparado.

Á fuerza de pensar en ello, la esperanza superó el temor, y parecía á Gilberto imposible que una joven en la situación en que se hallaba Andrea, no aceptase la reparación ofrecida por el amor, cuando este amor se presentaba con una suma de cien mil escudos.

Gilberto formaba todos estos castillos en el aire, pues era tan sencillo y honrado como el hijo más sencillo de los patriarcas, y olvidaba todo el daño que había hecho, lo cual nacía tal vez de un corazón más honrado que lo que se cree.

Preparadas todas sus baterías, llegó con el corazón oprimido al territorio de Trianón: y una vez allí,

estaba dispuesto á todo: á los primeros furores de Felipe, á quien sin embargo, según él, debía aplacar la generosidad de su paso; á los primeros desdenes de Andrea, que debía ceder á su amor, y á los primeros insultos del barón, á quien su oro debía ablandar.

Efectivamente, aunque Gilberto había vivido alejado de la sociedad, adivinaba por instinto que trescientas mil libras en el bolsillo son una coraza muy segura. Lo que más temía era ver sufrir á Andrea, pues contra esta desgracia temía ser débil, y su debilidad le hubiera quitado parte de los medios necesarios para el buen éxito de su causa.

Entró, pues, en los jardines, mirando no sin un orgullo que sentaba á su fisonomía, á todos aquellos trabajadores, el día anterior compañeros suyos, y entonces inferiores á él.

La primera pregunta que hizo recayó sobre el barón de Taverney, para lo cual se dirigió, como era natural, al mozo que estaba de servicio en el departamento de la servidumbre.

— El barón no está en Trianón, respondió éste. Gilberto titubeó un instante.

— ¿Y el señorito Felipe? preguntó.

— ¡Oh! se ha marchado con la señorita Andrea.

— ¡Marchado! exclamó Gilberto asustado.

— Sí.

— ¿Conque la señorita Andrea se ha ido?

— Hace cinco días.

— ¿Á Paris?

El muchacho hizo un movimiento que quería decir:

— ¡Yo qué sé!

— ¿Cómo que no lo sabes? exclamó Gilberto. ¿Se ha ido la señorita Andrea sin que se sepa dónde? Sin embargo, no se habrá ido sin motivo.

— ¡Vaya una bestialidad! respondió el mozo sin

respetar la casaca color de castaña de Gilberto; ya se ve que no se ha ido sin motivo

— ¿Y por qué se ha ido?

— Por mudar de aires.

— ¿Por mudar de aires? repitió Gilberto.

— Sí; parece que los de Trianón son malos para su salud, y por mandado del médico ha dejado á Trianón.

Era inútil preguntar más, siendo evidente que el mozo había dicho cuanto sabía acerca de la señorita de Taverney.

Y sin embargo, estupefacto Gilberto, no podía dar crédito á lo que oía; de suerte que corrió al cuarto de Andrea; pero encontró la puerta cerrada.

Pedazos de cristal, porciones de paja y heno y el hilo con que se cosen los jergones, de todo lo cual estaba lleno el corredor, demostraban que los vecinos del cuarto se habían mudado.

Gilberto entró en su buhardilla, la cual se hallaba en el mismo estado en que la dejara.

La ventana de Andrea estaba abierta para que se ventilase la habitación, de suerte que Gilberto pudo penetrar con la vista hasta la antesala.

El aposento estaba completamente vacío.

Entonces se dejó llevar Gilberto de un dolor extravagante, dándose cabezadas contra las paredes, retorciéndose los brazos y revolcándose por el suelo.

En seguida, como un loco, se arrojó fuera de la buhardilla, bajó la escalera como si tuviese alas, penetró en el bosque tirándose de los cabellos, y lanzando gritos é imprecaciones, se dejó caer en medio de la maleza, maldiciendo la vida y á los que se la habían dado.

— ¡Oh! se acabó, se acabó! murmuraba; Dios no quiere que vuelva á encontrarla, sino que me muera

de remordimiento, de desesperación y amor. Así es como expiaré mi delito, así es como vengaré á la que he ultrajado... Pero ¿dónde estará? ¿En Taverney? ¡Oh! iré allá, iré! Iré hasta el fin del mundo, y subiré hasta las nubes si es preciso. ¡Oh! ya daré con sus huellas y la seguiré, aunque me caiga en medio del camino muerto de hambre y cansancio.

Pero aliviado poco á poco de su dolor con la explosión de ese mismo dolor, levantóse Gilberto, respiró con más libertad, miró en torno suyo con aire no tan esquivo, y tomó á paso lento el camino de Paris.

Aquella vez invirtió cinco horas en andar el camino.

— El barón, decía allá para sí con cierto viso de razón, quizá no haya dejado á Paris, y le hablaré. En cuanto á la señorita Andrea, se ha marchado porque no podía permanecer en Trianón; pero sea cual fuere el sitio á donde haya ido, su padre lo sabrá, una palabra suya me indicará su rastro, y luego, si consigo convencer su avaricia, ya llamará á su hija.

Fortalecido Gilberto con este nuevo pensamiento, entró en Paris á las siete de la tarde, es decir, en el momento en que el fresco atraía á los paseantes á los Campos Eliseos, en donde Paris flotaba entre las primeras sombras de la noche y los primeros fulgores de esa luz facticia que forma un día de veinticuatro horas.

En virtud de la resolución tomada, Gilberto se fué en derechura á la puerta del pequeño hotel de la calle Coq-Herón, y llamó sin vacilar un instante.

El silencio fué su única respuesta.

Redobló los aldabazos, pero sin que el décimo tuviese mejor éxito que el primero.

Entonces perdió la esperanza de ese último recurso con que había contado, y loco de rabia, mordiéndose las manos para castigar su cuerpo, porque sufría me-

nos que su alma, Gilberto volvió bruscamente la calle, empujó el resorte de la puerta de Rousseau y subió la escalera.

El pañuelo que contenía los treinta billetes de Banco encerraba también la llave del desván.

Gilberto se precipitó en él como se hubiera precipitado en el Sena si este río corriese por aquel sitio. Luego, como la noche estaba hermosa, y las nubes, á la manera de copos de nieve, se balanceaban en el azulado cielo; como de los tilos y castaños de Indias se desprendía á favor del crepúsculo de la tarde una suave fragancia, y como el murciélago iba á golpear con sus silenciosas alas los vidrios del ventanillo, Gilberto, vuelto á la vida por todas esas sensaciones, se acercó al ventanillo, y al ver blanquear en medio de los árboles el pabellón del jardín en que en otro tiempo había hallado á Andrea, á quien creía perdida para siempre, sintió despedazarse su corazón, y cayó casi desmayado sobre el borde del ventanillo, con la mente sumergida en una vaga y estúpida contemplación.

XIX

En que Gilberto ve que es mas fácil cometer un crimen que vencer una preocupación

Á medida que iba disminuyéndose la sensación dolorosa que se había apoderado de Gilberto, sus ideas eran más claras y precisas.

En este intermedio la oscuridad que iba haciéndose más densa, le impidió distinguir nada, y entonces se apoderó de él un invencible deseo de ver los árboles, la casa y las alamedas que la oscuridad acababa de confundir en una sola masa sobre la cual flotaba el aire extraviado como sobre un abismo.

Recordó que una noche, en tiempos más felices, había querido adquirir noticias de Andrea, verla y aun oirla hablar, y que con peligro de su vida, cuando aun padecía de resultas de los acontecimientos del 31 de mayo, se había deslizado á lo largo del tubo de los canales desde el piso hasta abajo, es decir, hasta el bienaventurado suelo del jardín.

En aquel tiempo era muy peligroso el penetrar en aquella casa donde vivía el barón, y donde Andrea estaba tan bien guardada, y sin embargo, á pesar de ese peligro, Gilberto recordaba lo muy dulce que era aquella situación y con cuánto gozo había palpitado su corazón cuando oía el sonido de su voz.

— Veamos, dijo para sí, si vuelvo á comenzar, si voy por última vez á buscar el sitio en que estuvo pre-

nos que su alma, Gilberto volvió bruscamente la calle, empujó el resorte de la puerta de Rousseau y subió la escalera.

El pañuelo que contenía los treinta billetes de Banco encerraba también la llave del desván.

Gilberto se precipitó en él como se hubiera precipitado en el Sena si este río corriese por aquel sitio. Luego, como la noche estaba hermosa, y las nubes, á la manera de copos de nieve, se balanceaban en el azulado cielo; como de los tilos y castaños de Indias se desprendía á favor del crepúsculo de la tarde una suave fragancia, y como el murciélago iba á golpear con sus silenciosas alas los vidrios del ventanillo, Gilberto, vuelto á la vida por todas esas sensaciones, se acercó al ventanillo, y al ver blanquear en medio de los árboles el pabellón del jardín en que en otro tiempo había hallado á Andrea, á quien creía perdida para siempre, sintió despedazarse su corazón, y cayó casi desmayado sobre el borde del ventanillo, con la mente sumergida en una vaga y estúpida contemplación.

XIX

En que Gilberto ve que es mas fácil cometer un crimen que vencer una preocupación

Á medida que iba disminuyéndose la sensación dolorosa que se había apoderado de Gilberto, sus ideas eran más claras y precisas.

En este intermedio la oscuridad que iba haciéndose más densa, le impidió distinguir nada, y entonces se apoderó de él un invencible deseo de ver los árboles, la casa y las alamedas que la oscuridad acababa de confundir en una sola masa sobre la cual flotaba el aire extraviado como sobre un abismo.

Recordó que una noche, en tiempos más felices, había querido adquirir noticias de Andrea, verla y aun oirla hablar, y que con peligro de su vida, cuando aun padecía de resultas de los acontecimientos del 31 de mayo, se había deslizado á lo largo del tubo de los canales desde el piso hasta abajo, es decir, hasta el bienaventurado suelo del jardín.

En aquel tiempo era muy peligroso el penetrar en aquella casa donde vivía el barón, y donde Andrea estaba tan bien guardada, y sin embargo, á pesar de ese peligro, Gilberto recordaba lo muy dulce que era aquella situación y con cuánto gozo había palpitado su corazón cuando oía el sonido de su voz.

— Veamos, dijo para sí, si vuelvo á comenzar, si voy por última vez á buscar el sitio en que estuvo pre-

sente; si voy otra vez á buscar de rodillas en la arena de las calles de árboles, la huella adorada que han dejado impresa los pasos de mi querida.

Esta palabra, esta palabra espantosa si la hubieran oído, fué pronunciada por Gilberto en voz casi alta, complaciéndose en ello de un modo extraño.

Gilberto interrumpió su monólogo para fijar una mirada profunda en el sitio en que suponía debía estar el pabellón. Luego, al cabo de un instante de silencio é investigación:

— Nada indica, añadió, que el pabellón esté habitado por otros inquilinos; pues ni se ve luz, ni se oye ruido, ni hay ninguna puerta abierta. ¡Vamos, pues!

Gilberto tenía un mérito, que era el de que, una vez tomada una resolución, la ejecutaba con rapidez. Abrió la puerta de su buhardilla, bajó á tientas como un silfo por delante de la puerta de Rousseau, y así que llegó al primer piso, se agarró con valor al canalón de plomo y se dejó deslizar hasta el suelo á riesgo de echar á perder aquellos calzones tan flamantes aun aquella mañana.

Cuando llegó al pie de la espaldera, volvió á sentir todas las emociones de su primera visita al pabellón, crujió la arena bajo sus plantas, y reconoció la puertecita por donde Nicole había introducido al señor de Beausire.

En fin, se dirigió á la gradería exterior para aplicar sus labios á la manecilla de cobre de la persiana, diciendo para sí que sin duda la mano de Andrea la había tocado muchas veces. El crimen de Gilberto había convertido su amor en una especie de religión.

De súbito hizo estremecer al joven un ruido interior, débil y sordo como el de un paso ligero sobre el pavimento.

Gilberto retrocedió.

Su rostro estaba lívido, y al mismo tiempo su razón tan trastornada de diez días á aquella parte, que al divisar una luz que penetraba por las rendijas de la puerta, creyó que la superstición, esa hija de la ignorancia y los remordimientos, encendía en sus ojos una de sus siniestras antorchas, y que esta antorcha era la que se trasparentaba en las hojas de la persiana. Creyó que su alma, cargada de terrores, evocaba otra alma, y que había llegado la hora de una de esas alucinaciones que experimentan los locos ó los apasionados de un modo extravagante.

Y entretanto seguían acercándose los pasos y la luz. Gilberto veía y oía sin dar crédito á sus ojos y oídos; pero de pronto se abrió la persiana en el momento en que el joven se aproximaba para mirar á través de las hojas, y con el choque fué á dar contra la pared lanzando un grito y cayendo de rodillas.

Lo que así le prosternaba no era tanto el choque como la vista, pues en aquella casa que él creía desierta y á cuya puerta había llamado sin que le respondieran, acababa de ver aparecer Andrea.

La joven, pues efectivamente era ella y no su sombra, exhaló un grito como Gilberto; luego, menos asustada, porque sin duda esperaba á alguien:

— ¿Quién está ahí? preguntó, ¿quién sois? ¿qué queréis?

— ¡Oh! perdón! perdón, señorita! murmuró Gilberto con el rostro humildemente inclinado al suelo.

— ¡Gilberto, Gilberto aquí! exclamó Andrea con una sorpresa exenta de miedo y furor; ¡Gilberto en este jardín! ¿Qué venis á hacer aquí, amigo mío?

Estas últimas palabras vibraron dolorosamente hasta el fondo del corazón del joven.

— ¡Oh! dijo con voz conmovida; no me agobiéis, señorita; sed misericordiosa, porque he sufrido tanto!

Andrea miró á Gilberto con asombro, y como mujer que no entendía absolutamente á qué venía aquella humildad :

— Ante todo, dijo, levantaos y explicadme cómo es que os halláis aquí.

— ¡ Oh ! señorita ; exclamó Gilberto, ¡ no me levantaré mientras que no me hayáis perdonado !

— ¿ Pues qué habéis hecho contra mi para que os perdone ? replicó ; explicaos : en todo caso, siguió diciendo con melancólica sonrisa, como la ofensa no puede ser grande, el perdón será fácil. ¿ Ha sido Felipe el que os ha dado la llave ?

— ¿ La llave ?

— Sin duda, pues habíamos convenido en que no abriría á nadie estando él ausente, y para que vos hayáis entrado, es preciso que sea él el que os ha facilitado los medios, á no ser que hayáis saltado por encima de las paredes.

— ¿ Vuestro hermano el señorito Felipe ? dijo Gilberto tartamudeando ; no, no, no ha sido él ; pero no se trata de vuestro hermano, señorita ; ¿ conque no os habéis marchado ? ¿ conque no habéis dejado la Francia ? ¡ Oh ! qué dicha tan inesperada !

Gilberto se apoyó sobre una rodilla, y con los brazos abiertos daba gracias al cielo con extraordinaria buena fe.

Andrea se inclinó hacia él, y mirándole con inquietud :

— Señor Gilberto, le dijo, habláis como si estuviérais loco, y vais á rasgarme el vestido ; soltad pues, y pongamos fin á esta comedia.

Gilberto se levantó.

— Ya estáis enfadada, dijo ; pero no tengo de qué quejarme, porque hartó lo he merecido : sé que no debí presentarme de este modo ; pero ¿ qué queréis ?

no sabía que vivíais en este pabellón, lo creía vacío, solitario, y venía á buscar en él recuerdos vuestros, nada más... Sólo la casualidad... Verdaderamente no sé lo que digo ; dispensadme : primero quería dirigirme á vuestro señor padre, más también había desaparecido.

Andrea hizo un movimiento.

— ¿ Á mi padre ! dijo, ¿ y para qué ?

Gilberto se engañó con aquella respuesta.

— ¡ Oh ! porque os temo demasiado, dijo ; y sin embargo, ya sé que más vale que todo pase entre nosotros, pues este es el medio más seguro de que todo quede reparado.

— ¿ Reparado ! decidme, ¿ qué es lo que debe repararse ?

Gilberto la miró con ojos llenos de amor y humildad.

— ¡ Oh ! no os irritéis, dijo ; ya sé que es gran temeridad de mi parte, siendo como soy tan poca cosa ; digo que es una temeridad levantar los ojos tan alto ; pero ya está consumada la desgracia.

Andrea hizo un movimiento.

— El delito, si así lo queréis, prosiguió Gilberto ; el delito, porque real y verdaderamente es un delito muy grande. Pues bien, acusad á la fatalidad, señorita, pero nunca á mi corazón....

— ¿ Vuestro corazón, vuestro delito, la fatalidad !... Señor Gilberto, estáis loco y me causáis miedo.

— ¡ Oh ! es imposible que os inspire otro sentimiento que no sea compasión, cuando os muestro tanto respeto y remordimiento ; cuando os hablo con la frente inclinada y juntando las manos. Señorita, escuchad lo que voy á deciros, en el concepto de que es un compromiso que contraigo en presencia de Dios y de los hombres. Quiero que toda mi vida esté consa-

grada á expiar el error de un momento ; quiero que vuestra dicha futura sea tan grande que borre todos los dolores pasados. Señorita.....

Gilberto vaciló.

— Señorita, consentid en un matrimonio que santifique una unión criminal.

Andrea retrocedió un paso.

— No, no, dijo Gilberto, no estoy loco ; no tratéis de huir, no me arranquéis estas manos que estrecho en las mías ; por favor, por compasión... consentid en ser mi esposa.

— ¡ Vuestra esposa ! exclamó Andrea, creyendo que ella era la que iba á volverse loca.

— ¡ Oh ! continuó Gilberto lanzando ahogados gemidos ; ¡ oh ! decid que me perdonáis esa noche horrible ; decid que mi atentado os causa horror, pero que me perdonáis al ver mi arrepentimiento ; decid que mi amor, comprimido tanto tiempo, justificaba mi delito.

— ¡ Miserable ! gritó Andrea con bárbara furia, ¿ con que fuiste tú ? ¡ Oh ! Dios mío, Dios mío !

Y Andrea apretó la cabeza entre sus manos, como para impedir que huyera su indignado pensamiento.

Gilberto retrocedió mudo y petrificado ante aquella hermosa y pálida cabeza de Medusa, que dejaba ver á un mismo tiempo espanto y asombro.

— ¡ Esta desgracia era lo único que me faltaba, Dios mío ! exclamó la joven, de quien se apoderó una exaltación que iba en aumento ; mi nombre está doblemente deshonrado ; ¡ deshonrado por el delito y por el delincuente ! ¡ Responde, infame ! ¡ Responde, miserable ! ¿ Conque fuiste tú ?

— ¡ No sabía nada !... murmuró Gilberto anonadado.

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! gritó Andrea entrando en su aposento. ¡ Felipe ! ¡ Felipe ! socórreme !

Gilberto, que la había seguido sombrío y desesperado, buscó con la vista en torno suyo un sitio en que caer noblemente bajo los golpes que esperaba, ó un arma con que defenderse.

Pero nadie acudió á los gritos de Andrea, porque estaba sola en su aposento.

— ¡ Sola ! ¡ oh ! estar sola ! exclamó la joven en el colmo de la desesperación y la rabia. ¡ Sal de aquí, miserable ! ¡ no provoques la ira de Dios !

Gilberto levantó suavemente la cabeza.

— Vuestra cólera, murmuró, es para mí la más temible ; ¡ no me abruméis, pues, señorita ! ¡ compadeceos de mí !

Y juntó las manos en ademán de súplica.

— ¡ Asesino ! asesino ! asesino ! gritó la joven.

— ¿ Conque no queréis escucharme ? exclamó Gilberto ; al menos, oidme, y en seguida mandad que me maten, si queréis.

— ¡ Que te oiga ! ¡ También ese suplicio ! ¡ Y qué es lo que tienes que decirme ?

— Lo que dije hace un momento ; que he cometido un crimen, crimen muy perdonable para el que lea mi corazón, y que vengo á repararlo.

— ¡ Oh ! exclamó Andrea. ¡ Ahora conozco el sentido de esa palabra que me causaba horror antes de comprenderla :... ¡ un matrimonio ! ¿ Creo que habéis pronunciado esa palabra ?

— ¡ Señorita ! balbuceó Gilberto.

— ¡ Un matrimonio ! prosiguió la altanera joven exaltándose cada vez más. ¡ Oh ! no es ira la que siento hacia vos, sino desprecio y odio ; y con este desprecio experimento también un sentimiento, que no come

prendo como hay quien pueda soportar sin morirle la expresión con que yo os lo arrojo á la cara.

Gilberto se puso pálido, y á sus párpados asomaban dos lágrimas de rabia; sus labios se adelgazaban quedándose tan blancos como dos hilos de nácar.

— Señorita, dijo estremeciéndose, no valgo tan poco que no pueda reparar la pérdida de vuestra honra.

Andrea se indignó aun más y dijo con orgullo:

— Si se tratase de honra perdida, sería la vuestra y no la mía. Tal como me veis, mi honra está sin mancha, y solo la perdería casándome con vos!

— Yo no creía, respondió Gilberto con tono frío é incisivo, que para una mujer que es madre, hubiese en el mundo otra consideración que la del porvenir de su hijo.

— Y yo no supongo que os atreváis á ocuparos de esto, replicó Andrea con ojos centellantes.

— Al contrario, me ocupo de ello, señorita, respondió Gilberto empezando á enderezarse bajo el encarnizado pie que le hollaba. Me ocupo, porque no quiero que ese hijo muera de hambre, como sucede con frecuencia en las casas de los nobles, cuyas hijas entienden el honor á su manera. Los hombres valen tanto unos como otros, y hombres de un mérito superior al de los demás han proclamado esta máxima. Concibo el que no me améis, porque no veis mi corazón; pero lo que nunca concebiré es el que me neguéis el derecho de ocuparme de mi hijo. ¡Ay! tratando de casarme con vos, no lo hacía para satisfacer un deseo, una pasión ó una ambición, sino para cumplir con un deber, condenándome á ser vuestro esclavo y dándoos mi vida. ¡Dios mío! no hubiérais llevado jamás mi nombre, si hubieseis querido, y hubierais seguido tratándome como al jardinero Gilberto: esto era justo; pero no debíais sacrificar á vuestro hijo. He aquí

500,000 libras que me ha dado por vía de dote un generoso protector que me ha juzgado de distinto modo que vos. Si os casáis conmigo, este dinero es mío; y como yo, señorita, no necesito nada más que un poco de aire para respirar, si vivo, y un sepulcro para enterrar mi cuerpo, si muero, lo demás que tengo se lo doy á mi hijo; tomad, ahí tenéis las 300,000 libras.

Y puso sobre la mesa, casi bajo la mano de Andrea, el paquete de billetes.

— ¡Estáis en un grave error! dijo Andrea, ¡vos no tenéis ningún hijo!

— ¿Yo?

— ¿Pues de qué hijo habláis? preguntó la joven.

— Del que lleváis en vuestro seno. ¿No habéis confesado delante de dos personas, que son vuestro hermano Felipe y el conde de Bálamo, que estabais en cinta, y que era yo... yo, el desventurado?...

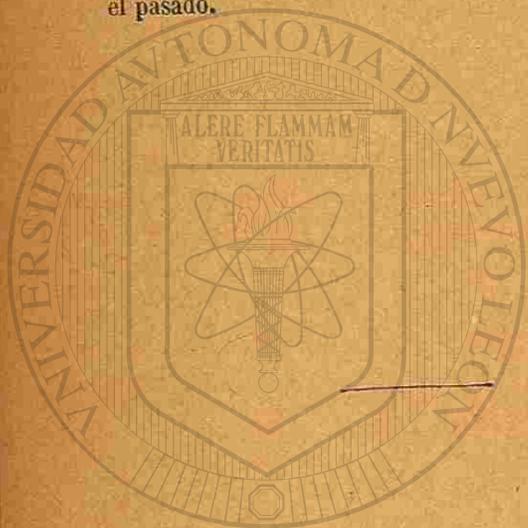
— ¡Ah! vos habéis oído eso! exclamó Andrea. Pues bien; tanto mejor, entonces tanto mejor. He aquí lo que os respondo: Me habéis violado de un modo infame; me habéis poseído estando dormida, me habéis poseído por medio de un crimen; verdad es que soy madre; pero mi hijo solo tiene madre, ¿lo oís? Me habéis forzado, es verdad; ¡pero no sois el padre de mi hijo!

Y cogiendo los billetes, los arrojó con desdén fuera de la habitación, de tal modo que rozaron en el aire la cara descolorida del desventurado Gilberto.

Entonces sintió éste un arrebato de furor tan sombrío, que el ángel custodio de Andrea debió temblar por ella otra vez.

Pero aquel furor se contuvo por su misma violencia, y el joven pasó por delante de Andrea sin dirigirle siquiera una mirada.

No bien había traspuesto el umbral de la puerta, Andrea se lanzó detrás de él, y cerró puertas, persianas, ventanas y contraventanas, como si con aquella acción violenta pusiera el universo entre el presente y el pasado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

Resolución

Cómo volvió Gilberto á su buhardilla; cómo pudo, sin expirar de dolor y rabia, soportar las angustias de la noche; cómo no se levantó, cuando menos, con los cabellos blancos, cosa es que no trataremos de explicar al lector.

Cuando amaneció, Gilberto sintió un violento deseo de escribir á Andrea, para presentarle todos los argumentos tan sólidos y llenos de probidad que la noche había hecho brotar de su cerebro; pero había experimentado ya en demasiadas ocasiones el inflexible carácter de la joven, y no le quedaba ninguna esperanza. Por otra parte, el escribirle era una concesión que repugnaba á su orgullo, y pensando que su carta sería rasgada y arrojada tal vez sin ser leída, figurándose que sólo serviría para indicar su pista á una trailla de enemigos encarnizados é ignorantes, se decidió á no escribir.

Entonces se le figuró á Gilberto que su petición podía ser mejor escuchada del padre, que era un avaro y un ambicioso; y del hermano, que era un hombre de buen corazón, y de quien sólo podía temerse el primer impulso. Pero, decía allá para sí, ¿de qué me servirá estar apoyado por el señor de Taverney ó por Felipe, si Andrea me perseguirá con su eterno: ¡No os conozco!

— Está bien, añadió en su interior; nada me liga ya á esa mujer; pues ella misma ha tenido cuidado de romper los lazos que nos unían.

Y diciendo esto, se revolcaba lleno de dolor sobre su colchón, recordando con rabia los menores detalles de la voz y del semblante de Andrea, y sufriendo un tormento inexplicable, porque la amaba con frenesí.

Cuando el sol, que ya estaba bastante alto en el horizonte, penetró en la buhardilla, Gilberto se levantó vacilante con la última esperanza de percibir á su enemiga en el jardín ó en el pabellón.

Eso era para él una alegría en su desgracia.

Pero de súbito, una amarga oleada de despecho, de remordimientos y de cólera, anegó su pensamiento; recordó todos los disgustos y desprecios que le había hecho sufrir la joven, y parándose en medio de la buhardilla por una orden irresistible dada por la voluntad á la materia, dijo:

— ¡No! no, no irás á mirar á esa ventana; no, no te infiltrarás más el veneno con que te complaces en matarte. Es una cruel la que, cuando tú inclinabas la frente ante ella, jamás se ha sonreído, jamás te ha dirigido una palabra de consuelo ó de amistad; la que se ha complacido en desgarrar con sus uñas tu corazón cuando todavía estaba lleno de inocencia y casto amor. Es una criatura sin honor ni religión la que niega al hijo su padre, su apoyo natural, y condena á la pobre criatura al olvido, á la miseria, tal vez á la muerte, puesto que ese hijo deshonra las entrañas en que ha sido concebido. Pues bien; Gilberto, por muy criminal que hayas sido, por grande que sea tu amor y tu cobardía, te prohibo que te acerques al ventanillo y dirijas una sola mirada hacia el pabellón; te prohibo que te compadezcas de la suerte de esa mujer, y que debilites los resortes de tu alma pensando en todo lo

que ha pasado. Consume tu vida, como el bruto, en el trabajo y la satisfacción de tus necesidades; consume el tiempo que va á trascurrir entre la afrenta y la venganza, y ten siempre presente que el único medio de respetarte aun, y hacerte superior á esos nobles orgullosos, es el ser más noble que ellos.

Pálido, temblando, aunque impelido por el corazón hacia el ventanillo, obedeció á la orden del espíritu, y se dirigió hacia la escalera, lentamente y paso á paso, como si sus pies hubiesen echado raíces en aquel cuarto. Al fin salió para ir á casa de Bálamo; pero variando de parecer súbitamente, exclamó:

— ¡Qué loco estoy! qué cabeza tan desarreglada tengo! Hablaba de venganza, según creo, pero ¿qué venganza he de tomar? ¿Mataré á esa mujer? ¡Oh, no! pues al morir se tendría por dichosa en echarme á la cara una injuria más! ¿La deshonraré públicamente? ¡Oh! eso es propio de un hombre vil!... Hay un punto sensible en el alma de esa criatura, en que mi alfilerazo puede causar tanto dolor como una puñalada... Necesita que la humillen;... sí, porque es aun más orgullosa que yo... ¡Humillarla yo!... ¿y cómo? Nada tengo, nada soy, y sin duda va á desaparecer. Seguramente la castigaría de un modo cruel con mi presencia, con apariciones frecuentes, dirigiéndole miradas de desprecio ó provocación. Bien sé que esa madre sin entrañas sería una hermana sin corazón y mandaría á su hermano á que me matase; pero, ¿quién me impide aprender á matar á un hombre, como he aprendido á raciocinar ó á escribir? ¿quién me impide que derribe por tierra á Felipe, que lo desarme y me ría en los hocicos del vengador como en los de la agraviada?... No, ese es un medio de comedia; y muchas veces cuenta uno con su habilidad y experiencia sin calcular la intervención de Dios ó la casuali-

dad... Solo, yo solo, con mi brazo desarmado, con una razón despojada de imágenes, con la fuerza muscular que me dió la naturaleza, y con mi vigoroso pensamiento, aniquilaré los proyectos de esos desdichados... ¿Qué quiere Andrea? ¿qué posee? ¿qué alega para defenderse y llenarme de oprobio?... Examinemos.

Luego, en el borde del saledizo de la pared, encorvado y con los ojos clavados en el suelo, se puso á meditar profundamente.

— Lo que puede agradar á Andrea, dijo, es lo que yo aborrezco: es preciso pues destruir todo lo que aborrezco... ¡Destruir! ¡Oh! no... ¡Que mi venganza no me induzca á obrar mal! qué jamás me obligue á valerme del acero ó del fuego! ¿Qué me queda entonces? He lo aquí: buscar la causa de la superioridad de Andrea; ver por medio de qué cadena va á aprisionar á un mismo tiempo mi corazón y mi brazo... ¡Oh! no volver á verla!... ¡Pasar sin que ella me mire!... ¡Pasar, digo, á dos pasos de esa mujer, cuando sonriéndose con su insolente hermosura, lleve de la mano á su hijo, á su hijo que nunca me conocerá!... ¡Malditos sean el cielo y la tierra!

Y Gilberto acentuó esta frase dando un furioso puñetazo en la pared, y lanzando una imprecación más terrible todavía, que voló hacia el cielo.

— ¡Su hijo! Aquí está el secreto. ¡Es preciso que nunca posea ese hijo, á quien acostumbraría á aborrecer el nombre de Gilberto; es preciso, al contrario, que sepa que ese hijo crecerá aprendiendo á odiar el nombre de Andrea! ¡En una palabra, ese hijo á quien ella no querría, á quien tal vez atormentaría, porque tiene mal corazón, ese hijo con que me estaría castigando perpetuamente, es preciso que nunca lo vea Andrea, y que lance, cuando lo haya perdido, rugidos

semejantes al de la leona á quien quitan sus cachorros!

Gilberto se incorporó embellecido por la ira y una alegría bárbara.

— Esto es, dijo, extendiendo el puño hacia el pabellón de Andrea; me has condenado á la vergüenza, á la soledad, al remordimiento y al amor, y yo te condeno á sufrir sin utilidad, á vivir aislada, á la afrenta, al terror y á un odio sin venganza. Me buscarás, pero ya habré huido; llamarás al hijo, aunque sea para despedazarle si le encuentras, pero á lo menos habré encendido en tu alma una hoguera de furiosos deseos; habré clavado en tu corazón una hoja sin puño!... ¡Sí, sí, el hijo! Y lo tendré, Andrea; no tu hijo, como dices, sino el mío. Gilberto tendrá á su hijo, hijo noble por parte de madre... ¡Mi hijo! mi hijo!

Y fué animándose insensiblemente hasta enajenarse de gozo.

— Vamos, dijo, no se trata de un despecho vulgar ni de entregarse á lamentaciones pastoriles, sino de un soberbio complot. Ya no debo mandar á mis ojos que no vayan á mirar al pabellón, sino disponer que toda mi fuerza, toda mi alma vele para asegurar el buen éxito de mi empresa. ¡Velaré, pues, Andrea! dijo en tono solemne acercándose á la ventana; velaré de día, y de noche, y no harás un movimiento sin que yo lo espíe; no arrojarás un grito de dolor sin que yo te prometa otro dolor más agudo; no mostrarás una sonrisa sin que yo conteste con otra risa sardónica é insultante. ¡Andrea, eres presa mía; una parte tuya es mi bien, y desde hoy velo; sí, velo!

Entonces se acercó al ventanillo y vió las persianas del pabellón, deslizándose la sombra de Andrea sobre las cortinas y sobre el cielo raso del cuarto, reflejada sin duda por algún espejo.

En seguida llegó Felipe, que se había levantado más temprano, pero que había estado trabajando en su cuarto, situado detrás del de Andrea.

Gilberto notó cuán animada era la conversación de los dos hermanos, y seguramente hablaban de él, de la escena de la vispera, pues Felipe se paseaba con una especie de perplejidad. Quizá había cambiado la llegada de Gilberto los proyectos de instalación, y tal vez iban á buscar en otra parte la paz, la oscuridad y el olvido.

Cuando á Gilberto se le ocurrió esta idea, convirtieron sus ojos en rayos luminosos que hubieran abrazado el pabellón y penetrado hasta el centro del mundo.

Pero casi al punto entró por la puerta del jardín una criada provista de una recomendación. Andrea la admitió, pues inmediatamente instaló su paquete de ropa en la habitación que Nicole ocupaba en otro tiempo: en seguida varias compras de muebles, utensilios y provisiones confirmaron al vigilante Gilberto en la certeza de que los dos hermanos pensaban vivir allí pacíficamente.

Felipe examinó y mandó examinar con el mayor cuidado las cerraduras de la puerta del jardín, lo cual probó más que nada á Gilberto que sospechaban había entrado con una llave falsa que quizá le había dado Nicole. Así es que en presencia de Felipe mudó un cerrajero las guardas de la cerradura.

Aquella fué la primera alegría que Gilberto sintió después de todos los sucesos referidos.

Sonrióse irónicamente, murmurando:

— ¡ Pobres gentes ! No son muy peligrosas, puesto que la toman con la cerradura y no me creen con fuerzas para escalar las paredes !... ¡ Muy ruin idea han formado de tí, Gilberto ! Tanto mejor. Sí, Andrea, añadió, á pesar de las cerraduras de tu puerta, podría

penetrar en tu casa si quisiera... Pero en fin ahora me toca á mí el ser dichoso, te miro con desdén, y á menos que un capricho.....

Y al decir esto hizo una pirueta sobre sus talones remedando á los pisaverdes de la corte.

— Pero no, repuso con amargura: esto es más digno de mí: ¡ ya no os quiero !... ¡ Dormid sin cuidado; para atormentaros á mis anclas tengo medios mejores que el de poseeros ! ¡ Dormid !

Dejó el ventanillo, y después de echar una ojeada á su traje, bajó la escalera para ir á casa de Bálamo.

Para el quince de diciembre

Fritz no opuso ninguna dificultad á Gilberto en dejarle penetrar hasta donde estaba Bálamo.

El conde se hallaba descansando en un sofá, como la gente rica y ociosa, de la fatiga de haber dormido toda la noche; á lo menos, este fué el juicio que formó Gilberto al verlo tendido de aquel modo á semejante hora.

Debemos creer que el ayuda de cámara había recibido orden de introducir á Gilberto así que se presentase, pues no necesitó decir su nombre ni siquiera desplegar sus labios.

Al entrar en el salón, Bálamo se incorporó ligeramente apoyándose en el codo, y cerró un libro que tenía en la mano sin leerlo.

— ¡ Oh ! oh ! dijo. Aquí tenemos á un joven que se casa. Está bien, prosiguió el conde volviendo á tomar su postura indolente; eres dichoso, y por eso estás casi agradecido. Está muy bien; pero vienes á darme las gracias, y eso es superfluo. Deja eso, Gilberto, para cuando vuelvas á necesitarlo. Las gracias son una moneda de cambio que contenta á muchos cuando se distribuye con una sonrisa. Véte, amigo, véte.

Había en aquellas palabras y en el tono con que Bálamo las pronunció una cosa tan profundamente

lúgubre y almibarada, que fué para Gilberto como una censura y una revelación.

— No, dijo, os equivocáis, caballero; pues no hay tal casamiento.

— ¡ Oh ! exclamó el conde. Pues entonces, ¿ qué es lo que haces?... ¿ qué ha sucedido ?

— Que me han desahuciado, respondió Gilberto.

El conde se volvió del todo.

— Te has arreglado mal, querido

— No, caballero; á lo menos así lo creo.

— ¿ Quién te ha desahuciado ?

— La señorita.

— Eso era infalible. ¿ Y por qué no te dirigiste á su padre ?

— Porque no lo ha querido la fatalidad.

— ¡ Ah ! ¿ conque somos fatalistas !

— No tengo el medio de tener fe.

Bálamo frunció el entrecejo, y miró á Gilberto con una especie de curiosidad.

— No hables así de lo que no conoces, dijo; pues en un hombre formado es una necedad, y en un muchacho es una jaectancia. Permito que tengas orgullo, pero no el que seas un imbécil: dime que no tienes el medio de ser un tonto, y te lo aprobaré. En resumen, ¿ qué has hecho ?

— Heo aquí: He querido, como los poetas, extasiarme en vez de obrar; he querido ir á pasearme por las calles de árboles en que me había complacido en soñar amores, y de súbito se me presentó la realidad sin que yo estuviese preparado, y me dejó muerto en el mismo sitio.

— También eso te está bien empleado, Gilberto; porque un hombre que se encuentra en la situación en que tú te hallas, se parece á los exploradores de un ejército, los cuales no deben marchar sino con el mos-

quiete en la mano derecha y la linterna sorda en la izquierda.

— En fin, caballero, he fracasado; la señorita Andrea me ha llamado malvado y asesino, y me ha dicho que haría que me matasen.

— Bueno; ¿pero su hijo?

— Me ha dicho que era suyo y no mío.

— ¿Y qué más?

— Nada más, pues al oír eso me he retrado.

— ¡Ah!.....

Gilberto levantó la cabeza y dijo:

— ¿Qué hubierais hecho vos?

— No lo he pensado todavía; dime tú lo que vas á hacer.

— Voy á castigarla por las humillaciones que me ha hecho sufrir.

— Esas no son más que palabras.

— No, caballero, es una resolución.

— Pero... ¿quizá has dejado arrancarte tu secreto?... Tu dinero?

— Mi secreto es mío, y no dejaré á nadie arrancármelo; el dinero era vuestro, y os lo traigo.

Y Gilberto desabrochó su chupa y sacó los treinta billetes de Banco que contó minuciosamente, y los extendió sobre la mesa de Bálamo.

El conde los recogió y dobló sin dejar de observar á Gilberto, el cual no reveló la menor emoción.

— Es honrado y nada codicioso; tiene espíritu y firmeza; es todo un hombre, pensó Bálamo.

— Ahora, señor conde, dijo Gilberto, tengo que daros cuenta de los dos luises que me habéis dado.

— Nada exageres jamás, contestó Bálamo, pues si es una cosa magnífica devolver cien mil escudos, es una puerilidad entregar cuarenta y ocho libras.

— No quería devolvéros las, sino deciros lo que he

hecho con esos dos luises, á fin de que supieseis oportunamente que necesito otros.

— Eso ya es diferente. ¿Conque pides más?

— Pido....

— ¿Y para qué?

— Para hacer una cosa con lo que dijisteis hace poco que no eran más que palabras.

— Corriente; ¿tratas de vengarte?

— Sí, y creo que noblemente.

— No lo dudo, pero de un modo cruel, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Qué dinero te hace falta?

— Veinte mil libras.

— ¿Y no tocarás á esa joven? dijo Bálamo, creyendo atajar á Gilberto con esta pregunta.

— No la tocaré.

— ¿Y á su hermano?

— Tampoco, ni á su padre.

— ¿No la calumniarás?

— Jamás abriré la boca para pronunciar su nombre.

— Bien, te comprendo, pero lo mismo es matar á una mujer con un puñal que matarla con continuas bravatas... Sin duda quieres desafiarla presentándote á su vista, siguiéndola y abrumándola con sonrisas llenas de insulto y rencor.

— Tan lejos estoy de querer hacer eso que decís, que vengo á pedirlos, para en caso de que se me antoje dejar la Francia, que me facilitéis los medios de pasar el mar sin que me cueste nada.

Bálamo hizo una exclamación.

— Señor Gilberto, dijo con su voz acre á la par que cariñosa, que no contenía sin embargo dolor ni gozo; me parece que no sois consecuente con vuestra ostentación de desinterés. Me pedís veinte mil libras;

¡ pues qué ! ¿ no podéis tomar de esa cantidad mil que os costarán los gastos de embarque ?

— No, caballero, por dos razones.

— Veamos cuáles son.

— La primera es que el día en que me embarque no poseeré un sueldo, pues tenedlo presente, señor conde, lo que pido no es para mí, sino para reparar la falta que he cometido por haberme vos proporcionado la ocasión.

— ¡ Ah ! qué tenaz eres ! dijo Bálamo con la boca crispada.

— Porque tengo razón... Os digo que pido dinero para reparar una falta, y no para vivir ó consolarme : ni un sueldo de esas veinte mil libras entrará en mi bolsillo, pues están destinadas.

— Sí, ya lo veo ; para tu hijo.

— Para mi hijo, sí, señor, replicó Gilberto con cierto orgullo.

— Pero ¿ y tú ?

— Yo soy fuerte, libre é inteligente, y siempre tendré con qué mantenerme ; ¡ yo viviré, porque quiero vivir !

— ¡ Oh ! vivirás ! Jamás da Dios semejante fuerza de voluntad á almas que deban dejar prematuramente la tierra. Dios, así como viste con eficacia las plantas que tienen que arrostrar los largos inviernos, da una coraza de acero á los corazones que tienen que sufrir amargas y duras pruebas. Pero me parece que has dicho tenias dos motivos para no conservar mil libras : en primer lugar por delicadeza.

— Y en segundo por prudencia. El día en que deje la Francia tendré que ocultarme, y esto no lo conseguiré yendo á buscar á un capitán en un puerto y entregándole dinero, pues presumo que esto es lo que se hace en esos casos.

— ¿ Es decir, que supones que yo puedo ayudarte á que te pongas en salvo ?

— Sé que podéis hacerlo.

— ¡ Y quién te lo ha dicho ?

— ¡ Oh ! tenéis á vuestra disposición sobrados medios sobrenaturales, para que no tengáis también todo un arsenal de recursos naturales. Jamás tiene tanta seguridad en sí mismo un hechicero que no cuente con algún buen puerto de salvación.

— Gilberto, dijo Bálamo de pronto extendiendo la mano hacia el joven, eres hombre dotado de un espíritu aventurero y atrevido ; en ti se halla el bien y el mal como en una mujer, y eres estoico y probo sin afectación. Quédate conmigo, y haré que seas hombre grande : te creo capaz de ser agradecido ; quédate aquí, te digo, pues este palacio es un asilo seguro : además, dentro de algunos meses dejo la Europa, y te llevaré conmigo.

— Gilberto escuchó con atención y luego dijo :

— Dentro de algunos meses no diría que no ; pero lo que es hoy debo daros las gracias, señor conde : vuestra proposición es brillantísima para un desgraciado, pero no la acepto.

— Mira que la venganza de un momento no vale quizá tanto como un porvenir de cincuenta años.

— Caballero, mi antojo ó mi capricho vale siempre para mí más que todo el universo en el momento que tengo ese antojo ó ese capricho. Por otra parte, además de la venganza tengo que cumplir con un deber.

— Ahí tienes tus veinte mil libras, contestó Bálamo sin titubear.

— Gilberto tomó dos billetes de Banco, y mirando á su bienhechor :

— ¡ Hacéis favores como un rey ! dijo.

— ¡ Oh ! algo más, dijo Bálamo, pues ni siquiera

pido que el sujeto á quien favorezco me conserve un recuerdo.

— ¡ Bien, pero yo soy agradecido, como dijisteis hace poco, y cuando haya desempeñado mi tarea, os pagaré estas veinte mil libras !

— ¿ De qué modo ?

— Poniéndome á serviros los años que sean menester á un criado para pagar veinte mil libras á su amo.

— Vuelves á ser ilógico, Gilberto, pues hace un momento dijiste que me pedías veinte mil libras que yo debta darte.

— Es verdad, pero habéis ganado mi corazón.

— Me alegro, dijo Bálamo sin ninguna expresión.

¿ Conque serás mío si yo quiero ?

— Sí.

— ¿ Qué es lo que sabes hacer ?

— Nada; pero nada se me resiste.

— Es verdad.

— Sin embargo, quiero tener en mi bolsillo el medio de dejar la Francia en dos horas, si es preciso.

— ¡ Ah ! conque ya abandonas mi servicio !

— Ya sabré volver.

— Y yo hallarte. Vamos, acabemos de una vez, porque me fatiga el estar hablando tanto tiempo. Acerca esa mesa.

— Aquí está.

— Dáme los papeles que están en ese cartón sobre el ropero.

— Aquí los tenéis.

Bálamo cogió los papeles y leyó á media voz las siguientes líneas de un papel que contenía tres firmas ó más bien tres cifras extrañas.

« El día 15 de diciembre, en el Havre para Bostón ;
P.-J. el *Adonis*. »

— ¿ Qué te parece de la América, Gilberto ?

— Que no es Francia, y que me será muy grato el ir por mar, en un momento dado, á un país cualquiera como no sea la Francia.

— ¡ Bien !... Hacia el 15 de diciembre, ¿ no es el momento dado de que hablas ?

Gilberto se puso á contar por los dedos reflexionando.

— Exactamente, dijo.

Bálamo cogió una pluma, y se contentó con escribir en una hoja en blanco estas dos líneas :

« Admitid en el *Adonis* á un pasajero.

« JOSÉ BÁLSAMO. »

— Pero este papel es peligroso, dijo Gilberto mirándolo, y al buscar un asilo, muy bien podría suceder que diese con la Bastilla.

— Á fuerza de tener talento pareces tonto, dijo el conde. El *Adonis*, señor Gilberto, es un buque mercante cuyo principal armador soy yo.

— Perdonadme, señor conde, repuso Gilberto inclinándose; efectivamente soy un miserable que algunas veces pierde el seso, pero jamás dos veces seguidas; perdonadme, pues, y no dudéis de mi eterna gratitud.

— Idos, amigo mío.

— Adiós, señor conde.

— Hasta la vista, respondió Bálamo volviéndole la espalda.

Última audiencia

En noviembre, es decir, algunos meses después de los acontecimientos que hemos referido, salió Felipe de la casa en que vivía con su hermana, muy temprano para la estación que era, esto es, al rayar el día. Ya estaban despiertos, aunque aún se hallaban encendidos los faroles, los vendedores ambulantes de París; los de los pastelillos calientes que el pobre campesino devora como un regalo al aire penetrante de la mañana; los que vienen con banastas cargadas de legumbres, y con carretas llenas de pescado y ostras, y corren al mercado, notándose en ese movimiento de la muchedumbre afanada una especie de silencio impuesto á los trabajadores por respeto al sueño del rico.

Felipe se apresuró á atravesar el barrio populoso y atestado de gente en que vivía, para llegar á los Campos Eliseos absolutamente desiertos.

Las hojas enmohecidas se agitaban en la copa de los árboles; la mayor parte cubría ya el suelo de las calles de árboles de la Carrera de la Reina, y los juegos de bochas, abandonados en aquella hora, estaban ocultos bajo una espesa alfombra de aquellas hojas crujientes.

El joven estaba vestido, como los de la clase media mejor acomodada de París, con una casaca de anchos falduques, unos calzones y medias de seda; ceñía espada,

y su peinado muy esmerado anunciaba que había debido estar entregado mucho tiempo, antes de amanecer, en manos de un peluquero, recurso supremo de toda hermosura en aquella época.

Así, cuando Felipe percibió que el viento de la mañana empezaba á desarreglar su peinado y dispersar los polvos, pasó una mirada llena de desagrado por la avenida de los Campos Eliseos, por ver si venía alguno de los carruajes de alquiler destinados al servicio de aquel camino.

No tuvo que aguardar largo tiempo, pues asomaba en aquella dirección una carroza muy usada, medio rota, tirada por una yegua flaca, y su cochero, con ojo avizor y mustio, buscaba á lo lejos algún viajero por entre los árboles, como Eneas buscaba uno de sus buques en las olas del mar Tirreno.

Al percibir á Felipe, el automedonte dió tan fuertes latigazos á su yegua, que la carroza se halló al punto al lado del viajero.

— Arreglaos de manera que á las nueve en punto esté en Versalles, y os daré medio escudo, dijo Felipe.

En efecto, á las nueve iba á tener Felipe con la Delfina una de aquellas audiencias matinales que entonces principiaba aquella á dar. Vigilante, y desembarazándose de las leyes de la etiqueta, la princesa tenía la costumbre de visitar por la mañana los trabajos que mandaba ejecutar en Trianon, y encontrando al paso los pretendientes á quienes había concedido una audiencia, los despachaba rápidamente, con una presencia de ánimo y una afabilidad que no excluían la originalidad, y aun la altanería cuando notaba que se equivocaban acerca de sus actos de delicadeza.

Felipe había resuelto al principio ir á pie, porque se hallaba reducido á la más severa economía; pero el sentimiento del amor propio, ó quizá el del respet

que un militar conserva siempre acerca de la decencia con que debe presentarse á sus superiores, forzó al joven á gastar los ahorros de un día para presentarse en Versalles de una manera decente.

Felipe se propuso volver á pie, de suerte que, como se ve, se había encontrado en la misma escala, aunque partiendo de dos puntos opuestos, el noble Felipe y el plebeyo Gilberto.

Felipe volvió á ver con el corazón oprimido todo aquel Versalles lleno aun de magia, donde tantos sueños dorados y de color de rosa le habían encantado con sus promesas. Volvió á ver con el corazón despedazado á Triánón, recuerdo de desgracia y de afrenta, y á las nueve en punto costeaba, provisto de su papeleta de audiencia, el pequeño pantedre inmediato al pabellón.

Percebido á una distancia de cien pasos á la princesa, que estaba hablando con su arquitecto, envuelta en pieles de marla, aunque no hacía frío. La joven Delfina, con su sombrerito como el de las damas de Watteau, se destacaba sobre las filas de verdes árboles, y algunas veces llegaba hasta Felipe el sonido de su voz argentina y vibrante, excitando en él sentimientos que, de ordinario, borran el pesar en un corazón lastimado.

Varias personas, favorecidas lo mismo que Felipe, fuéronse presentando una tras otra á la puerta del pabellón, á cuya antesala iba á buscarlas por turno un ujier. Situadas al paso de la princesa, cada vez que volvía en dirección inversa con Mique, aquellas personas recibían una palabra de Maria Antonieta, y aun el favor especial de algunas frases dichas en particular.

Luego esperaba la princesa á que se presentase otra visita.

Felipe se quedaba para el último; pero vió que la Delfina dirigía hacia él la vista como si quisiera conocerle: entonces se ruborizaba y procuraba tomar en su sitio la actitud más modesta y paciente.

El ujier fué al fin á preguntarle si no se presentaba también, pues la señora Delfina no debía tardar en retirarse, y entonces á nadie recibía.

Felipe se adelantó, pues, y la Delfina no le perdió de vista durante el tiempo que invirtió en salvar aquella distancia de cien pasos, escogiendo él el momento más favorable para hacer su respetuoso saludo.

Volviéndose la Delfina hacia el ujier:

— ¿Cómo se llama la persona que acaba de saludarme? dijo.

El ujier leyó en la papeleta de audiencia:

— El señor Felipe de Taverney.

— Es verdad, dijo la princesa.

Y fijó en el joven una mirada más detenida y curiosa.

Felipe esperaba medio encorvado.

— Buenos días, señor de Taverney, dijo Maria Antonieta; ¿cómo está Andrea?

— Bastante mala, señora, contestó el joven; pero agradecerá en gran manera el interés que se digna tomar por ella V. A. R.

La Delfina no respondió: pero había visto que las facciones pálidas y extenuadas de Felipe revelaban mucho sufrimiento, y le costaba trabajo conocer, bajo el modesto traje del paisano, al apuesto oficial que fuera el primero que le sirvió de guía en el territorio francés.

— Señor Mique, dijo acercándose al arquitecto, quedamos convenidos en el adorno de la sala de baile y en que se hará el plantío del bosque que está inme-

diato. Dispensadme que os haya detenido al frío tanto tiempo.

Esto era despedirle; de suerte que Mique hizo una reverencia y se fué.

La Delfina saludó en seguida á todas las personas que esperaban algo apartadas, y estas personas se retiraron inmediatamente. Felipe creyó que también iba á alcanzarle aquel saludo como á los demás, y ya empezaba á afligirse su corazón, cuando la princesa pasó por delante de él diciéndole:

— Dijisteis que vuestra hermana está enferma, ¿no es cierto?

— Si no enferma, señora, se apresuró á contestar Felipe, á lo menos está desmejorada.

— ¡Desmejorada! exclamó la Delfina con interés; ¡y teniendo como tenia tan buena salud!

Felipe se inclinó, y la joven princesa le asestó una de esas miradas investigadoras que un hombre de su alcurnia hubiera dicho era mirada de águila. Luego, después de una pausa:

— Permitidme que ande un poco, dijo, porque el viento que corre es frío.

Y dió algunos pasos, permaneciendo Felipe en su sitio.

— ¡Cómo! ¿no me seguís? dijo María Antonieta volviéndose.

Felipe se puso á su lado en dos brincos.

— ¿Y por qué no me habéis dicho antes el estado en que se hallaba Andrea, por quien me interesaba?

— ¡Ay! dijo Felipe, V. A. acaba de decirlo: es verdad que se interesaba por mi hermana... pero ahora....

— Todavía me intereso, á no dudar... Sin embargo, me parece que la señorita de Taverney dejó mi servicio muy prematuramente.

— La necesidad, señora, dijo Felipe en voz baja.

— ¡Cómo! esa palabra es espantosa; ¡la necesidad!... Explicadme eso, señor de Taverney.

Felipe no respondió.

— El doctor Luis, siguió diciendo la Delfina, me contó que los aires de Versalles eran funestos para la salud de esa señorita, y que se restablecería viviendo en la casa paterna... A esto se reduce lo que me han dicho; y en cuanto á vuestra hermana sólo me hizo una visita antes de marcharse: por cierto que estaba pálida y triste; pero debo decir que me manifestó mucho cariño en aquella entrevista, pues derramó abundantes lágrimas.

— Lágrimas sinceras, señora, dijo Felipe, cuyo corazón palpitaba con fuerza; lágrimas que aun no se han agotado.

— Me ha parecido vislumbrar, prosiguió la princesa, que vuestro señor padre había forzado á su hija á venir á la corte, y que sin duda esa niña echaba de menos vuestro país, alguna inclinación....

— Señora, se apresuró á decir Felipe, mi hermana sólo écha de menos á V. A.

— ¡Y padece!... Extraña enfermedad que debía curarse con los aires del país, y lejos de eso la agravan.

— No quiero engañar á V. A. por más tiempo, dijo Felipe, la enfermedad de mi hermana es un profundo pesar que la ha puesto en un estado cercano á la desesperación. Sin embargo, la señorita de Taverney á nadie ama en este mundo sino á V. A. y á mí, pero principia á preferir á Dios sobre todas las cosas, y la audiencia que he tenido la honra de pedirlos, tiene por objeto el solicitar vuestra protección para el logro de su deseo.

La Delfina alzó la cabeza.

— Quiere ser monja, ¿no es verdad?

UNIVERSIDAD DE BIEVO LESO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTEBERRY, MEXICO

— Sí, señora.

— ¿Y lo permitiréis vos queriendo tanto á esa niña?

— Creo que conozco perfectamente su situación, señora, y yo mismo le he dado ese consejo. Sin embargo, amo bastante á mi hermana para que no sea sospechoso mi consejo, y el mundo no lo atribuirá á mi avaricia, puesto que nada tengo que ganar con que Andrea sea monja, porque nada poseemos uno ni otro.

La Delfina, echando á Felipe una mirada, dijo:

— He ahí lo que decía hace poco, cuando no quisisteis comprenderme; ¿no sois rico?

— Vuestra Alteza....

— No hay que avergonzarse, caballero; se trata de la felicidad de esa pobre joven, y debéis responderme sinceramente, como hombre honrado que sois, estoy segura de ello.

Los ojos brillantes y leales de Felipe se encontraron con los de la princesa sin bajarse.

— Responderé, señora, dijo.

— Pues bien; ¿quiere vuestra hermana dejar el mundo por necesidad? ¿Entonces que hable! ¿Dios mío, qué desgraciados son los príncipes! Dios les ha dado un corazón para compadecerse de los infortunados, pero les ha negado esa suprema penetración que adivina la desgracia bajo el velo de la discreción. Responded francamente, ¿es eso?

— No, señora, dijo Felipe, no es eso; sin embargo, mi hermana desea entrar en el convento de San Dionisio, y sólo poseemos la tercera parte del dote que necesita.

— ¿La dote importa sesenta mil libras! exclamó la princesa. ¿Conque según eso no tenéis más que veinte mil?

— Escasamente, señora; pero sabemos que con una

sola palabra, y sin necesidad de dinero, puede hacer V. A. que admitan una pensionista.

— Efectivamente que puedo.

— He ahí, pues, el único favor que me atreveré á solicitar de V. A., si es que no habéis prometido ya á alguna el interceder con madama Luisa de Francia.

— Coronel, me sorprendéis en extremo, dijo María Antonieta. ¿Cómo! tan cerca de mí, se halla tanta miseria unida á la nobleza! Vamos, coronel, habéis hecho mal en engañarme de ese modo.

— Señora, yo no soy coronel, replicó Felipe con dulzura, no soy más que un adicto servidor de V. A.

— ¿Decís que no sois coronel? ¿y desde cuándo?

— No lo he sido nunca, señora.

— Pues el rey prometió en mi presencia un regimiento para vos....

— Sí, pero nunca se me expidió el real despacho.

— Pero teníais un grado....

— Que he abandonado, señora, porque habia caído en desgracia.

— ¿Por qué?

— Lo ignoro.

— ¡Oh! exclamó la Delfina con profunda tristeza, ¡lo que es la corte!

Entonces Felipe se sonrió melancólicamente.

— Sois un ángel bajado del cielo, señora, dijo, y siento no estar al servicio de la casa de Francia para tener ocasión de morir por vos.

Los ojos de la Delfina despidieron un brillo tan vivo y ardiente, que Felipe cubrió el rostro con las manos. La princesa no trató siquiera de consolarle ó sacarle del pensamiento que en aquel momento le dominaba.

Muda y respirando con dificultad, deshojaba unas rosas de Bengala arrancadas de su tallo por su mano nerviosa é inquieta.

Felipe volvió en sí, y dijo :

— Tened la bondad de perdonarme, señora.

María Antonieta no contestó á estas palabras.

— Desde mañana si quiere, dijo con febril vivacidad, puede entrar vuestra hermana en San Dionisio, y vos estaréis dentro de un mes á la cabeza de un regimiento.

— Señora, respondió Felipe, ¿queréis tener la bondad de oír mis últimas explicaciones?... Mi hermana acepta el beneficio de V. A. R., pero yo no debo aceptarlo.

— ¿Que no aceptáis?

— No, señora... he recibido una afrenta de la corte, y los enemigos que me la han hecho hallarian medio de descargar sobre mí un golpe más fuerte si me vieran en mayor elevación.

— ¡Cómo! ¿y aun protegiéndoos yo?

— Por eso mismo, señora, dijo Felipe con resolución.

— ¡Es verdad! murmuró la princesa poniéndose pálida.

— Y luego, señora; no.. se me olvidaba, se me olvidaba al hablaros que no hay felicidad para mí en la tierra... se me olvidaba que, habiendo vuelto á la oscuridad, no debo salir de ella : en la oscuridad, ¡el hombre que tiene corazón ora y se acuerda!

Felipe pronunció estas palabras con un tono que hizo estremecer á la princesa.

— Ya llegará el día, dijo ésta, en que tenga derecho para decir lo que en este momento sólo puedo pensar. Caballero, vuestra hermana puede entrar en San Dionisio cuando lo tenga á bien.

— ¡Gracias, señora, gracias!

— En cuanto á vos... quiero que me pidáis algo.

— Pero, señora...

— ¡He dicho que lo quiero!

Felipe vió bajarse hacia él la mano cubierta con guante de la princesa, y aquella mano permanecía colgando como si esperara : quizá solo expresaba su voluntad.

El joven se arrodilló, cogió aquella mano, y lentamente, con el corazón lleno de vanidad, palpitando, aplicó á ella sus labios.

— Veamos qué es lo que pedís, dijo la Delfina tan conmovida que no retiró la mano.

Felipe inclinó la cabeza, y una oleada de amargos pensamientos lo sumergió como al náufrago en una tempestad... Permaneció algunos segundos mudo é inmóvil, luego, levantándose descolorido y con los ojos apagados, dijo :

— Un pasaporte para dejar la Francia el día en que mi hermana entre en el convento de San Dionisio.

La Delfina retrocedió como espantada ; luego, viendo todo aquel dolor, que sin duda comprendía y de que quizá participaba, no se le ocurrieron más que estas palabras apenas inteligibles :

— ¡Está bien!

Y desapareció por una calle de cipreses, que eran los únicos árboles que conservaban intactas sus eternas hojas, adorno de las tumbas.

El hijo sin padre

Acercábase el día de dolor y de afrenta. Andrea, á pesar de las visitas cada vez más frecuentes del bondadoso doctor Luis, á pesar de los afectuosos cuidados y los consuelos de Felipe, se entristecía de hora en hora, como los sentenciados á medida que se aproxima su fin postrero.

El infeliz hermano encontraba algunas veces á Andrea pensativa y temblando... sus ojos estaban secos... pasaba días enteros sin desplegar sus labios; luego, levantándose de súbito, daba dos ó tres paseos precipitados por su aposento procurando, como Dido, salir fuera de sí misma, es decir, salir del dolor que la mataba.

En fin una tarde, al verla Felipe más pálida y atacada de los nervios que de costumbre, envió á buscar al doctor Luis, mandándole que viniese aquella misma noche.

Era el 29 de noviembre; Felipe había tenido habilidad para hacer que Andrea estuviese levantada hasta muy tarde, suscitando una conversación sobre las materias más tristes y reservadas, sobre lo mismo que la joven temía, como teme el herido el contacto de una mano torpe y pesada en su herida.

Estaban sentados á la lumbre, y la criada, als alir para Versalles á llamar al doctor, había olvidado el

cerrar las persianas, de manera que el reflejo de la lámpara, y aun el de la lumbre, iluminaba suavemente la alfombra de nieve que los primeros fríos del invierno habían extendido sobre la arena del jardín.

Felipe dejó llegar el momento en que el ánimo de Andrea comenzaba á tranquilizarse; luego, sin andarse en preámbulos, dijo:

— Querida hermana, ¿has tomado al fin una resolución?

— ¿Sobre qué? respondió Andrea exhalando un doloroso suspiro.

— Sobre... tu hijo, hermana mía.

Andrea se estremeció.

— El momento se acerca, prosiguió Felipe.

— ¡Dios mío!

— Y no extrañaría que mañana...

— ¡Mañana!

— Quizá hoy mismo... querida hermana.

Andrea se puso tan pálida, que asustado Felipe le cogió la mano y se la besó.

La joven se repuso al instante.

— Hermano mío, dijo, no emplearé contigo esas hipocresías que deshonoran á las almas vulgares. En mi las preocupaciones del bien se confunden con las del mal; desde que desconfío de lo que es el bien, no conozco ya el mal. Así, no me juzgues con más severidad que á una loca, á menos que prefieras tomar como sería la filosofía que voy á bosquejarte, y que te juro es la expresión exacta y única de mis sentimientos, á la par que el resumen de mis sensaciones.

— Andrea, digas ó hagas lo que quieras, siempre serás para mí la mujer más querida y respetada de cuantas hay en el mundo.

— Gracias, mi único amigo; me atrevo á decir que no soy indigna de lo que me prometes. Soy madre,

Felipe, pero Dios ha querido, ó á lo menos así lo creo, añadió ruborizándose, que la maternidad fuese en la criatura un estado análogo al de la fructificación en la planta. El fruto no viene sino después de la flor; durante la florecencia se prepara y trasforma la planta, porque, á mi modo de ver, la florecencia es el amor.

— Tienes razón, Andrea.

— ¡ Pero yo, prosiguió la joven con viveza, no he conocido preparación ni transformación alguna! ¡ Yo no he amado ni tenido deseos! mi espíritu y mi corazón están tan vírgenes como mi cuerpo!... Y sin embargo... ¡ triste prodigio!... Dios me envía lo que yo no he deseado ni siquiera soñado jamás, siendo así que Dios jamás da frutos al árbol creado para ser estéril... ¡ Dónde tengo yo la aptitud, los instintos ni aun los recursos?... La madre que padece los dolores del parto, conoce y aprecia su suerte; pero yo nada sé, tiemblo si me pongo á pensar, y me acerco á ese momento como si fuera al patíbulo... ¡ Felipe, yo estoy maldecida!

— ¡ Andrea, hermana mía!

— Felipe, prosiguió la joven con indecible vehemencia, conozco que aborrezco á este hijo... ¡ Oh! sí, lo aborrezco, y si es que vivo, recordaré toda mi vida el día en que por la primera vez se despertó en mis entrañas este enemigo mortal que en ellas llevo; me estremezco aun cuando recuerdo que el movimiento, tan dulce para las madres, de esta criatura inocente encendió en mi sangre una fiebre de cólera, y atrajo la blasfemia á mis labios, hasta entonces tan puros... ¡ Felipe, yo soy una mala madre!... ¡ estoy maldecida!

— ¡ Andrea, tranquilízate por el amor de Dios!... No dejes que se extravíe tu corazón ni tu entendimiento. Ese hijo es tu vida y la sangre de tus entrañas, yo le quiero porque es hijo tuyo.

— ¡ Le quieres! exclamó furiosa y amoratada; Y te atreves á decirme que quieres mi deshonra y la tuya! ¡ Te atreves á manifestarme que amas lo que recuerda un delito, que representa al infame delincuente!... Pues bien, Felipe, ya te he dicho que ni soy hipócrita ni vil: aborrezco á ese hijo, porque no es mío ni yo lo he procurado. ¡ Lo aborrezco, porque quizá se parecerá á su padre!... ¡ Su padre! ¡ Oh! un día moriré al tiempo de pronunciar esta palabra terrible! ¡ Dios mío, dijo arrondillándose sobre el pavimento, no puedo matar á este niño, porque vos le habéis dado animación; tampoco he podido matarme á mí misma mientras lo llevaba en mi seno, porque habéis proscrito el suicidio lo mismo que el asesinato; pero os ruego, os suplico, os conjuro, si sois justo, Dios mío, si os cuidáis de las miserias de este mundo y no habéis decretado que muera de desesperación, después que he vivido en el oprobio y entre lágrimas, á que os llevéis este niño! ¡ Dios mío, quitadle la vida! ¡ Dios mío, libradme de él, y vengadme!

Su cólera y su unción sublime asustaban; y á pesar de los esfuerzos que hacía Felipe por contenerla estrechándola entre sus brazos, golpeábase la frente contra las jambas de mármol.

De pronto se abrió la puerta y entró la criada acompañando al doctor, quien desde la primera ojeada adivinó toda la escena.

— Señora, dijo con esa calma propia de los médicos, que impone siempre, á unos sujeción y á otros obediencia; señora, no exageréis en vuestra imaginación los dolores que vais á pasar.

Luego dirigiéndose á la criada:

— Disponed, le dijo, todo lo que os he encargado por el camino.

En seguida se volvió hacia Felipe.

— Tened vos más juicio que esta señora, y en vez de participar de sus temores ó debilidades, unid vuestros ruegos á los míos.

Andrea se levantó casi abochornada, y Felipe la sentó en un sillón.

Entonces se vió á la enferma ruborizarse y caer de espaldas con una contracción dolorosa; sus crispadas manos se agarraron á los brazos del sillón, y de sus amoratados labios salió el primer quejido.

— Ese dolor, esa caída, esa furia, han anticipado la crisis, dijo el doctor. Retiraos á vuestro cuarto, señor de Taverney, ¡y valor!

Felipe, con el corazón apremiado, se precipitó hacia Andrea, quien había oído, estaba temblando, y levantándose, á pesar del dolor, enlazó sus brazos al cuello de su hermano.

Estrechóle con energía, aplicó sus labios á la fría mejilla del joven, y le dijo en voz baja:

— ¡Adiós!... ¡adiós!... ¡adiós!

— ¡Doctor, doctor! exclamó Felipe desesperado, ¿oís?

El médico separó á los dos desventurados con fuerza, pero con dulzura; volvió á colocar á Andrea en el sillón, llevó á Felipe á su aposento corriendo los cerrojos de la habitación de Andrea, y cerrando puertas, echando las cortinas, sepultó en aquel cuarto toda la escena que iba á pasar entre el médico de la Delfina, una joven y Dios.

Á las tres de la madrugada abrió el doctor la puerta, detrás de la que lloraba y suplicaba Felipe.

— Vuestra hermana ha dado á luz un niño, dijo.

Felipe juntó las manos.

— No entréis, dijo el médico, pues está durmiendo.

— ¿Durmiendo?... ¡Oh! ¿es cierto que duerme, doctor?

— Si no lo fuese, os lo diría lo mismo. Vuestra hermana ha dado á luz un hijo, pero ese hijo ha perdido á su madre... Sino, mirad.

Felipe asomó la cabeza.

— Escuchad su respiración.

— ¡Sí! sí! sí! murmuró Felipe abrazando al médico.

— Ahora ya sabéis que tenemos ajustada una nodriza. Al pasar por Point-du-jour, que es donde vive esa mujer, la advertí que estuviese dispuesta... pero es preciso que nadie más que vos la traiga aquí, y que ella no vea á ninguna otra persona... De consiguiente aprovechad el sueño de la enferma para marchar en el carruaje en que he venido.

— ¿Pero y vos, doctor?

— Tengo en la plaza Real un enfermo casi desahuciado y que padece una pleuresía... Quiero acabar la noche á la cabecera de su cama á fin de presenciar el uso de los remedios y sus resultados.

— ¡Cuidado con el frío, doctor!

— Traigo capa.

— Es que no es muy seguro andar por la ciudad....

— Veinte veces, en el espacio de otros tantos años, me han detenido de noche y siempre he respondido: « Mi amigo, soy médico, y voy á casa de un enfermo... Si queréis mi capa, tomadla; pero no me matéis, pues á no ser por mí se moriría mi enfermo. » Ahora debo añadir, caballero, que hace veinte años que me está sirviendo esta capa, lo cual quiere decir que siempre me la han dejado los ladrones.

— ¿Y mañana, doctor?

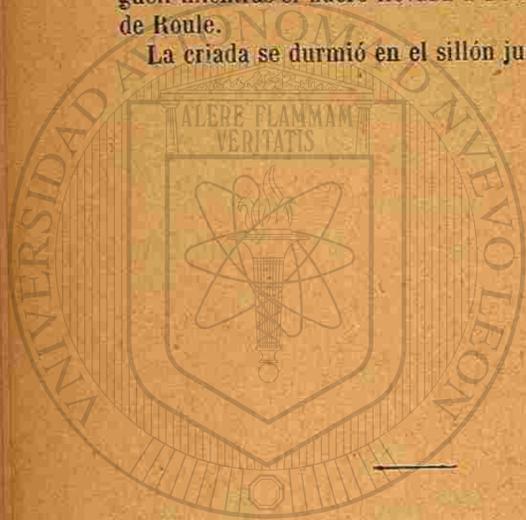
— Á las ocho estaré aquí. Adiós.

El médico mandó á la criada lo que tenía que hacer, encargándole se apartase poco del lado de la enferma. Quería colocar al hijo cerca de la madre; pero acor-

dándose Felipe de lo que últimamente le había manifestado su hermana, le suplicó le alejase.

El doctor Luis instaló al niño en el cuarto de la criada, y después se escabulló por la calle de Montorgueil mientras el fiacre llevaba á Felipe hacia la parte de Roule.

La criada se durmió en el sillón junto á su ama.



XXIV

El rapto

En los intervalos de ese sueño reparador que sigue á las grandes fatigas, parece que el espíritu ha conquistado un doble poder: la facultad de apreciar el bienestar de la situación, y la de velar por el cuerpo, cuya postración se parece á la muerte.

Andrea, así que recobró el sentimiento de la vida, abrió los ojos y vió á su lado á la criada que estaba durmiendo. En seguida oyó el alegre chisporroteo de la lumbre, y se admiró de aquel silencio que reinaba en la habitación donde todo descansaba como ella.

Aquella inteligencia no era enteramente un estado de vigilia, ni tampoco de sueño, y Andrea se complacía en prolongar ese estado de indecisión y suave somnolencia, dejando á sus ideas brotar sucesivamente en su mente fatigada, como si temiera la invasión súbita de todo su conocimiento.

De pronto llegó á sus oídos á través del tabique de madera un vagido lejano y apenas perceptible.

Aquel ruido causó á Andrea los estremecimientos que tanto la habían hecho padecer, y le excitó el impulso rencoroso que hacía algunos meses enturbiaba su inocencia y su bondad, como un choque entubiau una bebida en el vaso en que reposa la hez.

Desde aquel momento se acabó para Andrea el señor y el descanso; se acordaba, y aborrecía.

Pero de ordinario la fuerza de las sensaciones es proporcionada á las fuerzas corporales. Andrea no sintió ya aquel vigor que había experimentado en la escena de la noche anterior con Felipe.

El gemido del niño le causó primero un dolor de cabeza, y luego cierto malestar... llegando á preguntarse, si Felipe, alejando aquel niño con su delicadeza acostumbrada, no había sido el ejecutor de una voluntad un poco cruel.

La idea del mal que se desea á una criatura, nunca repugna tanto como el espectáculo de este mismo mal; y Andrea, que execraba á aquel niño invisible, aquel idealismo, Andrea, que deseaba su muerte, sintió oír llorar al desventurado.

— Quizá padece, pensó; pero al punto respondió en su interior: ¿Y por qué me he de interesar en los padecimientos de nadie... cuando yo soy la más desgraciada de las criaturas?

El niño lanzó otro gemido más articulado y doloroso. Entonces conoció Andrea que aquella voz parecía despertar en ella otra voz inquieta, y sintió su corazón atraído como por un lazo invisible hacia el ser abandonado que estaba gimiendo.

Lo que había presentido la joven se estaba realizando. La naturaleza había consumado una de sus preparaciones: el dolor físico, este poderoso lazo acababa de soldar el corazón de la madre al menor movimiento de su hijo.

— Es menester, pensó Andrea, que ese pobre huérfano que llora en este momento, no clame venganza al cielo contra mí. ¿Dios ha dado á esas criaturas, apenas nacidas, la voz más elocuente!... Puede una matarlas, es decir, librarlas de los padecimientos, pero no tiene derecho de imponerles un tormento... pues á

tenerlo, no les habría permitido Dios que se quejasen de ese modo.

Andrea levantó la cabeza y quiso llamar á la criada, pero su débil voz no pudo despertar á la robusta aldeana, y ya el niño había cesado de llorar.

— Sin duda habrá llegado la nodriza, pensó Andrea, porque oigo el ruido de la puerta principal... Sí, alguien anda por el cuarto contiguo... y la criatura no se queja ya;... una protección extraña se extiende ya sobre ella y tranquiliza su informe inteligencia. ¡Oh! conque es la madre esa que se encarga del niño!... Por algunos escudos el hijo salido de mis entrañas hallará una madre; y más tarde ese niño, al pasar junto á mí que tanto he sufrido, junto á mí que le he dado la vida con la mía, no me mirará y llamará madre á una mercenaria más generosa en su amor interesado, que yo en mi justo resentimiento. Esto no será así. ¿Yo he sufrido, he comprado el derecho de mirar á esa criatura á la cara... y lo tengo para forzarle á que me ame por mis cuidados, á que me respete por mis sacrificios y dolores!

Y haciendo un movimiento más pronunciado, reunió sus fuerzas y gritó:

— ¡Margarita! Margarita!

La criada despertó pesadamente y sin moverse de su sillón en que la tenía clavada un entorpecimiento casi letárgico.

— ¿Me oyes? dijo Andrea.

— Sí, señora, sí; respondió Margarita que acababa de comprender y se acercó al lecho.

— ¿Queréis beber, señora?

— No.....

— ¿Quizá queréis saber qué hora es?

— No, no.....

Y su vista no se apartaba de la puerta del cuarto contigo.

— ¡ Ah ! ya entiendo... ¿ queréis saber si ha vuelto vuestro hermano ?

Se veía Andrea luchar contra su deseo con toda la debilidad de un alma orgullosa, y con toda la energía de un corazón ardiente y generoso.

— Quiero, articuló al fin, quiero... Abre esa puerta, Margarita.

— Bien, señora... ¡ Ah, qué frío hace ahí afuera ! ¡ Qué viento, señora ! ¡ qué viento !

Efectivamente, el viento se coló hasta el mismo cuarto de Andrea y agitó la llama de las bujías y de la lamparilla.

— La nodriza habrá dejado abierta alguna puerta ó ventana. Mira, Margarita, porque ese niño... debe tener frío....

La criada se dirigió hacia el cuarto inmediato.

— Voy á taparle, señora, dijo.

— ¡ No... no ! murmuró Andrea con voz breve y entrecortada; tráemelo....

Margarita se paró en medio del cuarto.

— Señora, dijo con dulzura, el señorito Felipe encargó mucho que dejase allí al niño... por temor sin duda de incomodaros ó causaros alguna emoción.

— ¡ Tráeme á mi hijo ! exclamó la madre con una explosión que debió destrozar su corazón, pues de sus ojos, que habían permanecido enjutos aun en medio de sus dolores, se desprendieron dos lágrimas, á cuya vista debieron sonreirse allá en el cielo los ángeles que protegen á los niños.

Margarita penetró en el aposento, y Andrea, reclinada como estaba sobre las almohadas, se tapó el rostro con las manos.

La criada volvió al instante asombrada.

— ¿ Qué hay ? dijo Andrea.

— ¡ Señora, alguien ha venido !

— ¿ Cómo alguien ?

— Señora, el niño no está ahí...

— Efectivamente, dijo Andrea, hace poco que oí ruido y como pasos... Habrá venido el ama mientras tú dormías y no habrá querido despertarte... Pero ¡ y mi hermano ! ¿ dónde está ? Mira en su cuarto.

Margarita corrió al aposento de Felipe; pero no encontró á nadie...

— ¡ Es extraño, dijo Andrea palpitándole el corazón, que mi hermano haya vuelto á salir sin verme!...

— ¡ Ah ! señora, exclamó de pronto la criada.

— ¿ Qué hay ?

— ¡ Acaba de abrirse la puerta de la calle !

— Mira quién es.

— El señorito Felipe... ¡ Entrad, señorito, entrad !

Efectivamente, el que entraba era Felipe, y detrás venía una aldeana envuelta en un toseo mantón de lana rayada, mostrando esa sonrisa benévola con que las personas asalariadas saludan á sus nuevos amos.

— Hermana, hermana, ya estoy aquí, dijo Felipe entrando en el cuarto.

— ¡ Hermano mío !... ¡ Cuántas fatigas, cuántas penas te estoy causando ! ¡ Ah ! ¿ conque esa es la ama ?... Temía se hubiese ido...

— ¡ Ido ?... pues si llega ahora.

— Querrás decir que vuelve... Si, aunque andaba muy despacio la oí hace poco.

— No sé lo que quieres decir, hermana, pues nadie...

— ¡ Oh ! te doy las gracias, Felipe, dijo Andrea atrayéndole á sí y recalando sus palabras; te doy las gracias por lo bien que auguraste de mí, cuando no has querido llevarte á ese niño sin que yo lo viese..

y le estrechase en mis brazos... Felipe, conocías muy bien mi corazón... Sí, sí, no tengas cuidado, que amaré á mi hijo.

Felipe le cogió la mano y se la llenó de besos.

— Dí al ama que me lo dé, añadió la madre.

— Pero, señorito, dijo la criada, ya sabéis que el niño no está ahí.

— ¡Cómo! ¿qué es lo que dices? replicó Felipe. Andrea miró á su hermano con ojos extraviados.

El joven corrió hacia la cama de la criada, buscó en ella, y no encontrando nada, lanzó un grito terrible.

Andrea seguía sus movimientos en el espejo, y al verle volver pálido y con los brazos inertes, comprendió la verdad en parte; entonces, respondiendo con un suspiro, como si fuera un eco, al grito de su hermano, se dejó caer sin conocimiento sobre la almohada. Felipe no esperaba aquella nueva desgracia ni aquel dolor inmenso; pero reuniendo toda su energía, consiguió volver á Andrea la vida á fuerza de caricias, consuelos y lágrimas.

— ¡Mi hijo! murmuraba Andrea, ¡mi hijo!

— Salvemos á la madre, dijo Felipe para sí. Hermana, mi buena hermana, no parece sino que todos estamos locos cuando se nos ha olvidado que el doctor se llevó consigo al niño.

— ¡El doctor! exclamó Andrea con el sufrimiento de la duda y la alegría que infunde la esperanza.

— ¡Sí, sí!... ¡Ah! aquí pierde uno la chabeta.

— Felipe, ¿me juras?...

— Querida hermana, tú tienes tan poco juicio como yo... ¿Cómo quieres que ese niño... haya podido desaparecer?

Y mostró una sonrisa fingida, que se comunicó á la nodriza y á la criada.

Andrea se reanimó.

— Sin embargo, dijo, yo he oído...

— ¿Qué?

— Pasos.

Felipe se estremeció.

— Imposible, pues estabas dormida.

— No, no, que estaba despierta. ¡Te digo que he oído pasos!

— Pues bien, has oído á ese bondadoso doctor que habrá vuelto por el niño así que yo me fui, temeroso por su salud... Además, me había hablado de ello.

— Me tranquilizas.

— ¿Y por qué no habías de tranquilizarte siendo una cosa tan sencilla?

— Y entonces, objetó la nodriza, ¿qué hago yo aquí?

— Tiene usted razón; el doctor la aguarda en casa de usted.

— ¡Oh!

— Entonces la está aguardando en la suya. Ya conoces... esta Margarita dormía tan profundamente que no habrá oído nada de lo que decía el doctor... ó que éste no habrá querido decirle nada.

Andrea se quedó más tranquila después de aquella sacudida terrible.

Felipe despidió á la nodriza y dió sus órdenes á la criada; luego, tomando una lámpara, examinó con cuidado la puerta inmediata, halló una puerta del jardín abierta, vió huellas de pasos en la nieve... y las siguió hasta la puerta del jardín que era donde terminaban.

— ¡Son pasos de un hombre! exclamó... ¡Han robado el niño!... ¡Oh! ¡qué desgracia!

La aldea de Haramont.

Aquellas pisadas impresas en la nieve eran de Gilberto, quien, desde su última entrevista con Bálamo, llevaba á cabo su tarea de vigilante y preparaba su venganza.

Nada le costó esto, pues á fuerza de palabras dulces y complacencias había conseguido que la mujer de Rousseau no sólo le admitiese, sino que le tomara cariño. El medio de lograrlo era sencillo; de los treinta sueldos diarios que Rousseau pagaba á su copista, el sobrio Gilberto economizaba tres francos por semana y los empleaba en comprar algún regalito para Teresa; unas veces era una cinta para una papalina, otras alguna golosina ó una botella de vino generoso. La buena mujer, sensible á todo lo que lisonjeaba sus inclinaciones ó su orgullo, se habría contentado en caso necesario con las exclamaciones que exhalaba Gilberto en la mesa para elogiar el talento culinario del ama de casa; porque el filósofo ginebrino había logrado que su señora permitiese á su joven protegido sentarse á la mesa; y durante los dos últimos meses, Gilberto, favorecido de ese modo, había economizado dos luises que agregó á su tesoro, el cual dormía bajo su jergón al lado de las 20.000 libras que le diera Bálamo.

¡Pero qué existencia la suya! ¡que fijeza en su

conducta y voluntad! Levantándose al despuntar el día, empezaba por examinar con su infalible vista la situación de Andrea, reconociendo hasta el más ligero cambio que pudiera introducirse en la existencia tan melancólica como regular de la reclusa.

Entonces nada se escapaba á sus ojos: ni la arena del jardín, en la que su penetrante vista media las huellas del pie de Andrea, ni los pliegues de las cortinas cerradas más ó menos herméticamente, siendo para Gilberto un seguro signo del mal humor de su querida el estar entreabiertas, pues Andrea, en sus días de marasmo, ni siquiera quería ver la claridad del cielo... De ese modo sabía Gilberto lo que pasaba en el alma de aquella y en la casa.

También había hallado medio de interpretar todos los pasos de Felipe, y calculando con la perfección que sabía, no se equivocaba acerca de su intención cuando salía, ni acerca del resultado cuando volvía.

Aun llevó su minuciosidad hasta seguir á Felipe una tarde que fué á Versalles á buscar al doctor Luis... Esa visita á aquel sitio había turbado un poco las ideas del vigilante joven, pero cuando, dos días después, vió al médico deslizarse furtivamente en el jardín por la calle Coq-Herón, penetró lo que la antevíspera era un misterio para él.

Gilberto sabía las fechas y no ignoraba que se acercaba el momento de realizar todas sus esperanzas, habiendo tomado todas las precauciones para asegurar el buen éxito de una empresa erizada de dificultades. He aquí cómo combinó su plan:

Los dos luises le sirvieron para alquilar en el arrabal de San Dionisio un cabriolé con dos caballos, que debía estar á su disposición el día que lo pidiese. Además, había explorado las cercanías de París durante tres ó cuatro días de licencia que al efecto se

tomó, en cuyo tiempo pasó á una aldeita del Soissonnais, sita á diez y ocho leguas de París y rodeada de una inmensa selva.

Aquella aldeita se llamaba Villers-Cotterets, y así que llegó á ella se fué en derechura á casa del único escribano de la comarca, llamado maese Niquet.

Gilberto se presentó á este escribano diciéndole que era hijo del administrador de un gran señor que, queriendo hacer bien al hijo de una de sus aldeanas, le habia encargado á él el buscar una nodriza para aquel niño.

Según todas las probabilidades, la munificencia del gran señor no debía limitarse al pago de su salario al ama de cría, pues pensaba depositar además en poder de maese Niquet cierta suma para aquel niño.

En vista de esto, maese Niquet, que era padre de res guapos chicos, le indicó en una aldeita llamada Haramont, que estaba situada á una legua de Villers-Cotterets, la hija de la nodriza de sus tres hijos, la cual, después de haberse casado legítimamente en su cuarto de estudio, continuaba el oficio de su señora madre.

Aquella honrada mujer se llamaba Magdalena Pitou; tenia un hijo de cuatro años que presentaba todos los síntomas de una excelente salud, y además acababa de parir otra vez y se hallaba por consiguiente á disposición de Gilberto el día en que tuviese á bien llevar ó enviar su niño de cría.

Tomadas estas disposiciones, Gilberto, siempre exacto, habia vuelto á París dos horas antes de expirar el término de su licencia. Ahora, tal vez se nos preguntará porqué Gilberto habia elegido el pueblecito de Villers-Cotterets con preferencia á cualquier otro.

En esa ocasión, como en otras muchas, Gilberto habia sufrido la influencia de Rousseau.

Este habia nombrado un día el bosque de Villers-Cotterets, uno de los más ricos en vegetación que existian, diciendo que en él habia tres ó cuatro aldeas escondidas, como nidos, en lo más profundo de la espesura.

Ahora bien, era imposible fuesen á descubrir al hijo de Gilberto en una de aquellas aldeas.

Haramont, sobre todo, habia llamado tanto la atención á Rousseau, que el misántropo, el solitario, el ermitaño ginebrino estaba repitiendo á cada instante:

— Haramont es el fin del mundo; Haramont es un desierto, donde se puede vivir y morir como un pájaro, sobre las ramas mientras tenga vida, y bajo el follaje, cuando muera.

También oyó contar Gilberto al filósofo los pormenores de las costumbres de los habitantes de las cabañas, y trasladarlas con esos rasgos de fuego con que animaba á la naturaleza, desde la sonrisa del ama de cría hasta el balido de la cabra, desde el apetitoso olor de la tosea sopa de ajos, hasta los perfumes de las moreras silvestres y los morados brezos.

— Iré allá, dijo Gilberto, y mi hijo crecerá bajo las arboledas en que el maestro ha exhalado deseos y suspiros.

Para Gilberto era una regla invariable cualquier antojo, sobre todo cuando este antojo se presentaba con apariencia de necesidades morales.

Grande fué, pues, su júbilo cuando, anticipándose á sus deseos maese Niquet, le nombró á Haramont como una aldea que convenia perfectamente á sus intenciones.

De regreso á París se ocupó Gilberto del cabriolé.

Este no era nada bonito, pero sí fuerte, que era cuanto necesitaba: los caballos eran unos jacos muy fornidos, y el conductor un mozo de cuadra bastante

zopenco; pero lo que importaba á Gilberto era lograr su fin, y sobre todo no excitar la curiosidad.

Por otra parte, su fábula no causó la menor desconfianza á maese Niquet, pues tenía bastante buena apostura con su vestido nuevo para parecerse al hijo del administrador de un grande, ó á un ayuda de cámara disfrazado de algún duque y par.

Su proposición tampoco inspiró sospechas al conductor del carruaje, pues era el tiempo de las confidencias entre la gente del pueblo y los nobles, y se recibía el dinero con cierta gratitud y sin tomar informes.

Además, dos luises valían por cuatro en aquella época, y en nuestros días nunca viene mal ganar cuatro luises.

El conductor se comprometió pues, con tal que le avisasen con dos días de anticipación, á poner su carruaje á disposición de Gilberto.

Aquella empresa tenía para este joven todo el atractivo que la imaginación de los poetas y la de los filósofos, hadas las dos de muy distinto modo vestidas, prestan á las cosas bonitas y á las buenas resoluciones. Arrebató el hijo á una madre cruel, es decir, sembró la afrenta y el luto en el campo enemigo; luego, variando de aspecto, entrar en una cabaña, en casa de virtuosos aldeanos como los que pinta Rousseau, y depositar en la cuna de un niño, una gran cantidad de dinero; ser mirado como un Dios tutelar por aquella pobre gente, y pasar por un personaje: he aquí más de los necesarios para satisfacer el orgullo, el resentimiento, el amor al prójimo y el odio á los enemigos.

Al fin llegó el día fatal, después de otros diez días que Gilberto pasó entre angustias, y diez noches que estuvo sin dormir. Á pesar del rigor del frío, se acostaba con la ventana abierta, y cada movimiento que

hacia Andrea ó Felipe correspondía con su oído como corresponde la campanilla con la mano que tira del cordón.

Aquel día vió á Felipe y á Andrea hablando junto á la chimenea, y á la criada salir precipitadamente para Versalles, olvidándosele cerrar las persianas. Al instante corrió á avisar á su cochero, y permaneció delante de la cuadra todo el tiempo que duró la operación de enganchar, mordiéndose los puños y crispando sus pies sobre el empedrado para comprimir su impaciencia. Al fin montó á caballo el postillón, y Gilberto subió al cabriolé, al cual mandó parar en la esquina de una callejuela desierta, situada en las inmediaciones de la Alhóndiga.

Después volvió á casa de Rousseau y escribió una carta de despedida al bondadoso filósofo, dando las gracias á Teresa, diciendo que una corta herencia le llamaba al Mediodía; pero que volvería, aunque sin hacer indicaciones terminantes. Luego, con su dinero en el bolsillo y un puñal en el seno, iba á escurrirse á lo largo del canalón, cuando lo detuvo una idea.

¡ La nieve !... Absorto Gilberto hacía tres días, no había pensado en esto; pero entonces se le ocurrió que sus pisadas quedarían impresas en la nieve, y como estas pisadas irían á parar á la pared de la casa de Rousseau, sin duda mandarían hacer pesquisas Felipe y Andrea, descubriéndose todo aquel secreto por la coincidencia del rapto con la desaparición de Gilberto.

Era, pues, absolutamente necesario dar la vuelta por la calle Coq-Herón, y entrar por la portezuela del jardín, para lo cual hacía un mes que Gilberto se había provisto de una llave maestra, siendo de advertir que desde aquella puerta arrancaba una senda

empedrada, de suerte que no podía quedar rastro alguno de pisadas.

Sin pérdida de momento emprendió su caminata, llegando precisamente en el momento en que el fiacre que había llevado al doctor estaba parado delante de la entrada principal del palacio.

Gilberto abrió la puerta con precaución, y no viendo á nadie, fué á esconderse en el ángulo del pabellón, cerca del invernáculo.

Terrible fué aquella noche, pues todo lo oyó: los gemidos y los gritos que arrancaban á la madre sus dolores, y los primeros lloros del hijo que acababa de darle.

Sin embargo, apoyado en las desunidas piedras, recibía sin resistirla toda la espesa y dura nieve que caía del oscuro cielo, palpitándole el corazón bajo el mango del puñal que apretaba desesperado contra su pecho, y despidiendo fuego sus ojos sanguinolentos.

Al fin salió el doctor, después de cambiar con Felipe algunas palabras.

Entonces se aproximó Gilberto á la persiana, dejando impresas sus pisadas en la alfombra de nieve que crujía bajo sus pies hasta el tobillo. Vió á Andrea dormida en su cama, á Margarita aletargada en su sillón, y procurando descubrir al hijo junto á la madre, no lo vió.

Al punto comprendió la causa de esto; con lo que, dirigiéndose á la puerta de la gradería de piedra, la abrió, no sin un ruido que le espantó, y penetrando hasta la cama que había sido de Nicole, puso á tientas sus helados dedos sobre la cara del niño, á quien el dolor arrancó los lloros oídos por Andrea.

Luego, envolviendo al recién nacido en una mantilla de lana, se lo llevó dejando la puerta abierta á fin de no redoblar el ruido tan peligroso.

Un minuto después estaba ya fuera del jardín, corría á donde le aguardaba el cabriolé, sacudía al postillón que se había quedado dormido envuelto en su capote, y corriendo la cortina de cuero... mientras que el conductor subía al pescante, le dijo:

— Medio luis de propina, si dentro de un cuarto de hora estamos fuera de la barrera

Los cabalios que estaban herrados contra el hielo, partieron á galope.

Gilberto las estrepitosas notas de una borbonesa un si es no es sediciosa.

Resultó de ahí que este último conductor no sospechó siquiera que Gilberto llevaba consigo un niño en el cabriolé. Paró sus caballos delante de Villers-Cotterets, recibió el precio convenido y la propina de un escudo de seis libras, y Gilberto cogiendo su carga cuidadosamente envuelta en la mantilla y entonando su canción con la mayor seriedad posible, se alejó de repente, saltó un foso y desapareció por una senda atestada de hojas que bajaba dando vueltas á la izquierda del camino, hacia la aldea de Haramont.

El tiempo había enfriado; hacía algunas horas que no nevaba, y se presentaba á la vista un terreno firme, erizado de matorrales cubiertos de espinos. Sobre ellos se destacaban, deshojados y mustios, los árboles de la selva por entre cuyas ramas se veía brillar el pálido azulado de un cielo todavía nebuloso.

El aire tan penetrante, los perfumes de las esencias de los robles, las perlas de hielo suspendidas de las puntas de las ramas, toda aquella libertad y poesía hirieron vivamente la imaginación del joven,

Se dirigió con pase rápido y firme por un pequeño ribazo sin tropezar ni equivocarse, porque se guiaba, en medio de los árboles, por el campanario del lugar y el humo azulado de las chimeneas que penetraba por entre la red que formaban las ramas. Al cabo de media hora corta, atravesó un arroyo cuyas orillas estaban cubiertas de hiedra y berros amarillos, y pidió en la primera cabaña á los hijos de un labrador que le condujesen á casa de Magdalena Pitou.

Mudos y atentos, sin mostrar ese aire atontado ni quedarse inmóviles como sucede á otros chicos del campo, levantáronse aquéllos, y mirando cara á cara al forastero, le condujeron cogidos ambos de la mano

XXVI

La familia de Pitou

Durante el viaje todo asustaba á Gilberto: el ruido de los carruajes que seguían ó dejaban atrás el suyo, los gemidos del viento en las secas ramas, se le figuraban una persecución organizada, ó gritos lanzados por aquellos á quienes había arrebatado el niño.

Sin embargo, nada le amenazaba. El postillón cumplió exactamente con su deber, y los dos caballos llegaron despidiendo humo á Dammartin á la hora fijada por Gilberto, esto es, antes que clareara el día.

Gilberto dió su medio luis, mudó de caballos y postillón y continuó su viaje.

Durante la primera parte del camino, el niño bien abrigado con la mantilla de lana, y garantido además por el mismo Gilberto, no sintió frío ni lanzó un solo grito. Así que despuntó el día, Gilberto se sintió más animado, y para cubrir los quejidos del niño que principiaba á llorar, entonó una de las interminables canciones que solía cantar en Taverney á la vuelta de sus cazatas.

El crujido del eje y de las sopandas, el ruido de todo el carruaje y los cascabeles de los caballos, le hacían un acompañamiento diabólico, cuya intensidad aumentó el mismo postillón mezclando al estribillo de

hasta una cabaña bastante espaciosa y de muy buena apariencia, situada á orillas del arroyo que costaba la mayor parte de las casas de la aldea.

Aquel arroyo traía sus aguas limpidas y un poco crecidas por los primeros deshielos de la nieve, y un puente de madera, es decir, un gran tablón unía el camino á los escalones de tierra que conducían á la casa.

Uno de los chicos que le servían de guías mostró con la cabeza á Gilberto que allí vivía Magdalena Pitou.

— ¿Allí? repitió Gilberto.

El chico bajó la cabeza sin articular una palabra.

— ¿Vive ahí Magdalena Pitou? volvió á preguntar Gilberto al chico.

Y como éste reiterase su muda afirmativa, Gilberto pasó el puentecillo y fué á empujar la puerta de la cabaña, mientras que los chicos, que habían vuelto á cogerse de la mano, miraban con grandes ojos lo que iba á hacer en casa de Magdalena aquel señor de casaca oscura y zapatos con hebillas.

Por lo demás, Gilberto no había percibido aun en la aldea más criaturas vivientes que aquellos chicos, de suerte que Haramont era efectivamente el desierto tan apetecido.

Así que se abrió la puerta, se presentó á los ojos de Gilberto un espectáculo lleno de encanto para todos en general, y para un aprendiz de filósofo en particular.

Una robusta aldeana estaba dando de mamar á un hermoso niño de algunos meses, mientras que, arrodillado delante de ella otro rollizo chico de cuatro á cinco años, recitaba en alta voz una plegaria.

En un rincón de la chimenea, junto á una ventana, ó más bien un agujero abierto en la pared y cerrado

con un vidrio, estaba hilando lino otra aldeana de treinta y cinco á treinta y seis años, con un torno á la derecha, un taburete de madera bajo sus pies, y sobre este un hermoso perro de aguas.

Al ver el perro á Gilberto, se puso á ladrar de un modo bastante hospitalario y cortés, nada más que lo necesario para acreditar su vigilancia. El niño que estaba rezando, se volvió interrumpiendo el *Padre Nuestro*, y las dos mujeres soltaron una especie de exclamación que expresaba sorpresa á la par que alegría.

Gilberto empezó por mostrar una sonrisa á la nodriza.

— Buenos días, señora Magdalena, dijo.

La aldeana dió un brinco.

— ¿Conque sabéis mi nombre? dijo.

— Ya lo veis, pero os ruego que no interrumpáis vuestra ocupación. Efectivamente, en vez de un niño que criar, vais á tener dos.

Y puso en la tosca cuna del niño del campo al niño de la ciudad que llevaba consigo.

— ¡Oh! ¡qué bonito es! dijo la aldeana del torno.

— Sí, hermana Angélica, es muy bonito, dijo Magdalena.

— ¿La señora es hermana vuestra? preguntó Gilberto designado á la hilandera.

— Mi hermana, sí, señor, contestó Magdalena, pues lo es de mi hombre.

— Sí, mi tía, mi tía Gélica; murmuró con una voz de bajo el rollizo chico que fué á mezclarse en la conversación sin que nadie lo llamara.

— Calla, angelito, calla, dijo la madre, y no interrumpas al señor.

— Lo que tengo que proponeros es muy sencillito, señora Magdalena. El niño que veis aquí es hijo de un

solono de mi amo... de un colono arruinado... y mi amo, que es padrino de ese niño, quiere que se críe en el campo y que llegue á ser un buen labrador... con buena salud y excelentes costumbres... ¿Queréis encargarnos de él?

— Pero, señor....

— Ha nacido esta noche, y aun no ha mamado, dijo Gilberto interrumpiéndola. Por otra parte, este es el niño de que ha debido hablaros maese Niquet, escribano de Villers-Cotterets.

Magdalena cogió al instante al niño y le dió el pecho con una impetuosidad generosa, que enterneció profundamente á Gilberto.

— No me habían engañado, dijo: ya veo que sois una excelente mujer. Os confío, pues, este niño en nombre de mi amo; conozco que aquí será feliz, y quiero que traiga á esta cabaña la dicha en cambio de la que en ella encuentra. ¿Cuánto os daba al mes maese Niquet por criar sus hijos?

— Doce libras, señor; pero maese Niquet es rico y añadía de vez en cuando algunas libras para comprarles golosinas.

— Señora Magdalena, dijo Gilberto con orgullo, el niño que veis aquí os pagará 20 libras al mes, ó lo que es lo mismo 240 por año.

— ¡Jesús María! exclamó Magdalena. ¡Gracias, señor!

— He aquí el primer año, dijo Gilberto extendiendo sobre la mesa diez hermosos luses, que hicieron abrir tanto ojo á las dos mujeres, y hacia los cuales alargó su devastadora mano el angelito Pitou.

— ¿Pero y si el niño se muriese? objetó el ama de cría con timidez.

— Sería una gran desgracia, una desgracia que no

sucedera, dijo Gilberto. Ya está arreglado lo de los meses: ¿estáis contenta?

— ¡Oh! sí, señor.

— Entonces pasemos al pago de una pensión respecto de los demás años.

— Pues qué ¿se quedará con nosotros el niño?

— Probablemente.

— ¿En ese caso, señor, seremos nosotros sus padres? Gilberto se puso pálido.

— Sí, dijo con voz ahogada.

— ¿Conque este pobre niño estaba desamparado, señor?

Gilberto no esperaba aquella emoción ni aquellas preguntas; pero se repuso sin embargo.

— No os lo he dicho todo, añadió: su padre ha muerto de pena.

Las bondadosas mujeres juntaron las manos con expresión.

— ¿Y la madre? preguntó Angélica.

— ¡Oh! la madre... la madre... contestó Gilberto respirando con dificultad. Nacido ó por nacer, nunca debía contar con ella su hijo.

Aquí llegaban de su conversación, cuando llegó del campo Pitou, tranquilo y alegre. Por lo demás, era uno de esos hombres honrados y bonachones, rebozando dulzura y salud, como los que ha pintado Greuze en sus buenos cuadros.

Unas cuantas palabras le pusieron al corriente: además de que comprendía las cosas por amor propio, sobre todo las que no entendía.

Gilberto explicó que la pensión del niño debía pagarse hasta que fuese hombre y capaz de vivir por sí solo con el auxilio de su razón y sus brazos.

— Corriente, dijo Pitou, crea que llegaremos á querer á este niño, porque es muy bonito.

— ¡ También él ! dijeron Angélica y Magdalena : lo mismo hemos dicho nosotras.

— Venid, pues, conmigo á casa de maese Niquet, y depositaré allí el dinero necesario á fin de que estéis contentos y el niño pueda ser feliz.

— Ahora mismo, señor, respondió Pitou.

Y se levantó.

Entonces se despidió Gilberto de aquellas buenas mujeres y se acercó á la cuna, en la que ya habían colocado al recién nacido en detrimento del hijo de la casa.

Inclinóse sobre la cuna con aire sombrío, y se puso á mirar por primera vez el rostro de su hijo, notando que se parecía á Andrea.

Esto destrozó su corazón, viéndose obligado á clavarse las uñas en la carne para comprimir una lágrima que subía de aquel corazón herido á sus párpados.

Besó con timidez, y hasta temblando, la fresca mejilla del recién nacido, y retrocedió tambaleándose.

Pitou estaba ya en el umbral, con un palo en la mano y su anguarina á la espalda, que era el distintivo de nobleza.

Gilberto dió medio luis al robusto chico que andaba rodando entre sus piernas, y las dos mujeres le pidieron les concediese la honra de besarle con la interesante familiaridad propia del campo.

Tantas emociones abrumaron á aquel padre de diez y ocho años, que faltó poco para que sucumbiese. Pálido, atacado de los nervios, empezó á perder la cabeza, cuando dijo á Pitou :

— Marchemos.

— Cuando gustéis, señor, contestó el campesino abriendo la marcha.

Y efectivamente, se fueron.

De pronto se puso á gritar Magdalena desde el umbral :

— ¡ Señor ! señor !

— ¿ Qué hay ? dijo Gilberto.

— ¿ Cómo se llama ? ¿ cómo se llama ? ¿ Qué nombre queréis que le demos ?

— ¡ Gilberto ! contestó el joven con varonil orgullo.

En los confines de la aldea de Haramont creyó Gilberto que se separaba del mundo entero. Para él nada tenía ya significación ni atractivo, pues acababa de divorciarse de la indolente vida del joven y de realizar una de esas acciones serias á que los hombres pueden llamar delito, y que Dios podía castigar severamente.....

Sin embargo, confiando en sus propias ideas y fuerzas, Gilberto tuvo valor para desprenderse de los brazos de maese Niquet que le había acompañado y cogido grande cariño, y le tentaba con mil seducciones.

Pero el espíritu es caprichoso, la naturaleza humana está sujeta á debilidades, y cuanto más fuerza de voluntad y recursos mentales tiene un hombre, tanto más pronto, lanzado en la ejecución de las empresas, mide la distancia que le separa ya de su primer paso. Entonces es cuando se alarma el hombre más animoso y dice como César: « ¿ Habré hecho bien en pasar el Rubicón ? »

Al verse solo en la linde del bosque, volvió otra vez la vista hacia las copas rojizas de los árboles que le ocultaban toda la aldea de Haramont excepto el campanario, y aquel cuadro encantador de ventura y tranquilidad le sumergió en una meditación llena de delicias y de pesar á la vez.

— ¡ Qué loco soy ! dijo en su interior. ¿ Adónde voy, si Dios desde lo alto del cielo no aparta de mi sus ojos enojados ? ¡ Cómo ! se me ocurre una idea ; una circunstancia ha favorecido la realización de esa idea ; un hombre suscitado por Dios para causar el daño que he hecho, ha consentido en reparar ese daño, y hoy me encuentro con un tesoro y mi hijo !... De modo que con 10,000 libras, pues las otras 40,000 son para el niño, puedo vivir aquí como un labrador dichoso, en medio de estos buenos aldeanos, en el seno de esta

XXVII

La partida

Pronto se arregló el negocio en casa del escribano, Gilberto depositó en su nombre una suma de 20,000 libras menos algunos cientos, destinada á sufragar los gastos de educación y mantenimiento del niño, y á proporcionarle también un establecimiento de labrador cuando llegase á ser hombre.

Gilberto arregló la educación y mantenimiento á razón de quinientas libras anuales por espacio de quince años, y decidió que el resto del dinero fuese para formarle una especie de dote, ó para comprarle un establecimiento agrícola ó tierras.

Después de pensar en el niño, Gilberto pensó en sus padres de cría, disponiendo que se les diesen 2,400 libras cuando aquél cumpliera diez y ocho años, hasta cuya época sólo debía suministrarles maese Niquet la suma anual de quinientas libras.

En cuanto al escribano, debía disfrutar los réditos del dinero en compensación de su trabajo.

Gilberto hizo que le dieran un recibo en regla Niquet del dinero y Pitou del niño, para lo cual comprobó el escribano la firma de Pitou respecto del niño, y Pitou la de Niquet respecto de la suma, de suerte que pudo marchar á eso de medio día, dejando á Niquet admirado de su prematura prudencia, y á Pitou fuera de sí de gozo por una fortuna tan rápida.

naturaleza sublime y fecunda. Sí, puedo sepultarme para siempre en un estado de dulce felicidad, trabajar, meditar, olvidar el mundo y hacer que él me olvide á mí, y puedo criar yo mismo á ese niño gozando así de mi obra, lo cual sería una felicidad inmensa... ¿Y por qué no? ¿No es Dios quien me envía estas probabilidades de ser feliz? ¿No son una compensación de todo lo que he sufrido? ¿Oh! sí, puedo vivir de ese modo; puedo yo mismo criar este niño, ganando de ese modo el dinero que ha de darse á unos mercenarios: puedo confesar á maese Niquet que soy su padre, ¡lo puedo todo!

Y su corazón se fué llenando poco á poco de indecible alegría y de una esperanza que no había saboreado ni aun durante las alucinaciones más risueñas de sus sueños.

De súbito se despertó el gusano que dormitaba en el fondo de aquel hermoso fruto y asomó su repugnante cabeza: ese gusano era el remordimiento, la vergüenza, la desgracia.

— No puedo hacerlo, dijo Gilberto poniéndose pálido. He robado el hijo á esa mujer después de haberle robado el honor... He robado el dinero á ese hombre diciendo que era para reparar mi falta, de consiguiente no tengo el derecho de labrar con él mi felicidad, como no lo tengo para quedarme con el niño, puesto que otra persona no se quedará tampoco con él. Ese niño es de ambos ó de ninguno de los dos.

Y dichas esas palabras tan doloridas como una herida, Gilberto se levantó desesperado, y expresando en su cara las pasiones más sombrías y rencorosas.

— ¡Corriente! dijo, seré desgraciado, sufriré, careceré de todo; pero la parte que quería tomar en el bien la tomaré en el mal. De hoy más, mi patrimonio

es la venganza y la desgracia... Nada temas, Andrea, pues la compartiré fielmente contigo.

Se apartó á la derecha, y después de orientarse por medio de un momento de reflexión, penetró en los bosques, donde caminó todo el día, dirigiéndose hacia el camino de Normandia, que calculaba debía encontrar á los cuatro días de marcha.

Su caudal ascendía á nueve libras y algunos sueldos; su exterior era honrado, sus ademanes tranquilos y reposados, y con un libro debajo del brazo se parecía mucho á un estudiante [que regresa á la casa paterna.

Contrajo la costumbre de andar de noche por los caminos y dormir de día al sol en los prados. Solo dos veces le incomodó tanto la brisa, que tuvo que entrar en una cabaña, donde se durmió en una silla al pie de la lumbre, con tanta gana, que le sorprendió así la noche.

Siempre encontraba una disculpa que dar, pues decía que iba á Ruán á casa de un tío suyo, y había salido de Villers-Cotterets, andando el camino á pie por distraerse, como joven que era.

Los campesinos no manifestaban la menor sospecha, pues un libro daba entonces un aspecto respetable; pero si Gilberto veía revolotear la duda por algunas bocas maliciosas, hablaba de un seminario, donde le llevaba la vocación, y de este modo desbarataba toda sospecha.

Ocho días trascurrieron así, durante los cuales vivió Gilberto como un hombre del campo, gastando diez sueldos al día y andando diez leguas hasta que efectivamente llegó á Ruán, donde no necesitó ya orientarse ni buscar el camino.

El libro que llevaba consigo era un ejemplar de la *Nueva Eloisa*, lujosamente encuadernado, que Rous-

seau le regalara, escribiendo su nombre en la primera página.

Reducido Gilberto á cuatro libras y diez sueldos, rompió aquella página, que guardó con mucho cuidado, y vendió la obra á un librero por tres libras.

Sus zapatos hallábanse en estado poco decente para un almibarado joven que se ponía de día medias de seda para atravesar las poblaciones; pero también se le ocurrió una idea. Vendió sus medias de seda, ó más bien, las cambió por un par de zapatos, magníficos en cuanto á fuertes, pero en cuanto á elegantes, nada diremos.

Aquella noche la pasó en Harfleur gastando en el hospedaje y cena diez y seis sueldos, y allí comió ostras por la primera vez en su vida.

— Este es un manjar de gente rica, dijo para sí; pero lo come en este momento el hombre más pobre del mundo; tan cierto es que Dios no hace más que bien, mientras que los hombres han inventado el mal, según máxima de Rousseau.

A las diez de la mañana del 13 de diciembre entró Gilberto en el Havre, y desde la primera ojeada divisó al *Adonis*, bonito brick de 300 toneladas, que se balanceaba en la rada.

El puerto estaba desierto, y Gilberto pasó á él por una tabla que servía de puente, no sin que le preguntase un grumete qué era lo que quería.

— ¿Dónde está el capitán? dijo Gilberto.

El grumete hizo seña en el entrepuente, y á poco gritó una voz desde abajo:

— Que baje.

Gilberto bajó, y le condujeron á una cámara construída con madera de caoba y amueblada con sobria sencillez.

Un hombre como de treinta años, pálido, nervioso y

de mirar inquieto, estaba leyendo una *Gaceta* en una mesa de caoba lo mismo que la tablazón.

— ¿Qué se os ofrece? dijo á Gilberto.

Este le hizo una seña para que alejase al grumete, y el muchacho se fué en efecto.

— ¿Sois el capitán del *Adonis*, caballero? dijo Gilberto al instante.

— Sí, señor.

— Entonces este papel es para vos.

Y alargó al capitán la esquila de Bálamo.

Apenas vió la letra, levantóse el capitán y dijo con precipitación á Gilberto, sonriéndose de un modo afable:

— ¡Ah! vos también... ¡Tan joven! bien! bien!

Gilberto se contentó con inclinarse.

— ¿Adónde vais? dijo el marino.

— Á América.

— ¿Y cuándo partís?

— Al mismo tiempo que vos.

— Pues entonces dentro de ocho días.

— ¿Y qué hago durante este tiempo, capitán?

— ¿Tenéis pasaporte?

— No.

— Entonces esta noche misma vais á volver á bordo, después que os hayais paseado todo el día por las afueras de la población, en Santa Andrea, por ejemplo. No habléis con nadie.

— Necesito comer, y no me queda ningún dinero.

— Vais á comer aquí, la noche cenaréis también.

— ¿Y después?

— Una vez embarcado, no volveréis á tierra; permaneceréis aquí oculto, y marcharéis sin haber vuelto á ver la luz del cielo. Cuando nos hallemos en alta mar, á veinte leguas de la costa, tendréis cuanta libertad queráis.

- Está bien.
 — Por consiguiente despachad hoy todo lo que tengáis que hacer.
 — Tengo que escribir una carta.
 — Escribidla.
 — ¿Dónde?.....
 — En esta mesa... Ahí tenéis pluma, tinta y papel; el buzón del correo está en el arrabal y el grumete os acompañará.
 — ¡ Gracias, capitán !
 Así que Gilberto quedó solo, escribió una carta muy corta, y le puso este sobre :

« Á la señorita Andrea de Taverney, calle Coq-Herón, número 7, primera puerta cochera yendo de la calle Platriere,

» PARÍS. »

En seguida la guardó en el bolsillo, comió lo que el mismo capitán le sirvió, y siguió al grumete que le acompañó al correo donde echó la carta.

Gilberto pasó todo el día mirando al mar desde la escarpada costa.

Quando llegó la noche volvió al buque donde el capitán, que estaba en acecho, lo hizo entrar.

XXVIII

Última despedida de Gilberto

Felipe había pasado una noche terrible, pues aquellas pisadas sobre la nieve le demostraban hasta la evidencia que alguno se había introducido en la casa para robar el niño; pero, ¿ á quién acusar, cuando ningún otro indicio precisaba sus sospechas ?

Felipe conocía tan bien á su padre, que no dudó fuese cómplice en aquel negocio, pues como el señor de Taverney creía á Luis XV padre de aquel niño, debía dar una grande importancia á aquel testimonio vivo de una infidelidad hecha á la Dubarry. El barón debía creer igualmente que tarde ó temprano recurriría Andrea al favor, y entonces rescataría muy caro el principal medio de su futura fortuna.

Estas reflexiones fundadas en la revelación reciente del carácter de su padre, consolaron un poco á Felipe, el cual creyó posible recobrar aquel niño, puesto que conocía á los raptores.

De consiguiente, á las ocho se puso á acechar la llegada del doctor Luis, á quien contó, paseándose con él en la misma calle, el espantoso acontecimiento ocurrido en la noche.

El doctor era hombre de buen consejo; examinó las pisadas del jardín, y después de un rato de reflexión, opinó que las sospechas de Felipe podían ser fundadas.

— El barón no me es bastante conocido, dijo, para

- Está bien.
 — Por consiguiente despachad hoy todo lo que tengáis que hacer.
 — Tengo que escribir una carta.
 — Escribidla.
 — ¿Dónde?.....
 — En esta mesa... Ahí tenéis pluma, tinta y papel; el buzón del correo está en el arrabal y el grumete os acompañará.
 — ¡ Gracias, capitán !
 Así que Gilberto quedó solo, escribió una carta muy corta, y le puso este sobre :

« Á la señorita Andrea de Taverney, calle Coq-Herón, número 7, primera puerta cochera yendo de la calle Platriere,

» PARÍS. »

En seguida la guardó en el bolsillo, comió lo que el mismo capitán le sirvió, y siguió al grumete que le acompañó al correo donde echó la carta.

Gilberto pasó todo el día mirando al mar desde la escarpada costa.

Quando llegó la noche volvió al buque donde el capitán, que estaba en acecho, lo hizo entrar.

XXVIII

Última despedida de Gilberto

Felipe había pasado una noche terrible, pues aquellas pisadas sobre la nieve le demostraban hasta la evidencia que alguno se había introducido en la casa para robar el niño; pero, ¿ á quién acusar, cuando ningún otro indicio precisaba sus sospechas ?

Felipe conocía tan bien á su padre, que no dudó fuese cómplice en aquel negocio, pues como el señor de Taverney creía á Luis XV padre de aquel niño, debía dar una grande importancia á aquel testimonio vivo de una infidelidad hecha á la Dubarry. El barón debía creer igualmente que tarde ó temprano recurriría Andrea al favor, y entonces rescataría muy caro el principal medio de su futura fortuna.

Estas reflexiones fundadas en la revelación reciente del carácter de su padre, consolaron un poco á Felipe, el cual creyó posible recobrar aquel niño, puesto que conocía á los raptos.

De consiguiente, á las ocho se puso á acechar la llegada del doctor Luis, á quien contó, paseándose con él en la misma calle, el espantoso acontecimiento ocurrido en la noche.

El doctor era hombre de buen consejo; examinó las pisadas del jardín, y después de un rato de reflexión, opinó que las sospechas de Felipe podían ser fundadas.

— El barón no me es bastante conocido, dijo, para

que le crea capaz de esa mala acción, pero, á pesar de esto, ¿no podría suceder que otro interés más inmediato hubiera motivado el rapto del niño?

— ¿Qué interés, doctor?

— El del verdadero padre.

— ¡Oh! exclamó Felipe, por un momento abrigué esa misma idea; pero el desdichado no tiene siquiera pan para sí; es un loco, un exaltado, que á estas horas anda fugitivo y debe tener miedo hasta de mi sombra... Desengañémonos, doctor, ese miserable ha cometido el crimen, porque se le presentó la ocasión; pero ahora que no estoy tan colérico, aunque aborrezco á ese criminal, creo que evitaría el tropezar con él por no matarle; porque estoy persuadido de que deben atormentarle los remordimientos, y que el hambre y la vagancia han de vengarme tan eficazmente como mi espada.

— Entonces no hablemos de eso, dijo el doctor.

— Lo que deseo, querido y excelente amigo, es que tengáis á bien prestaros á mentir por última vez, porque ante todo es preciso tranquilizar á Andrea. Decidle que ayer estabais inquieto por la salud del niño, y que habéis vuelto por la noche á tomarle para llevarle á casa de la nodriza. Esta es la primera fábula que se me ha ocurrido y que he improvisado para Andrea.

— Diré eso, pero vos entretanto ¿buscaréis el niño?

— Tengo un medio de hallarle. Estoy resuelto á dejar la Francia; Andrea entrará en el convento de San Dionisio, y entonces yo iré á ver á mi padre, le diré que lo sé todo, y le forzaré, como si fuera un extraño para mí, á que me descubra el lugar del retiro del niño. Si se resiste, yo venceré su resistencia amenazándole con una revelación pública y con la intervención de la señora Delfina.

— Y estando vuestra hermana en el convento, ¿qué haréis con el niño?

— Lo daré á criar á la mujer que vos me recomendéis... luego lo pondré en un colegio, y cuando sea grande estará conmigo si es que vivo.

— ¿Y creéis que la madre ha de consentir en separarse de vos ó de su hijo?

— Andrea en lo sucesivo consentirá en cuanto yo quiera; pues sabe que he dado un paso, con la señora Delfina, cuya palabra tengo, y no me expondrá á que falte al respeto á nuestra protectora.

— Os ruego que entremos á ver á esa pobre madre, dijo el doctor.

Y en efecto, entraron á ver á Andrea, que dormitaba dulcemente, consolada por los cuidados de Felipe.

Su primera palabra fué una pregunta al médico, el cual habia respondido ya con una sonrisa.

Desde entonces Andrea entró en una calma completa que aceleró tan bien su convalecencia, que al cabo de diez días ya estaba levantada, y podía pasearse por el invernáculo á la hora en que el sol daba en los vidrios.

El mismo día de aquel paseo, Felipe, que se habia ausentado por unos cuantos días, volvió á la casa de la calle Coq-Herón con un semblante tan sombrío, que el doctor, al abrirle la puerta, presagió una grande desgracia.

— ¿Qué es lo que hay? preguntó. ¿Acaso se niega vuestro padre á entregar el niño?

— Mi padre, respondió Felipe, ha sufrido un ataque de fiebre que le ha tenido postrado en cama tres días después que marchó de París, y se hallaba muy apurado cuando yo llegué. Creí que aquella enfermedad era una astucia, una ficción, y hasta una prueba de su participación en el rapto del niño, por cuya razón

insistí, y aun amenacé; pero mi padre me juró por Jesucristo que no comprendía nada de lo que yo quería decirle.

— ¿De suerte que volvéis sin noticias?

— Sí, doctor.

— ¿Y convencido de la veracidad del barón?

— Casi convencido.

— ¿Conque ha sido más astuto que vos, y no ha revelado el secreto?

— Le amenacé con decirlo á la señora Delfina, y se puso pálido; pero me dijo: «Piérdeme si quieres, deshónra á tu padre, deshónrate á ti mismo, será una locura que no producirá ningún resultado, porque no sé lo que quieres decirme.»

— ¿De suerte que?...

— Vuelvo desesperado.

En aquel momento oyó Felipe la voz de su hermana que gritaba:

— ¿No es Felipe el que ha entrado?

— ¡Gran Dios! ya está aquí... ¿Qué le diré? murmuró Felipe.

— ¡Silencio! dijo el doctor.

Andrea entró en el cuarto y fué á abrazar á su hermano con una ternura y una alegría que dejaron helado el corazón del joven.

— ¿De dónde vienes? le dijo.

— En primer lugar de casa de padre, según te manifesté.

— ¿Está bueno papá?

— Sí, Andrea; pero no es esta la única visita que he hecho, sino que también he visto á varias personas para arreglar tu entrada en San Dionisio. Á Dios gracias, todo está ya dispuesto, y ahora que estás buena, puedes ocuparte de tu porvenir con inteligencia y firmeza.

Andrea se acercó á su hermano, y sonriéndose con ternura:

— Querido amigo, le dijo, mi porvenir no me inquieta ya, ni debe inquietar á nadie... Yo no tengo otro porvenir que el de mi hijo, y pienso consagrarme de hoy más á criarlo y cuidarlo. Tal es mi resolución, tomada irrevocablemente desde que, habiendo recobrado las fuerzas, no he dudado de la fortaleza de mi espíritu. Vivir para mi hijo, vivir entre privaciones, hasta trabajar si es necesario, pero no dejarle ni de día ni de noche: este es el porvenir que me he trazado. Se acabó el convento; no más egoísmo; ¡pertenezco á un ser, Dios quiere que sea suya!

El doctor miró á Felipe como diciéndole:

— ¿No os lo anuncié?

— Hermana, exclamó el joven, ¿qué es lo que dices?

— No me acuses, Felipe, pues no es un capricho de una mujer débil y vana; además no te molestaré ni perjudicaré en nada.

— Pero, Andrea, yo no puedo quedarme en Francia, y quiero dejarlo todo, porque tampoco tengo bienes ni porvenir. Podré, pues, consentir en abandonarte al pie del altar; ¡pero en el mundo, en la miseria y el trabajo!... Mira lo que haces, Andrea.

— Todo lo he previsto: te quiero sinceramente, Felipe; pero si me dejas, devoraré mis lágrimas é iré á refugiarme junto á la cuna de mi niño.

El doctor se acercó.

— Eso es una exageración y una demencia, dijo.

— ¡Ah! doctor, ¿qué queréis?... El ser madre es un estado de demencia; pero Dios me ha enviado esta demencia, y mientras ese niño me necesite, insistiré en mi resolución.

Felipe y el doctor se miraron de pronto.

— Hija mía, dijo el doctor, yo no soy un predicador muy elocuente; pero me acuerdo que Dios prohíbe amar con demasiado ardor á las criaturas.

— Sí, hermana, añadió Felipe.

— Pero creo, doctor, que no prohíbe á una madre que ame á su hijo con demasiada ternura.

— Perdonad, hija mía, que el filósofo, el médico, procure medir el abismo que abre el teólogo para las pasiones humanas. Buscad la causa, no sólo moral, porque algunas veces es una sutileza de la perfección, sino física de todo mandato que provenga de Dios, y aplicadla á la maternidad. Dios prohíbe á una madre que ame á su hijo de un modo excesivo, porque el niño es una planta tierna, delicada, accesible á todos los males, expuesta á toda clase de padecimientos, y amar con ardor á una criatura efímera es exponerse á tener que desesperarse.

— ¿Porqué me decís eso, doctor? murmuró Andrea, Y tú, Felipe, ¿por qué me miras con esa compasión... y esa palidez?

— Querida Andrea, contestó el joven, sigue mi consejo, que es de un amigo cariñoso, y puesto que se ha restablecido tu salud, entra cuanto antes en el convento de San Dionisio.

— ¡Yo!... ya te he dicho que no dejo á mi hijo.

— Mientras os necesite, dijo el doctor con dulzura.

— ¡Dios mío! ¿Qué hay? Hablad... alguna cosa triste y cruel ha sucedido.

— ¡Cuidado! dijo el doctor á Felipe al oído; aun está muy débil para sufrir un golpe decisivo.

— ¿No me respondes, hermano? Vamos, explicate.

— Querida hermana, ya sabes que al volver de mi viaje he pasado por el Point-du-Jour, que es donde se está criando tu hijo.

— Sí... ¿y qué?

— Pues bien, el niño está algo enfermo.

— ¡Enfermo mi querido hijo! Margarita, Margarita, ¡pronto, un carruaje! que quiero ir á ver á mi hijo.

— ¡Es imposible! exclamó el doctor, pues ni os halláis en situación de poder salir ni de andar en carruaje.

— Pues esta mañana me dijisteis que sí, y que luego que regresara Felipe iría á ver al niño.

— Auguraba mejor de vos.

— Lo que hicisteis fué engañarme.

El doctor guardó silencio.

— Margarita, repitió Andrea, obedéceme y vé por un carruaje.

— ¡Pero no ves que puedes morirte? dijo Felipe.

— ¡Pues bien, me moriré!... ¡cómo me importa tanto la vida!...

Margarita aguardaba, mirando unas veces á su ama, otras á su amo y otras al doctor.

— ¡Hola! cuando yo mando una cosa, se me obedece!... gritó Andrea, cuyas mejillas se cubrieron de púrpura.

— ¡Querida hermana!

— Nada oigo, y si no me traen un carruaje iré á pie.

— Andrea, dijo de pronto Felipe cogiéndola en sus brazos, no irás, no, porque no tienes necesidad de ir.

— ¡Mi hijo ha muerto! articuló la joven con frialdad, dejando caer los brazos á lo largo del sillón en que Felipe y el doctor acababan de sentarla.

Felipe sólo respondió besando una de sus manos frías é inertes.

Poco á poco fué perdiendo su tirantez el cuello de Andrea; dejó caer la cabeza sobre el pecho y derramó abundantes lágrimas.

— Dios ha querido, dijo Felipe, que suframos esta nueva desgracia; Dios que es tan grande como justo;

Dios que quizá tenía otros designios acerca de tí; Dios, en fin, que sin duda juzgaba que la presencia de ese niño á tu lado era un castigo inmerecido.

— Pero al fin, dijo la pobre madre suspirando ¿por qué ha hecho Dios sufrir á esa criaturita?

— Dios no la ha hecho sufrir, hija mía, dijo el doctor, pues murió la misma noche en que nació... No la sintáis, pues, sino como una sombra que pasa y se desvanece.

— ¿Conque los gritos que yo oí?...

— Fueron para despedirse de la vida.

Andrea se tapó el rostro con las manos, mientras que confundiendo el médico y Felipe su modo de pensar en una elocuente mirada, felicitábanse allá para sí de su piadoso embuste.

De repente entró Margarita con una carta... Aquella carta iba dirigida á Andrea, y el sobre decía:

« Á la señorita Andrea de Taverney, calle Coq-Herón, primera puerta yendo de la calle Platriere, — París. »

Felipe la enseñó al doctor por encima de la cabeza de Andrea, quien, absorta en su dolor, ya no lloraba.

— ¿Quién será el que le escribe? pensó Felipe; nadie conoce las señas de mi hermana, y la letra no es de mi padre.

— Dadle la carta, dijo el doctor interrumpiéndole, pues la distraerá de esa profunda meditación que me inquieta.

— Mira, Andrea, dijo Felipe, aquí tienes una carta.

Sin reflexionar, sin resistir ni manifestar extrañeza, Andrea rompió el sobre, y enjugándose las lágrimas, desdobló el papel para leer; pero apenas había recorrido las tres líneas que componían la carta, lanzó un

agudo grito, se levantó como una loca, y extriéndosele los brazos y las piernas de un modo terrible, cayó como una estatua en los brazos de Margarita, que había acudido á socorrerla.

Felipe recogió la carta y leyó:

« En el mar, á 15 de diciembre de 17...

» Me marchó, arrojado por vos, y no me volveréis á ver; ¡pero me llevo conmigo á mi hijo, quien jamás os llamará madre!

» GILBERTO. »

Felipe estregó el papel lanzado un rugido de rabia.

— ¡Oh! dijo rechinando los dientes, yo había perdonado el crimen debido á la casualidad; ¡pero ese crimen nacido de su voluntad será castigado!... ¡Andrea, sobre tu inanimada cabeza juro matar al miserable la primera vez que se presente delante de mí! Dios querrá que yo le halle, porque ha colmado la medida... Doctor, ¿volverá en sí Andrea?

— ¡Sí! ¡sí!

— Doctor, es preciso que mañana entre Andrea en el convento de San Dionisio, y que pasado mañana esté yo en el puerto de mar más inmediato... El cobarde ha huido... Yo le seguiré... Además necesito ese niño... Doctor, ¿cuál es el puerto de mar que está más cerca?

— El Havre.

— Dentro de treinta y seis horas estaré en el Havre, respondió Felipe.

Desde aquel momento la casa de Andrea quedó silenciosa y triste como un sepulcro.

La noticia de muerte de su hijo le habría quitado la vida, porque hubiera sido uno de esos dolores sordos y lentos que minan perpetuamente la existencia; pero la carta de Gilberto fué un golpe tan violento, que excitó en el alma generosa de Andrea cuantas fuerzas y cuantos sentimientos ofensivos le quedaban.

Cuando volvió en sí, buscó con la vista á su hermano, y la cólera que leyó en sus ojos fué para ella un nuevo manantial de valor.

Aguardó á recobrar completamente sus fuerzas para que su voz no temblase, y entonces, cogiendo á Felipe de la mano, le dijo:

— Amigo mío, esta mañana me hablabas del convento de San Dionisio, donde por mediación de la señora Delfina se me ha concedido una celda.

— Sí, Andrea.

— ¿Quieres llevarme hoy mismo á él?

— ¡Oh! sí; gracias, hermana mía.

— En cuanto á vos, doctor, prosiguió Andrea, el daros las gracias sería una recompensa muy estéril por tantas bondades, por tanto cariño y caridad como me habéis dispensado. Vuestra recompensa, doctor, no puede hallarse en la tierra.

Se acercó á él y le abrazó.

— Este pequeño medallón, dijo, contiene mi retrato que mi madre me mandó hacer cuando yo tenía dos años, y debe parecerse á mi hijo; conservadlo, doctor, para que os recuerde alguna vez el niño á cuyo alumbramiento habéis asistido y la madre á quien habéis salvado la vida con vuestros cuidados.

Dicho esto, sin enternecerse, Andrea terminó sus preparativos de viaje, y á las seis de tarde atravesaba, sin atreverse á levantar la cabeza, el postigo del locutorio de San Dionisio, en cuya reja Felipe, sin poder dominar su emoción, se despedía de ella quizá para siempre.

— ¡Adiós! ¡adiós! murmuró Andrea cuyo dolor estalló en sollozos.

— ¡Adiós! respondió Felipe ahogando su desesperación.

— Si hallas á mi hijo, dijo Andrea en voz baja, no permitas que me muera sin haberle estrechado contra mi corazón.

— Descuida... y ¡Adiós! ¡adiós!

Andrea se desprendió de los brazos de su hermano, y sostenida por una monja lega, se adelantó sin dejar de mirarle en la profunda oscuridad del convento.

Mientras pudo verla, Felipe le hizo señas con la cabeza y el pañuelo agitándolo en el aire, hasta que al fin recogió su último adiós que ella le dirigió desde el fondo de la oscuridad. Entonces una puerta de hierro se cerró entre los dos, resonando lúgubrementemente.

Felipe tomó la posta en el mismo San Dionisio, y con su maleta en la grupa, corrió toda la noche y el día siguiente, y llegó al Havre por la noche. Se hospedó en la primera posada que halló al paso, y á la mañana, al rayar el día, se informó en el puerto de

los buques que debían salir más pronto para la América.

Dijéronle que aquel mismo día se hacía á la vela para Nueva York el brick *Adonis*, y al punto corrió á ver al capitán que estaba terminando sus preparativos, se ajustó como pasajero pagando el precio de la travesía, luego, después de escribir por última vez á la señora Delfina manifestándole su respetuosa adhesión y su gratitud, envió su equipaje á bordo y se embarcó á la hora de la marea.

Daban las cuatro en la Torre de Francisco I cuando el *Adonis* salió del canal con sus masteleros y trinquete. El mar tenía un color azul oscuro, y el cielo estaba encarnado en el horizonte. Felipe, de codos sobre el filarete, después de saludar á sus pocos compañeros de viaje, miraba las costas de Francia que se iban cubriendo de un vapor morado á medida que el brick, tomando más vela, dirigía su rumbo á la derecha con más rapidez y se engolfaba en alta mar.

Á poco desaparecieron de la vista de Felipe las costas de Francia, los pasajeros y el Océano, pues todo lo había sepultado la noche en sus grandes alas, y Felipe fué á encerrarse en su cámara para leer de nuevo la copia de la carta que había enviado á la Delfina, y que podía pasar por una plegaria dirigida á las criaturas.

« Señora, así decía la carta: un hombre que se ve sin esperanza ni apoyo, se aleja de vos con el pesar de haber hecho tan poco por la reina futura de Francia: si, mientras vos quedáis expuesta á los peligros y tormentas que rodean al trono, yo busco las tempestades del mar. Siendo como sois, joven, hermosa y adorada: viéndoos como os veis cercada de amigos respetuosos é idólatras servidores, olvidaréis al hombre á quien vuestra regia mano se dignó levantar

sobre la muchedumbre; pero yo no os olvidaré nunca, y voy á pensar, en un Nuevo Mundo, en los medios que debo emplear para servir con más eficacia á vuestro trono.

» Os lego mi hermana, pobre flor abandonada, que no tendrá más sol que vuestra ardiente mirada: dignaos de vez en cuando bajar hasta ella los ojos, y en medio de vuestros goces y de vuestra omnipotencia, entre el concierto de unánimes votos, os suplico que contéis con la bendición de un desterrado, á quien no oiréis, y que tal vez no vuelva á veros. »

Al concluir su lectura se le oprimió á Felipe el corazón, siendo preciso confesar que el melancólico ruido que hacía el buque al balancearse, y el estrépito de las olas que iban á estrellarse contra la porta, hubieran entristecido imaginaciones más risueñas que la suya.

Larga, dolorosa fué la noche para el joven, sin que calmara su ánimo la visita que á la mañana siguiente le hizo el capitán, quien le dijo que la mayor parte de los pasajeros tenían miedo al mar y no salían de su cámara, y que la travesía prometía ser corta, pero penosa, á causa de lo impetuoso del viento.

Felipe contrajo desde entonces la costumbre de comer con el capitán y hacer que le sirvieran el almuerzo en su cámara: y como no se sentía muy fuerte contra las incomodidades del mar, acostumbraba pasar algunas horas en el combés embozado en su capa y tendido. Lo más del tiempo lo empleaba en trazarse un plan de conducta para lo sucesivo, y sostener su espíritu con sólidas lecturas. Algunas veces se encontraba con sus compañeros de viaje, que eran dos señoras que iban á recoger una herencia en la América del Norte, y cuatro hombres, uno de los cuales, que ya era viejo, llevaba consigo dos hijos. Estos eran

los pasajeros de la cámara de popa: y en cuanto á la de proa, Felipe divisó alguna vez algunos hombres vulgarmente vestidos, y nada notó en ellos que llamase su atención.

A medida que con la costumbre se disminuían sus sufrimientos, Felipe iba adquiriendo serenidad, lo mismo que el cielo, pues hubo unos cuantos días hermosos, puros y sin tormenta que anunciaron á los pasajeros se acercaban á latitudes templadas. Entonces permanecían más tiempo en el puente; y hasta de noche, Felipe, que se había propuesto no comunicarse con nadie, y que había ocultado su nombre al capitán por no tener conversación acerca de ninguno de los particulares que tanto temía, oía desde su cámara pasos sobre su cabeza y aun la voz del capitán, quien sin duda se paseaba con algún pasajero. Como esta era una razón para no subir, abría su porta para respirar un poco de fresco y esperaba á que fuese de día.

Sólo una noche que no oyó pasos ni hablar subió al puente. La noche estaba calurosa, el cielo nublado, y detrás del buque, en el surco que iba dejando, se veían brotar en medio del torbellino de espuma millares de ráfagas fosfóricas. Sin duda pareció aquella noche á los pasajeros demasiado oscura y tempestuosa, pues á nadie vió Felipe en la toldilla: únicamente en la proa, inclinado sobre el bauprés, dormía ó meditaba una figura negra, que Felipe distinguió con trabajo en medio de la oscuridad; algún pasajero de la cámara de proa, sin duda algún pobre desterrado que miraba hácia adelante, deseando el puerto americano, mientras Felipe echaba menos el puerto francés. Durante mucho tiempo estuvo mirando Felipe á aquel viajero inmóvil en su contemplación; pero como el frío de la mañana iba haciéndose demasiado penetrante, se disponía á entrar en su camarote. El pasajero de proa

entretanto observaba también el cielo que empezaba á blanquear, y Felipe se volvió al oír que se acercaba el capitán.

— ¿Estáis tomando el fresco, capitán? le dijo.

— No que me levanto ahora.

— Pues, amigo, vuestros pasajeros os han ganado por la mano.

— Sí, vos; pero los oficiales son tan madrugadores como los marinos.

— ¡Oh! no lo digo sólo por mí, contestó Felipe. Mirad allá bajo aquel hombre que tan pensativo está: es también pasajero, ¿no es verdad?

El capitán miró hacia la proa, y se quedó sorprendido al parecer.

— ¿Quién es ese hombre? preguntó Felipe.

— Un... un mercader, dijo el capitán con cierto embarazo.

— ¿Y corre tras la fortuna? murmuró Felipe; poco debe andar para él el brick.

En vez de responder el capitán, se dirigió en busca de aquel pasajero, al cual dijo unas palabras, y Felipe le vió desaparecer por el entrepuente.

— Habéis turbado su meditación, dijo Felipe al capitán cuando éste volvió á reunirse con él; y sin embargo, á mí no me molestaba.

— No, lo que he hecho ha sido advertirle que el frío de la mañana es peligroso en estos parajes, porque los pasajeros de la cámara de proa no tienen como vos buenas capas.

— ¿Dónde estamos, capitán?

— Mañana veremos las islas Azores, y en una de ellas haremos aguada, porque hace mucho calor.

XXX

Las islas Azores

A la hora fijada por el capitán percibieron los pasajeros hacia la proa y muy distantes de las costas algunas islas sitas al Nordeste, bañadas por un sol brillante.

Aquellas islas eran las Azores.

El viento soplaba hacia aquel lado y el brick marchaba ligero, de suerte que á eso de las tres de la tarde llegaron á la vista de las islas.

Felipe vió aquellas altas colinas de formas extrañas y de lúgubre aspecto; rocas ennegrecidas como si hubiesen sufrido la acción de un fuego volcánico, cortaduras con crestas iluminadas por el sol y abismos profundos.

Apenas llegó á tiro de cañón de la primera de aquellas islas, el brick se puso al paio, y la tripulación preparó un desembarco para hacer aguada, como había dispuesto el capitán.

Todos los pasajeros se proponían tener el placer de una excursión á tierra, pues pisar un suelo inmóvil al cabo de veinte días con veinte noches de penosa navegación, es una partida de placer que sólo pueden apreciar los que han hecho una larga navegación.

— Señores, dijo el capitán á los pasajeros á quienes creyó ver indecisos, tenéis cinco horas para ir á tierra, así aprovechad la ocasión. En ese islote completa-

mente inhabitado, los naturalistas hallarán manantiales de agua hirviendo y de agua helada, y los cazadores conejos y perdices encarnadas.

Felipe cogió su escopeta, balas y perdigones.

— ¿Y vos, capitán? dijo. ¿Pensáis quedaros á bordo? ¿por qué no venis con nosotros?

— Porque por allá abajo, respondió el capitán señalando al mar, viene un buque que me parece sospechoso; un buque que hace cuatro días me viene dando caza; un buque de mala cara, como nosotros decimos, y que quiero vigilar.

Satisfecho Felipe con esta explicación, saltó al último bote y marchó á tierra.

Las señoras y varios pasajeros de proa ó de popa no se aventuraron á ir á tierra, y aguardaron su vez.

Vióse, pues, alejarse los dos botes con los marineros alegres, y los pasajeros más alegres aun.

Las últimas palabras del capitán fueron:

— Señores, á las ocho irá á buscaros el bote que queda; tenedlo entendido, porque el que se retrase quedará en tierra.

Así que todos, tanto los naturalistas como los cazadores, desembarcaron, los marineros entraron en una caverna situada á cien pasos de la orilla y que formaba un reecodo como para guarecerse de los rayos del sol.

Un manantial de agua fresca, azulada y exquisita, se deslizaba por las rocas tapizadas de musgo é iba á perderse, sin salir de la misma gruta, en el fondo de una arena fina y movediza.

Los marineros se detuvieron allí, llenaron sus pipas, y las condujeron rodando hasta la orilla.

Felipe los miró hacer su operación, admirando la sombra azulada de aquella gruta, la freseura y el dulce murmurio del agua que se deslizaba de cascada en cascada, y se admiraba de haber encontrado primero

las tinieblas más opacas y el más intenso frío, y al cabo de algunos minutos una temperatura suave y la sombra sureada de blandos y misteriosos resplandores. Así es que al principio había seguido á los marineros sin verlos, con los brazos extendidos y tropezando contra las paredes de las peñas, y luego se fueron dibujando é iluminando todas las figuras. Felipe prefería la limpieza de la luz de aquella gruta á la del cielo tan deslumbrante y ardiente en aquellos parajes.

Entretanto oyó la voz de sus compañeros que se perdía á lo lejos, resonaron en la montaña uno ó dos tiros de escopeta, luego se apagó el ruido, y Felipe quedó solo.

Los marineros, por su parte, habían concluido su tarea y no debían volver á la gruta.

Felipe se dejó arrastrar poco á poco por el encanto de aquella soledad y el torbellino de sus pensamientos; se tendió sobre la blanda arena apoyando la espalda contra las rocas tapizadas de hierba, y se puso á meditar.

Trascurrieron así las horas, sin que él se acordara del mundo, teniendo á su lado la escopeta, y habiendo sacado del bolsillo, para poder tenderse más cómodamente, las pistolas que nunca abandonaba.

Toda su vida pasada se iba presentando lenta y solemnemente á su memoria, como un escarmiento ó como una reconvencción; todo su porvenir huía austero como esas aves bravías que á veces llega uno á ver, pero nunca á tocar.

Mientras que Felipe se sumergía en sus meditaciones, sin duda meditaban también, se reían y esperaban á cien pasos de él, pues percibía insensible y vagamente todo eso, y más de una vez le había parecido oír el remo de los botes que conducían á la playa ó llevaban á bordo pasajeros, hastiados unos del placer

de aquel día, y ávidos otros de gozar de él á su vez.

Pero nadie había turbado aun su meditación, ya porque los unos no hubiesen dado con la entrada de la gruta, ya porque los que la habían visto no se dignasen entrar en ella.

De súbito se interpuso entre la luz y la gruta, en la misma entrada, una sombra tímida é indecisa, y Felipe vió á una persona andar con las manos hacia adelante y la cabeza baja en dirección al manantial, pero habiéndole resbalado el pie en la hierba, tropezó con las peñas.

Entonces se levantó Felipe y fué á dar la mano á aquella persona para ayudarla á tomar el verdadero camino. En aquel movimiento de urbanidad sus dedos encontraron la mano del viajero en medio de las tinieblas.

— Por aquí, caballero, dijo con afabilidad, por aquí se va al manantial.

Al oír aquella voz, el desconocido levantó precipitadamente la cabeza y se disponía á responder dejando al descubierto su cara en la penumbra azulada de la gruta.

Pero Felipe, lanzando de súbito un grito de horror, dió un brinco hacia atrás.

El desconocido, por su parte, dió un grito de espanto y retrocedió.

— ¡Gilberto!

— ¡Felipe!

Estas dos palabras resonaron á un mismo tiempo como un trueno subterráneo.

En seguida sólo se oyó el ruido de una especie de lucha, pues Felipe cogió con las dos manos por el cuello á su enemigo y lo atrajo al fondo la cueva.

Gilberto se dejó llevar sin proferir ni una queja, hasta que pegado á las rocas no podía ya retroceder.

— ¡Miserable! al fin caíste en mi poder! dijo Felipe rugiendo como un león. ¡Dios te trae á mi presencia, porque Dios es justo!

Gilberto estaba lívido, y sin hacer un gesto siquiera dejó caer los brazos.

— ¡Oh! es tan cobarde como malvado! dijo Felipe: ni aun tiene el instinto de la fiera que se defiende.

Gilberto contestó con dulzura:

— ¡Defenderme! ¿y para qué?

— Es verdad, porque sabes que estás en mi poder, y eres digno del castigo más horrible. Todos tus delitos están probados; has envilecido á una mujer por medio de la afrenta, y la has matado por medio de la inhumanidad. Para tí era poco manchar la castidad de una virgen, y has querido asesinar á una madre.

Nada respondió Gilberto, y Felipe, que iba acalorándose insensiblemente con el fuego de su propia ira, le acometió de nuevo con furia; pero Gilberto no opuso la menor resistencia.

— Tú no eres hombre, dijo Felipe sacudiéndole con rabia, y sólo tienes de tal el rostro... ¡Cómo! ¿ni resistes siquiera? ¿Pero no ves que te estoy ahogando?... ¡Defiéndete, cobarde, asesino!

Gilberto sintió penetrar en su garganta los acerados dedos de su enemigo: entonces se enderezó, y, tan vigoroso como un león, arrojó á Felipe lejos de sí con un movimiento de hombros que hizo, y en seguida se cruzó de brazos.

— Ya veis, dijo, que podría defenderme si quisiera; pero ¿para qué?... Ahora cogéis la escopeta; más quiero morir de un tiro que desgarrado por vuestras uñas, ó de golpes que deshonran.

Efectivamente, Felipe había cogido su escopeta; pero al oír estas palabras la arrojó.

— No, murmuró.

Luego en voz alta:

— ¿Adónde vas?... ¿Cómo has venido aquí?

— Me he embarcado en el *Adonis*.

— ¿Entonces habrás estado escondido y debes haberme visto?

— Ni siquiera sabía que vos estabais á bordo.

— ¡Mientes!

— No miento.

— Y entonces, ¿cómo es que yo no te he visto?

— Porque sólo salía de mi cámara de noche.

— ¡Ya ves como te escondes!

— Sin duda.

— ¿Por mí?

— Ya os he dicho que no: voy á América con una comisión, y nadie debe verme, siendo este el motivo porque el capitán me ha alojado aparte.

— Repito que te escondes por no encontrarte conmigo, y sobre todo para ocultar el niño que has robado.

— ¡El niño! dijo Gilberto.

— Sí, ¡has robado y traído contigo ese niño para convertirle algún día en una arma que te produzca alguna ganancia, porque eres un miserable!

Gilberto movió la cabeza.

— He recogido ese niño, dijo, para que nadie le enseñe á despreciar ó á renegar á su padre.

Felipe tomó aliento, y dijo:

— Si eso fuese cierto, si yo pudiera creerlo, serías menos infame que lo que he pensado; pero un hombre que roba, ¿cómo no ha de mentir?

— ¿Yo he robado? ¿yo?

— Sí, has robado un niño.

— ¡Ese niño es mi hijo y me pertenece! El que recobra lo suyo no roba.

— Escucha, dijo Felipe estremeeciéndose de ira;

hace poco se me ocurrió la idea de matarte, pues lo había jurado y tenía derecho para ello.

Gilberto no contestó.

— Ahora Dios me ilumina, Dios que te ha traído á mi camino como para decirme : « La venganza es inútil, sólo debe vengarse aquel á quien haya abandonado Dios... » No te mataré, pues ; pero destruiré el edificio de desgracia que has levantado. Ese niño con que cuentas para lo futuro, vas á devolvérmelo al instante.

— ¡ Pero si no lo tengo ! No se trae al mar un niño de quince días.

— Preciso es que le hayas buscado un ama ; ¿ y por qué no ha de venir acompañándote ?

— Os digo que no he traído conmigo el niño.

— Entonces le habrás dejado en Francia ; ¿ en qué sitio le has dejado ?

Gilberto se calló.

— ¡ Responde ! ¿ Dónde le has puesto á criar y con qué recursos ?

Gilberto siguió callando.

— ¡ Ah ! miserable, me desafías, dijo Felipe : ¿ no temes que se despierte mi cólera ?... ¿ Quieres decirme dónde está el hijo de mi hermana ? ¿ Quieres devolverme ese niño ?

— Mi hijo me pertenece, murmuró Gilberto.

— ¡ Malvado ! ¿ está visto que quieres morir !

— Lo que quiero es no entregar mi hijo.

— Gilberto, escúchame, pues te hablo con dulzura : procuraré olvidar lo pasado y aun perdonarte. Ya ves mi generosidad, Gilberto... ¿ Te perdono !... Perdono la afrenta y las desgracias que has traído á nuestra casa, lo cual es un gran sacrificio ; pero devuélveme ese niño... Una palabra más : Andrea ama con frenesí á su hijo... al tuyo, y la conmovió tu arrepenti-

miento ; te lo ofrezco y me comprometo á ello ; pero devuélveme ese niño, Gilberto, devuélvemelo.

Gilberto se cruzó de brazos, lanzando á Felipe una mirada llena de fuego sombrío.

— Vos no me habéis creído, dijo, y yo tampoco os creo : no porque no seáis un hombre honrado, sino porque he sondeado el abismo de las preocupaciones de raza. Ya no es posible retroceder, y de consiguiente no hay perdón. Somos enemigos mortales ; y puesto que vos sois más fuerte, sed el vencedor. Yo no os pido vuestra arma, conque no me pidáis vos la mía.

— ¿ Es decir, que confiesas que es un arma ?

— ¡ Sí, contra el desprecio, contra la ingratitud, contra el insulto !

— Te lo vuelvo á decir, Gilberto, dijo Felipe echando espuma por la boca : ¿ quieres ó no ?

— No.

— ¡ Mira lo que haces !

— Bien lo sé.

— No quiero asesinarte, sino que tengas probabilidades de matar al hermano de Andrea, y con eso cometerás otro delito más. ¡ Ah, ah ! eso debe tentarte... Toma esa pistola, y he aquí otra : contemos cada uno tres pasos, y disparemos.

Y arrojó una de las pistolas á los pies de Gilberto.

El joven permaneció inmóvil.

— ¿ Un desafío ? dijo. Precisamente es lo que rehuso.

— ¿ Prefieres que te mate ? exclamó Felipe loco de rabia y desesperación.

— Prefiero que me matéis.

— Reflexiónalo... porque se me va la cabeza.

— Lo he reflexionado.

— Mira que estoy en mi derecho y que Dios debe absolverme.

— Ya lo sé... matadme.

— Por última vez te lo pregunto: ¿quieres bati-
tirme?

— No.

— ¿Y te niegas á defenderte?

— Sí.

— Pues bien, muere como un malvado de que purgo la tierra; muere como un sacrífego, como un bandido; muere como un perro!

Y Felipe disparó su pistola á boca de jarro contra Gilberto. Este extendió los brazos, se inclinó al principio hacia atrás, después hacia adelante, y cayó de cara sin lanzar un grito. Felipe sintió impregnarse la arena bajo sus pies de una sangre caliente, perdió enteramente la razón y se arrojó fuera de la cueva.

Delante de él se hallaba la playa, y un bote estaba esperando, pues se había anunciado á bordo la hora de marchar para las ocho, y ya eran algunos minutos más.

— ¡Ah! al fin llegáis, caballero, dijeron los marineros; sois el último, pues todos se hallan ya á bordo... ¿Qué habéis matado?

Al oír esta pregunta, Felipe perdió el conocimiento, y lo trasladaron en ese estado al buque que empezaba ya á aparejar.

— ¿Han vuelto todos? preguntó el capitán.

— Este es el último pasajero que quedaba en tierra, respondieron los marineros; sin duda ha dado alguna caída, porque acaba de desmayarse.

El capitán ordenó una maniobra decisiva, y el brick se alejó de las islas Azores, precisamente en el momento en que el buque desconocido, que tanto le había inquietado, entraba en el puerto con bandera americana.

El capitán del *Adonis* cambió una señal con aquel

buque, y tranquilizado, á lo menos en apariencia, continuó su rumbo hacia el Occidente y desapareció muy luego en las tinieblas de la noche.

Hasta la mañana siguiente no notaron que faltaba un pasajero á bordo.

FIN DE JOSÉ BÁLSAMO

EPÍLOGO

El día 9 de mayo

El 9 de mayo de 1774, á las ocho de la noche, presentaba Versalles el más curioso é interesante espectáculo.

Desde el primer día del mes, atacado el rey Luis XV de una enfermedad terrible cuya gravedad no se atrevían á confesarle los médicos, guardaba cama y empezaba ya á buscar con la vista en torno suyo la verdad ó la esperanza.

El médico Borden había notado en el rey unas viruelas de las más malignas, y La Martiniere, otro médico, que había hecho la misma observación que su colega, opinaba que debía decirse al rey, á fin de que, como monarca y como cristiano, tomase espiritual y materialmente medidas para la salvación de su alma y la del reino.

— El rey cristianísimo, decía, debe pedir que le administren la Extremaunción.

La Martiniere representaba el partido del Delfín, es decir, la oposición; Borden pretendía que la simple manifestación de la gravedad de su mal, bastaba para matarle, y que él por su parte retrocedía ante un regicidio.

Borden representaba el partido de la Dubarry.

En efecto, llamar la religión á la cámara del rey, era expulsar á la favorita, pues cuando Dios entra por

una puerta, es preciso que Satanás salga por la otra.

Durante las divisiones intestinas de la Facultad de Medicina, de la familia real y los partidos, la enfermedad tomaba posesión á sus anchuras de aquel cuerpo envejecido, gastado y arruinado por los desórdenes, y se fortificaba en él de tal suerte, que no pudieron desalojarla los remedios ni las recetas.

Desde los primeros síntomas del mal, causado por una infidelidad de Luis XV, á la que ayudó la Dubarry con complacencia, el rey vió reunirse al pie de su lecho á sus dos hijas, la favorita y los cortesanos que estaban más en su gracia; pero aun estaban todos risueños y se ayudaban recíprocamente.

De repente apareció en Versalles la figura austera y fatídica de madama Luisa de Francia, que abandonaba su celda de San Dionisio para ir también á consolar y cuidar á su padre.

Entró en la cámara pálida y sombría como una estatua de la Fatalidad; no ya como una hija que va á ver á su padre, como una hermana que va á abrazar á sus hermanas, sino como las profetisas antiguas, que en los días lúgubres de la adversidad, iban á gritar á los reyes deslumbrados: « ¡Infeliz de ti! ¡infeliz de ti! »

Apareció en Versalles en el momento en que Luis besaba las manos á la Dubarry, que ésta aplicaba cariñosamente ora sobre su frente pálida, ora sobre sus inflamadas mejillas.

Al verla todos huyeron; sus hermanas se refugiaron temblando en el cuarto contiguo, la Dubarry dobló la rodilla y corrió á su aposento, los cortesanos privilegiados retrocedieron hasta las antecámaras, y sólo los dos médicos permanecieron al lado de la chimenea.

— ¡ Mi hija! murmuró el rey abriendo los ojos que el dolor y la calentura le obligaban á tener cerrados.

— Sí, ¡ vuestra hija, señor ! dijo la princesa.

— Que viene...

— ¡ De parte de Dios !

El rey se incorporó procurando sonreirse.

— Porque vos os olvidáis de Dios, prosiguió madama Luisa.

— ¡ Yo ?

— Y quiero recordároslo.

— Hija mía, creo que no estoy tan cercano á la muerte, que sea urgente una exhortación. Mi enfermedad es leve; no es más que un constipado, una inflamación.

— Vuestra enfermedad, señor, interrumpió la princesa, es de aquellas que, según la etiqueta, deben reunir á la cabecera de la cama de V. M. á los grandes prelados del reino. Cuando un individuo de la familia real tiene las viruelas, debe administrársele al momento.

— ¡ Madama ! exclamó el rey muy agitado y pálido, ¿ qué es lo que me decís ?

— ¡ Señora ! exclamaron también los médicos aterrados.

— Digo, prosiguió la princesa, que V. M. tiene las viruelas.

El rey lanzó un grito.

— Los médicos no dicen eso, replicó.

— Porque no se atreven; pero yo veo para V. M. otro reino mejor que el de Francia. Acercaos á Dios, señor, y examinad toda vuestra vida pasada.

— ¡ Las viruelas ! murmuraba Luis XV. ¡ Una enfermedad mortal !... ¡ Borden !... ¡ La Martiniere !... ¿ es cierto ?

Los dos médicos bajaron la cabeza.

— ¡ Entonces estoy perdido ! exclamó el rey más espantado que nunca.

— Señor, puede uno sanar de todas las enfermedades, dijo Borden tomando la iniciativa, especialmente cuando el enfermo conserva la tranquilidad de espíritu.

— Dios da tranquilidad al espíritu y salud al cuerpo, respondió la princesa.

— Señora, dijo Borden con osadía aunque en voz baja, ¡ estáis matando al rey !

La princesa no se dignó contestar; se acercó al enfermo, y cogiéndole la mano, se la llenó de besos, diciéndole :

— Señor, divoreiaos de lo pasado, y dad buen ejemplo á vuestros pueblos. Como nadie os advertía la gravedad del caso, corria el peligro de perderos por toda una eternidad; pero ahora prometedme que viviréis como cristiano, si vivís, y que moriréis también como cristiano si Dios os llama á su presencia.

Así que concluyó estas palabras, volvió á besar la regia mano, y se dirigió á paso lento á las antecámaras. Allí se echó su velo negro, bajó con solemnidad los escalones y subió á su carroza, dejando tras sí un asombro, un espanto de que nadie podría dar una idea.

El rey sólo recobró el ánimo á fuerza de preguntar á los médicos; pero estaba herido de muerte.

— No quiero, dijo, se renueven las escenas que tuvieron lugar en Metz con la duquesa de Chateauroux: que llamen á la señora de Aiguillon y que tenga la bondad de llevar á Rueil á la señora Dubarry.

Esta orden fué una explosión. Borden quiso decir algunas palabras; pero el rey le impuso silencio; además veía que su compañero estaba dispuesto á referirle todo al Delfin, sabía cuál iba á ser el resultado de la enfermedad del rey, y sin luchar más tiempo dejó la regia cámara para noticiar á la Dubarry el golpe que iba á recibir.

Espantada la condesa al ver el aspecto siniestro é

insultante que presentaban ya todos los rostros, se apresuró á desaparecer, y al cabo de una hora estaba ya fuera de Versalles, conduciéndola la duquesa de Aiguillon, amiga tan fiel como agradecida, al castillo de Rueil, que le pertenecía por habérselo dejado en herencia el gran Richelieu.

Bordeu, por su parte, cerró la puerta del rey á toda la familia real, so pretexto de contagio, y desde entonces Luis XV quedó amurallado en su cámara, donde sólo debían entrar la religión y la muerte.

Aquel mismo día fué administrado el rey, y esta noticia se esparció por París, en cuya población se sabía ya por todos la desgracia de la favorita.

Toda la corte fué á visitar al Delfin; pero éste cerró su puerta y á nadie recibió.

Entretanto, al día siguiente se sintió mejor el rey y envió al duque de Aiguillon á que felicitase á la Dubarry.

Aquel día era el 9 de mayo de 1774.

La corte desertó al saberlo del pabellón del Delfin y se trasladó á Rueil, donde vivía la favorita, no habiéndose visto desde el destierro del señor de Choiseul á Chanteloup una fila tan grande de carrozas.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas.

¿ Vivirá el rey y la Dubarry seguirá siendo reina?

¿ O bien morirá aquél y ésta no será más que una cortesana execrable y cubierta de vergüenza?

He aquí porqué presentaba Versalles el día 9 de mayo de 1774 á las ocho de la noche un espectáculo tan curioso como interesante.

En la plaza de armas, delante de palacio, formáronse algunos grupos benévolos y ansiosos de adquirir noticias.

Componían aquellos grupos habitantes de la clase média de Versalles y París, que con toda la política

imaginable preguntaban cómo estaba el rey á los guardias de corps que se paseaban en silencio y con las manos á la espalda por el patio de honor.

Poco á poco fuéronse dispersando aquellos grupos: los vecinos de París tomaron asiento en los pataches para dirigirse tranquilamente á sus casas, y los habitantes de Versalles, en la seguridad de que ellos serían los primeros que supiesen cualquier noticia, se volvieron también á sus domicilios.

Sólo quedaron en la población unas cuantas patrullas que hacían el servicio con alguna más flojedad que de costumbre, y ese mundo gigantesco, llamado palacio de Versalles, fué sepultándose poco á poco en las sombras y el silencio como el mundo algo más grande en que esta encerrado.

En el ángulo de la calle cercada de árboles que hace frente al palacio, estaba sentado aquella noche en un banco de piedra bajo las ya frondosas ramas de los castaños de Indias un hombre de edad avanzada, con el rostro vuelto hacia el noble edificio, y apoyadas las manos en su bastón, sobre cuyo puño descansaba su cabeza pensativa y poética.

Sin embargo, era un anciano encorvado y achacoso; pero cuyos ojos despedían brillo todavía, y cuyo pensamiento brillaba mucho más que sus ojos.

Abismado en su contemplación y sus suspiros no vió al otro extremo del mismo sitio otro personaje que, después de mirar con curiosidad á las verjas y preguntar á los guardias de corps, atravesó diagonalmente la explanada y se dirigió al banco con intención de sentarse en él á descansar.

Aquel personaje era un hombre joven, de juanetes abultados, frente hundida, nariz aguileña y torcida y risa sardónica; como que, sin dejar de andar, se reía,

aunque estaba solo, acompañando con su risa algún oculto pensamiento.

Cuando estuvo á tres pasos del banco vió al anciano y se apartó, aunque tratando de conocerle con su mirar oblicuo; sólo que temía no fuese interpretada como deseaba su mirada.

— ¿Estáis tomando el fresco? dijo acercándose de pronto.

El anciano levantó la cabeza.

— ¡Toma! exclamó el joven; pues si es mi ilustre maestro.

— Y vos, mi joven cirujano, dijo el viejo.

— ¿Me permitís que me sienta á vuestro lado?

— Con mucho gusto.

Y el anciano hizo sitio al recién venido.

— Parece que el rey está mejor, y eso los tiene alegres, dijo el joven soltando una carcajada.

El anciano no respondió.

— Todo el día, siguió diciendo el joven, han corrido las carrozas de París á Rueil y de Rueil á Versailles, porque en cuanto se restablezca el rey se casa con la Dubarry.

Y terminó su frase con una carcajada más estrepitosa que la primera.

Tampoco respondió el anciano.

— Dispensadme el que me ría de este modo, dijo el joven con un movimiento de agitación nerviosa; todo buen francés quiere bien á su rey, y como está mejor.....

— No os chanceéis así sobre este particular, caballero, dijo el anciano con dulzura, porque si es una desgracia para algunos la muerte de un hombre, muchas veces es un gran infortunio para todos el fallecimiento de un rey.

— ¿Y el de Luis XV también? interrumpió el joven

con ironía. ¡Oh! querido maestro, vos que sois un filósofo tan grande, ¿sostenéis una tesis como esa?... Ya sé lo hábil y enérgico que sois en materia de paradojas; pero lo que es esta no os la perdono.

El anciano movió la cabeza.

— Por otra parte, añadió el joven, ¿quién piensa en la muerte del rey? ¿Quién habla de tal cosa? Tiene las viruelas: ya sabemos lo que es eso; además, para eso están á su lado Borden y La Martiniere que son hombres que lo entienden... Apuesto, mi querido maestro, á que Luis, el Muy Amado, escapa de esta; sólo que el pueblo no se agolpa á las iglesias cuando la primera enfermedad para hacer novenas... ¡Ya se ve, como todo se gasta!...

— ¡Silencio! dijo el anciano estremeciéndose, ¡silencio! y no habléis así de un hombre sobre quien Dios extiende en este momento su dedo.....

Sorprendido el joven con aquel lenguaje extraño, miró de soslayo á su interlocutor, quien no apartaba la vista de la fachada de palacio.

— ¿Conque tenéis noticias más positivas? preguntó.

— Mirad, dijo el anciano señalando con el dedo una ventana de palacio; ¿qué veis allí?

— Una ventana alumbrada... ¿no es eso?

— Sí... pero ¿cómo está alumbrada?

— Por una bujía puesta en un farolillo.

— Eso es.

— ¿Y qué?

— ¿Y qué? ¿Sabéis, joven, lo que representa la llama de esa bujía?

— No, señor.

— Pues representa la vida del rey.

El joven miró más fijamente al anciano como para cerciorarse de que estaba en su cabal juicio.....

— Mi amigo el señor de Jussieu, prosiguió el

anciano, ha colocado esa bujía que estará ardiendo mientras viva el rey.

— ¿Entonces es una señal?

— Sí, una señal que el sucesor de Luis XV está devorando con la vista detrás de alguna cortina. Esa señal, que advertirá á los ambiciosos el momento en que principie su reinado, al pobre filósofo como yo le advierte el momento en que Dios barre con su soplo un siglo y una existencia.

El joven se estremeció á su vez y se acercó á su interlocutor.

— ¡Oh! dijo el anciano, mirad bien esta noche, joven; ved cuántas nubes y tempestades entraña... sin duda veré la aurora que va á suceder á esta noche, porque no soy tan viejo que no pueda ver el día de mañana; pero quizá va á principiar un reinado que vos veréis hasta el fin, y que, como esta noche, entraña misterios que yo no veré... Así, no carece de interés para mí la trémula luz de esa bujía cuyo sentido acabo de explicaros.

— Es verdad, murmuró el joven, es verdad, maestro,

— Luis XV, prosiguió el anciano, ha reinado setenta y tres años, ¿cuánto reinará Luis XVI?

— ¡Ah! exclamó el joven señalando con el dedo la ventana que acababa de sepultarse en las tinieblas.

— ¡El rey ha muerto! exclamó el anciano levantándose con una especie de espanto.

Y ambos quedaron en silencio durante algunos minutos.

De súbito salió al galope del patio de palacio una carroza tirada por ocho caballos, y precedida de dos picadores con hachones en la mano.

En aquella carroza iban el Delfín, María Antonieta y madama Isabel, hermana del rey.

La luz de los hachones iluminaba siniestramente

sus pálidos rostros, y la carroza pasó á diez pasos del banco donde estaban los dos hombres.

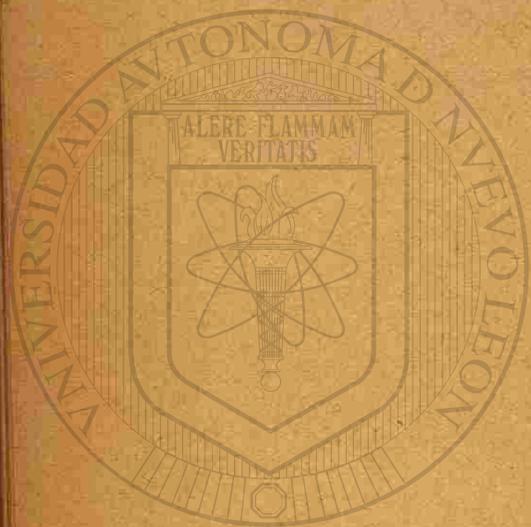
— ¡Viva Luis XVI! ¡Viva la reina! gritó el joven con estridente voz, como si insultase á aquella nueva Majestad en vez de saludarla.

El Delfín saludó, la reina mostró su semblante triste y severo, y desapareció la carroza.

— Mi querido señor Rousseau, dijo entonces el joven, ¡ya tenemos viuda á la Dubarry!

— Y mañana será desterrada, dijo el anciano: Adiós, señor Marat.

FIN DEL TOMO SEXTO Y ÚLTIMO



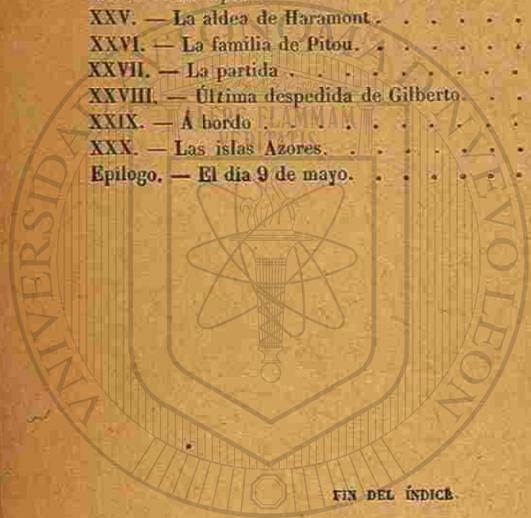
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Pág.
I. — En que se descende á la tierra.	5
II. — La memoria de los reyes	13
III. — Los desmayos de Andrea.	20
IV. — El doctor Luis	50
V. — Los equívocos del señor de Richelieu	58
VI. — El regreso.	50
VII. — El hermano y la hermana.	58
VIII. — Equivocación	68
IX. — Interrogatorio	76
X. — La consulta	83
XI. — La conciencia de Gilberto.	97
XII. — Dos sufrimientos	107
XIII. — El camino de Trianón	120
XIV. — Revelación.	128
XV. — El jardín del doctor Luis.	140
XVI. — El padre y el hijo.	148
XVII. — Caso de conciencia	162
XVIII. — Proyectos de Gilberto.	184
XIX. — En que Gilberto ve que es más fácil cometer un crimen que vencer una preocupación	191
XX. — Resolución	201

	Pág.
XXI. — Para el quince de diciembre	203
XXII. — Última audiencia.	216
XXIII. — El hijo sin padre	226
XXIV. — El rapto	233
XXV. — La aldea de Haramont	240
XXVI. — La familia de Pitou.	248
XXVII. — La partida	256
XXVIII. — Última despedida de Gilberto.	265
XXIX. — A bordo	272
XXX. — Las islas Azores.	278
Epilogo. — El día 9 de mayo.	288



FIN DEL ÍNDICE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Small white label on the right edge of the book cover.